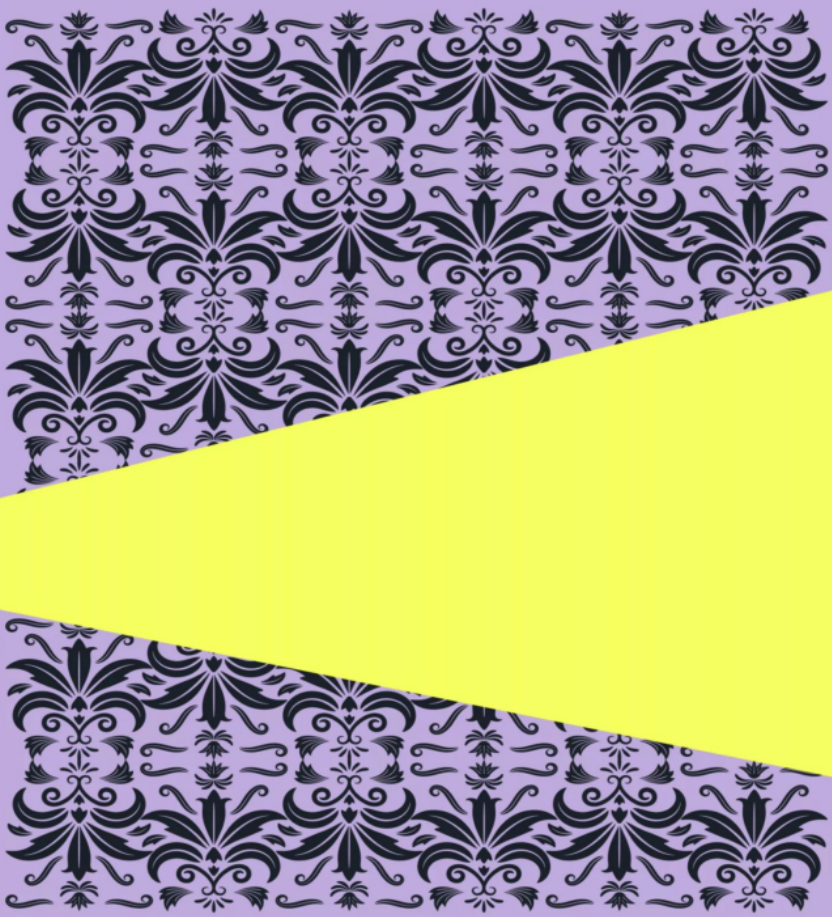
EXPIACIÓN

ELIZABETH VON ARNIM



TRADUCCIÓN DE RAQUEL G. ROJAS

EXPIACIÓN

ELIZABETH VON ARNIM

TRADUCCIÓN DE RAQUEL G. ROJAS

La autora

Elizabeth von Arnim (de soltera Mary Annette Beauchamp) nació en 1866 en Sídney, Australia. Prima de la escritora Katherine Mansfield, tras terminar sus estudios en Inglaterra, conoció a un viudo barón alemán, Henning August von Arnim-Schlagenthin, en un viaje a Italia que hizo junto a su padre. Dos años después, cuando tenía veinticuatro, se casó con el barón Von Arnim y se estableció en sus propiedades en Pomerania. Aunque el matrimonio nunca funcionó por culpa de las constantes infidelidades del barón, no se separaron y tuvieron cinco hijos. Elizabeth se refugió de la infelicidad de su matrimonio entregándose a la escritura. Su primera novela, *Elizabeth y su jardín alemán* (1898), fue un éxito inmediato. En 1910, el barón Von Arnim murió y Elizabeth se mudó con sus hijos a Suiza, donde empezó una relación amorosa con H.G. Wells. Sin embargo, al descubrir que le era infiel con la escritora Rebecca West, Elizabeth volvió a Londres. Allí se casó con John Francis Russell, hermano del filósofo Bertrand Russell, pero no tardaron en separarse, aunque nunca se divorciaron. De este desastroso matrimonio, nació *Vera* (1921), que publicó anónimamente y cuya salida a la luz suscitó mucha polémica. De su obra también cabe destacar *Un abril encantado* (1922) y expiación (1929). Elizabeth von Arnim pasó sus últimos años viviendo en Estados Unidos y Suiza, hasta que murió víctima de una gripe en 1941, en Carolina del Sur.

La traductora

Raquel G. Rojas se licenció en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada y cursó un master en Edición. Tras un breve periplo como correctora y editora de mesa en varias editoriales, decidió apostar por labrarse una carrera como autónoma y desde entonces se dedica a la traducción editorial y audiovisual, que sigue compaginando con la corrección profesional de textos. En sus más de diez años de experiencia, ha traducido casi ochenta títulos entre libros, series, películas y documentales.

Primera edición: septiembre de 2023

Título original: *Expiation*

© de la traducción: Raquel C. Rojas

© de la nota del editor: Jan Arimany

© de esta edición:
Trotalibros Editorial
C/ Ciutat de Consuegra lo, 3.° 3.ª
AD500 Andorra la Vella, Andorra
hola@trotalibros.com
www.trotaIibros.com

ISBN: 978-99920-76-50-7
Depósito legal: AND.181-2023

Maquetación y diseño interior: Klapp
Corrección: Marisa Muñoz
Diseño de la colección y cubierta: Klapp

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

EXPIACION

I

Milly estaba sentada en una silla, sin moverse, con la cara redonda y pálida vacía de toda expresión. No dejaba de mirarse las manos, que le caían —como si no le perteneciesen— entrelazadas, rollizas e inertes sobre el regazo negro. Llevaba así, sentada en silencio y mirándose las manos, desde que ocurrió.

—Espabílenla —había dicho el médico cuando los parientes del pobre Ernest le hicieron notar tal conducta. Pero en vano lo intentaron todas sus cuñadas en grupo; ella siguió muda, inmóvil, mirándose las manos entrelazadas sobre el regazo negro.

—Si al menos llorase… —se decían los Bott unos a otros.

—Llorar le vendría muy bien —convenían los demás.

Pero Milly no lloraba. Tampoco hablaba, salvo para murmurar con su dulce voz cada vez que un familiar compasivo y doliente le acariciaba el brazo o, desde detrás de su silla, le rozaba la cabeza gacha.

—Qué amables sois todos.

¿Quién no iba a ser amable con la pobre Milly en su duelo? No solo eran amables los Bott, sino todo Titford. Aquella importante zona residencial del sur de Londres apreciaba a los Bott, familia de una sólida posición económica en continua y creciente prosperidad. Eran su columna vertebral. Donaban, presidían, daban discursos, inauguraban. Titford estaba lleno de Botts y todos y cada uno de ellos eran un orgullo para la vecindad. Cuando se casaban, cosa que hacían con absoluta puntualidad al llegar a la edad apropiada, o cuando tenían descendencia, también de forma puntual una vez casados —excepto Ernest, que no había tenido hijos—, Titford se regocijaba de corazón; cuando morían, cosa que hacían al llegar a la vejez y no antes —excepto Ernest, al que se lo había llevado un accidente de coche—, Titford lo sentía de corazón y de corazón compadecía a quien sobrevivía, en general, por esa extraña ley de la naturaleza que hace que la embarcación que parecía más frágil acabe por ser la más resistente, una viuda.

En este caso la compasión era de una calidez especial, pues Milly siempre había gozado de su simpatía. Hacía mucho tiempo que en

Titford habían decidido que la señora de Ernest Bott era una mujer como Dios manda y le habían tomado cariño. Veinticinco años se cumplirían en menos de un mes, recordaron, desde que el pobre Ernest Bott trajo a la recién casada a la espléndida casa de ladrillo rojo de Mandeville Park Road; una chiquilla entonces, poco más que una *flapper,*[1] con un aspecto ridículamente joven para ser la esposa de un hombre que rozaba la mediana edad, pero que desde el primer momento se comportó como lo haría una dama de su posición y continuó comportándose como debía a pesar de lo que hizo su hermana en esa misma casa solo tres meses después. Y así se había comportado siempre desde entonces. Los años pasaron volando, años sin sobresaltos, agradables, sin tacha; la hermana no volvió a aparecer y cayó en el olvido, salvo en lo más profundo del corazón de los Bott, que eran lentos en olvidar la deshonra, y de todos los hombres de aquella numerosa familia se tenía a Ernest por el más afortunado en su matrimonio. Hacía tiempo que la mujer de Ernest había dejado de ser una chiquilla. Hacía tiempo que las comodidades cada vez más sólidas que Ernest era capaz de proporcionarle la habían ido moldeando. Y ahí estaba, a sus cuarenta y cinco años, una mujer pequeña y rellenita, de piel clara y mirada tranquila, con hoyuelos en aquellas manos regordetas donde otras personas tienen nudillos y el cabello recogido con pulcritud y del grato color de la respetabilidad. Su vida, salvo por ese único escándalo de su hermana —¿y quién puede ser responsable de lo que hacen las hermanas?—, había sido irreprochable. Las habladurías no tenían nada que decir de ella; no llamaba la atención de las críticas. No era sino un orgullo para la familia y el lugar: sin excentricidades, educada, jamás una palabra quisquillosa ni excesiva, dispuesta en todo momento a hacer un favor, de sonrisa agradable, bien vestida, rolliza; devolvía puntualmente las visitas, primero en un pulcro *brougham*[2] tirado por un solo caballo que pronto fueron dos y más tarde en un automóvil que cada vez era más grande; iba a las cenas vestida de terciopelo, a la iglesia con sus pieles o plumas, recibía en casa una vez al mes, reunía amablemente a los invitados en su hermoso salón, escuchaba con deferencia, nunca contradecía, nunca se mostraba ingeniosa, jamás aseveraba, a lo sumo sugería con humildad y enseguida retiraba sonriente su sugerencia si parecía resultar en lo más mínimo inoportuna.

Qué esposa. Qué bonito sería el mundo si todas las esposas se parecieran más a Milly, pensaban a menudo los hombres Bott —apenas en un susurro para sus adentros, pues no era conveniente decirlo en voz alta— cuando tenían problemas con las suyas. Ernest no había tenido problemas ni un solo día con Milly, ni una sola hora de desazón. La dulce Milly. Un cielo de mujercita, de trato fácil. Uno haría cualquier cosa por una mujer así. Y tan agradable a la vista,

además, tan redonda y tierna. Todas las esposas deberían ser redondas y tiernas, aunque solo sea porque uno tiene que dormir con ellas. Lo mismo era comprar en Whiteley's o en Shoolbred's, pensaban los hermanos Bott, una cama enclenque y esperar estar cómodo en ella que esperar estar cómodo, a la larga, con una esposa huesuda. Los huesos se les clavaban en el carácter, pensaban irritados los Bott, cuyas esposas eran flacas y se habían enfadado poco antes. Pero solo estaban irritados en secreto. Por fuera, todos eran maridos afectuosos y satisfechos. Tenían que serlo.

Y ahí estaba Milly, viuda, y una viuda rica, y ninguno de los hermanos viudo también y con posibilidad de casarse con ella y mantenerla, junto con el dinero del pobre Ernest, en la familia. Se la arrebatarían enseguida, el mismo día que se cumpliera un año. Seguro. ¿Qué hombre en su sano juicio no desearía hacerse con Milly, aunque fuera pobre? ¿Qué hombre no desearía con todas sus fuerzas quedar unido de por vida a ese pecho suave, mullido y bondadoso y permanecer en él para siempre a salvo de peleas y palabras airadas?

Pero las cuñadas, que pensaban en el buen dinero de los Bott, decían:

—Ni se le pasará por la cabeza casarse otra vez, desde luego. ¿Por qué iba a hacerlo, ahora que estará tan bien acomodada y podrá hacer lo que le plazca?

Y una de ellas, que tenía genio y se enorgullecía de ello y cuando su marido protestaba le decía que debería ponerse de rodillas y dar gracias a Dios por haberse casado con una mujer de verdad y no con la típica boba, añadió:

—No parece que piense en ello. ¿Para qué quiere la pobre Milly un hombre, precisamente ella?

Y la anciana en cuya casa se hablaba de estas cosas, la más vieja de todos los que estaban allí, la primera y provecta señora Bott, que había sido muchas veces abuela y bisabuela, e incluso había llegado a ser tatarabuela, y que vivía a gusto en lo alto de Denmark Hill para estar a mano, como decía a menudo, de todos sus queridos niños en caso de que la necesitaran, pero no tan cerca como para agobiarlos; la anciana recordó en silencio, mientras se sentaba despacio y movía la cabeza a causa de esa intervención de la esposa de George, que tenía más de gitana que de dama, pensaba a veces la anciana señora Bott, pero se abstenía de decirlo porque hacía tiempo que sabía que en las familias cuanto más te abstengas de decir, mejor; la anciana recordó en silencio una extraña escena ocurrida diez años antes en esa misma

habitación, cuando Milly, tan tranquila y correcta hasta entonces, entró una cálida mañana de primavera —debía de ser primavera y hacer calor, porque recordaba que la ventana-mirador estaba abierta de par en par y el jardinero cortaba el césped, que de pronto se había convertido en un campo de margaritas— y se acercó a la ventana a observar durante un rato lo que pasaba fuera y luego se dio la vuelta con un respingo, su aspecto parecía extraño y diferente, y además, estaba muy acalorada, pobrecilla, después de dar un paseo, y dijo que se sentía como si estuviera a punto de hartarse de todo.

—¡De todo! ¡De todo! —gritó entonces muy fuerte, como si no pudiera contenerse ni un segundo más, extendiendo ambas manos en un gesto cómico y con la cara enrojecida por haber subido la colina con el calor; y añadió, con lágrimas en los ojos—: No puedo más… He llegado al límite…

¿El límite?, pensó la anciana señora Bott. ¿Qué límite? Existían muchos límites en la vida, y en los años de juventud uno siempre estaba a punto de llegar a ellos para luego descubrir que no eran límites en absoluto.

Bueno, bueno. Le había dado una buena taza de té. Pobre Milly. Todo eso se debía a un hombre, sin duda, decidió; o a Ernest y alguna riña o a otro hombre y a lo que estos pobres niños ansiosos y atormentados llamaban amor.

Fuera lo que fuese, sin embargo, pasó. Milly no volvió a decir nada más y pronto volvió a ser la misma mujer amable y contenta de siempre; de hecho, unas semanas después de aquel pequeño arrebato se había vuelto mucho más dulce, si cabe, y parecía más contenta que nunca. Ganando en sabiduría, pensó la anciana. Sentando la cabeza. Una lo acaba haciendo.

Pobres niños, pensaba a menudo la anciana señora Bott mientras observaba a su descendencia, qué difícil se les hacía a veces. Y no sabían, y nadie podía decírselo porque no lo creerían, lo tranquilo y agradable que iba a ser todo al final y lo poco que en realidad habrían importado sus problemas a la larga. No había necesidad de preocuparse tanto ni consumirse en esos ardores, no había necesidad, no había ninguna necesidad en absoluto.

Y ahora, diez años después, ahí estaba Milly, afligida y tan abrumada que nada la sacaba de la silenciosa contemplación de su regazo. Estaba sentada allí, en el dormitorio, el dormitorio del que Ernest había salido aquella última mañana sin imaginarse que no volvería a él, y la anciana señora Bott, a la que habían traído desde Denmark Hill para el funeral y que estaba sentada arriba con Milly mientras se leía el testamento en el comedor, intentaba en vano consolarla y apoyaba a intervalos su mano temblorosa sobre aquel hombro inmóvil vestido de crespón y decía las palabras que parecían

más adecuadas.

Ojalá ese hombro temblara, pensó la señora Bott; ojalá la pobre Milly llorara. El dolor parecía mucho mayor sin temblar, ni llorar, sentada pálida y muda con la cabeza gacha de aquella forma. ¿Quién habría dicho que Milly amase tanto a Ernest? La anciana recordó a su hijo sin apasionamiento y se maravilló.

—Sabes, querida —balbuceó con voz trémula, pues para entonces ya era extremadamente vieja y le temblaba todo—, que todos cuidaremos de ti y nos ocuparemos de que nunca estés sola.

Milly agachó aún más la cabeza.

—Las chicas —así llamaba la anciana señora Bott a sus hijas y nueras, todas ya de cuarenta, cincuenta y sesenta y tantos años— están decididas a volcarse contigo.

Las pestañas caídas de Milly temblaron un poco.

—Y tu estilo de vida no va a cambiar en nada, cariño, porque Alec me ha dicho —Alec era el mayor de sus hijos— que Ernest tenía más dinero incluso de lo que habíamos podido suponer… Te aseguro que no sé por qué los hombres tienen que ser tan reservados con lo que ganan. Y tú lo heredarás todo y te quedarás en esta preciosa casa que tanto te gusta.

—No me merezco… —repuso Milly con un hilo de voz entrecortada.

¿Era eso una lágrima? Algo cayó, desde luego, sobre su regazo.

—Ya está, ya está —balbuceó la anciana señora Bott al tiempo que reanudaba las palmaditas y se le llenaban a ella misma los ojos de lágrimas—. Ya está, ya está. Nadie ha merecido nunca todo lo que podamos darte más que tú, mi querida Milly. Ya está, ya está. Te sentirás mucho mejor si lloras, mucho mejor.

Y ella misma lloró un poco; solo un poco, pues los años la habían dejado casi sin lágrimas. Sin embargo, le vino a la mente el recuerdo de aquellos días en los que Ernest era un bebé, y todas las esperanzas que tenía para él y su orgullo de madre, y esos ricitos rubios que ella le peinaba con los dedos —a Ernest, que durante tantos años estuvo calvo—, y resultaba extraño y triste saber que ahora yacía solo bajo las coronas de flores —hermosas coronas, además, y muchísimas— en el cementerio de lo alto de la colina, y que permanecería así hasta el día del juicio final, sin nada que demostrase que había estado vivo excepto su viuda y su dinero. Es decir, sin hijos. Ernest, en cuestión de descendencia, había sido un callejón sin salida, un *cul-de-sac*. Extraño y triste no pervivir de ninguna manera, llegar a un punto muerto. La anciana señora Bott no pudo evitar llorar un poco al pensar en ello. Pobre Ernest; tantos ricitos rubios y buenas maneras para acabar en nada más que una viuda.

—No es más que un sueño —dijo secándose los ojos y con un sabio gesto de asentimiento—. La vida no es más que un sueño. —Y añadió, cuando por la ventana abierta les llegó un inconfundible olor desde la casa de al lado—: Hoy almuerzan curri en Glenmorgan.

Entonces puso de nuevo una mano sobre el hombro de Milly y vio en su mente el inmenso paisaje que formaban los años de su propia vida, lleno de puntos negros que eran muertes y que estaban esparcidos a lo largo de ellos, y al ver lo pequeños que se habían vuelto esos puntos, y cómo menguaban cada vez más hasta que los primeros eran casi invisibles y era bastante difícil distinguirlos y saber cuál era cuál y de quién era cada uno, asintiendo con el mismo gesto de sabiduría una segunda vez, repitió:

—Todo es un sueño, cariño. A la larga, mi querida Milly, nada más que un sueño.

Y con la mano aún temblorosa sobre el hombro de su nuera, miró la casa de enfrente con ojos cansados y enrojecidos, y pensó que era extraño cómo las personas que aquellos puntitos representaban habían desaparecido de su mente: su marido, por ejemplo, que llevaba muerto cincuenta años, ya solo volvía a su recuerdo con cierta claridad cuando la anciana se olvidaba de tapar la vaselina por la noche. Todas las noches, a lo largo de su vida adulta, se había frotado los párpados con vaselina antes de irse a dormir y a veces se le olvidaba volver a tapar el bote y, cuando eso ocurría, y el pobre Alexander lo veía por la mañana, solía regañarla. Decía, recordó, que era sucio e insalubre y hablaba de que se metían los gérmenes y el polvo. Y ahora, cada vez que se despertaba por la mañana y veía que el botecito no estaba tapado, la imagen de su marido volvía tan clara y distinguida como siempre; en ninguna otra ocasión. Qué raro, pensó la anciana señora Bott mientras acariciaba de forma mecánica el hombro de Milly, sumida en la reflexión de la extrañeza de la vida, que no quedara nada del pobre Alexander salvo cuando un bote de vaselina se quedaba destapado.

Parpadeó levemente. El sol brillaba con fuerza en la fachada roja de la casa de enfrente y la deslumbraba. La vida no era más que un sueño, sin duda. De esa casa también salía olor a comida; sobre todo a coliflor, juzgó esta vez la señora Bott olfateando con interés. La vida era un sueño, cierto, pero un sueño con momentos de vigilia. Hasta el mismísimo final, las comidas eran reales e interesantes. Sin duda, pensó con la nariz levantada, esas eran las personas de la que se había quejado Ernest por sus excentricidades, y porque no comían carne y hablaban mal de Inglaterra.

«Pobre gente —pensó con indulgencia—, tienen que superarlo». Y deseó por su bien que lo superasen rápido, ya que entretanto se estaban perdiendo una buena cantidad de ricas tajadas de cordero y

suponía que tenía que ser difícil que te gustase Inglaterra, o cualquier otra cosa, si solo tenías coliflores en el estómago.

En ese momento, mientras pensaba en todo eso, la puerta de la habitación se abrió una rendija y la cabeza de su hijo menor, Bertie, un hombre de cincuenta y dos años y bien alimentado con carne, se asomó con tanta cautela que era evidente que estaba de puntillas.

—Entra, Bertie, y cierra la puerta —balbuceó la anciana señora Bott—. No sirve de nada crear corrientes.

—¿Te sientes con fuerza para hablar? —preguntó a media voz, como requería la ocasión, y mirando a su cuñada.

—Habla, Bertie —insistió su madre—. Es inútil que te quedes ahí poniendo cara de circunstancias. ¿Con fuerza para hablar? Pues claro que sí. Milly siempre tiene fuerzas para todo, ¿no es cierto, cariño?

Y le dio otra palmadita en el hombro cubierto de crespón, pues de todas sus nueras era a la que más cariño le tenía. Mucho más. La quería.

Bertie entró en la habitación con paso directo y rápido y cerró la puerta sin hacer ningún ruido con mucha destreza; había tanta práctica en ese movimiento, una habilidad tan silenciosa, tan sorprendente en alguien tan corpulento, que por primera vez la anciana señora Bott pensó que quizás no fuera un marido fiel. Tanta soltura en cerrar las puertas con sigilo… Bueno, bueno. Pobres niños, tendrían que resolverlo. Solo esperaba que Bertie no se preocupase demasiado por ello ni se sintiera desgraciado con los remordimientos. Cuando fuera tan viejo como ella, vería que esas cosas también eran sueños y tener remordimientos por algo que después resultaba no haber sido más que un sueño era una triste pérdida de tiempo.

—Mi pobre Milly… —empezó a decir Bertie con voz grave, como quien tiene malas noticias.

Parecía extrañamente conmovido. Bastante alterado, de hecho, pensó la anciana señora Bott, que lo observaba sorprendida y con ojos acuosos. Cruzó la habitación en dirección a su cuñada, acercó una silla junto a ella y le puso una mano en el brazo con un deseo tan obvio de infundirle coraje que la sorpresa de la señora Bott se acrecentó. ¿Coraje? ¿Para qué quería Milly coraje cuando iba a heredar varios miles al año?

—¿Se ha leído el testamento? —le preguntó.

—Tenía que estar enfermo —fue la respuesta de Bertie, que enseguida se aclaró la garganta.

—¿Enfermo? —repitió su madre—. ¿Cuando cogió ese taxi, quieres decir?

—Cuando hizo el testamento —repuso Bertie, que parecía muy incómodo—. O más bien cuando añadió el codicilo.

Fue evidente, para la anciana señora Bott, que se avecinaba un golpe.

—¿Qué codicilo, querido? —balbuceó mientras Milly seguía con la cabeza gacha.

Bertie miró a su cuñada. Imagina tener que hacer daño a una persona tan delicada, tan apacible y paciente como la redondeada figura negra de la silla. Apoyaba los pies en un escabel porque tenía las piernas muy cortas y a Bertie le pareció que eso, el que a la pobre Milly no le llegaran las piernas al suelo, hacía aún más difícil su desagradable tarea. Unas piernecitas encantadoras, además, estaba seguro. Rechazó aquel pensamiento. No era el momento de pensar en cosas así.

—Pobre Milly —dijo cogiéndole la mano.

—Di lo que tengas que decir, Bertie —balbuceó la anciana señora Bott.

—Me temo que es mal asunto, muy mal asunto…

Bertie movía la cabeza de un lado a otro, reacio a continuar.

—Entonces no ganas nada yéndote por las ramas —le recriminó su madre.

Y en ese momento, estrechando la mano de Milly con tanta fuerza que le dolía, Bertie estalló y dijo que no entendía a Ernest, le resultaba imposible.

—¿Por qué? —balbuceó la señora Bott, sin duda ya muy nerviosa.

—Es tan injusto… Es que ni siquiera es decente.

—Pero ¿por qué, hijo? —preguntó la señora Bott con la boca temblorosa.

—¿Por qué? —repitió Bertie al tiempo que soltaba la mano de Milly, que se quedó inerte donde había caído y se levantó y se acercó a la ventana. Miró afuera. No podía mirar a Milly, no mientras le asestaba aquel golpe.

—¿Por qué? —dijo de nuevo, de espaldas a las dos mujeres—. Eso es exactamente lo que me gustaría saber. Le ha dejado a Milly solo mil libras, mil míseras libras de las cien mil que tenía, y el resto irá a parar a una maldita institución benéfica. ¿Es esa la forma de comportarse con una esposa que se ha entregado durante veinticinco años? ¡Y con Milly, nada menos!

La anciana tenía la mirada fija en la espalda de su hijo y le temblaba tanto la boca que apenas podía hablar.

—¿Cómo que…?

—Y debe venderse todo: la casa, los muebles, hasta el último dichoso objeto, para donarlo a esa institución. ¡Y menuda institución! —Se dio la vuelta, indignado, y las miró de frente—. Tenía que estar loco de atar. Se trata de un asilo en Bloomsbury para mujeres

descarriadas. Ninguno de nosotros ha tenido nunca nada que ver con cosas como esas. No sabía que Ernest hubiera pensado jamás en esos sitios. Lo que quiere decir… ¡Que me aspen si sé lo que quiere decir! Y para Milly, para la mejor esposa que haya tenido un hombre, nada. Ni un solo mueble. Nada salvo esas mil libras peladas. Para evitar que se muera de hambre durante un tiempo, supongo. Para que no caiga en la cuneta más cercana. Es lo más escandaloso…

La anciana señora Bott se levantó. Le resultaba difícil y Bertie tuvo que ayudarla.

—Voy a bajar—le dijo—. No me creo ni una palabra. Hablaré con el abogado de Ernest yo misma.

—No conseguirás sacarle mucho —repuso Bertie mientras la ayudaba—. De todos los tipos fríos y hoscos…

Pero no trató de retenerla; al contrario, la alentó a que se fuera y la llevó hasta la puerta cogida del codo y con cuidado la ayudó a bajar al comedor.

Luego volvió. Milly seguía sentada tal y como la había dejado. Cerró la puerta, con un gesto rápido y suave, y se apoyó contra ella, con las manos extendidas a la espalda, como para evitar que entrara alguien.

—Verás, Milly —le dijo—, hay algo más. Madre también lo va a oír antes de volver a verte. Solo espero que no llegue a los periódicos, ya sabes cómo tratan cualquier cosa que se salga de lo corriente en el testamento de un hombre. ¿Y qué crees que dejó dicho Ernest en el suyo?

Milly, con la mirada gacha y fija en sus manos, movió la cabeza de un lado a otro, paciente.

—Pues dejó dicho, después de legarte las mil libras, y añadir a propósito la palabra «solo», que es en sí misma como una bofetada en la cara… Todo esto me supera. Dejó dicho: «Mi esposa sabrá por qué».

Por un instante, los apacibles ojos de Milly quedaron velados por una emoción reprimida de inmediato. El rubor se apoderó de su rostro y, al desaparecer, lo dejó más pálido que nunca. Entreabrió los labios. Levantó la cabeza y miró a Bertie, y las manos, tan lánguidas antes, se le crisparon sobre el regazo.

Desde luego, pensó Bertie. Era normal. Se sentía insultada. Qué comportamiento tan despreciable. Pobrecita Milly. Que una mujer dulce y amable, que no haría daño ni a una mosca, tuviese que verse correspondida así. Milly había sido una esposa entre mil y, ahora, aquello. Siempre había tenido a su hermano por un tipo decente; un

poco taciturno a veces, cuando el hígado le inquietaba, pero decente. Qué desagradable, considerando que estaba muerto, tener que darse cuenta de que no había sido más que un canalla. Alguna riña insignificante, una visita impulsiva a su abogado, algún resentimiento enquistado y la devoción y el afecto de toda una vida quedaban borrados con una bofetada en la cara. Una bofetada póstuma, además, la más mezquina de todas, se dijo. No podía creer ni por un momento que Milly fuese capaz de reñir ni que lo hubiese hecho nunca. Tenía que haber sido cosa de Ernest La única excusa que se le ocurría era que estaba enfermo cuando añadió el codicilo, es probable que en ese momento sufriera una de sus peores crisis hepáticas. ¡Pero dejar que una crisis hepática convierta a un hombre en un canalla para toda la eternidad!

—Se acabó, para mí Ernest se acabó —sentenció con vehemencia, como si aún quedara algo de su hermano con lo que acabar.

Milly, sin embargo, ni lo veía ni lo oía. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en la ventana y las manos apretadas sobre el regazo.

—¿Hace cuánto? —lograron articular esos labios pálidos y asombrados mientras miraba la fachada roja de la casa de enfrente.

—¿Qué, querida? Pobrecita mía, ¿cómo dices? —le preguntó Bertie, que fue corriendo a inclinarse junto a ella. Un cielo de mujer. Un cielo, un encanto. Y con unas pestañas oscuras tan bonitas, además, que se curvaban en las puntas. Su mujer no tenía. No que se vieran, claro. Sandy.

—¿Cuándo? —susurró Milly sin dejar de mirar al vacío frente a ella.

—¿Cuándo? ¿Quieres decir que cuándo lo dispuso? Hace dos años. Está en un codicilo. No entiendo —continuó Bertie con los ojos vidriosos de furiosa compasión al sentir la cálida redondez del hombro sobre el que descansaba su mano— cómo pudo pelearse contigo alguna vez. Y lo peor —se indignó— es que no puedo dejarme llevar y decir lo que pienso de él porque está muerto y no sería decente. Pero una cosa sí te voy a decir, Milly…

—Calla —susurró ella, aferrándose rápidamente a la mano que estaba apoyada en su hombro, con los ojos puestos aún en la fachada roja de enfrente. Así que se había enterado. Ernest se había enterado. Hacía dos años. Durante dos años enteros lo había sabido. Extraordinario. Increíble…

—Una cosa puedo decirte —insistió Bertie, negándose a callar—, no permitiremos que sufras solo porque Ernest decidiera comportarse como un maldito…

—No —suspiró Milly—. Por favor, no puedo soportar… No debes…

Y por primera vez desde la muerte de Ernest se echó a llorar de verdad. Abandonándose al dolor, con la mejilla apoyada en la mano que sostenía entre las suyas, lloró con tanta amargura que le temblaba todo el cuerpo.

—Pobre Ernest —sollozó—. Pobre Ernest, pobre…

Bertie estaba conmovido en lo más hondo.

—Milly, eres un verdadero ángel.

II

Los otros Bott, sin embargo, no se lo tomaron así.

Al principio también se indignaron con Ernest y se avergonzaron de él, además de mostrarse muy fríos con el abogado que se había prestado a redactar un codicilo tan escandaloso, pero enseguida, cuando este recogió su maletín y se marchó y todos se quedaron allí sin saber qué hacer a continuación, se fue extendiendo entre ellos una palabra bastante desagradable, transmitida en un susurro de boca en boca hasta que por fin llegó a oídos de la esposa de George, que la dijo en voz alta.

La palabra era «turbio».

Desde el momento en que se dijo, reconocieron que era el término apropiado. No había forma de evitarlo: «turbio» era la palabra. Un hombre no hacía lo que había hecho Ernest, ni permitía que se mantuviera inalterado durante dos años, sin una buena razón, sin una razón de peso.

—¡Sí que lo hace si es un taimado y un cobarde! —estalló Bertie.

—¡Bertie! —gritaron escandalizados los demás, y le aconsejaron que recordase que Ernest estaba muerto.

—No puedo evitarlo —repuso como si alguien hubiera creído que podía hacerlo.

Su mujer lo miró con los ojos encogidos. Hacía tiempo que sospechaba que estaba interesado en Milly más de lo que corresponde a un cuñado.

La anciana señora Bott expresó su deseo de que la llevaran a casa. Pobres niños, iban a discutir. Y todo para nada, ojalá se les pudiera hacer ver; no era más que una pérdida de tiempo y de energía, pobrecillos. Sin embargo, nada los detendría una vez que comenzaran. Ella podría, entonces, estar en su casa. Mejor. Tomando el té.

—Alec, querido, ¿me llevas a casa? —balbuceó. Trataba de llamar la atención de su hijo mayor, que estaba tan confundido y desconcertado por lo que había ocurrido que no la oyó.

Todos los Bott estaban confundidos y desconcertados y permanecían en el comedor en grupos perplejos, haciendo caso omiso de los refrigerios ya preparados en la mesa auxiliar, tras cerrar la

puerta —Fred cayó en ese detalle— a las criadas que intentaban traer sopa y café. No era momento para tener al servicio por allí, ni para comer ni beber, aunque la esposa de George, la que tenía genio, cuyos ojos brillaban de entusiasmo y curiosidad, y que después de todo no era una Bott de nacimiento, mordisqueó a hurtadillas unos bombones.

—Quién lo iba a decir de Milly —susurró y fue la primera que le atribuyó la turbiedad a la viuda de manera definitiva—. Ese ratoncito tan callado y dócil. ¡Quién lo iba a decir!

Sí, quién lo iba a decir de Milly, pensaron de hecho las demás cuñadas.

Jamás había ocurrido nada parecido en la familia. Se quedaron allí de pie mirándose unos a otros. Y al fondo se vislumbraba Titford ajeno a todo aquello por el momento, pero —a menos que se tomaran las precauciones más minuciosas— seguro que se enteraría pronto, como siempre se enteraba enseguida cuando había algo que saber. ¿Qué iban a hacer? Desde luego, sin ninguna duda, el asunto era turbio.

—¿Os acordáis de su hermana? —murmuró la esposa de Bertie.

¿Acordarse? Se acordaban como si fuera ayer. La misma sangre, decían sus ojos mientras asentían con la cabeza, conmocionados, que afloraba de nuevo. Pero la sangre que aflora a los cuarenta y cinco años es mucho peor, por supuesto, que la que aflora a los diecinueve.

No, no, dijeron los hermanos y cuñados recomponiéndose, no podía ser. Qué vergüenza, qué vergüenza pensar ni por un momento que Milly… La verdad era que Ernest fue un cobarde, con un genio de mil demonios que no osaba mostrar porque sabía que nadie iba a creer que Milly pudiera darle motivo alguno para enfadarse. De modo que se vengó así, con aquel golpe bajo. Era muy desagradable tener que verlo como un canalla, ahora que estaba muerto y todo eso, pero así estaban las cosas.

Sí, sí, tuvo que ser eso, insistieron las hermanas y cuñadas, ¿y cómo podían sus hermanos hablar así del pobre Ernest, que estaba muerto? Por muy desagradable que fuera, admitieron, tenían que pensar que Milly los había engañado —ella, que siempre se les había presentado como un modelo de lo que debía ser una esposa, miraron a sus maridos, y de lo que debía ser una hija, miraron a la anciana—, pues era mucho peor difamar a los muertos. Era evidente que Milly había injuriado de algún modo a Ernest, y de un modo muy grave. Tenía que haberlo hecho. Lo había hecho. Aquel codicilo no podía explicarse de otra forma. Durante dos años enteros, y era probable que más, los había estado engañando a todos; ella, a su edad, con esa figura.

—Ya está bien, canijas, dejad en paz la figura de Milly —les espetó Bertie.

Qué forma de hablar, pensaron indignados y perplejos los otros; qué forma de hablar en una situación que acababa de dejar de ser un funeral.

—Alec, querido… —balbuceó la anciana señora Bott, intentando de nuevo llamar su atención.

—Cállate, Bertie —musitó su hermano George, un hombre silencioso y corpulento con gafas de carey.

A él mismo le habría gustado decir algo por el estilo, pero ¿de qué serviría? Al fin y al cabo, tanto sus hermanos como él tenían que dormir con sus esposas y al día siguiente se complicaba mucho el asunto si no había paz en la cama. Ahí, pensó George, que era un hombre sencillo y sensato con pensamientos sencillos y sensatos, era donde las esposas lo tenían a uno: podían, y lo hacían, te desgastaban en la cama.

—Alec, querido…

—Discutir así es una pérdida de tiempo —intervino Fred, el más rico de la familia, a la vez que sacaba el reloj.

—Yo diría que es una gran pérdida de tiempo olvidar que a uno se le supone un caballero —dijo la esposa de Alec, en general de pocas palabras, pero la grosería de Bertie la había alentado.

—La cuestión, sin duda —terció Alec mientras se acariciaba nervioso la barba—, no es lo que Milly haya hecho o dejado de hacer. Ni siquiera —y sonrió conciliador a las esposas allí reunidas— qué clase de figura tiene la pobre, sino qué medidas debemos tomar para mantener esto en secreto. Me parece que lo más importante es mantenerlo en secreto.

Sí, lo entendían; en eso estaban todos de acuerdo. Se estremecieron al imaginar el tipo de cosas que diría Titford si se enterase de que Ernest había desheredado a su esposa y lo había legado todo, excepto esas insultantes mil libras, a una institución benéfica. No debía enterarse. Había que evitar a toda costa que se enterase. ¡Esa institución benéfica! Cuanto más pensaban en ello, más se avergonzaban. De hecho, en ninguna habitación se había reunido nunca tanta gente tan avergonzada como aquella tarde en el comedor de Ernest. Se avergonzaban de él, se avergonzaban del abogado, se avergonzaban de Milly, pero sobre todo, descubrieron al pensar en ello, se avergonzaban de la institución benéfica. ¿Un asilo para mujeres descarriadas? Insólito haber elegido una cosa así. Era del todo inexplicable por parte de Ernest.

Y entonces, de algún modo, también aquello encontró una justificación. Nadie supo quién lo hizo primero, pero la explicación empezó a circular entre las cuñadas, pasando de boca en boca en un susurro. Una explicación horrible: había querido asegurarle un futuro.

Sintieron un escalofrío, se hizo un silencio y luego alguien dejó escapar una leve risita.

—Alec, querido… —balbuceó la anciana señora Bott con mayor insistencia. Pobres niños, empeñados en enfadarse y en ser desagradables. Era mucho mejor tomarse una buena sopa caliente y un sándwich y luego irse tranquilamente a casa a dormir.

—¡Juro por Dios…! —estalló Bertie por segunda vez con un puñetazo tan estrepitoso en la mesa que las tazas saltaron en sus platillos.

Pero no dijo lo que juraba. Se detuvo, todo rojo, como si el cuello de la camisa lo estuviera asfixiando. No servía de nada; mejor contenerse, pensó al recordar él también la importancia de descansar por la noche. Y al día siguiente tenía que arreglar ese delicado asunto con Palliser y Leeds. No podía permitirse el lujo de llegar con los nervios de punta.

Fred volvió a mirar su reloj.

—Estamos perdiendo el tiempo —observó.

—Cierto —convino Alec, acariciándose nervioso la barba. Era el único Bott que tenía barba y era una barba muy bonita: plateada, como correspondía a su edad, y larga, y siempre impecable, y un gran consuelo para él cuando estaba preocupado o nervioso porque entonces se la acariciaba y eso lo tranquilizaba.

—¿Qué actitud vamos a adoptar con Milly? —preguntó Fred al tiempo que cerraba el reloj con un chasquido, un reloj de caza de oro que le había legado su padre.

—Mucho más importante —apuntó la esposa de Bertie— es qué actitud vamos a adoptar frente a Titford.

—¿No es lo mismo? —sugirió uno de los cuñados, un hombre apacible; y no lo había dicho de un modo agresivo, ¿verdad?, pensó.

Sin embargo, la esposa de Bertie parecía creer que sí, pues se dirigió a él con cierta acritud y dijo que no lo era.

—Al menos a mí no me lo parece, pero tal vez yo no sea tan inteligente como tú.

«Pobre Bertie», pensó el cuñado.

«Pobres niños», pensó la anciana señora Bott.

—Alec, querido… —dijo en voz alta.

—Es lo mismo —asintió Fred—. Justo lo mismo.

—Yo también lo creo —aventuró Alec, con la mano metida en la barba. Cuánto temía los cónclaves familiares. Las mujeres, cuando se reunían, parecían exaltarse unas a otras. Por separado, eran bastante afables y tenían buen carácter. ¿Qué les pasaba cuando se juntaban que eran tan ingobernables? Incluso Ruth, su discreta esposa…

Entonces Walter Walker, de Shadwell y Walker, los grandes

comerciantes de lana de Threadneedle Street, levantó la voz y sugirió, por si pudiera servir de algo —«Por si pudiera servir, claro», repitió, ansioso por demostrar que sabía que no era un auténtico Bott, sino que solo estaba relacionado con ellos por matrimonio y que, por lo tanto, poco tenía que decir en aquel asunto—, que Milly debería vivir con ellos por turnos, tres meses con cada uno, tal vez seis; que la acogieran y la trataran con toda consideración, pobre mujer, añadió, obligándose a mirar con valentía a sus cuñadas a través de las gafas. Porque, afirmó sin perder el coraje, que esa era la actitud decente, desde luego, hacia alguien que siempre había merecido un buen trato por su parte y que de repente lo había perdido todo, marido, fortuna y hogar, y que además no tenía hijos…

—¿Y quién tiene la culpa? —lo interrumpió su esposa.

—Querida, ¿no estarás sugiriendo que ha sido culpa suya perder a Ernest? —preguntó Walter con comedimiento.

—O que no tenga hijos —añadió Bertie.

—No seamos groseros, por favor —dijo la esposa de este último, entrecerrando los ojos al mirarlo.

—Sabes de sobra lo que quiero decir —replicó la mujer de Walter —. ¿Quién tiene la culpa de que haya perdido su fortuna?

—Ernest, por supuesto —aseguró Bertie.

—Es una pena que te empeñes en hablar así de los muertos —le recriminó la mujer de Alec.

Pobres niños, qué enfadados estaban todos. Y el propio Ernest, por el que se peleaban, tan tranquilo allí arriba en la colina, bajo sus hermosas coronas de flores.

—Alec, cariño…

—Bueno, no vamos a entrar en eso ahora —repuso Fred, mirando su reloj por tercera vez.

—¿Puedo terminar la frase? —preguntó Walter Walker sin alterarse.

—Faltaría más —dijo Alec, que buscó consuelo en su barba.

—No solo es la actitud decente —prosiguió el otro tras aclararse la garganta—, sino la mejor forma, la mejor, sin duda, de parar las críticas y los chismorreos. En mi opinión… Y os lo digo, desde luego —echó una miradita de desprecio a su alrededor—, por si pudiera servir, la familia debería acoger a Milly por turnos y hacer que se note que se la trata con toda consideración.

—¿Te refieres a acogerla para siempre? —le preguntó su esposa.

—¿Por qué no?

—¿Estás sugiriendo que pase el resto de sus días de visita en nuestras casas? —insistió incrédula la mujer de Bertie.

—¿Por qué no? —repitió Walter Walker.

Se hizo un silencio. Las mujeres se miraron entre sí. Dejando a un lado lo de tratar a Milly con toda consideración, lo cual era absurdo por parte de Walter —¿por qué iban a tratar con consideración a esa mujer que había traído tantos problemas y desgracias sobre ellos?—, dejando eso a un lado, sentían que acogerla era un asunto delicado. Incluso en las mejores circunstancias que pudieran imaginar sería un asunto delicado, a menos que la persona acogida tuviera los recursos suficientes como para no necesitarlo. Aquellas no eran las mejores circunstancias. Eran de lo más dudosas; las esposas Bott estaban seguras y los maridos Bott tenían una incómoda sospecha. Sería pedir mucho a la naturaleza humana, pensaban las mujeres —excepto la de George, que estaba entusiasmada y sentía curiosidad y habría querido llevarse a Milly con ellos de inmediato—, acogerla en sus casas, en su propio seno, entre sus ¡nocentes hijos y nietos, después de lo que fuera que hubiese hecho. ¡Y además les pedía que la tratasen con consideración!

—Walter tiene mucha razón —replicó Fred.

—Desde luego, en algún sitio tiene que vivir —dijo Alec.

—Y no se puede vivir con los intereses de mil libras —observó Walter Walker con desdén—. Te puedes morir, eso sí, pero incluso en ese caso solo podrías hacerlo en una buhardilla o en un sótano. Estoy seguro de que ninguno de nosotros quiere que Milly se muera, y mucho menos en una buhardilla o en un sótano.

—Yo le pago a mi mecanógrafa ciento cincuenta al año —comentó Fred—. Tres veces más de lo que podríamos darle a Milly. Y, aun así, eso no impediría que pareciera una muerta de hambre.

—Es evidente que no podemos dejar a un miembro de la familia ni vivir ni morirse en una buhardilla o en un sótano —repuso Alec, espantado por la imagen que habían conjurado las palabras de Walter.

No, no podían hacer eso, por supuesto, convinieron esposas y hermanas. La familia siempre se había portado bien y con generosidad en lo referente al dinero y no debían permitir que Titford advirtiera en ellos ninguna mezquindad. Parecía que iban a tener que acoger a Milly. Pero qué desagradable, qué violento, qué doloroso sería sin duda.

—Y cuanto antes mejor—señaló Bertie.

—Empezando por nosotros, supongo —dijo su esposa, entrecerrando una vez más los ojos al mirarlo.

«Es como un mondadientes —pensó Bertie con el ceño fruncido—. Tiene la figura de un mondadientes». En voz alta, y obligándose a hablar con calma, continuó:

—La casa puede venderse en cualquier momento por encima de Milly. No me ha gustado la mirada de ese tipo, el abogado de Ernest.

Le tiene inquina.

—Tal vez él sepa más que nosotros —dijo su mujer.

Bertie volvió a mirarla frunciendo el ceño, pero se contuvo.

Alec, asiéndose la barba, empezó a preguntar:

—¿Por qué Ernest nos dejaría a todos fuera y nombraría albaceas a ese abogado, al que ninguno conocemos, y al director de esa institución benéfica tan desagradable…?

—Sí, no lo entiendo —repuso Walter Walker.

—Hay algo muy raro en todo esto —añadió Fred.

—Turbio —concluyó la esposa de George.

En verdad, cuanto más lo pensaban, «turbio» era la única palabra.

La mujer de Bertie continuó:

—Pero cuando decís que no solo hay que acogerla, sino tratarla con toda consideración…

«Es un mondadientes —se dijo Bertie, hundiendo las manos en los bolsillos y acercándose a una ventana para mirar a la calle—. Aburre, aburre…».

—Solo a un hombre se le podría ocurrir algo así —replicó la esposa de Walter Walker mientras miraba severa a su marido, que también se acercó a una ventana, otra, y contempló abstraído las vistas: una conífera.

—Mirad, al diablo con todo —se hartó Fred, que, al ser el más próspero de una familia tan próspera, era también el más descarado—. No podéis no tratarla con consideración. No sería humano. Necesita cariño.

¿Cariño?

Se hizo un escandalizado silencio.

—Desde luego, a vosotros os resultará muy fácil —dijo entonces de improviso la esposa de Fred, que por lo general se mantenía bastante callada.

—Sí, siempre habéis sido ridículos, casi grotescos, en lo que se refiere a Milly —convino la mayor de las hermanas Bott.

—Nos habéis matado de aburrimiento con sus virtudes, y Milly esto, y Milly lo otro… —protestó otra hermana.

—Restregándonosla hasta que nos hartamos de oír su nombre —añadió otra.

—Si hasta la admiráis por haber perdido la figura —repuso otra, y las cuatro mujeres de los cuatro hermanos Bott asintieron con la cabeza para darle la razón.

Los hombres se quedaron perplejos con aquel repentino acceso de rencor. Los dos que estaban junto a las ventanas se volvieron para mirar. Vaya, siempre habían creído que sus esposas apreciaban mucho

a Milly, se oyó murmurar a alguien.

—¿Apreciarla? ¡Pues claro que la apreciábamos! —exclamaron ellas—. Pero eso nunca nos cegó para…

—Además, sabéis muy bien que ahora es distinto…

—Vosotros mismos admitís que lo que ha ocurrido es algo turbio…

Y la habitación, durante los siguientes diez minutos, fue una babel de diálogos acalorados e inconexos.

Pobres niños, pobres niños, todos tan irascibles y enfadados. Lo único que podía hacer la anciana era seguir allí sentada y escuchar, con las manos temblorosas agarradas a la empuñadura del bastón. Era inútil intentar detenerlos. Tenían que seguir con ello. Dentro de poco la habitación volvería a quedar en silencio y el ruido y la ira habrían sido cosa de ayer, del mes pasado, del año pasado, de hace veinte años, y se desvanecerían para siempre en el silencio. Y entonces, antes de que pudieran darse cuenta, antes de que hubieran tenido tiempo de verdad para pensar, esos pobres niños alterados se quedarían también en silencio y dormirían como dormía Ernest. Era una pena que no se dieran cuenta, y que nadie pudiera hacerles darse cuenta, de que al final no importaría nada lo que Ernest hubiese querido decir ni lo que Milly hubiera hecho y que bien podrían haber sido amables y felices todos juntos esa tarde en particular, como en el resto de sus escasas tardes, y haberse tomado la sopa y los sándwiches en buena compañía. La cocinera de Milly hacía una sopa y unos sándwiches riquísimos. Lástima que se desperdiciase todo de aquella manera, y solo para enfadarse y decir cosas desagradables.

Hizo un gran esfuerzo y, agarrándose con una mano a la repisa de la chimenea y apoyándose fuerte en el bastón con la otra, se levantó de la silla.

Todos se volvieron hacia ella y la miraron sorprendidos. Se habían olvidado de que estaba allí.

—Queridos —balbuceó la anciana sujetando el bastón que temblaba bajo su peso—, quiero irme a casa.

—Por supuesto, madre —dijo Fred, que era el que estaba más cerca. La cogió del brazo y le dio unas palmaditas—. ¿Cansada?

Alec tocó la campanilla.

—Pediré que traigan el coche.

—Ni te había visto, madre —repuso George—. Estabas muy callada.

—Y, por favor… —la señora Bott los miró a todos—, no os peleéis.

—Estamos discutiendo el asunto —replicó su hija mayor, que se había casado bastante tarde y, cuando lo hizo, fue un gran alivio para la anciana porque en un momento dado ya parecía que nunca iba a hacerlo y eso habría sido una pena, porque hasta que una mujer no ha

tenido marido, sostenía, no sabe realmente lo que Dios puede hacer con ella—. Madre —les explicó a los demás, que conocían bien la teoría— siempre piensa que nos estamos peleando cuando discutimos cualquier cosa.

—Y soléis hacerlo, queridos. Y os acaloráis mucho. Mirad qué carita de enfado tenéis. ¿Por qué no os tomáis una buena sopa? Puedo olería al otro lado de la puerta. Os está esperando ya lista en la cocina, seguro, y os sentará bien.

—Madre —siguió explicándoles a todos la hija mayor, aunque también conocían de sobra esta teoría— siempre piensa que todo se puede arreglar con una sopa o una taza de té.

—Y así suele ser, cariño —dijo la anciana, agarrándose al brazo de Fred.

—No es en absoluto una teoría descabellada —repuso el marido de la hija menor, un tal señor Noakes, de la Welsh Widowers' Life Assurance; y la mujer de George estuvo de acuerdo con él—. Vamos a tomarnos esa sopa, Alec, y una copa de jerez, ¿eh?

—Y, queridos míos —continuó la anciana señora Bott, dirigiéndose a todos ellos desde el brazo de Fred—, no tenéis que preocuparos por acoger a Milly porque me gustaría acogerla yo misma, por favor… Acogerla y tratarla con toda consideración, mi querido Walter —añadió con un gesto dirigido a su yerno.

—¿Tú, madre?

La familia la miraba de hito en hito.

—Pero tú no puedes permitirte… —empezó a decir alguien.

—¿No puedo? —interrumpió ella—. Bueno, es posible que no, pero vosotros sí. Podéis contribuir entre todos. A partes iguales. Lo que consideréis suficiente para la pobre Milly. No necesitará mucho, es de poco comer.

Entonces se miraron entre ellos. ¡Vaya, pues claro! La auténtica solución, la única. Y no habría ningún riesgo. Sin estorbar a nadie, arropada, inaccesible a las malas lenguas bajo el manto de afecto y respetabilidad de la anciana… ¿Cómo no se les había ocurrido antes? ¡Mira que madre, a su edad, siguiera siendo la que pensara en todo! Y tampoco tendría que costar mucho, dijo la parte de la familia a la que la señora Bott se refería como «las chicas», tras hacer unos cálculos rápidos; no tendrían que aportar tanto. Los intereses de las mil libras darían para mucho y eran nueve hermanos y hermanas. Si cada uno ponía, digamos, cincuenta libras al año…

¿Cincuenta cada uno? No, no, era demasiado. Con cincuenta cada uno, más las cincuenta de la propia Milly, sumarían quinientas al año y no iba a tener en qué gastárselo.

Treinta cada uno, entonces.

La esposa de George insistió en que deberían ser cincuenta y las demás le dijeron que para ella era muy fácil porque solo tenía un hijo y, por tanto, casi nada en lo que gastar el dinero de George…

Veinte, dijo alguien. Veinte cada uno sería suficiente.

La mujer de George seguía insistiendo en que deberían ser cincuenta y la mujer de Alec dijo que tal vez con treinta…

Al final decidieron que lo mejor sería pagar las cuentas de la casa de su madre, sin más, y dividirlo entre todos.

—¿No necesitará ropa? —preguntó Fred.

¿Ropa? Pero si era viuda y las viudas no necesitan ropa, al menos durante un año, dijeron las esposas. Y después tendría toda la ropa que se había puesto antes. En su opinión, no necesitaría más ropa hasta dentro de muchos años.

—Teniendo en cuenta que es nuestro dinero el que va a mantener a Milly… —empezó a decir Bertie.

—No solo vuestro dinero —repuso su hermana mayor, consciente de que sus hermanas y ella también tenían dinero propio.

La anciana, deseosa de que no hubiera más discusiones, los interrumpió de nuevo:

—Me llevaré a Milly ahora si quiere venir. Sube a buscarla, Alec, querido. Así llegaremos a casa a tiempo para tomar una buena taza de té.

Sin embargo, Alec les informó de que Milly estaba dormida y que había dejado una nota pidiéndoles que fueran tan amables de no molestarla.

—Mira que ser capaz de pegar ojo… —murmuró la esposa de Bertie.

—Pobrecilla, necesita descansar —dijo la anciana señora Bott—. Mañana, entonces —añadió mientras Alec y Fred la acompañaban fuera y la subían con cuidado al coche—. Puedes traerla cuando vayas a la ciudad, Alec.

A la mañana siguiente, no obstante, cuando una delegación de los hermanos fue a Mandeville Park Road para contarle a Milly lo que se había acordado y explicarle que no solo era lo mejor, sino lo único que se podía hacer, y que no podía quedarse allí porque la casa podría venderse en cualquier momento, se encontraron con que se había marchado antes del desayuno y nadie sabía adonde había ¡do.

III

Y es que Milly había pecado.

Durante diez años enteros había estado pecando. Las sospechas de sus cuñadas y la inquietud de sus cuñados estaban más que justificadas: había engañado a los Bott y durante todos esos años le había sido infiel a Ernest.

Había empezado por pura casualidad. Y qué casualidad, al principio, pensó Milly, que ahora echaba la vista atrás con la perspectiva clara y horrorizada de quien ha sido desenmascarada. Qué cosas tan nimias habían hecho que todo comenzara. Cinco minutos antes, cinco minutos después, y nunca habría conocido a Arthur. Un tren perdido, un taxi más lento, incluso una simple pausa para mirar a las palomas en el patio o, en realidad, hasta una leve y decorosa reserva, y se habría salvado. Pero cogió el tren a tiempo, el taxi fue rápido, las palomas no le interesaron y entró; y allí, en el Museo Británico, en la galería donde están los bustos de los emperadores romanos, conoció a Arthur Oswestry y pecaron.

A la larga, claro. Durante mucho tiempo no tuvieron ni idea de que iban a hacerlo. El pecado se acerca a uno arrastrándose, descubrió, y durante mucho tiempo parece algo bueno. Pasaron semanas de encuentros antes de que empezara de verdad —encuentros otra vez en el Museo Británico, luego en la Galería Nacional, en salones de té, en parques e incluso una vez en la Abadía de Westminster, cosa que parecía especialmente inapropiada—, semanas de charla agradable, reconfortante e iluminadora en comparación con las charlas de Titford, y poco después semanas de dudas acompañadas de temblores y sonrojos si la mirada inconsciente de Ernest se posaba en ella más de lo habitual cuando llegaba a casa, y de sobresaltos si le hablaba de repente —ay, qué vil, qué despreciable era ese desdichado asunto del amor, ahora se daba cuenta—, y luego semanas de un creciente deseo de evitar a los Bott y de librarse de sus compromisos, y luego semanas de trémulas reticencias y de punzantes anhelos, y luego semanas de agónicos esfuerzos por cumplir con su deber, de repetidos intentos de mantenerse alejada de Arthur, de no verlo, de olvidarlo, de borrarlo. De hecho, pasó mucho tiempo. Pero al final empezó y entraron en ese

estado de felicidad incierta, de continua espera y continuas expectativas insatisfechas, de sueños maravillosos cuando no estaban juntos y reacciones intensas y lacerantes cuando lo estaban, y siempre terror, terror, terror a ser descubiertos, que es como se vive el amor apasionado. El amor apasionado ilícito, es decir; el amor apasionado que no se siente por el propio marido. En otras palabras, como bien sabía Milly al principio, y una vez más se sintió abrumada al reconocerlo, el Pecado.

¿Quién iba a sospechar, pensó Milly en aquellos días, asombrada por el trastorno de su naturaleza, que sería capaz de amar con pasión? jamás se le habría ocurrido. Tenía entonces treinta y cinco años —y Arthur cuarenta y cinco— y nunca había estado enamorada de ninguna manera, menos aún de forma apasionada —y él tampoco, no especialmente, según decía—. La hermana de Arthur, una buena mujer que vivía con él, había muerto hacía poco y en ese momento se sentía solo, desdichado y apático, y encontró a Milly; su vida había quedado de pronto vacía y pobre y encontró a esa encantadora y cariñosa mujercita, esa personita dulce y reconfortante, sin hijos y rebosante, como pronto descubrió, de un instinto maternal frustrado. Aquel día estaba llorando, además, y él no soportaba ver llorar a nadie; estaba casi pegada al frío busto de Marco Aurelio para que no se le notara y su cálido busto se movía arriba y abajo. Pero él lo notó. Se detuvo a su lado —estaba un poco cojo, ¡y qué ternura despertaría eso en Milly enseguida!— y notó la agitación y el esfuerzo por ocultarla. ¿De dónde sacó el valor este hombre que conocía a tan pocas mujeres, que había vivido tanto tiempo solo con su hermana en un piso de Oxford, donde era profesor de Clásicas en Ebenezer —una vocación para temperamentos tibios y, de hecho, hasta que conoció a Milly nunca había sido muy fogoso—, de dónde sacó el valor para hablar con ella? Pero lo hizo y, al instante, aunque no fue consciente hasta más tarde, se vio metido hasta el cuello en una apasionada aventura amorosa; una apasionada aventura amorosa con la mujer de otro; en otras palabras, en el Pecado.

Comparado con ella, sin embargo, él era mucho menos pecador, pensó Milly mientras echaba la vista atrás, al pasado, con los ojos como platos. El no estaba casado. No traicionaba a nadie. Mientras que ella…

Qué horror. Milly, en la noche del funeral de Ernest, encerrada en su habitación, mientras se suponía que estaba durmiendo de agotamiento y de pena, lo vio claro. Durante más de nueve años —la pasión, y con ella los miedos y el sentimiento de culpa, solo había durado uno— se acostumbró tanto a pecar que no había vuelto a pensar en ello, ni en un sentido ni en otro. Qué horror, qué horror, clamaba el corazón de Milly mientras su cuerpo deambulaba distraído

de un lado a otro de la habitación, haberse acostumbrado a pecar. Pero ahí lo tenía: una rutina, y además muy organizada. Una vez a la semana pasaba la tarde con Arthur en Chelsea, donde él había alquilado un estudio —la oficina de Ernest, y por tanto el propio Ernest, estaba en la ciudad—, y volvía a tiempo para la cena, renovada y feliz. ¿Renovada y feliz? ¿Renovada y feliz porque había traicionado a su marido?

—¿Qué voy a hacer? —exclamó Milly, retorciéndose las manos. Muerto Ernest, ¿cómo iba a compensárselo, cómo iba a lograr el perdón?

Y, sin embargo, así era: volvía renovada y feliz. Porque, tan pronto como Arthur y ella pasaron la etapa del amor apasionado y, por lo tanto, la etapa de estar susceptibles y de ser exigentes y de sentirse culpables, lo cual estropeaba bastante las cosas porque hacía que tuvieran un miedo atroz a ser descubiertos, empezaron a ser muy felices. Se acomodaron, eso es, se acomodaron en el pecado. Qué horror, ahora se daba cuenta. Pero así fue.

Eso, supuso, era lo que había contribuido a cegarla respecto a la verdadera naturaleza de aquellas tardes: el volver renovada y feliz. ¿Podía ser malo —se había preguntado a veces durante el segundo año, y había decidido que no— algo que la hacía ser tan buena? Después de esas tardes con Arthur siempre se mostraba mucho más simpática y afable con Ernest, mucho más entusiasta al darle la razón, al apoyarlo, al disculparse, al hacer promesas, con una especie de radiante buen humor que nada podía oscurecer.

«Qué esposa», suspiraban los hermanos Bott.

«No hay otra como Milly», decía la anciana señora Bott.

Titford la adoraba.

Además, con el tiempo hubo muchísimas tardes así. ¿Podía ser perverso —se preguntaba tras la muerte de Ernest y antes de que el testamento le abriera los ojos, mientras estaba sentada en el dormitorio, inclinada sobre el recuerdo de lo que había hecho y buscando consuelo—, podía ser perverso algo que continuó de manera constante durante tanto tiempo? ¿Acaso el tiempo, si pasaba el suficiente, no terminaba por transmutarlo todo? ¿Acaso hasta la propia jerga de una generación —así vagaban sus pensamientos, ansiosos, para reafirmarse— no se convertía en el lenguaje formal de la siguiente? Habían seguido y seguido, aquellas tardes con Arthur, año tras año, cada vez más seguras, cada vez más plácidas, al final casi ordinarias y mecánicas, de hecho, y él ya era desde hacía mucho solo un amigo, muy querido y muy íntimo —su único amigo, en realidad—; y el acto amoroso —bastante menos frecuente durante el segundo y el tercer año y, en el cuarto, ya una mera rutina afectuosa, una forma bastante elaborada pero tierna de decirse «¿cómo estás?»,

después de lo cual se dedicaban a tomar el té y a charlar de cosas tranquilas, como las excavaciones, que era lo que más le interesaba a Arthur en sus ratos libres—, el acto amoroso al final apenas podía identificarse como tal.

Se alegraban de verse, mucho. Al abrirle la puerta, cuando Milly llegaba, Arthur le decía: «¿Qué tal, querida?», la besaba con afecto y le hablaba sobre su resfriado. Se resfriaba con frecuencia, pues tenía una salud delicada. Y cuando se iba, la acompañaba sin reparos hasta King's Road y le paraba un taxi para Victoria y le recordaba que no se mojase los pies y le preguntaba si tenía cambio suficiente, como si estuvieran felizmente casados.

A Milly le habría parecido insólito, en esos últimos años, considerar pecado esos encuentros tan apacibles.

No, no, eso no era pecar, había seguido asegurándose a sí misma durante los días previos al funeral, mientras los amables Bott, ajenos a todo aquello, le daban palmaditas y le decían lo que podían para consolarla. De esa sencilla felicidad doméstica, al fin y al cabo, se había beneficiado Ernest. Gracias a eso había podido seguir siendo una buena esposa para él. Por extraño que les pareciera a los Bott, a Titford y a todo el mundo, había sido una muy buena esposa para Ernest, y todo por haber sido lo que los Bott, Titford y todo el mundo considerarían una esposa terrible. Esas tranquilas tardes con Arthur le habían dado una serenidad que nada podía alterar, una disposición ilimitada para hacer todo lo que Ernest quisiera. Habían iluminado la casa de Mandeville Park Road como una lámpara; habían calentado su hogar como un buen fuego. ¿No era el amor, entonces, algo bueno para una mujer si la hacía mucho más agradable en todos los sentidos? ¿Acaso el haber tenido un amigo secreto tan querido no había sido un beneficio para Ernest?

Eso había pensado, ayudada por Arthur, durante las primeras semanas de su amor, cuando se sentía culpable y tenía miedo y buscaba justificaciones, y eso siguió diciéndose a sí misma durante los días previos al funeral. Arthur le había explicado al principio la auténtica bondad de la situación, señalándole que tres personas que antes habían sido infelices ahora estaban contentas…

—Pero Ernest no era infeliz —recordaba haber dicho ella.

—En el fondo tenía que serlo —había insistido Arthur—. Tenía que notar que solo cumplías con tu deber y que no había nada de amor en ello. Creo que los hombres siempre lo saben.

—Los maridos no—dijo Milly.

—Seguro que sí —reiteró con suavidad Arthur, que nunca había sido el marido de nadie.

Bueno, tal vez. Tal vez. Milly había accedido poco convencida.

Ernest era tan callado que en realidad nunca se sabía lo que pensaba sobre nada. A veces había dudado de que pensara, excepto en sus negocios, si es que pensaba en algo. Desde luego a ella nunca le hablaba de otra cosa que no fueran sus negocios o asuntos relacionados con la casa y, cuando estaba enfadado con ella, no hablaba, sino que se consumía lentamente. Milly llegó a conocer bien esos enfados. Tenían un efecto muy punitivo, mucho más que si hubiese estallado. Tampoco leía nada, salvo periódicos y revistas, y no le gustaba que ella leyera en su presencia. Sus noches eran siempre iguales: dos sillones, un buen fuego en la chimenea o, en verano, helechos; cada uno en su sillón, él con un periódico y ella con su labor de ganchillo, ambos soñolientos después de cenar. Durante quince años todas las noches habían sido así, menos cuando asistían a una fiesta o la daban en su casa, y cada año ella se ponía un poco más gorda, un poco más pesada, vestida con ropa un poco más cara y, como había pasado otro cumpleaños, con una pulsera más en los brazos cada vez más gruesos o un broche más sobre el pecho cada vez más redondo.

Estaba enjaulada en comodidades. «¿Será suficiente —se decía a veces con inquietud—, cuando Dios, al final, me pregunte a qué he dedicado la vida, señalar a Ernest y decir: "Me he ocupado de que comiera bien"?».

No, no sería suficiente; sabía que no lo sería. Y Milly, al no tener hijos que la mantuvieran ocupada y le procurasen nuevos intereses y nuevas esperanzas a medida que envejecía, tras quince años de noches así, y de días llenos de visitas y de invitados, de recibir o ir a ver a familiares, de oír las mismas cosas una y otra vez, de sonreír con la misma cara y asentir a las mismas afirmaciones, empezaba a sentirse tan insoportablemente sola, tan oprimida por las terribles repeticiones de la vida, que había estado a punto de dejarlo todo, de escandalizar a su mundo y de hacer caer sobre los Bott la vergüenza y la desdicha huyendo junto a su desgraciada hermana —aún no tenía más que treinta y tantos años y no estaba tan gruesa como llegó a estar después —, cuando, en aquel día infausto y sin sentido, conoció a Arthur y él la salvó.

¿La salvó? ¿Con el adulterio? Milly se estremeció al pensar que en algún momento había considerado el adulterio como una salvación. ¡En qué profundo cinismo había caído, con una ligereza que la asombraba, y con qué cómoda satisfacción había permanecido en él durante los largos y tranquilos años antes de que la descubrieran! Solo ahora veía todo aquello como era en realidad; solo ahora, a la aterradora luz de los ojos muertos y acusadores de Ernest.

Era terrible lo que había hecho: engañar y sonreír mientras engañaba; la misma persona a la que engañaba la alimentaba, la vestía

y confiaba en ella; bueno, confiaba en ella hasta hacía dos años, cuando la había descubierto —qué fácil habría sido, teniendo en cuenta lo descuidados que se habían vuelto Arthur y ella—, y, sin embargo, siguió vistiéndola y alimentándola y dejándola sonreír. ¿Por qué, por qué no lo paró todo, la ropa, la comida, la terrible sonrisa engañosa, y la echó y acabó con aquello? Tal vez pensó que también él podía engañarla. Tal vez pensó que podía ser tan vil como ella y, al haber descubierto lo que estaba haciendo, no dijo ni una palabra, no dio ninguna señal, se comportó como de costumbre y aceptó sus ávidas atenciones y su entrega y sus halagos —todo lo que uno corresponde, queda compensado— pero mientras, se reía por dentro, observaba, no decía nada, sabiendo lo que había dispuesto en su testamento.

Ernest comportándose así… Ernest. Y eso también era culpa suya. Lo había convertido en un tremendo canalla, cosa que probablemente no habría sido en absoluto si se le hubiera dejado en paz. Había convertido en una criatura cínica, sarcástica y taimada a alguien que por naturaleza era —siempre lo había dado por hecho— bastante simple y fácil de entender. Y ella, durante los días previos al funeral, desde aquella espantosa tarde en la que Ernest se fue para siempre sin recuperar la consciencia, sin poder siquiera pedirle perdón; ella que se sintió tan abrumada por la idea de que él no sabía nada, y que en todos esos años, por muy difícil que a veces fuera la convivencia en los pequeños detalles, la había amado y había confiado en ella, y había muerto amándola y confiando en ella, se horrorizó al saber que, durante al menos dos años, Ernest no había sentido nada de eso. Pero para Milly lo más extraño y terrible de todo fue que ahora se había dado cuenta de lo perversa que había sido, ahora que la habían descubierto.

Pasó una noche horrorosa. Estaba paralizada al ver que la mañana se le echaba encima y, con ella, inevitablemente, los Bott. Era fundamental, fundamental, que en las pocas horas que le quedaban pensara con claridad y decidiese rápido, y por Dios que no podía. Sin duda los Bott aparecerían justo después del desayuno, rebosantes de afecto y deseosos de ayudar pues no habrían tenido tiempo, se dijo, de sumar dos más dos y adivinar lo que había hecho, y era obvio que había continuado haciéndolo desde dos años atrás cuando Ernest añadió el codicilo —ella, que ya había pasado con mucho los cuarenta, cuya sola figura hacía esa conducta ridicula y repugnante—, pero era cuestión de horas que lo averiguaran.

Le ardía la piel de pura vergüenza. Veía aquel mísero asunto como lo verían los Bott y Titford, que no sabían que todo había empezado diez años antes, cuando ella aún no era una mujer de mediana edad ni estaba tan gorda, y que hacía tiempo que se había convertido en una simple amistad. ¿Cómo iba a enfrentarse a esa familia injuriada, sobre la que había caído la deshonra en dos ocasiones por su culpa, ya que Agatha, que fue la primera en agraviarlos, no podría haberlo hecho si ella, Milly, no la hubiera introducido en la familia al casarse con Ernest? ¿Cómo enfrentarse a ellos sabiendo que, antes de que terminara el día siguiente, estarían pensando cosas de ella que ni siquiera se atrevía a imaginar, cuando en realidad era tan decente, tan seria, tan respetable como habían creído hasta entonces?

Se quedó en medio de la habitación retorciéndose las manos. ¿Arthur había valido la pena? ¿Valía la pena dejar de ser bueno por alguien o por algo en este mundo? «No estoy hecha de la misma pasta que los pecadores —se dijo a sí misma—. ¿Cómo, cómo me he convertido en una?». Y es que ya no era capaz de recordar, perdida en la agitación de su espíritu, la pasión y el asombro del principio y solo podía pensar en Arthur como un hombre mayor que hablaba de excavaciones y estaba resfriado. También, como el hombre que la había metido en ese embrollo. De no haber sido por él…

No; Milly se refrenó. No iba a ser injusta. Más bien tendría que decir: «de no haber sido por ella». ¿Qué podría haber hecho Arthur si ella se hubiera negado a tomar parte? Es la mujer la que marca la pauta, sostenían los Bott y también su círculo, que era el mejor de Titford; y nadie puede vivir durante veinticinco años en el mismo ambiente sin absorber, al menos, un poco de él. Es la mujer, consideraban los Bott, la que tiene el deber de caminar con firmeza por el recto sendero de la virtud y, así, persuadir al hombre, desviado por naturaleza, de que lo recorra también. A veces este no lo hará, admitían los Bott, y entonces el deber de la mujer es continuar sola por ese camino. Lo único que puede hacer en ese caso es rezar por él, pues ella, al haber continuado, es una buena mujer, y él, al haberse desviado, es un mal hombre, y los buenos rezan por los malos. Tal era el credo, a menudo no mencionado, pero siempre implícito, de las esposas y hermanas Bott. ¿Qué pasaría si los malos empezaran a rezar por los buenos?, se había preguntado a veces Milly, pero no se había atrevido a plantearlo en voz alta.

Ay, pero tenían razón, los Bott tenían razón. Deambulaba de un lado a otro en una agonía de aquiescencia y autorrecriminación. Ahora veía cuánta razón tenían. Se había arruinado la vida por haberse apartado de sus normas. Qué fácil habría sido empujar a Arthur a seguirla por el camino de la virtud y el honor. Era una persona delicada, no un donjuán sin escrúpulos; solo tendría que

haberse contenido un poco, y no sonrojarse, y no temblar, y no mostrarse tan feliz cada vez que volvía a verlo. Sabía que se le iluminaba el rostro porque veía un fugaz reflejo de ese brillo en él y, si ella no lo hubiera hecho, él tampoco. La culpa había sido suya. Era ella la que había marcado el paso y él el que la había seguido. Los Bott tenían razón cuando decían, al comentar los raros casos de escándalo que animaban Titford: «Esa mujer tiene que haberlo empujado». Y aunque ella se había rebelado en secreto contra aquel invariable veredicto, y aunque había mantenido, bajo las anuentes sonrisas que había aprendido de su matrimonio con Ernest, el corazón blindado ante esta y otras condenas similares, ahora que el momento del juicio se cernía sobre ella, Milly, aterrorizada y arrepentida, estaba más que dispuesta a aceptarlo, a admitirlo, a humillarse y a declarar que todo lo que había pasado había sido solo culpa suya.

Para su mayor desconcierto, se dio cuenta de que no podía rezar. A ratos, durante la noche, se arrodillaba junto a la cama y lo intentaba, buscaba ayuda fervientemente, buscaba algún rayo de luz en medio de su confusión, pero las palabras no llegaban. Hacía tiempo que, bajo la influencia de Arthur, que no era un hombre dado a la oración, ella misma se había apartado de esa práctica y ahora, cuando necesitaba con tanta urgencia una guía y la clase de sosiego que se obtiene al levantar el corazón, su corazón no se levantaba. Ni una palabra. Se arrodillaba como atontada, aferrándose a las sábanas, y su corazón no se movía de donde estaba. Además, cada vez que lo hacía tenía la terrible sensación de que Ernest estaba allí, muy cerca, mirándola con sorna.

¿Iba a atormentarla? ¿No se había desprendido de él, después de todo? Encogida de rodillas junto a la cama, un bulto de crespón —pues seguía vestida con el costoso traje de luto que la familia había encargado para ella, con la suntuosidad que correspondía a una viuda considerada rica en el momento de pedirlo—, trató de evadirse de esa sensación hundiendo la cara en el edredón y haciendo nuevos intentos por enviar algún tipo de petición de auxilio desde su asustado corazón.

No sirvió de nada. Nada se elevó en su interior; nada se removió siquiera. Su corazón, su mente y su alma seguían inertes en su cuerpo tirado en el suelo, amontonados, le daba la impresión, en una masa desesperada e inconmovible.

Era parte de su castigo, supuso al dejarse caer a un lado hasta quedar sentada con la mejilla apoyada en la cama, el no poder rezar;

era parte de su castigo el sentirse perdida del todo. Estaba perdida en todos los sentidos de la palabra. Los Bott, dentro de unas horas, utilizarían esa misma palabra cuando hablaran de ella; de ella, de la que siempre habían tenido tan buena opinión, lo sabía. Qué taimada debía de haber sido para haberles causado tal impresión de inocencia, cómo debía de haber mentido, cómo había mentido. Estaba empapada de mentiras. Ya en el primer año de su matrimonio se había convertido en una mentirosa deliberada y desde entonces había seguido mintiendo con soltura. Fue cuando Ernest le prohibió, tras la deshonra de Agatha, tanto escribir a su hermana como recibir cartas suyas mientras vivieran; y ella, después de haberse esforzado brevemente por obedecerlo, se dio cuenta de que no podía, porque quería demasiado a Aggie, y, como joven cobarde que era, no se atrevió a decírselo, sino que empezó a enviar y a recibir las cartas prohibidas casi de inmediato y había seguido haciéndolo hasta hacía tan solo una semana, trayéndolas y llevándolas a escondidas con astucia hasta volverse muy hábil en el engaño, a veces incluso se encontraba con Ernest, si este entraba en la habitación de improviso, y continuaba con el rostro sereno mientras en ese mismo instante tenía una carta en el bolsillo.

Para Milly estaba claro que aquellas cartas habían sido las primeras piedras en la gran construcción de engaños que había alcanzado su punto culminante con Arthur y que ahora había caído sobre ella y la había aplastado. «Sabed que os alcanzará vuestro pecado», se le pasó por la cabeza. ¿Era de la Biblia? Sin duda era cierto. Ahí estaba ella, descubierta a los cuarenta y cinco años —infinitamente más terrible que ser descubierta a los veinte—, se había caído, desde el pedestal de afecto y respeto universales en el que la ponen a una a esa edad, al fango; y durante las próximas horas iba a quedar expuesta como la más lamentable y ridicula, sin duda, de todas las pecadoras, una Magdalena entrada en años.

Huir, huir —gritó Milly para sus adentros ante esa intolerable idea, aferrándose a la ropa de cama y poniéndose en pie—, para no volver a verlos a ninguno, para escapar, escapar de ese lugar, de esa casa, de esa habitación en la que Ernest contemplaba con sorna el éxito de su castigo… La habitación entera estaba ocupada por la presencia de Ernest. En vida, él nunca había sido una persona risueña, pero tenía la horrible sensación de que ahora, por fin, se estaba divirtiendo. Ernest, arrastrado a eso por ella, arrastrado a ese perverso regodeo por su maldad…

—Voy a compensarlo. ¡Sí, voy a compensarlo! —jadeó—. De algún modo, algún día…

Pero incluso esta aspiración, al igual que sus esfuerzos por rezar, se le volvió en contra y las palabras, al salir de sus labios en apenas un

sollozo, le parecieron sospechosas, como si tuvieran un doble sentido, como si cualquiera que fuese el Poder que ponía los pensamientos en la mente las considerase apropiadas, tal vez, para su condición de Magdalena. ¿O era Ernest, allí a su lado, el que se burlaba de ella metiéndoselas en la cabeza?

Era espantoso, los fantasmas la perseguían. Presa del pánico, corrió a encender más luces, todas las luces, y luego, recorriendo a toda prisa la habitación, empezó a abrir cajones y a coger las pocas cosas de las que no podía prescindir. Huir antes de que fuera demasiado tarde… Huir antes de que los criados se levantaran y viesen lo que estaba haciendo… Huir antes de que llegaran los Bott y la atrapasen y la obligasen a presentarse ante ellos en la desnudez de sus pecados…

En la penumbra del rellano, dominada por un penetrante olor a madera barnizada, linóleo y cigarros, el reloj de pie sonaba con sus fuertes tictacs en medio del silencio y la tenue luz del nuevo día se colaba apenas por la vidriera de colores cuando, justo después de las cinco, salió con sigilo de su habitación aferrada a una maleta y un bolso. En el bolso llevaba todo el dinero que tenía hasta que consiguiera sus mil libras. No era mucho, menos de cinco libras, pero lo suficiente, pensó Milly, para esconderse en Londres durante un día y una noche hasta que fuese a ver al abogado de Ernest. Eso era lo primero que debía hacer, comprendió, y rápido, para acabar con el pasado y huir junto a Agatha. No era tanto una decisión consciente como un instinto de volver al hogar lo que la empujaba directa hacia Agatha. Se ¡ría con su hermana, que la quería; con su propia carne y sangre. Aggie era la única persona en el mundo que no la juzgaría, que no la condenaría aunque quisiera —y nunca querría—, debido a lo que ella misma había hecho. Con ella estaría a salvo.

Dejó escapar un leve sollozo de anhelo, mientras bajaba las escaleras, para estar a salvo, para salir de todo aquello, para alejarse de todos cuantos tuviesen relación con su pasado y verse entre gente que, excepto Aggie —no tendría secretos para Aggie, le contaría todo con tanta confianza como se lo contaría a Dios—, nunca sabría nada al respecto. Aggie lo entendería; Aggie la querría, la querría sin más y no le importaría nada…

Las escaleras crujían y, cada vez que lo hacían, se paraba a escuchar con el corazón en un puño. Qué extraña y distinta parecía la casa. Cosas que le eran tan familiares como su propio rostro —la escalera de roble, las armaduras en las esquinas, las marinas en sus bellos marcos dorados, las macetas colgantes de terracota con los

helechos—, esos tesoros de Ernest con los que había vivido tanto tiempo y que conocía tan bien, parecían ya fantasmas, agotados, muertos. Se arrastró entre ellos por última vez —ella era lo único vivo en lo que de pronto se había convertido en un mausoleo—, con un cuidado infinito para no hacer ningún ruido, desenganchando con paciencia el largo velo de crespón —parte del atuendo que le habían encargado— de los roblones de las armaduras en los que se le enredaba y, cada vez que la escalera crujía, se paraba y contenía la respiración para escuchar si había movimiento en las habitaciones de los criados mientras el corazón parecía latirle tan fuerte como el tictac del reloj de pie.

Sin embargo, era la hora en que los criados duermen con un sueño más profundo y nadie la oyó marcharse excepto el pomerania de Ernest, que dormía en el estudio y empezó a ladrar cuando Milly llegó al vestíbulo porque, tal vez por un extraño instinto canino, sabía que estaba haciendo algo que no debía. Cuántas veces, si fuera así —se dijo mientras abría temblorosa los cerrojos de la puerta principal—, tendría que haberle ladrado en el pasado. Pero no lo había hecho. Se había mostrado frío y silencioso con ella, olfateando sus zapatos con desconfianza, guardándose sus protestas para ahora de modo que el último sonido que oyó al abandonar para siempre su antigua casa fue un agudo y brusco ladrido.

¿Era una burla? ¿Era afán de venganza por su amo? Se alejó a toda prisa perseguida por ese ruido y, con lo hundida que estaba, le pareció que era la voz de Ernest que, utilizando al perro como portavoz, se despedía de ella de esa forma.

«No puedes escaparte, nunca escaparás», parecían aullar los ladridos a su espalda.

«Sí que puedo… ¡Voy a hacerlo!», gritó en respuesta el corazón de Milly mientras huía por el camino de acceso y salía a la calle.

Hasta que no dobló la esquina, el agudo y persistente ladrido no se desvaneció y dejó el amanecer en paz. Titford dormía. Las persianas estaban bien cerradas y tenía un aspecto de profundo reposo. Nadie vio el sorprendente espectáculo de la señora de Ernest Bott, tan conocida y tan apreciada por ser una mujercita amable y acomodada que nunca causaba problemas, enfundada en su nuevo luto, apurando el paso a un ritmo de lo más inusual y llevando cosas que una persona de su edad y posición no llevaba. Sin embargo, el propio vacío de las calles haría que Milly llamase muchísimo la atención, un borrón negro y redondo en la pálida claridad de la mañana, en el caso de que

alguien hubiera estado espiando detrás de aquellas persianas cerradas y, al aproximarse a la vicaría de San Timoteo, cuyos habitantes, como bien sabía, eran adeptos a las prácticas piadosas a horas extrañas, se cubrió el rostro con el velo de crespón prendido al tocado y se refugió tras él de las posibles miradas de algún cristiano madrugador que se dispusiera a abrir una ventana para que el aire de Dios pudiera entraren sus oraciones.

Le daba calor. Ya estaba acalorada por la carrerilla hasta la verja y el despavorido trayecto por Mandeville Park Road y el velo de crespón le daba aún más calor. Para cuando dejó atrás la zona residencial de Titford, donde en casi todas las casas dormían personas cuyos nombres figuraban en su lista de visitas, y llegó a un camino que conducía hacia al norte, a través de unas cuantas huertas en dirección a Londres, tenía tanto calor que parecía estar derritiéndose. El crespón se le pegaba a la cara. Bajo el velo de luto —por tradición, los Bott vestían a sus viudas durante los primeros seis meses de una forma bastante parecida a la reina Victoria—, pequeñas gotas de sudor le resbalaban por las sienes hasta el cuello de muselina; bajo la gruesa capa todo parecía licuarse.

Pero apenas se daba cuenta. El corazón le martilleaba el pecho, de alivio y del esfuerzo. Cada metro que se interponía entre Titford y ella incrementaba tanto su alivio como su falta de aliento. El dormitorio embrujado de Mandeville Park Road había quedado atrás. Ernest no la había seguido más allá de la puerta del vestíbulo. Había escapado. Y había escapado de la intolerable vergüenza de encontrarse con los Bott. Enseguida, mucho antes de que ellos despertaran, estaría en un tren lleno de obreros desapareciendo en la envolvente privacidad de Londres. Nadie la encontraría durante las escasas horas que pasaría allí. Iría a ver al abogado, recogería sus mil libras —poco versada en las demoras legales, Milly daba por hecho que no tenía más que solicitarlas para que se las dieran— y se desvanecería de inmediato en la oscuridad. Más tarde, cuando tal vez la familia intentara buscarla, aunque era probable que no lo hicieran, seguro que estarían agradecidos de dejarla ir y olvidarla, ya estaría muy lejos de su alcance, de camino a Suiza y a Agatha.

Agatha. Mientras cruzaba a toda prisa las huertas, dando la espalda al pasado y de cara al futuro, Milly se concentró con todas sus fuerzas en Agatha. Si no lo hacía, la imagen de Arthur se interponía y, frente a ella, retrocedía con un escalofrío. No quería pensar en él, no podía. No era momento para pensar en Arthur. Nada más enterarse del accidente de Ernest, Milly empezó a alejarse de Arthur casi como si aquel terrible suceso fuera de algún modo culpa de él; de Arthur, que estaba de vacaciones de Pascua en Roma, vivo y entero en todo caso, aunque no tuviera una salud de hierro, curioseando encantado por las

excavaciones mientras Ernest, el agraviado, yacía destrozado y sin esperanza en la cama en la que iba a morir. Luego, cuando murió, mientras los compasivos Bott la consolaban en aquel dormitorio y aún la consideraban buena, el pensamiento de Arthur, cuando lograba colarse en su mente, la ponía enferma. Su compañero en el pecado, que ahora daría por hecho que tendría que casarse con ella. ¡Casarse! Y bajaba aún más la cabeza, avergonzada. —«Ya está, ya está, pobrecita Milly», decían los Bott dándole palmaditas en el hombro—. Había apartado de sí aquella humillante idea. A eso se reducía el amor al final, por muy espléndida que fuera la llama que ardía al principio: a dar por hecho que el otro tenía que casarse con ella. Que debía hacerlo. Como si dos errores pudieran sumar alguna vez un acierto; como si, en caso de que Arthur y ella se casaran, pudiesen alcanzar alguna vez la felicidad, con Ernest y sus ojos muertos y acusadores entre ambos.

No, no, a partir de ahora solo legitimidad; absoluta honestidad y franqueza y ni rastro, durante el resto de su vida, de disimulos, maquinaciones ni mentiras. Legitimidad, legitimidad… Su espíritu, herido por el repentino castigo que, tarde o temprano —ahora lo veía —, cae sobre una, ansiaba solo la auténtica y sencilla seguridad. Aunque fuese tediosa, la legitimidad era preferible —ahora lo comprendía— a cualquier destello de goce aparente que pudiera generar lo contrario; mientras que, si también significaba amor y la certeza de que una no iba a verse juzgada, ¿qué podrían ofrecer el amor y la necesaria ausencia de juicios que Arthur le proporcionaría? Además, estaba desesperada por contarle a alguien de confianza todo lo que había hecho y, al contarlo, liberarse al menos de parte de la carga. No podía contárselo a Arthur; él ya lo sabía. Al enterarse de la muerte de Ernest y de lo que había dispuesto en su testamento, le diría: «Bueno, ahora debemos casarnos…» y luego le explicaría que temía haber pillado otro resfriado.

Para Milly, Agatha se había convertido en la salvación. Anhelaba estar junto a ella como el sediento anhela el agua; clamaba por ella como el alma del salmista clamaba por Dios. Agatha siempre había significado afecto, lealtad fraternal y recuerdos compartidos de la infancia, pero ahora también era su salvación. Solo Agatha podía cogerla de la mano y sacarla del pantano de vergüenza en el que se hundía, solo ella podía ayudarla a llevar una vida nueva y limpia. Desde aquella apresurada fuga de Mandeville Park Road un cuarto de siglo atrás —qué absurdo, pensó durante mucho tiempo Milly, que después había hecho cosas peores, que Ernest y los Bott armasen tanto alboroto al respecto y, sin embargo, ella también se había horrorizado al principio— no habían vuelto a verse. Sus cartas, sin embargo, tras una leve frialdad inicial por parte de Agatha, molesta por el hecho de

que Milly, tratando aún de obedecer a Ernest, no hubiera respondido a las primeras, poco a poco se hicieron cada vez más cálidas, como es fácil que ocurra cuando quienes las escriben no se ven, y al final se convirtieron, cada vez más necesitadas de desahogo, en auténticas válvulas de escape. Muy pronto, todo lo que movía sus corazones iba quedando vertido en esas cartas, excepto, en el caso de Milly, lo que tenía que ver con Arthur. Sobre aquello no le había escrito; Agatha no sabía de su existencia. Además, como tras los primeros años empezaron a sentirse insatisfechas con las fotografías e instantáneas que les tomaban y les pareció que serían engañosas, dejaron de enviárselas y entonces, al no tener nada en lo que basarse cuando pensaban la una en la otra, salvo lo que se escribían y el recuerdo del aspecto que solían tener, de forma inconsciente empezaron a formarse imágenes cada vez más radiantes y hermosas, y a ellas se dirigían cada vez más en sus cartas.

Esa imagen radiante de Agatha era la que Milly tenía ahora fija en la mente mientras caminaba a toda prisa aferrada a la maleta que parecía hacerse más pesada con cada paso que daba. Hacia ella se dirigía por fin; dentro de unas horas sería realidad y dejaría caer sus pecados a sus pies. Aggie la estrecharía contra su pecho y la comprendería y la querría tanto como siempre, estaba segura, porque Aggie también había pecado, aunque solo, era cierto, durante tres semanas y solo porque no pudo evitarlo. Comparadas con los diez años de Milly, las tres semanas de Aggie eran, por supuesto, una nimiedad, pero aun así le harían más fácil hablarle de Arthur. Al menos no se sorprendería ni podría escandalizarse. Tal vez el pecado de Milly fuera más grande, pero a una escala más pequeña Agatha había hecho lo mismo.

Ella lo entendería todo. Y era la única persona en el mundo —excepto Arthur, que dadas las circunstancias no contaba— con la que Milly estaría a salvo de condenas.

—A salvo de condenas —susurró.

Refugiada en el amor, fuera del alcance de dedos acusadores y miradas huidizas. Suspiró. Tal vez fuera cobarde querer esquivar el castigo, esconderse de él en los brazos de Agatha; tal vez un carácter más fuerte se habría quedado para enfrentarse a los Bott. Pero ese era justo su problema, pensó: era una cobarde. No tenía el valor de actuar conforme a su arrepentimiento ni a sus pecados. No tenía valor para nada. Hasta en los asuntos más insignificantes, en las ocasiones más triviales, ¿no había buscado siempre la salida más fácil, deseando solo evitar lo desagradable? ¿Qué habían sido todos sus gestos de asentimiento y sus sonrisas salvo una versión reducida de lo que estaba haciendo ahora: huir de las miradas de reproche, de la más mínima desaprobación? Más que cualquier otra cosa temía las

discusiones y que alguien con la voz fuerte se enfadara. Sabía que se tomaría, y se había tomado, infinitas molestias para complacer, para tener a todo el mundo contento. Sus discrepancias —y eran muchas— las mantenía en secreto. Sí, era una cobarde. Y una cobarde tan discreta que nadie adivinó jamás la verdadera razón de la afabilidad que la había hecho tan popular en Titford y tan querida para los Bott.

Se detuvo, soltó la maleta un momento y se secó el sudor de la cara. Nadie, pensó, podía ser más vil. Estaba en medio de las huertas, que a esas horas estaban vacías, y se levantó el velo para recuperar el aliento. Tenía mucho calor. Separó los brazos del cuerpo caliente y empapado y alzó el rostro descubierto al aire fresco de la mañana, que parecía correr a su encuentro con un beso. Exquisita frescura y renovación, el mundo entero lavado, pensó Milly con la barbilla hacia el cielo y los ojos hinchados acariciados por el suave roce de una brisa sin prejuicios.

—Qué delicia, qué dulce, qué agradable —susurró, quedándose inmóvil con los ojos cerrados. En verdad la mañana parecía besarla con cariño, «Como si fuera una buena persona», se dijo.

Aún era demasiado temprano para el primer tren y su idea era caminar hacia Londres y coger el primero que pudiera en alguna estación que no fuese Titford. Si por casualidad se cruzaba con un taxi, lo cogería y se dirigiría a Bloomsbury, donde vivió su padre y donde ella había pasado su infancia, pues recordaba que por allí se encontraban muchas casas de huéspedes y en una de ellas, lo más cerca posible del hogar de su juventud, podría quedarse ese día y esa noche, vería al abogado y se marcharía con Agatha a la mañana siguiente. «Cuando haya dormido —pensó mientras recogía la maleta y volvía a ponerse en marcha— y cuando haya comido algo, quizás me sienta distinta».

Pero a pesar de no haber comido nada desde el almuerzo que le habían llevado a su habitación en una bandeja el día anterior, y a pesar de no haber dormido nada, ya parecía tener la mente un poco más clara. Era el cuerpo, sobre todo, lo que en ese momento la hacía sentirse incómoda: tenía mucho calor, le faltaba el aliento y le dolían las manos y los brazos de cargar con la maleta y el bolso. También le dolían los pies y estaba, en general, en una condición física deplorable; lo que resultaba adecuado, se dijo a sí misma, enfadada por sus abundantes y sobrealimentadas carnes, para los rigores de la expiación. Sin embargo, estas mismas incomodidades y dificultades le permitieron liberar la mente, la apartaron por un tiempo de su

angustia y, para cuando llegó a Tulse Hill, se encontraba ya en ese estado de fatiga que impide pensar en nada y te empuja solo a buscar algo donde sentarte.

Lo encontró en la estación.

Una mujer, rodeada de bultos y con un bebé en brazos, se apartó con presteza en el banco de madera y, solícita, le hizo sitio.

—Qué me va a contar, calle —dijo—. Ay, querida. Ay, querida… —Movía la cabeza de un lado a otro, como negando algo que no se había dicho, y acunaba al niño, que estaba llorando.

Era incapaz de apartar los ojos de Milly, que, sentada en el borde del asiento —porque, si no, los pies no le llegaban al suelo—, se aferraba al bolso con las manos enfundadas en sus guantes negros nuevos y los inmaculados puños blancos, mantenía la mirada fija en el trocito de cielo que se veía por la parte superior de la ventana y evitaba mirarla porque ¿quién sabía si no sería alguien de Titford?

«El cielo —pensó aquella mujer, observando respetuosa su abstracción—. En eso está pensando, pobrecilla. Es terrible cómo los peores duelos la regocijan a una».

Fueron entrando algunos obreros y, al fijarse en aquella figura de luto, tan manifiestamente reciente y riguroso, guardaron las pipas y dejaron de hablar. El taquillero, de modales bruscos en general a esas horas, al ver su ventanilla cubierta de negro en vez de al jornalero habitual, se interrumpió cuando iba a lanzarle el billete de un manotazo en el mostrador y, en lugar de eso, se lo tendió con toda cortesía, casi como quien ofrece una condolencia.

Todos parecían compadecerse de ella y estar dispuestos a ayudarla. Cuando, ya en Victoria, quiso cruzar la calle, un policía se adelantó enérgicamente para detener a una carretilla de frutas, ya que no había nada más que detener en ese momento. Cuando llegó caminando hasta la Abadía e intentó entrar —pues pensó que en aquel lugar inmenso y tranquilo, santificado por siglos de oración y misericordioso por siglos de bendiciones, tal vez podría encontrar las palabras que no habían acudido a ella en el horror de su habitación, atormentada por la presencia de Ernest, y elevar por fin una súplica de perdón—, el policía de guardia se deshizo en disculpas y se mostró avergonzado por el hecho de que no estuviera abierta, ya que su función era sin duda ofrecer consuelo a los afligidos. Cuando se acercó a un taxi, que ocupaba perezoso su lugar en una parada vacía como si acabara de despertarse y siguiera bostezando, y le preguntó al conductor —con esa voz suave y humillada que el matrimonio con Ernest le había enseñado a poner, una voz que durante mucho tiempo se había convertido en una segunda naturaleza para ella, que subía un poco al final de las frases como un leve interrogante que sirviera de resquicio por el que poder retirar enseguida lo que había dicho si alguien daba

muestras de desagrado—: «¿Está libre?», el conductor miró apático a su alrededor, sin negarlo, pues sabía que estaba libre, pero con indiferencia, y en cuanto vio su figura con velo se espabiló de inmediato y bajó de un salto para abrirle la puerta y ayudarla a entrar como si fuera no solo gruesa, sino un objeto precioso y la llevó a Bloomsbury con el cuidado de quien está a cargo de una ambulancia.

«Si supieran…», pensó Milly, desconcertada por todo aquello.

No estaba preparada para tanta atención y amabilidad; era lo que menos quería. Apenas se miró en el espejo antes de salir, concentrada solo en alejarse de allí, y no era consciente de su aspecto. Un bulto negro, que se arreglaba el velo con dedos temblorosos, y un rostro blanco como la tiza asomando por entre los pliegues de crespón; eso sí lo vio, pero no le había prestado atención, solo pensaba en la huida. Ahora se daba cuenta de que había sido una insensata. Tendría que haberse marchado con la ropa más vieja y sencilla que tuviera. Es cierto que así habría admitido, frente al abogado, que no tenía derecho moral a vestir como la viuda de Ernest, pero ¿por qué no admitir lo que sin duda él ya sabía? Como de costumbre, estaba recibiendo la amabilidad de todo el mundo por una falsa apariencia. Al igual que en Titford se había escondido detrás de las sonrisas, ahora se escondía detrás del aspecto solemne de un dolor legítimo, engañando a policías y a honestas mujeres casadas, una Magdalena disfrazada de viuda.

Detestable, se dijo, encogiéndose en un rincón del taxi, tratando instintivamente de alejarse de sí misma. Se desharía del luto en cuanto consiguiera el dinero y se compraría ropa corriente con la que nadie la miraría dos veces. No iría a reunirse con Agatha como una viuda. Ese atuendo, junto con el resto de sus hipocresías, tenían que quedarse en Inglaterra. Tal vez debería devolvérselo a los Bott. Al fin y al cabo, era nuevo y pertenecía a la familia que, supuso, pronto recibiría la factura. Sin embargo, enviárselo de vuelta podía suponer algunas complicaciones. A los Bott podría parecerles cínico, una prueba concluyente de su falta de vergüenza cuando abrieran el enorme paquete y descubriesen que solo contenía un montón hueco de ropas de viuda.

Bueno, ya pensaría en ello dentro de un rato, cuando hubiera dormido un poco. Todos esos pensamientos que le daban vueltas en la cabeza se asentarían entonces y se ordenarían por sí mismos, ¿verdad? Sí, seguro que sí; al fin estaría en paz.

—En paz —susurró mientras observaba con ojos soñolientos las calles y los edificios cada vez más familiares.

La invadió entonces el deseo de volver al pasado, a la inocencia, a lo que era antes de convertirse en una Bott. La vida en Bloomsbury había sido maravillosa, o eso le parecía ahora; una época dorada,

magnífica. En sus radiantes calles —porque las recordaba radiantes— Aggie y ella habían jugado con aros que debían de estar hechos de estrellas. De sus misteriosas ventanas iluminadas salía flotando, en las noches de verano, una música que las sacaba de la cama y las hechizaba. En el jardín de la plaza sucedieron cosas maravillosas y los árboles brillaban con frutos mágicos y el aire se estremecía con el batir de extrañas alas. Y más tarde, cuando ya era mayor, pero aún estaba cerca de la belleza, recordó, en el salón de su casa, con las altas ventanas que daban a un balconcito de hierro, a Ernest cortejándola. Ernest, el próspero pretendiente que podía abrir las puertas de la comodidad a su padre trabajador y a su hermana pequeña. Y ella, a la que nunca antes habían cortejado, escuchó embelesada sus palabras de amor y se las creyó todas.

Lo que no sabía entonces, pensó Milly al ver el Museo Británico, cargado de recuerdos de su padre, que había sido bibliotecario allí, y después de Arthur, era que la gente se sobrepone al amor. Era como una enfermedad, se dijo mientras contemplaba el edificio que le era tan familiar, mientras miraba al portero —que le resultaba tan familiar allí en la entrada que parecía que fuese el mismo— y a las palomas, que también parecían las mismas; una enfermedad que seguía su curso. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría con una enfermedad, cuando el amor pasaba uno se sentía peor en lugar de sentirse mejor.

Eso no lo sabía entonces. ¿Cómo iba a saberlo? Tenía solo veinte años, nunca antes había tenido un amor y, por lo que sabía, Ernest era un amor perfecto. Qué extraño recordar su voz ronca de emoción cuando se despidió de ella la noche anterior a la boda y la estrechó entre sus brazos y le dijo que la haría feliz para siempre, para siempre, para siempre; qué extraño recordar que lo decía absolutamente en serio —Ernest, que jamás volvió a decir nada parecido, lo decía en serio—; qué extraño recordar lo segura que se había sentido con las palabras hasta la luna de miel y, luego, veinticinco años aprendiendo cuáles eran las respuestas correctas. Y en esos veinticinco años, porque no había sido capaz de soportar lo poco que se le exigía —parecía tan poco ahora que había terminado, tan poco tiempo en el que podría haber seguido siendo buena—, porque era débil y tonta y se sentía sola, en esos veinticinco años, enroscados como una serpiente escarlata, se escondían sus diez años de pecado.

Milly se recompuso. Aunque llevara una eternidad sin comer ni dormir, no debía permitirse exagerar demasiado, pensó. Esa palabra, «escarlata». Puede que tuviera algún tipo de justificación para comparar su larga y plácida relación con Arthur con una serpiente, ya que había sido un cúmulo de engaños y traiciones, pero no había tenido nada de escarlata. Era probable que Ernest hubiese utilizado

esa palabra, al pensar en ello furioso como corresponde a los agraviados que desconocen el fondo del asunto; y los Bott, familiarizados con el Apocalipsis, en su justa ira pronto hablarían sin duda de la «mujer escarlata». Pero ella, que conocía los detalles de aquellas tardes, no podía. Años atrás tal vez sí, solo al principio; aquel principio intenso como una llama…

Miró por la ventanilla, con los labios apretados para evitar que le temblasen, mientras recordaba el comienzo de su relación, y el terror y el asombro y la calidez que lo acompañaron. ¿Eran cálidos todos los comienzos? ¿Eran todos los finales sombríos y tristes? Incluso Ernest había sido cálido al principio, cuando le prometió hacerla feliz para siempre. Ahora estaba muerto y no la había hecho feliz, ni ella no lo había hecho feliz a él, y todo había terminado y ahí estaba, de vuelta al lugar de su juventud, sola, entrada en años, deshonrada, pobre, sin nada en absoluto excepto lo que aún pudiera salvarse de su alma condenada.

Sí… Y Aggie. Aggie seguía allí, seguía viva. Mientras tuviera a Aggie, ¿cómo podía decir que lo había perdido todo?

—Mi querida hermana —susurró, relajando los labios.

Su queridísima hermana pequeña; pequeña solo porque era más joven y Milly había desarrollado un sentimiento maternal hacia ella al haberla acogido en su casa cuando se casó y todo eso, pero en realidad le sacaba una cabeza y era una criatura alta y delgada, con los ojos y las mejillas radiantes aquel día en el que Milly volvió de su luna de miel y se la encontró en las escaleras de Mandeville Park Road para darle la bienvenida. Parecía una flor fresca a pesar del luto que llevaba por su padre. Milly había abrazado aquel cuerpo joven y electrizante, la había estrechado contra su pecho y le había susurrado, mientras la llenaba de besos, que iba a cuidar mucho de ella. Y así lo hizo hasta el día en que, tres meses más tarde, sin una palabra de advertencia, Agatha se fugó en mitad de la noche y dejó horrorizada a Milly, que entonces aún no se había dado cuenta de que a veces la gente hace cosas así, incluso cuando se trata de tu propia hermana.

De haber llevado diez libras en el monedero, y no poco más de cuatro, se habría ¡do directamente a buscar a Agatha, sin pasar antes a ver al abogado por el asunto del dinero, que podría enviarle más adelante; pero Agatha vivía en una región casi inaccesible y Milly estaba segura de que llegar allí le costaría más de lo que tenía. No obstante, tal vez fuera mejor que no pudiera marcharse ese mismo día, se dijo mientras se escurría en el rincón del taxi, pues ahora estaba muy cansada, exhausta después de la larga y apresurada caminata hasta Tulse Hill. Le gustaría dormir en condiciones antes de ver a Aggie y contárselo todo; sentía que no podía soportar más emociones ni hacer más esfuerzos hasta que no durmiera. Si pudiese encontrar

una habitación tranquila y dormir, primero dormir, y luego, cuando hubiera dormido, comer algo, vería las cosas con mayor claridad y pensaría mejor. Tal y como estaba en ese momento, pensó Milly mientras miraba por la ventanilla con los ojos empañados, no era capaz de pensar correctamente. Tenía la mente y el corazón confusos y ambos le pesaban y le dolían, atemorizados…

Pidió al taxista que se detuviera en la esquina de Russell Square. Desde allí seguiría caminando y, en la primera casa donde alquilasen habitaciones, cogería una, si era lo bastante barata, y se encerraría a dormir en ella.

Russell Square no parecía querer huéspedes; al menos, no vio señal alguna que lo indicase y siguió hasta Woburn Place, donde se quedó un momento contemplando la iglesia en la que se había casado. Desde allí se dirigió a la plaza en la que había vivido su padre, una de las más humildes, pues, aunque inteligente, fue un hombre pobre, y se le ocurrió que, si encontrase una habitación en esa plaza, dormiría con un sueño más profundo y reparador que en cualquier otra.

Su antiguo hogar estaba en la esquina más apartada y, antes de ponerse a hacer averiguaciones, a pesar del cansancio y del dolor de pies, decidió ir a echar un vistazo a las ventanas y, al acercarse, vio un letrero en la verja.

El corazón le dio un vuelco. Apretó el paso. Era probable que solo fuera el anuncio de una escuela o de alguna institución. Cogió el bolso y la maleta con una mano y con la otra, impaciente, se levantó el velo para ver mejor. Las letras de la primera línea eran grandes y doradas y brillaban al sol, de modo que un par de metros después pudo leer:

como en casa
se alquilan habitaciones

Y tras avanzar uno o dos metros hacia delante distinguió las letras más pequeñas de las líneas siguientes, que estaban dispuestas así:

todas las comodidades
solo mujeres
no se admiten caballeros ni perros
habitaciones individuales

Milly se quedó de piedra. Qué maravilla. Qué providencial. ¿No le

daría paz volver a la mismísima casa de su feliz juventud? ¿No sería ese el mejor sitio para esconderse, para descansar, para tranquilizarse y tal vez para rezar? Porque era en verdad extraordinario, pensó, teniendo en cuenta el tiempo que había dejado de lado las oraciones, lo mucho que le preocupaba no poder articular ninguna.

La puerta estaba abierta ya que era el momento del día que se aprovechaba para ventilar, y subió aquellos familiares escalones. La última vez que los había pisado fue al bajarlos vestida de novia para casarse con Ernest. Su padre murió de forma repentina mientras ella estaba de luna de miel y Agatha, a la que habían telegrafiado, ya se encontraba en Titford con todas sus pertenencias para cuando regresaron, de modo que no había vuelto a entrar en la casa. No, ni siquiera había ¡do a verla desde que Arthur llegó a su vida y la tranquilizó. Antes de él, a veces iba en peregrinación nostálgica al escenario de su juventud, pero ya hacía más de diez años que no pasaba por allí y la última vez seguía siendo una casa particular.

Ahora, justo a tiempo para ella, tenía las puertas abiertas. ¿Existía algo que la guiaba, después de todo? Y estaba esa otra extraña coincidencia: que Agatha hubiese enviudado tres meses antes que ella; que sus maridos, que habían parecido tan permanentes, hubieran desaparecido casi al mismo tiempo, dando pie a la oportunidad para el reencuentro con su hermana, para que retomaran su vida juntas en el punto en el que con tanta crueldad se había interrumpido. ¿No parecía haber una mano que intervenía en todo aquello?

Milly alargó la suya para tocar el timbre del mostrador, pero la gobernanta —la dueña de la casa de huéspedes se llamaba a sí misma «gobernanta», como para sugerir que tras ella había una junta solemne de caballeros a los que podía recurrir cuando necesitara apoyo—, que la había estado observando desde el fondo, donde estaba vigilando a una criada que tenía la costumbre de sentarse en cuanto nadie la miraba, se adelantó corriendo y, de acuerdo con su principio de hacer que todas sus inquilinas o posibles inquilinas la considerasen una amiga especial, le estrechó las manos y exclamó compasiva, mientras echaba un rápido vistazo a la enlutada figura:

—¡Pobre! ¡Pobrecilla!

—¿Podría… alquilar una habitación? —preguntó Milly con voz tímida, ya que por un momento había vuelto a olvidar su aspecto y aquella actitud la abrumó otra vez.

—¿Una habitación? Por supuesto que sí. Cincuenta si quiere —repuso entusiasmada la gobernanta—. Jamás rechazaría ni a un perro si el animalito acabara de perder a su…

Pero se interrumpió y, tras quitarle a Milly la maleta de las manos, la condujo enseguida al comedor, porque —la gobernanta se preciaba de calar con rapidez a sus huéspedes y esa nueva inquilina le pareció

el tipo de persona que necesitaba que decidiesen por ella— hasta que no estuviera instalada en el comedor y la puerta cerrada, podría volver a marcharse. La competencia era feroz, y las viudas opulentas escasas, y una tenía que ser rápida y adelantarse, aunque solo fuera para salvar a las damas de las codiciosas garras de los vecinos.

—Sería muy poco tiempo —titubeó Milly, encogiéndose por la impresión que le causó el viejo comedor, que tan bien conocía, combinado con esa nueva autoridad de mirada ávida que dominaba en él.

—El tiempo que sea, mucho o poco —replicó la gobernanta mientras acercaba un sillón y hacía que Milly se sentara en él y luego, con rápidos movimientos, limpiaba una mesa de lo que parecían los restos de la cena de alguien—. Pero me atrevería a apostar, si alguna vez hiciera tal cosa, que por supuesto no lo hago, que será mucho, señora…

—Bott.

—Bott. Mis amigas… Siempre considero amigas a las damas que se hospedan aquí, y no se admiten caballeros ni perros, como habrá visto en el letrero de fuera, porque solo traen problemas. Sí, ¿no le parece? —añadió. Luego hizo una pausa para mirar compasiva a Milly—. Me refiero a los caballeros, por supuesto, aunque los perros también son un fastidio tremendo. Pero bueno, no vamos a hablar de eso ahora, ¿verdad? —continuó mientras llevaba al aparador lo que había recogido de la mesa—. Ya me lo contará todo más adelante, ¿verdad, señora Bott? Mientras tanto no seremos morbosas, no debemos ceder a eso, ¿verdad? Se lo debemos a nuestros seres queridos, ¿no?, no caer en eso. Lo que usted necesita ahora, está claro, es desayunar. ¿No es así? Porque no puede haber desayunado todavía y todo cambia cuando una come algo. Sí… Como le decía, mis amigas, las damas que se alojan aquí, nunca quieren irse. Esto es un hogar, señora Bott. Un verdadero hogar. Comodidades, habitaciones individuales…

No, pensó Milly, allí no; no podría soportar quedarse en ese lugar.

—Supongo que el precio… —empezó a decir tímidamente—. No puedo permitirme…

¿Precio? ¿Permitirse? A la gobernanta le pareció que el ánimo implícito en aquellas palabras era impropio del desembolso que sin duda se había hecho en la ropa de su nueva huésped.

Las ignoró.

—Ahora no tiene que preocuparse por nada, querida. —Y sonrió tan decidida que a Milly se le cayó el alma a los pies—.

Piense solo que ya está en casa. Hablaremos de dinero, si quiere, cuando haya desayunado. Fui enfermera voluntaria durante la guerra y sé muy bien que el desayuno es lo primero.

La mujer se apresuró a salir del comedor mientras llamaba a la criada y, al no obtener respuesta, porque se había retirado al sótano, donde estaba sentada, fue por el pasillo hasta la escalera de servicio.

Qué bien conocía Milly ese pasillo y la escalera trasera escondida en un recodo al final. Se levantó a toda prisa, muy roja y avergonzada, y se escabulló en dirección a la entrada, recogiendo su maleta por el camino. Tenía que salir de allí. No podía quedarse. ¿Qué absurda idea sentimental de encontrar consuelo en el pasado la había hecho entrar? Como si la felicidad pasada pudiera reconfortarla, ¡como si pudiera hacer algo más que herirla! Escapar, escapar, pensó, como lo había hecho la noche anterior en su dormitorio; escapar mientras aún tuviera tiempo…

Salió de puntillas —se dio cuenta, para su vergüenza, de que se estaba volviendo una experta en eso de salir de los sitios de puntillas — y encontró la puerta principal todavía abierta, pues en la casa tenían costumbre de ventilar durante media hora. Ya estaba a punto de cruzar el umbral y huir, con la dignidad que pudiese, hacia la esquina más cercana cuando la gobernanta, que había bajado al sótano, advertida por algún tipo de instinto de que algo no iba bien en el vestíbulo, reapareció de repente.

—¡Pero bueno, señora Bott! —exclamó.

Era absurdo. Era ridículo preocuparse por lo que pensara esa extraña mujer. Sin embargo, Milly se sintió tan avergonzada como una niña traviesa a la que hubieran sorprendido haciendo algo malo. ¿Por qué no podía decir, por qué no había sido capaz de decir ya en el comedor, que no le gustaba la casa y marcharse sin más? ¿Por qué tenía que quedarse siempre callada, frente a personas decididas, y dar la falsa impresión de que podían hacer lo que quisieran con ella para luego tener que salir del atolladero con engaños?

Roja y con cara de boba, volvió a dar unos pasos hacia el interior del vestíbulo.

—Me temo que…

La gobernanta tenía toda clase de sospechas. ¿Era aquella la última artimaña para robar y llevaba en ese momento los bolsillos de crespón llenos de cucharas? ¿O se trataba de otra de esas ricachonas indecisas que no sabían ni el dinero que tenían ni cómo se debía tratar a la dueña de una casa y se marchaban sin dar siquiera los buenos días? Tenía experiencia con la cara más sórdida de los huéspedes y había aprendido a ser muy firme al tratar con ellos; de hecho, si en su profesión una no era firme, el negocio se hundía y se moría de hambre. Fuera lo que fuese aquella mujer, ladrona o maleducada, no iba a permitirle que se fuera de esa manera y, como bien sabía que nunca se perdía nada por ser diplomática, le dijo, casi con la misma ternura y simpatía que antes, a pesar de sus aciagas sospechas:

—¿Se teme? Pobre señora Bott. Mi pobre y querida señora Bott, aquí no tiene nada que temer. Además, acabo de pedirle un buen café caliente y un huevo escalfado con tostadas.

—Es que he pensado… —trató de excusarse otra vez Milly.

—Ya lo sé, ya lo sé —la interrumpió la otra, que volvió a quitarle la maleta de las manos con decisión—. Pero no debe hacerlo, de verdad que no. No es bueno darle tantas vueltas… Eso solo lo empeora todo.

—Estaba pensando en marcharme —dijo Milly al fin, haciendo un esfuerzo.

—¡Marcharse! —repitió la gobernanta con tono de asombro—. ¿De dónde?

—De aquí.

—Pero si acaba de llegar.

—Sí, pero…

—Pobrecilla. —Volvió a adoptar un tono tranquilizador—. Está tan confusa que no sabe lo que quiere. Pero yo sí lo sé: desayunar. ¡Gladys! —gritó por el pasillo—. ¡Date prisa, sube ese desayuno de inmediato! Cuando haya desayunado —añadió, volviéndose de nuevo hacia Milly y cogiéndola del brazo—, podrá marcharse tranquila. Aunque me atrevería a apostar, si fuera la clase de persona que apuesta, que por supuesto no lo soy, que no lo hará. No de buena gana. Nadie se ha marchado de aquí de buena gana jamás. Todas quieren quedarse. Detestan tener que irse. Es un hogar, ya lo ve, señora Bott. ¿Qué le parece —sugirió entonces alegremente— si, mientras espera ese desayuno, sube a quitarse el velo y a refrescarse los ojos con un poco de agua fría? Sí, ya sé lo que voy a hacer: pediré que le suban el desayuno a su habitación y así podrá descansar y tal vez meterse en la cama y dormir un buen rato.

Una mujer extraordinaria, pensó Milly; y en verdad parecía entender lo que una más necesitaba en cada momento. Ojalá tuviera ella una décima parte de esa determinación.

Se rindió. Desayunar y dormir. Después, cuando de ese modo hubiera recuperado la lucidez y el coraje, aún podía irse. Nadie podía obligarla a quedarse allí, pero mientras tanto no valía la pena discutir.

Se vio conducida arriba por la familiar escalera, cubierta ahora por un cuidado linóleo en lugar de la vieja y raída alfombra de su juventud, pasando por el salón del primer piso y hasta el siguiente rellano, donde solían estar su dormitorio y el de Agatha.

—No, ahí no —susurró la gobernanta apartándola un poco, pues se había detenido por instinto ante la puerta cerrada que una vez había sido suya—. Esa está ocupada. Anoche llegó una señora, de madrugada en realidad, pero yo nunca doy la espalda a nadie. Una

viuda también, me temo. Ay, querida, qué mundo más triste, ¿verdad? Supongo que seguirá dormida, la pobre. ¿Le falta el aliento? Las escaleras son bastante empinadas. Queda solo otro tramito de nada, en este piso ya no hay habitaciones libres, pero arriba… Y es una suerte, porque suelo tener la casa llena. Siéntese un momento, entonces. Sí, sí, ya veo que no está en condiciones, pobre señora Bott. Shhh, no deberíamos hablar aquí, mi nueva amiga está durmiendo…

Milly, ayudada por la compasiva gobernanta, se dejó caer en una silla del pequeño rellano. Se había quedado sin aliento en esas mismas escaleras que antes subía volando de dos en dos, casi siempre perseguida por Agatha para pellizcarle las piernas. Junto a la puerta de lo que era su antiguo dormitorio había un par de botas negras, desgastadas en el tacón y tan arrugadas que parecían fruncir el ceño, y sobre el felpudo, esperando a la huésped que dormía dentro, una pequeña y maltrecha botella marrón de agua caliente.

La gobernanta, con un dedo en los labios por si a Milly —que hasta entonces apenas había pronunciado una frase entera y era evidente que estaba sin aliento— le daba por empezar a hablar y, tal vez, por hacer tan poco honor a su ropa como para preguntar lo que iba a costar la habitación antes de que la metiera en ella y la hubiera usado, se puso delante de las botas y de la botella, ninguna de las cuales dejaba en buen lugar a su establecimiento, en su opinión, y mientras estaba así, y Milly seguía jadeando en la silla, ambas en silencio, la puerta del dormitorio se abrió y la inquilina apareció en busca del agua caliente.

La gobernanta se apartó de un salto y su huésped, sorprendida de encontrarse a dos personas donde esperaba un rellano vacío —por el silencio que se había hecho tras la chachara que llevaba diez minutos molestándola—, se quedó mirándolas fijamente un momento.

Milly le devolvió la mirada con la boca un poco abierta. Se miraron a los ojos.

Era una mujer alta y huesuda, con el pelo ralo y canoso recogido en lo alto de la cabeza, ya preparado para lavarse la cara, con muchas arrugas y rasgos duros; un rostro descolorido, ajado por la exposición, según su aspecto, a vientos y lluvias fuertes. Llevaba los hombros tapados con una combinación que se había echado sobre el camisón de franela.

—¡Ay, querida…! —exclamó la gobernanta, pero no con tanto énfasis, ni mucho menos, como el que solía emplear con Milly. Por las botas. Aquellas botas. Con la escasa luz de esa llegada tan tardía la noche anterior, no se había fijado en ellas—. Lo siento, la hemos despertado. Y yo que quería que descansara usted bien.

La inquilina no dijo nada porque estaba mirando a Milly, que también la miraba a ella. Luego se agachó y, sin decir nada, cogió la

botella y cerró la puerta.

Milly se removió incómoda en la silla, con la mirada fija en la puerta cerrada. Qué mujer tan lúgubre. Y esa forma de mirarla.

como si fuese un fantasma…

—¿Ha descansado? —le preguntó la gobernanta con su alegre sonrisa, pues aunque esta inquilina fuera una impostora y tratara de huir con las cucharas —¡ría a contarlas en cuanto estuviera libre—, tenía el aspecto de esa clase de huéspedes de las que una se enorgullece, con su hermoso y caro vestido de luto y sus flamantes zapatos nuevos de charol—. ¿Seguimos?

Milly la miró un poco desconcertada, tratando de ordenar sus pensamientos. Se había olvidado de ella. Sí, suponía que podía seguir subiendo, le dijo algo aturdida. «Para mí —pensó la gobernanta—, que no está muy en sus cabales».

Y así, ayudada por la firme mano que la sujetaba del codo, Milly siguió subiendo y ni Agatha ni ella supieron que, después de veinticinco años, acababan de reencontrarse.

IV

La razón de que Agatha viviera en Suiza era que se había casado con un suizo.

En opinión de los Bott —opinión que durante muchos años no volvió a discutirse y, sin embargo, perduraba con total claridad en su mente—, ella había hecho caer el escándalo sobre la familia, la vergüenza sobre Milly y la ruina sobre sí misma al fugarse en circunstancias especialmente indecorosas. Es cierto que, cuando Ernest murió, ya había pasado muchísimo tiempo desde aquello, pero eso no suponía ninguna diferencia para ellos, que no toleraban ningún tipo de escándalo público, y ese, que fue muy público —llegó incluso a los periódicos locales— no estaba olvidado ni perdonado. Una inmoralidad intolerable combinada con una ingratitud flagrante que incluso salió en los periódicos locales, ¿quién perdonaría eso? Pensaban que, aunque lograran perdonarlo, no podrían olvidarlo. Y no lo hicieron; no lo habían hecho.

Acogida en casa de Ernest tras la muerte de su padre como cuñada huérfana y sin un penique, recibida con cariño y hospitalidad y sin una palabra de reproche a pesar de que no tiene nada de divertido para un hombre despertar de su luna de miel y descubrir que ha de mantener a dos mujeres en lugar de a una, solo tres meses después la hermana de Milly reveló de qué pasta tan deplorable estaba hecha al salir por una ventana en mitad de la noche para huir con un suizo. Un suizo, fíjate, se decían los indignados Bott unos a otros, que, si alguna vez habían pensado en los suizos —casi nunca—, fue solo en relación con los relojes, los Alpes y los camareros.

Eso ya era bastante malo en sí mismo, sin duda, sin que se le añadiera nada más. Pero es que se le añadió otra cosa: pronto se supo —y esto, aunque no salió en los periódicos locales, se susurraba en los salones— que al principio habían vivido juntos sin estar casados. Milly, al parecer, trató de explicarle a Ernest, que muy acertado se negó a discutir el asunto y le pidió que excluyese a su hermana de su vida de una vez por todas, que no era culpa de Agatha, sino que se debía a un retraso inesperado a causa de las diferentes nacionalidades. ¡Como si eso pudiera excusar la inmoralidad! ¿Y para qué eran los

retrasos, sino para esperar? Después de tres semanas de deshonra, según supieron los Bott, y también todo Titford, pudieron legalizar su situación y entonces la muchacha se fue con el que había sido su amante —se encogían ante esa palabra, pero la pronunciaron— y que ahora parecía que era su marido, a Suiza, donde, se les dio a entender, y los Bott recibieron en un silencio conmocionado la gota que colmaba el vaso, regentaba un hotel.

No pudieron superarlo. Nunca lo habían superado. Por muy amables y cariñosos que fuesen con Milly, devotos como lo fueron después la mayoría de los Bott, en el fondo seguían recordando lo que había hecho su hermana. Era inútil tratar de borrar a Agatha de su mente; solo conseguían borrarla de sus conversaciones. Un hotelero como cuñado de Ernest. Un hombre que se inclinaba ante la gente en el umbral de la puerta y se frotaba las manos. El que te daba la factura al marcharte para que le pagases. ¡Menudo personaje con el que acabar mezclados! Jamás se había colado en su familia ningún parentesco así ni nada que se le pareciese. Los Alpes se convirtieron en un tema espinoso para ellos. La palabra «hotel» los hacía sobresaltarse. Cuando iban a Italia, lo hacían por la ruta de Mont Genis y Modane.

Cuando Le Bon —ellos decían que más que «el Bueno» debería llamarse «el Malo, Le Mauvais»—, un hombre cordial, que quería llevarse bien con ellos y que vestía con chaqueta negra satinada y corbata blanca incluso en el desayuno, al principio los invitó a visitarlos y quedarse en su hotel el tiempo que quisieran de forma gratuita, lo consideraron el peor de los insultos y lo ignoraron. Cuando al principio Agatha escribió a Ernest cartas de disculpa, afectuosas incluso, ya que en el momento de su deshonra solo tenía diecinueve años y era optimista, este no solo las ignoró, sino que prohibió a Milly que les prestara atención, ni entonces ni durante el resto de sus días. Y cuando Le Bon murió, cosa que hizo en brazos de su esposa —un lugar del que rara vez había salido y del que no le disgustó, después de veinticinco años, tener la oportunidad de partir, pues *la bonne* Agathe, como él la llamaba, era tan enérgica, *d'une énergie formidable*, pensaba a veces con un suspiro, él que últimamente se sentía tan cansado de la aspereza de la vida y se daba cuenta, ya a punto de dejarla, de los pocos placeres que le había proporcionado—, cuando al fin murió, los Bott no supieron que ese individuo, como se referían a él para sus adentros, había dejado de existir.

Milly no se lo contó. Decírselo habría puesto de manifiesto su propia desobediencia y su engaño constante. Además, era innombrable. Milly no quería ni imaginarse la cara que pondría Ernest si de repente le mencionaba a Le Bon. Se lo contó a Arthur y este dijo, muy correcto y sin ningún interés: «Pobre hombre». Después de eso, excepto en las cartas de Agatha, Le Bon pareció haber desaparecido

para siempre.

Y, sin embargo, en las cartas de Agatha, con qué extraño esplendor empezó a brillar. Desde el principio escribía esas cartas esforzándose por reflejar una satisfacción casi exagerada con su matrimonio, de modo que Milly sabía bien que Aggie había amado a su suizo y había sido feliz con él, pero no se había dado cuenta de lo inmensos que habían sido ese amor y esa felicidad hasta que leyó las cartas escritas después de su muerte. Qué pálidas parecían sus condolencias y sus palabras de apoyo ofrecidas a un dolor tan ardiente. Las cartas de Agatha, durante aquellos veinticinco años, siempre habían sido románticas y tendían a regodearse en los prados suizos y las montañas y la luna y ese tipo de cosas que se sienten alrededor cuando se camina de la mano del amor, pero entonces se empaparon de poesía. Parecía haber leído mucha y siempre tenía en mente algún verso para expresar lo que quería. Arthur y Milly también habían leído mucho juntos durante aquellas tranquilas tardes de pecado, pero ella nunca la había incluido en sus cartas; no en forma de cita, es decir, escribiendo un verso tras otro. Las cartas de Agatha, tras la muerte de su marido, estaban tan llenas de poesía que era difícil distinguir dónde acababan los versos y empezaban sus palabras. Ya casi no hablaba de sí misma. Todo se convertía en una apasionada aplicación de los grandes pensamientos de los poetas a Le Bon. Shelley, Tennyson, Matthew Arnold… De todos sacaba Agatha material para sus elegías y todos ellos, según aseguraba, debieron de tener a Le Bon en mente al escribir sus obras, como una profecía. Lo describían a él.

Milly estaba maravillada. Aquellas cartas *post mortem* la conmovían en lo más hondo. Eso era amor. El amor real, abrasador. Hasta los propios sobres, ribeteados de luto, parecían abrasarle los dedos con un fuego negro. ¡Y que todo eso lo hubiese inspirado un suizo! Milly no podía sobreponerse a aquello. Salvo al principio de su relación con Arthur, nunca había sentido lo que Agatha parecía sentir cada día como algo natural; comparada con la sangre cálida y palpitante que corría por las venas de Agatha, Milly se daba cuenta de que la suya no era más que leche. «Es maravilloso cuánto quería Aggie a su marido», le dijo a Arthur una tarde cuando llegó a su encuentro nada más leer una de esas cartas. Y Arthur, muy correcto y sin ningún interés en absoluto, volvió a contestar: «Pobre hombre».

Agatha nunca había escrito tantas cartas a Milly como Milly a Agatha, pero la infrecuencia se compensaba con una extensión desorbitada: eran tan largas como era posible sin tener que poner otro sello. Tras la muerte de Le Bon se hicieron aún más infrecuentes y una o dos veces llegaron incluso sin franquear, de modo que Milly se imaginaba lo distraída que debía de estar la pobre Aggie. Sin embargo, qué magnífica era a pesar de su distracción, cómo mantenía

el hotel a pesar de la carga de su dolor, seguía adelante como Gastón, según le escribía, habría deseado, incluso se lanzó a nuevas empresas y lo abrió, durante lo que quedaba de invierno, como un complejo de esquí. Tal determinación merecía el éxito; y el éxito y la felicidad, reflexionó Milly con orgullo, pero también con nostalgia, habían acompañado los pasos de Aggie desde el momento en que esta había tomado las riendas de su propia vida y había huido de casa de Ernest; el éxito y la felicidad que aguardan a quienes se atreven, a quienes desafían, a quienes van directamente a por lo que quieren y no se quedan sentadas en casa sonriendo nerviosas a un marido.

Aun así, en aquel momento, unas semanas antes de la muerte de Ernest y sin tener la menor idea de que la había descubierto, Milly no estaba triste, en realidad; de hecho, estaba bastante contenta con las cosas tal y como estaban, disfrutaba de su popularidad en Titford y del afecto de los Bott y, desconocida para todos, eso creía, de la devoción de Arthur.

¿O era, se preguntaba a veces, su devoción por él lo que disfrutaba?

Bueno, tal vez. No importaba. Mientras hubiera devoción, pensó Milly al mirar con ojos tiernos —seguían siendo tiernos, a pesar de esa vida de pecado— y aire maternal a Arthur, que bebía té a sorbitos y se calentaba las magras manos con la taza, mientras hubiera devoción, después de diez años de intimidad, ¿qué importaba de quién fuera?

Y, desde luego, tenía razón en cuanto a la determinación de Agatha. Agatha era todo determinación. Tenía tanta que, durante todo un cuarto de siglo, fue capaz de evitar en sus cartas cualquier palabra que no exhalase pura satisfacción y felicidad. Porque, desde la primera, había apretado los dientes y se había propuesto que ni Milly, su acomodada y pudiente hermana, ni los injustos y hostiles Bott a cuya familia ahora pertenecía, supieran nunca que estaba siendo castigada.

Sí, la vida la estaba castigando, sin duda, y los Bott, que creían en la justicia, se habrían alegrado de oírlo, aunque también era cierto que su matrimonio fue un éxito. Un éxito, en fin, en todos los sentidos menos en uno, pero ese sentido era tan importante que su ausencia acabó llevándose a Le Bon a la tumba de pura inanición y angustia y dejó a Agatha en los huesos. Porque tiene que haber dinero; tiene que haber algo de dinero en alguna parte para que un hombre esté tranquilo y su mujer no se convierta en un saco de huesos. Le Bon, bondadoso e incompetente, que por naturaleza era más feliz en la

tranquilidad y la anteponía a todo —*la tranquillité avant tout*, solía decirse a sí mismo en los primeros tiempos de su matrimonio, antes de pasar tanta hambre, cuando Agatha había insistido en reafirmar con tono de reproche su creencia en *l'amour avant tout*, una creencia que sorprendía de veras a Le Bon, que nunca se habría fugado con Agatha si ella no se hubiera fugado con él, eso no estaba en su naturaleza—, y consideraba que demasiado *amour*, o cualquiera en realidad, una vez terminada la luna de miel, era incompatible con el matrimonio y las implicaciones cada vez más sórdidas de la vida, aunque la propia Agatha sustituiría más tarde esa idea del *amor* por la comida, la palabra *amour* por *le manger*, Le Bon tenía menos dinero cada año que pasaba.

Cada año su hotel estaba un poco más vacío que el año anterior y, en consecuencia, también sus bolsillos y también, por desgracia, su estómago; cada año se abrían hoteles nuevos y más grandes en lugares más prácticos e igual de hermosos, y tenían calefacción central y saneamientos modernos y el suyo no. El suyo era una casita de madera, alejada de las líneas de ferrocarril y a casi cinco kilómetros de la aldea más cercana, escondida en una hondonada en la ladera de las montañas, una hondonada preciosa una vez que se llegaba a ella, pero de difícil acceso salvo para personas robustas a las que no les importara recorrer caminos de cabras. En los primeros tiempos, los más o menos prósperos, cuando Agatha era joven y estaba decidida a convertir aquello en un gran éxito y demostrar a Milly y a Ernest y a todos esos despreciables Bott que se equivocaban respecto a su matrimonio y que ella tenía razón, había algunos clérigos ingleses, hombres enérgicos, incluidos varios de los obispos más enjutos y fuertes, que solían pasar allí el mes de agosto con sus esposas, que también eran enjutas y fuertes. El hecho de que madame Le Bon fuera inglesa lo hacía, afirmaban, tan cómodo y hogareño… ¿De dónde venía, por cierto? Bah, no era nadie especial; de las afueras. Pero sabía cómo servir el pan con mantequilla y el verdadero té inglés. Sabía que el agua, a menos que fuera fría, debía estar caliente. Y si no podía dejar que uno se bañara como es debido en un cuarto de baño porque no lo había, por lo menos entendía que debía subirles las tinas. Las mujeres charlaban en tono amistoso con madame Le Bon, una criatura joven y agradable, toda una dama, decían; los obispos eran de lo más amable, nunca dejaban de dirigirle una palabra alegre cuando entraban y salían, incluso le pedían con suma consideración que se sentara cuando la llamaban al salón para consultarle sobre una excursión por la montaña; y todos pagaban puntualmente sus facturas.

Tiempos estupendos. Comparados, claro, con los que vinieron después. Pero incluso entonces tenían problemas de dinero. La temporada era muy corta; los ingleses —casi nadie que no fuera inglés

era lo bastante aficionado al ejercicio combinado con una vida frugal como para subir por aquel empinado camino de herradura hasta el sencillo hotelito de la cima— solo tenían vacaciones en agosto y septiembre y a mediados de septiembre el sol desaparecía pronto de la hondonada y hacía un frío tan excesivo que, por muy resistentes que fueran los visitantes, tenían que bajar a lugares más cálidos; y entonces se cerraban las persianas y comenzaba la desolación que iba a durar diez meses y no cabía esperar más dinero durante otro año.

Con las alas que daban el orgullo y la juventud, y decidida a que aquellos Bott no pudieran decir nunca: «Te lo dije», Agatha hizo todo y más de lo que una simple mujer mortal puede hacer para ayudar a su Gastón durante los meses que el hotel estaba vacío. Limpiaba, cocinaba y cocía el pan; recogía con gran diligencia pinas y leña para el fuego junto al que a él le gustaba soñar; arrastraba la ropa de cama afuera, con sus fuertes y jóvenes brazos, para airearla sobre la nieve helada bajo el cálido sol invernal del mediodía; zurcía y remendaba con ahínco las sábanas raídas y rotas —parecía que los clérigos coceaban en la cama, se decía—; cuidaba con preocupación a las importantísimas cabras y vigilaba con celo maternal a las importantísimas gallinas y, una vez que había acomodado a Gastón en su silla junto al fuego después del té y le daba la pipa que debía persuadirlo de que había comido hasta hartarse, todos los días salía sola en los impresionantes crepúsculos, cuando la noche llenaba el lejano valle como si fuera un cuenco, subiendo poco a poco y desbordando el rojo destello de la puesta de sol a medida que subía hasta que al final solo el círculo solemne de las cimas de las montañas más altas se alzaba por encima de ella en un anillo de luz, y con el rostro vuelto hacia la pureza helada de aquellas solitarias laderas nevadas, sola en el silencio más absoluto, se pertrechaba de nuevo de valor y renovaba su fe, pues, al final de un largo día de trabajo, descubrió, ambas cosas solían flaquear.

No flaquearía, se juró. No lo permitiría. Aquello era muy hermoso, pensaba cuando aún era joven. Vivía en el corazón mismo de la belleza. Vivía también en el corazón mismo del afecto. Fuera, esa maravillosa pureza invernal, esa melosa belleza de junio; dentro, esperándola, su buen Gastón. Le bastaba con salir un momento al final del día para tranquilizarse y descansar. ¿Por qué iba a dejarse abatir porque no tenían dinero? Las cosas mejorarían. Ella haría que mejorasen. Esos Bott nunca…

En esa época, Agatha tenía poco más de veinte años y era muy fuerte. Diez años después seguía haciendo las mismas cosas y seguía saliendo todas las noches a ver las estrellas, pero ya solo para tomar un poco de aire fresco y sin pensar demasiado en nada en particular mientras parpadeaba con los ojos cansados. Estaba cansada. Llevaba,

para entonces, quince años así. Cada uno de esos años había sido más duro que el anterior y su cuerpo, al que no le quedaban ni curvas ni suavidad alguna, se había vuelto un saco de huesos.

Aun así, los Bott… No debían saberlo, pensaba Agatha agachando las orejas; ninguno de ellos debía saberlo. Si escribía a Milly para contarle sus penas, ella la ayudaría, sin duda, pero tarde o temprano, al ser una Bott —y, a juzgar por sus últimas cartas, una Bott adaptada y satisfecha—, algo se le escaparía y ese vengativo Ernest se enteraría de su lamentable situación y se regodearía. Además, qué rica era en realidad con su Gastón. En todo cuanto se refería a *él*, su carácter, su inagotable dulzura y cortesía, qué feliz era. Hacía verdadero honor a su apellido. A menudo se lo decía a Milly en sus cartas, cuánto honor hacía Gastón a su apellido. Y no podía arreglárselas ni un minuto sin ella, dependía totalmente de Agatha. A Agatha le encantaba que dependiese de ella. No tenía hijos, pero no los echaba de menos, pues Gastón dependía de ella. Era su hijo; para ella, de hecho, era más de lo que podría haber sido cualquier hijo y la necesitaba del mismo modo. Siempre era ella quien, en las constantes crisis económicas de su vida, lo consolaba y lo sostenía. Ella era la más fuerte. Le encantaba ser la más fuerte, le encantaba meter baza hasta en el más nimio de los asuntos de Gastón. Por ejemplo, sin ella, su marido no podía ni siquiera decidir qué corbata ponerse. Eso le encantaba.

Y seguro que esos Bott se la imaginaban arrepintiéndose de lo que había hecho. ¿Arrepentirse? jamás, se decía Agatha, y seguía diciéndolo incluso quince años después de haberlo hecho, pues tal era su orgullo y tal su indomable determinación. Y parpadeaba con ojos cansados pero retadores ante las gélidas y rutilantes estrellas sobre las desiertas y silenciosas laderas cubiertas de lustrosa nieve. Cuánta nieve. Lástima que no se pueda comer, pensaba.

Diez años después, nadie habría reconocido a Agatha. Para entonces tenía cuarenta y cuatro años, pero aparentaba —como otras mujeres que bregaban en aquellas zonas altas, las escasas campesinas de tez arcillosa que a distancia no se distinguían de la tierra que labraban— muchos más de sesenta. Su piel, tirante sobre los huesos de la cara, tenía un curioso aspecto como barnizado —debido a la fiereza del sol y del reflejo de la nieve y a los fuertes y acerados vientos del invierno y al agua que, cuando te lavabas, te cortaba como un cuchillo — y su cuerpo era una soga reseca y tensa. Esos años habían incluido los de la guerra. La guerra acabó del todo con el hotel. No iba nadie. Se quedó vacío, con las persianas cerradas. Le Bon y ella vivían solo de la leche y el queso de las cabras y del pan que hacían con el centeno de un terruño que cultivaban en verano. Le Bon dependía de ella más que nunca, pero ya no le preguntaba qué corbata debía ponerse porque no le quedaba ninguna. Poco importaba eso, no

obstante, porque como ya no se afeitaba le había crecido la barba y esta enseguida ocultó el sitio donde ahora no había corbata e iba tan pulcro como siempre. La barba, sin embargo, era muy blanca y Agatha al fin vio lo que no había notado antes —pues llevaba mucho tiempo siendo un hombre aseado y calvo, sin apenas pelo que delatara lo que el tiempo estaba haciendo con él—: que su marido era viejo. Muy viejo. Parecía un humilde patriarca, una vez que su nívea barba empezó a desbocarse de verdad, y a veces se sorprendía mirándolo estupefacta por lo distinto que era del hombre con el que se había fugado. El también, por su parte, posaba a veces su pálida mirada sobre Agatha con anémico asombro. Esa mujer sarmentosa, molida y demacrada… ¿Era posible? Le Bon suspiraba y cerraba los ojos.

En el vigesimoquinto año de su matrimonio empezó a morir; no de ninguna enfermedad concreta que el médico, que subía a regañadientes por el camino de herradura, pudiera diagnosticar, sino por la mera incapacidad, al parecer, de seguir viviendo. Además, no quería seguir viviendo. Ya estaba harto. Hacía tanto frío en vida y tenía el estómago tan vacío y su cama era tan delgada y dura… Su pobre Agatha también estaba delgada y dura. Basta, basta. Ya es suficiente. «*Cest assez*», fueron sus últimas palabras inteligibles, que Agatha oyó mientras se inclinaba desesperada sobre él; e incluso en la elección de sus últimas palabras Le Bon siguió siendo amable, pues lo que en realidad quería murmurar era: «*C'est trop*», Es demasiado. Pero eso habría herido a su pobre y fiel *amie*. Dulce y amable hasta el final, Le Bon murió y el hotel se vendió de inmediato y por casi nada al propietario del gran hotel del valle, que le había echado el ojo hacía mucho tiempo, pues deseaba adquirir una pequeña *dépendance* en lo alto como destino para las excursiones de sus clientes más activos.

Agatha siguió trabajando allí, contratada como contable. Le ofrecieron el puesto en parte por amabilidad, en parte porque conocía muy bien las condiciones del lugar y en parte porque les saldría barata. Ella aceptó a pesar del ínfimo salario porque ¿adonde podía ir? Tenía que vivir de alguna manera y, ahora menos que nunca, cuando Gastón estaba muerto, iba a decir ni una palabra a Milly sobre su pobreza —y confesar así la incompetencia de su marido—; ahora menos que nunca, después de tanto tiempo con la cabeza alta como esposa de un hombre triunfador y próspero, se arrojaría, derrotada y sin un franco, a suplicar la compasión de los Bott. Además, ¿de qué serviría? El implacable Ernest seguía separándola de Milly, que aún, según le contaba, tenía que esconder sus cartas. De modo que, incluso si se humillara y les suplicara, era probable que la rechazaran. ¿Suplicar? ¿La viuda de Gastón suplicando? Antes se moriría de hambre, murmuraba Agatha agachando las orejas.

Así que se quedó allí como contable y vio con tristeza lo que un

poco de capital y una pizca de competencia podían hacer para convertir el fracaso de Gastón en una empresa bastante prometedora.

Fue entonces cuando se aficionó a la poesía. En comparación con las arduas labores de su vida anterior, apenas tenía nada que hacer y, además, comía en condiciones por primera vez desde hacía años. Así que empezó a leer poesía, libritos que aquellos clérigos agradecidos, que no querían darle propina, le regalaban al marcharse del hotel. Eran volúmenes del *Tesoro dorado* y de las Antologías de versos ingleses de Oxford y, mientras leía con atención el *Tirsis* y el *Adonais* y el *In Memoriam*, le parecía increíble que todos esos poemas pudieran haberse escrito por y para Gastón. No podía enviar muchas cartas a Milly porque no podía permitirse los sellos, ya que su sueldo lo destinaba a pagar las facturas de la ropa de luto que se había visto obligada a comprar a plazos, pero, cuando lo hacía, sus lecturas la llenaban de esa extraña pasión fúnebre que maravillaba a Milly. Arriba, en su habitación de la buhardilla, copiaba las magníficas estrofas en sus cartas con dedos torpes y decididos, ya que el trabajo duro, tanto fuera como dentro, se los había agarrotado y embrutecido, pero ninguna dificultad impedía a Agatha hacer lo que consideraba correcto y, sin duda, era correcto, era su deber sagrado, hacer saber a Milly, y quizás también a esos vengativos Bott si se le escapaba algo, la clase de hombre que Gastón había sido en realidad. Noble y menospreciado; se fue a la tumba noble, paciente y menospreciado. Agatha lloraba al pensar en ello, lágrimas de ardiente piedad por Gastón, lágrimas de ardiente indignación por la prolongada intransigencia de los Bott. Milly, su hermana pequeña, la única persona en el mundo —ahora que Gastón había muerto— que representaba el amor para Agatha, estaba allí, rodeada y cercada por la familia enemiga y fuera de su alcance salvo por esas cartas. Por Milly, se decía Agatha mientras vagaba sola, como tantas veces lo había hecho, en el gélido crepúsculo por el camino nevado que subía a la montaña, habría dado la vida con gusto y sin dudarlo. Pero Milly no necesitaba su vida. Nadie necesitaba nada de lo que ella podía dar, porque solo tenía para dar tanta y tan pródiga devoción.

Agatha lloraba. Entonces, un día a finales de marzo, cuando la nieve empezaba a derretirse y las gencianas parecían haberse derramado de repente sobre la hierba como desde el gigantesco cubo de un dios y los últimos huéspedes de la temporada de esquí se preparaban para marcharse, Agatha vio en el *Continental Daily Mail*, el periódico inglés que el propietario facilitaba a su *clientèle* porque era barato, que Ernest había muerto.

Se quedó de piedra. Se acercó a la ventana y se quedó mirando fuera sin ver nada. Ernest muerto, sin haberse redimido por toda su crueldad. Y su querida Milly ahora viuda, pasando por lo que ella

misma estaba sufriendo: la soledad, la corrosiva soledad.

No conocía los detalles. La muerte de Ernest se refería junto a varias otras bajo el titular: «Alarmante incremento de accidentes de tráfico en Londres». Sin embargo, el nombre y la dirección le llamaron la atención de inmediato y, al instante, antes de apartarse de la ventana, ya había tomado una decisión.

Ningún obstáculo la separaba ahora de Milly. Ambas eran, por desgracia, libres. Agatha sabía cuál era su sitio: estar junto a su hermana. Y por muy doloroso que fuera reencontrarse con el resto de la familia Bott, soportaría más que eso, ay, mucho, mucho más que eso, ella que a esas alturas estaba tan acostumbrada a soportar, y acompañaría a Milly en su dolor. Ernest había sido un hombre severo y —tenía que decirlo, a pesar de que estuviese muerto— un hombre cruel con ella, pero, según entendía por las cartas de Milly, no en otros sentidos. Milly parecía satisfecha y feliz, sobre todo durante los últimos años, y desde luego había tenido todo lo que el dinero podía comprar. Y Agatha estaba tan cansada de ser pobre, tan asustada al pensar en el terrible futuro que le esperaba cuando no la quisieran ni como contable… Con Milly llegaría por fin a puerto, a un puerto seguro y tranquilo, aunque fuese triste. Pero la riqueza de Milly no era, en realidad, la razón por la que decidió tan de inmediato a irse con ella: sencillamente lo hizo posible.

Decidida como siempre cuando se trataba de alguien a quien amaba, dimitió en el acto de su empleo, reunió todos sus bienes terrenales, que eran tan escasos que la misma bolsa con la que había huido de Titford estaba más vacía que veinticinco años antes, y bajó el camino de herradura que probablemente nunca volvería a pisar para dirigirse al hotel matriz del valle y decirle al propietario con tanta firmeza que debía prestarle el dinero para su viaje a Londres que, hipnotizado, este se lo dio de inmediato. Su hermana se lo devolvería, le aseguró Agatha con la adusta cabeza bien alta. Su hermana era rica…

El propietario, que había estado a punto de dar a esa pobre madame Le Bon, a esa excelente mujer que tanto había sufrido y cuyo hotel había adquirido por tan poco, el dinero para el pasaje como regalo de despedida, se lo dio entonces como un préstamo. Pensó que era absurdo no dejar que se lo devolviera si la hermana era rica y la pobre mujer, incluso por el préstamo, era toda gratitud.

Cuando llegó a Londres, cerca de la medianoche, y trató de ir a Titford para estrechar a Milly contra su pecho de inmediato, estrecharla como su hermana la había estrechado a ella aquel lejano día en que la acogió en su casa, y prometer cuidarla y quererla como Milly había prometido cuidarla y quererla a ella —Agatha recordaba cada palabra; nunca olvidaba las palabras—; cuando trató de ir a

Titford resultó que no podía porque el último tren ya había salido. De modo que agarró su bolsa con firmeza —esos esfuerzos eran un juego de niños para Agatha, curtida por el trabajo— y se aventuró en la noche londinense para buscar un alojamiento barato. Caminó hasta Bloomsbury—un paseo así no era nada para ella— porque también recordaba, como recordaría Milly a la mañana siguiente, que en Bloomsbury solía haber muchos alojamientos y también ella pensó que sería reconfortante pasar la noche en el escenario de su juventud. Y aunque se perdió y fue a parar a Piccadilly Circus cuando intentaba llegar adonde recordaba que estaba Trafalgar Square, la trataron con respeto y nadie la molestó y, cuando por fin llegó a las plazas que habían enmarcado su infancia, no pudo resistirse, a pesar de ser tan tarde, a adentrarse primero, antes de buscar habitación, en la misma en la que Milly y ella habían vivido; solo un momento, solo para ver la casa un instante después de todos estos años, y después de todo lo que había pasado, y porque tenía el corazón desbordado. Y entonces también vio lo que Milly vería a la mañana siguiente, que había un letrero en la fachada.

La luz de la farola más cercana le permitió leer lo que ponía.

Se quedó mirándolo con atención.

Qué extraño. Qué providencial.

Y subió los escalones, aunque ya era más de la una y la casa estaba envuelta en el sueño y en el silencio, y tocó el timbre.

El letrero decía: «Se alquilan habitaciones». No ponía nada de que no se alquilasen por la noche, pensó Agatha para sus adentros al no obtener respuesta; por tanto, seguiría llamando hasta que acudiese alguien.

Así lo hizo y la primera persona en acudir fue un policía. Recorrió despacio la plaza, la miró y se alejó.

La siguiente persona en aparecer fue la vecina, que asomó la cabeza por una ventana del piso de arriba y le dijo que no servía de nada llamar allí porque estaban sordos, pero que, si lo que quería era una habitación, ella misma…

Entonces salió la gobernanta, apresurada, en bata, pues el instinto la había advertido en sueños de que algo no iba bien en el umbral de su puerta. Descorrió el cerrojo enseguida y apareció justo a tiempo para evitar que aquella arpía de la casa de al lado, ese buitre, esa tramposa rastrera, esa ladrona de huéspedes ajenas le robase a su inquilina.

—¡Pobrecilla, pobrecilla! —exclamó al ver aquella alta figura enlutada, sin olvidarse ni siquiera a esas horas de acogerla con simpatía.

—Quiero una habitación, por favor —dijo Agatha sin más al

tiempo que entraba y dejaba con decisión su bolsa sobre la mesa del vestíbulo.

—Pues eso es justo lo que yo quiero darle —le aseguró la gobernanta, que aún no había visto sus botas.

Así fue como Agatha acabó en su antigua casa y estaba allí a la mañana siguiente cuando llegó Milly y no se reconocieron.

V

Sin embargo, no se puede olvidar una voz.

Aquella noche, después de haber dormido todo el día de puro agotamiento y sin apenas moverse de la posición en la que se había dejado caer en la cama justo después de desayunar, Milly se despertó en una habitación ya sumida en la oscuridad.

Se incorporó, se arregló el pelo con un gesto instintivo y, a la luz de una ventana iluminada de la casa de enfrente, vio que la bandeja del desayuno había desaparecido, por lo que alguien tenía que haber entrado después de que se durmiera. Y no había oído ni un ruido; no había oído ni un solo ruido en todo el día.

«¡Ay, bendito sueño! ¡Ay, pájaro acogedor!», citó Milly, que a esas alturas, después de que Arthur le leyera tanta poesía en voz alta, confundía muchos versos y apostrofó el sueño de esta manera porque se sentía muy distinta, recuperada la claridad mental gracias a esas horas de retiro en la inconsciencia, ajena a la presión de la vida, y ya no le dolía la cabeza ni recordó siquiera durante un rato que era una fugitiva y una penitente.

Cuando lo hizo, le cayó encima como un jarro de agua helada porque se sentía muy bien y en paz. ¿De verdad era una pérfida? Por supuesto que sí. Los Bott ya lo sabrían todo. Que lo supiesen era lo que la hacía perversa; que Ernest lo hubiera descubierto. Si nadie se hubiera enterado…

Apartó resuelta sus pensamientos de ese camino que sin duda era deshonroso para alguien arrepentido. Ahí estaba, anhelando de nuevo las comodidades del secretismo, el refugio del engaño. Se levantaría y saldría un rato a la plaza, si no era demasiado tarde, mientras le arreglaban la habitación para esa noche, y trataría de pensar con mayor decoro. El simple hecho de haber dormido bien no debía impedirle ver la realidad de su situación; la conciencia no podía estar a merced del estado físico de una.

Y mientras se movía a tientas por la habitación en busca del velo, pues no parecía haber cerillas, ni velas, ni luz eléctrica, y ya habían bajado la persiana de la ventana de enfrente, algo la sacudió de repente.

Una voz.

Se quedó inmóvil, escuchando, rígida en una intensa atención.

¿De quién?

Contuvo el aliento y se retiró el pelo detrás de las orejas. ¿De verdad estaba embrujada esa casa?

Venía del piso de abajo. Pero ¿de quién era? ¿La voz de quién? Ay, pero *¿de quién?*

Temblando, se dirigió a tientas a la puerta y la abrió una rendija.

La voz seguía hablando. Al parecer estaba en el vestíbulo. Y otra voz se mezclaba con ella, la de la gobernanta, creía.

Los años parecían retroceder mientras Milly escuchaba, con los ojos clavados en la oscuridad, hechizada.

—No, no… Es demasiado tarde, gracias —oyó decir a aquella voz con claridad—. Es demasiado tarde para cenar, gracias. Sí, sabía que era a las siete y media, pero me he retrasado. ¿No hay ninguna carta para mí? Esperaba una. Sin duda la recibiré mañana con el primer correo. Y después me iré…

—¿Irse? —Entonces fue la voz de la gobernanta la que se distinguió con claridad—. No puede.

—¿Cómo que no puedo? —preguntó la otra voz.

—No sin avisar con una semana de antelación. Esto no es un hotel.

—Y después —repitió la voz con una especie de melancólica firmeza—, me iré. Solo estoy esperando noticias de mi hermana. Vive en Titford. Le escribí esta mañana y su respuesta debería llegar…

Milly no esperó a oír más. Abrió la puerta de un tirón, se lanzó al pasillo, buscó a tientas la escalera, ya que no había ninguna luz encendida allí arriba y solo una muy tenue titilaba más abajo, en el vestíbulo, y aferrándose al pasamanos, obligada a tantear cada escalón porque estaba muy oscuro, bajó como pudo, enredándose los pies en la larga falda, liberándose de nuevo, tropezando, agarrándose y haciendo extraños ruiditos mientras avanzaba.

—¡Aggie, soy yol ¡Soy Milly! Yo también estoy aquí… ¡Aggie, Aggie! —gritaba, frenética por si la voz se iba antes de llegar a ella, por si ocurría algo y se perdían la una a la otra y desaparecían de nuevo durante más años interminables y desgarradores—. ¡Espera! ¡Ya voy! ¡Aggie! ¡Ay, Aggie!

Y había una figura alta y enfundada con velo y capa, oscura incluso en aquella oscuridad, que corría hacia ella escaleras arriba mientras exclamaba y gritaba también, y las últimas palabras de Milly se convirtieron en sollozos en los brazos de Agatha.

«Vaya», pensó la gobernanta.

Estaba al pie de la escalera sin que la vieran: testigo atónito, en la penumbra, de la precipitada carrera de sus dos últimas inquilinas. Quién iba a decir que esa señora Bott, tan callada, pudiese hacer semejante ruido. Y la otra, la de la cara de serrucho, tan blanda y llorosa como ninguna. No había oído semejante escándalo desde que la señorita Scrymgeour se marchó y se negó a pagar la mayor parte de su cuenta.

Dudó un momento, preguntándose si tal vez no sería esta una de las raras ocasiones en las que la potente luz de la entrada debería estar encendida, la luz reservada para las llegadas, pero decidió que no. No servía de nada malgastarla. Sin embargo, tendría tacto. Era obvio que se trataba de una reunión inesperada. Demostraría que sabía cuándo no debía entrometerse. Así que se retiró al comedor, aunque, para evitar posibles disgustos —ya que las señoras sentimentales tendían a salir de la casa cuando les daban esos arrebatos y se olvidaban de cosas como las facturas—, como precaución, echó con suavidad el cerrojo a la puerta del vestíbulo y se guardó la llave en el bolsillo.

A esas horas de la noche, las huéspedes de la pensión Como en Casa debían estar o bien en el salón, que tenía la luz necesaria pero no excesiva, o bien en sus dormitorios, que estaban provistos de una vela cada uno. No se preveían conversaciones en las escaleras. Las escaleras y los pasillos se dejaban a oscuras. La gobernanta había descubierto que sus inquilinas eran tolerantes respecto a las luces y se conformaban con irse a la cama a tientas y, por tanto, como es natural, no les proporcionaba ninguna. Había que ahorrar donde se pudiera. La vida era dura y la bancarrota estaba siempre al acecho a la vuelta de la esquina.

De modo que fue a oscuras como Milly y Agatha se encontraron de nuevo y se reconocieron solo por la voz. Meros borrones indefinidos entrelazados en las escaleras, se balanceaban de un lado a otro en la intimidad de su abrazo mientras la gobernanta, retirada en el comedor por discreción, mantenía la puerta entreabierta por curiosidad.

No veían nada, solo podían oír y palpar y lo que oyeron, durante un buen rato, fueron solo sollozos y lo que palpaban, al principio, no lo asimilaban porque en su mente no cabía nada salvo el bendito y dichoso consuelo de ser dos. Dos. En un mundo desolado y aterrador, ¡qué magia había solo en eso!

—¡Ay, nadie debería ser nunca uno solo! —sollozaba Milly,

aferrándose, con la cara hundida en el crespón de Agatha, abrumada de pura alegría, de exquisito alivio por haber llegado ya, como si fuese un milagro, a la protección del amor de su hermana. El corazón se le inundó de felicidad. Era como volver a casa después de un largo y angustioso viaje errante; era como estar a salvo después de pasar un miedo mortal.

—¿Qué, Milly? ¿Qué dices, pobrecita mía? —gimoteó Agatha, abrazándola muy fuerte y sumida en una emoción tan profunda que el tacto de la figura de Milly, desde luego sustanciosa y diferente, para nada parecida a su Milly, de hecho, no le sorprendió en absoluto ni traspasó siquiera el umbral de su consciencia.

—¡Mi Aggie! ¡Ay, mi Aggie! —sollozó Milly a modo de respuesta.

—¡Mi Milly! ¡Ay, mi Milly! —gimoteaba Agatha mientras la abrazaba aún más fuerte.

Y la gobernanta, pegada a la puerta del salón, pensó: «Vaya».

Fue uno de esos raros momentos de amor imprevisto, de absoluta entrega a la emoción. No se les venía ninguna pregunta a la cabeza porque, durante esos segundos, no tenían cabeza, solo corazón. No pensaban; sentían. Qué dulce, cálido e increíblemente reconfortante era estar de nuevo la una junto a la otra, tocarse, abrazarse por primera vez en tantos años. Milly olvidó todo lo que había ocurrido desde la última vez que vio a Agatha; olvidó que alguna vez habían existido los Bott y un hombre llamado Le Bon; Ernest se borró de su mente como si hubiera sido el más insignificante desbarajuste temporal; a Arthur no le dedicó ni un pensamiento. La sangre era lo único que importaba, la sangre y los recuerdos compartidos de la infancia. Solo una hermana tenía esos mismos recuerdos, solo una hermana podía quererte sin desear nada a cambio, sin reconsideraciones, con un amor puro y decidido.

—¿Recuerdas cómo nos reíamos? —sollozó Milly en el crespón de Agatha.

—¡Ay! —fue la respuesta de Agatha, también con un sollozo.

Veinticinco años —«Date cuenta, date cuenta, Aggie, ¡veinticinco años!»— desde la última vez que habían oído la voz de la otra, veinticinco años desde aquella despedida trivial de la última noche en Mandeville Park Road, la misma despedida trivial de siempre, Milly despreocupada de verdad, haciéndole un gesto desde la puerta de su habitación, Agatha con la febril resolución de parecer despreocupada mientras entraba en la suya solo para volver a salir casi de inmediato por la ventana. Con qué viveza recordaba Milly a Agatha tal y como la había visto por última vez, de pie con la mano en el pomo de la puerta de su dormitorio, alta y esbelta como un junco, con el espeso pelo oscuro recogido en la blanca nuca, la cabeza vuelta hacia ella y la luz de la estufa de gas reflejándose en su radiante rostro joven y

sonrojado. Y Agatha, mientras abrazaba muy fuerte a Milly y la notaba de manera inconsciente tan sustanciosa, tuvo una visión igual de vivida de la criatura delgada y menuda que exclamaba como si nada, desde el otro lado del pasillo: «¡Buenas noches, Agg!»; su hermana pequeña como un pajarillo, un año mayor que ella y ya casada, pero tan ajena, tan libre de los temblores y las complicaciones que se acumulan en cuanto una le ha dicho a un hombre que la espere bajo su ventana.

—Milly, mi pequeña Milly…

—Aggie, querida hermana…

Y la gobernanta, pegada a la puerta del comedor con las orejas bien tiesas, pensó: «Hermanas. Vaya».

Fue un gran momento. No podía continuar. Terminó cuando Agatha aflojó su abrazo para sacar un pañuelo y secarse las lágrimas. Entonces Milly, que había permanecido con la cara hundida en el crespón de Agatha —en su subconsciente notaba que tenía un olor extraño, ni a tinta ni a pegamento, pero como si las dos cosas estuvieran mezcladas—, echó la cabeza un poco hacia atrás para poder respirar y, en cuanto pudo respirar, empezó a hablar y, en cuanto ella empezó a hablar, Agatha empezó a hablar también y, en cuanto las dos empezaron a hablar en lugar de limitarse a sollozar y a exclamar, se rompió el hechizo; dejaron de ser solo corazones sin cabeza y se acabó la pura alegría incondicional, el puro agradecimiento sin preguntas.

—Pero ¿cómo…? ¿Por qué? —preguntó Milly tras haberse secado a toda prisa los ojos, escudriñando la sombra que era aquel rostro rodeado por los pliegues del velo echado hacia atrás.

—¿No resulta extraño —repuso Agatha con voz vibrante y las erres mucho más marcadas que en el pasado, lo cual la hacía parecer casi una extranjera, cosa que por supuesto no era, se dijo Milly, excepto quizás desde el punto de vista técnico— que nos encontremos de nuevo así, y aquí?

—Ay, Aggie… ¿Verdad que sí? —asintió Milly, asombrada por tales coincidencias y ajena al hecho de que Agatha y ella estaban en la escalera y era probable que todo el mundo pudiese oírlas—. Las dos viudas.

—Las dos viudas —repitió Agatha conmovida—. Dos viejas viudas, Milly.

—No tan viejas. Solo hace tres meses que tú… Y el pobre Ernest… Fue la semana pasada.

—Ay, en ese sentido ambas somos trágicamente jóvenes —convino Agatha—. Me refería a nuestra edad.

—¿Nuestra edad? —repitió como un eco Milly, que no estaba acostumbrada a pensar en su edad porque era mucho más joven que Arthur y que sus devotos cuñados y que Ernest, y los demás—. Bueno, yo no soy tan vieja y tú tienes un año menos, mi querida Aggie.

—Soy vieja —insistió Agatha con aquella voz profunda—. Vieja e inservible.

—¡Qué cosas dices! —exclamó Milly, casi riéndose, aún animada por la dichosa seguridad que le daba el milagroso reencuentro con Agatha. No era así como iban a empezar su vida juntas de nuevo, viejas e inservibles. Por muy mayores que fueran, y por supuesto no eran un par de jovencitas, ahora serían nuevas, se dijo Milly; a partir de ese día ella, en cualquier caso, iba a ser una persona nueva. Era la única forma de compensar, de borrar, de empezar de cero—. ¿Cómo vas a ser tú vieja e inservible, Aggie, cariño, si no lo soy yo?

Entonces Agatha la apartó de sí, manteniéndola a la distancia del brazo como si quisiera escudriñar su rostro, cosa que no podía hacer a causa de la oscuridad, y le recriminó:

—No me digas, Milly, que eres una de esas mujeres que se niegan a aceptar su edad.

Una leve sorpresa, muy leve, apenas sorpresa en realidad, cayó como una ligera sombra sobre el brillo de su hermana.

—Vamos a tu habitación. O a la mía —sugirió Milly al darse cuenta de repente, por un pequeño ruido en el vestíbulo, de que quizás no estaban tan solas como la oscuridad les hacía creer—. Tenemos mucho que contarnos, no podemos hablar aquí…

—En efecto, tenemos mucho que contarnos —coincidió Agatha.

Y mientras empezaban a subir despacio las estrechas escaleras, estorbadas en parte porque sus ropas les impedían avanzar y también porque Agatha rodeaba a su hermana con un brazo que parecía un aro de hierro apretando la mullida y abundante carne de Milly que continuó:

—Vamos a pasarnos la noche en vela. ¿Cómo te has enterado, Aggie? ¿Y cómo es que estás aquí, precisamente en esta casa?

—¿Cómo es que estás tú aquí, cariño, lejos de tu hogar tan pronto después de…?

—Pero ¿cómo te has enterado de lo de Ernest? No he tenido tiempo de escribirte. Fue todo tan repentino, tan espantoso…

—Calla, calla —la interrumpió Agatha, estrechando su abrazo como si quisiera protegerla de los pensamientos tristes; y como las escaleras eran empinadas y sus faldas largas y sus cuerpos de diferentes dimensiones, era muy difícil subir así—. No te obsesiones

con eso, ni con las tremebundas circunstancias externas. Solo debes pensar que ahora es feliz, Milly, y que descansa en paz.

—Pero ¿cómo te has enterado? —insistió Milly, incapaz, después de sus experiencias en aquel dormitorio embrujado, de creer que Ernest estaba descansando, pero sin querer decírselo a Agatha. Todavía no, no en ese momento, no en las escaleras. Enseguida se lo contaría todo, desde el principio. Su confesión iba a ser completa. No debía haber ni sombra de secretos entre ellas, ni el más mínimo disimulo ni fingimiento. Lo que una ha hecho, pensó Milly, consciente de muchas cosas de las que no se había dado cuenta antes de que la descubrieran, nunca podría ser tan malo como fingir ante alguien a quien quieres que no lo has hecho; eso era lo que pudría el alma. Además, ¿por qué fingir? Aggie era su hermana y la quería. El amor siempre comprendía y perdonaba. No juzgaba. Nunca condenaba. Solo tenía que haber suficiente amor para poder comprender y, por tanto, perdonar. Su amor mutuo era lo bastante grande como para superar el de cincuenta Arthurs. Y en ese gran momento de reencuentro Milly sintió que le habría contado cosas mucho peores que lo de Arthur con toda confianza si es que hubiera tenido algo más que contar.

—¿Que cómo me he enterado? —repitió Agatha con voz vibrante.

Parecía que su voz se había vuelto mucho más profunda y grave. Palpitaba. Su reverberación te atravesaba y te hacía sentir como si estuvieras lleno de abejas. Tal vez fuera así porque al vivir entre grandes montañas su voz había crecido para ajustarse a ellas; su voz, su corazón, toda su perspectiva. Fíjate en sus cartas. Tan maravillosas, tan llenas de… bueno, perspectiva, concluyó Milly, incapaz de expresarlo mejor.

—Parece —prosiguió Agatha mientras continuaban ascendiendo despacio— que el destino decreta que siempre hemos de enterarnos rápido de las cosas tristes. Por casualidad cogí un periódico que no suelo leer, el *Continental Daily Mail,* y ahí estaba. Qué impresión, Milly… Ten cuidado, no vayas a tropezarte. Qué impresión leerlo de repente en letras de molde. Su nombre me llamó la atención de inmediato. Lo mencionaban junto a otros accidentes. Pobre, pobre hombre. Severo en sus juicios, tal vez. Tal vez también estrecho de miras. Y a veces he pensado que terco en la perseverancia con la que sostenía…

«Ernest —pensó la gobernanta, aguzando el oído ahora desde el vestíbulo, adonde se había arrastrado desde el comedor porque las voces, al alejarse, apenas se oían— debe de ser el difunto señor Bott».

«Aggie —pensaba Milly— habla de forma muy distinta a como solía hacerlo. ¿O será mi imaginación?».

—Pero eso —seguía diciendo Agatha— ya es agua pasada. Su muerte no me suscitó más que lástima, te lo aseguro, Milly, solo la

más pura lástima y compasión. No le guardo ningún rencor, ahora que se ha ¡do así, de forma tan repentina. Pobre Ernest. —Suspiró—. Y vine enseguida.

—Pero ¿y si no hubiéramos coincidido? —dijo Milly, que se detuvo un momento para recuperar el aliento y no solo porque las escaleras la hacían sofocarse, sino porque se dio cuenta de lo extremadamente desagradable que habría sido para todos que hubiese llegado a la montaña de Aggie y descubriera que esta se había ¡do, y que Aggie hubiera viajado a Titford para caer en un nido de Botts hostiles y ofendidos—. Habría sido espantoso…

—¿Cómo iba a pasar algo así? —retumbó la voz de Agatha, que se detuvo también, pero no soltó a su hermana—. Te habría esperado en Titford hasta que volvieras. Te mandé aviso allí con el primer correo de esta mañana.

—Pero es que no iba a volver. Iba a marcharme a Suiza.

—¿A Suiza?

—Contigo. Desde aye… Desde que ocurrió, solo pensaba en irme contigo.

—Pero… —empezó a decir Agatha, sorprendida.

Se quedó en silencio, mirando el rostro indistinguible que tenía delante. En verdad, la forma en que la Providencia estaba interviniendo era poco menos que milagrosa. También ella había decidido que no debía haber más fingimientos con su hermana; iba a contárselo todo por fin, a dejar de lado el orgullo en el que se había envuelto desde el día de su fuga y a explicarle al fin todas las angustias y las dificultades de su vida. Sería doloroso, dolorosísimo, después de todo lo que había escrito; pero habría sido mucho más doloroso si Milly hubiera llegado al hotel y hubiese oído la historia de otros labios, si hubiese oído solo los sórdidos hechos sin la excusa, sin la justificación en realidad, del motivo, un motivo que desde luego, se dijo Agatha, no era innoble, ¿verdad? Amar al marido que una había elegido y protegerlo de los ataques de parientes vengativos, todos esperando una oportunidad de soltar sus insoportables «Te lo dije», ¿era eso innoble? Pero prefería contárselo a Milly ella misma; sería mucho mejor. Después de todo, llevaba años mostrando de forma constante una cara impostada —puede que sus enemigos llegaran a decir, incluso, que había sido falsa— y confesarlo iba a ser muy difícil, pues Milly sin duda recordaría el tono de sus cartas y las constantes alabanzas que había cantado —y lo había hecho de corazón— a la bondad, la belleza y la verdad. Lo ideal sería, por supuesto, si fuera posible, seguir ocultándolo, pensó Agatha, encogiéndose ante la idea de lo que tenía que hacer; pero estar a todas horas con una persona, como iba a estar ahora con Milly, era muy distinto a escribir unas cuantas cartas. En la conversación diaria, se temía, sería imposible

mantener lo que había sido fácil por correspondencia.

—Si hubieras hecho eso —dijo con la voz más grave que nunca por la profunda aversión a la necesidad de tener que confesar tan pronto —, no habrías encontrado lo que esperabas.

—No —repuso Milly, acercándose para besarla—. No te habría encontrado a ti, cariño mío.

—No me refería a eso —insistió Agatha, y tras debatirse en silencio unos instantes, añadió—: Tengo que hacerte una confesión, Milly.

—¿Una confesión? —repitió su hermana—. ¿Tú, Aggie?

—¿Una confesión? —repitió la gobernanta entre dientes mientras subía sigilosa unos cuantos escalones, deseando escuchar hasta el final.

—Tal vez debería decir una «explicación» —se corrigió Agatha, cuyo orgullo pataleaba incluso camino a su lecho de muerte.

—Preferiría que fuera una confesión —dijo Milly con una risita nerviosa. Si Aggie también tuviera algo que confesar, todo sería mucho más fácil. La idea, sin embargo, era ridicula: ¿qué podría haber hecho Aggie, allí sola en su montaña? Para pecar se necesitaba la contribución de otros. Además, estaba Le Bon y estaban sus maravillosas cartas.

Milly se rio nerviosa. No debería querer que Aggie hubiera hecho nada malo, pero lo deseaba. Eso reduciría a la mitad sus propias dificultades. En el mismo barco, se sentirían abrigadas y tranquilas y podrían arrepentirse juntas. Fuere cual fuese el nivel, pensó Milly, de santos o pecadores, la comunión era algo reconfortante.

Su risa, aunque fue leve, le sonó muy extraña a Agatha, y más aún cuando consideró el comentario que la había acompañado.

—¿Te ríes, Milly? —le preguntó, sorprendida y alterada. ¿O era histeria? Es probable. Agatha estrechó su abrazo. Pobre hermanita, estaba exhausta… Y apretando con firmeza la mejilla de Milly contra su pecho cubierto de crespón, un crespón muy áspero y no para calmar a nadie, aunque Agatha no pensó en eso, observó—: Tienes los nervios destrozados.

«Para mí que no está muy en sus cabales», pensó la gobernanta en las escaleras, por debajo de ellas.

—Es cierto —repuso Milly, escandalizada por lo que había estado pensando y por haberse reído, aunque fuera de inquietud, solo un día después del funeral y con el peso de su propia desgracia en el corazón —. Pero ya no me pasará más. Todo será muy diferente si tú estás conmigo, Aggie. Ahora podré contar las cosas. Nunca he podido contar nada, no de verdad, no como una puede hacerlo con su hermana. Ni siquiera con Arthur…

—Ernest —la corrigió Agatha con delicadeza.

—No… Arthur. Ni siquiera con él…

—Milly, cielo, tu marido se llamaba Ernest —insistió Agatha muy cariñosa, empezando a llevarla de nuevo escaleras arriba, a algún lugar donde hubiera una cama. Tenía que acostarse. Resultaba evidente que sufría un estado de histeria, pobrecilla, y era incapaz de soportar más por el momento. Sería mejor aplazar su propia explicación hasta el día siguiente. Milly necesitaba descansar una noche antes de oír lo que tenía que decirle.

Milly, por su parte, se estaba preguntando qué la había empujado a mencionar de repente a Arthur, antes de tiempo, sin estar preparada y en una escalera, cuando, al llegar al rellano del segundo piso, advirtió que Agatha la conducía hacia el dormitorio del que esa mañana había visto salir a la mujer de mirada fija y sombría en busca de su botella de agua caliente.

Retrocedió enseguida.

—No, no —susurró—. Ahí no. Está ocupada. Sube a la mía.

—¿Ocupada? —repitió Agatha estupefacta.

«¿Ocupada?», se extrañó la gobernanta, que ahora estaba solo unos escalones por debajo de ellas.

—Sí. Hay alguien dentro —susurró Milly—. La he visto.

—¿Que hay alguien dentro? —repitió Agatha sorprendida. «¿Que hay alguien dentro?», se extrañó la gobernanta.

—Shhh, nos va a oír —susurró Milly—. Sube a mi habitación.

—Pero… —quiso protestar Agatha.

—Shhh —la calló su hermana.

Lo último que la gobernanta, atónita, pudo distinguir mientras las voces se alejaban en el piso de arriba y ella, petrificada por el asombro, permanecía donde estaba, fue la palabra «extraño», pronunciada con énfasis por la de la cara de serrucho.

«Desde luego», coincidió la gobernanta: muy extraño, en efecto. Y en cuanto se cerró la puerta del dormitorio del tercer piso, se apresuró a entrar en el del segundo para ver por sí misma quién se había atrevido…

Pero la habitación estaba vacía.

«Vaya», se dijo mientras escudriñaba el cuarto, y decidió que esos dos cuervos de paso no solo eran huéspedes de lo más indeseable para su establecimiento, ya que estaban relacionadas con una muerte en circunstancias impactantes y tenían confesiones que hacer y querían irse casi tan pronto como habían llegado y llevaban botas, una de ellas, que eran una vergüenza hasta para el felpudo y mermarían la reputación de la casa, sino que además no estaban muy en sus cabales y fingían que las habitaciones estaban subarrendadas sin su conocimiento… «Para mí que no», pensó, mirando a su alrededor y sin

ver más que los mismos instrumentos de un exiguo neceser que ya había examinado y valorado por la mañana temprano y, bajo la cama, el mismo par de zapatillas que ya estaban allí antes, unas zapatillas incluso peores, si una fuese quisquillosa, que sus botas.

VI

En la habitación de arriba, Milly buscaba las cerillas como podía porque Agatha la sostenía del brazo con cariñosa solicitud.

—Quiero verte, mi querida Aggie —le decía mientras tanteaba con torpeza—. Necesito verte.

—Lo que yo quiero ahora, mi querida hermana, es dejarte descansando, que estás agotada. Y luego —añadió con repentina severidad— bajaré a preguntarle a esa mujer qué quiere decir con…

—Llevo todo el día descansando —protestó Milly mientras recorría la habitación acompañada por Agatha y tanteando con la mano libre —. He dormido durante horas.

—¿Eres capaz de dormir? —le preguntó Agatha sorprendida, pues recordaba que, tras la muerte de Gastón, ella no había pegado ojo durante muchísimas noches. No obstante, tras una breve pausa añadió que se alegraba de que así fuera.

—No parece que se gasten mucho en luz aquí, ¿verdad? —la interrumpió Milly, que seguía tentando a su alrededor.

—Y, sin embargo —le aseguró Agatha, experimentada en aquellas prácticas, pero molesta ahora que se lo hacían a ella—, a nosotras nos la cobrarán bien cara en la factura. Supongo —continuó luego, mientras se movía por la habitación pegada a Milly, sin soltarla del brazo— que ahora tendréis luz eléctrica en casa. Antes era de gas, según recuerdo. La habréis puesto incluso en las habitaciones del servicio y no tendréis que preocuparos ni siquiera si se queda encendida toda la noche.

—A Ernest le preocupaba —repuso Milly absorta en su búsqueda, que en ese momento golpeó lo que sin duda parecía un candelero. En cualquier caso, algo cayó sobre el entarimado con un ruido metálico y no se rompió.

—Pobre hombre —suspiró Agatha—. Ahora ya no le preocupa nada.

—No sé yo —dijo Milly, agachándose para buscar a tientas en el suelo y sostenida por el brazo de Agatha.

Encontró el candelero, pero no tenía vela. En algún momento la había tenido, pues había pequeñas rebabas de sebo pegadas al borde

que se rompían bajo la presión de sus dedos.

—Mi querida Milly —intentó consolarla Agatha con mucho cariño —, no debes tener dudas. Has de pensar que Ernest ya es libre y que nada volverá a preocuparle, pobre hombre. «Escalando otras cimas — citó, aunque Milly no se dio cuenta— en otra compañía».

—No creo que escalara —repuso Milly, empeñada ahora en encontrar las cerillas; tal vez hubiera una vela en algún sitio, pero no veía nada—. Ernest odiaba todo lo que hubiese que subir. El año pasado hizo instalar un ascensor. Solo para ir del piso de abajo a su habitación.

—Pues sí que era rico —dijo Agatha, que sabía lo que costaba poner ascensores porque cuando, al principio, Gastón y ella creían que les esperaba un futuro prometedor, que podrían construir más plantas en el hotel y hacerlas más cómodas, se habían pasado las tardes consultando catálogos.

Por más que lo intentó, no fue capaz de sentir remordimientos por lo que acababa de decir. Un ascensor que costaba cientos de libras, miles de francos, solo para llevar a la cama a un hombre sano —pues los accidentes, razonó, no son como las enfermedades y no afectan a la salud antes de suceder— mientras que ella, en su montaña, no sabía adonde acudir para procurar una cena diaria a su debilitado marido.

—Sí, era rico —asintió Milly, pasando la mano por la parte superior de la cómoda y llenándosela de polvo.

Agatha luchó consigo misma y se sobrepuso a aquella punzada; después de todo, ahora también iba a beneficiarse, aunque fuese con retraso, de la riqueza de Ernest.

—Cuánto me alegro por ti, Milly. A salvo para el resto de tu vida de estrecheces y preocupaciones.

—Bueno —contestó y golpeó sin querer un jarrón que pudo coger a tiempo para que no cayese al suelo—, no es así exactamente. Ay, Aggie —se interrumpió—, ¡tengo tanto que contarte! —Y al apoyar un segundo la mejilla en el hombro de Agatha y notarlo muy huesudo, añadió—: ¡Qué delgada estás!

—Pues claro que estoy delgada. La pena consume.

—¿Ah, sí? —preguntó Milly un poco inquieta, sin dejar de tantear, ¿y ella qué? Desde luego no se había consumido. Aunque nadie, reflexionó, podía esperar que un cuerpo que había ¡do engordando durante años desapareciera en una sola semana. Aggie había tenido tres meses. Ni el dolor más intenso podría, en una semana… ¿O sí?

—Desde luego —dijo Agatha—. Nos prepara.

—¿Para qué? —le preguntó su hermana, que continuaba avanzando por delante de ella.

Milly, pensó Agatha, afectada por la conmoción del duelo, decía

cosas muy extrañas.

—¿Para qué va a ser, pobre mía, sino para el reencuentro? —repuso muy seria—. ¿No es esa ahora nuestra única esperanza, lo único que nos queda? Eso y el consuelo de saber que nuestros seres queridos son felices y están en paz. Así debes pensar en el pobre Ernest, Milly: es feliz y está en paz.

—¿Tú crees? A veces he tenido la sensación —dijo con un escalofrío— de que aún estaba cerca, muy cerca de mí, de que no se ha ido del todo.

—Y no se ha ido del todo, Milly —le aseguró la otra—. Está cerca, en efecto, velando por ti.

—Velando no, solo vigilando —replicó Milly, temblando de nuevo al recordar la noche anterior en su habitación de Titford.

—Velando por ti, Milly —insistió Agatha con solemnidad—. Velando por ti desde el amor. ¿Qué dices? —añadió luego, cuando Milly, al chocarse con otro adorno, hizo un ruido que ahogó su respuesta.

—He dicho que no creo.

Agatha se detuvo y obligó a la otra a pararse también.

—Mi querida hermana, no me digas que este golpe que has sufrido ha acabado con tu fe.

—No —repuso Milly.

Y en realidad no lo había hecho, porque esa clase de fe, la fe que llenaba las cartas de Agatha en los últimos tiempos, ella nunca la había tenido, de modo que no podía haber acabado. Puede que Gastón hiciera y sintiera las cosas como Agatha afirmaba que las hacia y sentía, o puede que no, era suizo y tal vez los suizos eran diferentes, pero que Ernest estuviera velando por ella desde el amor… Sencillamente no se lo creía. ¿Por qué iba a hacerlo? No la había amado en vida; la había odiado, de hecho, tanto que su único afán había sido prepararle un elaborado castigo. Ella, con su perverso comportamiento, había sembrado ese odio en su corazón, esa mezquina y cobarde maniobra —porque era mezquina y cobarde, ¿no? —, y que ahora él la amase, a cambio de haberle llenado el corazón de maldad, era demasiado esperar. Suya era la doble culpa. Ella era la responsable de la mezquindad y la cobardía de Ernest. Y también era responsable de que Arthur se hubiese apartado de la virtud. Los pecados se acumulaban sobre sus hombros. Debía contárselo a Aggie, no dejar que albergase ni un momento más esas falsas impresiones… Condenada vela… Se lo diría de inmediato…

Y ya estaba a punto de abandonar la búsqueda y, sin perder más tiempo, contárselo todo a su hermana, cuando rozó con la mano una caja de cerillas.

—¡Aquí están! —exclamó—. Las tengo…

Se liberó con suavidad de la cariñosa sujeción de Agatha, abrió la caja y encendió una.

Justo delante de ella, en sus narices, había otro candelero, este con una vela, y —protegiendo la llama de la cerilla, con la mano ahuecada, de la corriente de aire que entraba por la ventana abierta— se apartó de su hermana para encenderla.

—¡Tengo tantas, ay, tantas cosas que contarte, mi querida Aggie! —Ahora que en verdad había llegado el momento de la confesión, la voz le temblaba un poco. Sostenía la cerilla en el bucle de la mecha doblada para derretir el sebo en el que estaba pegada y liberarla, y continuó—: Tendrás que ser paciente, muy paciente… —La mano, y la cerilla que sujetaba, temblaban—. Y quererme. Quererme… ¿Me querrás siempre, Aggie? ¿Aunque haya…? ¿Pase lo que pase?

—Milly —le dijo su hermana, a quien aquello le sonó una vez más como el resultado de un extremo cansancio, pero también muy parecido, por extraño que resultase, a lo que ella misma estaba a punto de pedirle—, ¿acaso no he venido desde Suiza solo para eso: para quererte siempre y que tú me quieras siempre a mí?

—No sé —repuso Milly con un suspiro de alivio al oírla y, además, conseguir liberar la mecha y encender la vela— cómo me las he arreglado para vivir todo este tiempo sin…

Iba a decir: «sin mi querida hermana», pero en ese momento se volvió hacia ella con la vela encendida en la mano y se interrumpió. Esas últimas palabras se congelaron y murieron. El silencio engulló su réplica, se la tragó para siempre.

Se miraron la una a la otra.

Después de lo que pareció una eternidad, y con un profundo asombro en la voz, Agatha rompió ese silencio.

—¿Milly?

Y Milly, vacilante, como si su mente buscara a tientas una salida, cualquier camino que no fuera ese, dijo:

—Eras tú, entonces, la de esta mañana…

Una cortesía extrema se apoderó de ellas. La habitación pareció encogerse con ese aire de cordialidad. Milly parpadeó y bajó la vista, como quien recuerda que es de mala educación quedarse mirando fijamente a un desconocido.

Se dio la vuelta y, con cuidado, dejó la terrible vela sobre la cómoda; con mucho cuidado, pues le temblaban las manos.

Aggie. ¿Dónde estaba? ¿Quién era esa mujer con la que estaba encerrada? Su hermana… ¿Qué había sido de ella? Esa mujer adusta y demacrada, con ojos inmensos y rebosantes de…, sí, de hostilidad perpleja —¿hostilidad por qué?—, esa mujer no era Aggie, no podía ser Aggie, solo era alguien que le había robado la voz. «Mi hermana… ¡Ay, mi hermana!», resonó como un grito aterrorizado en el corazón de Milly, vacío de repente de lo que lo había llenado y reconfortado toda su vida.

Se amparó en la cortesía. Lo mismo hizo Agatha, espantada y perpleja por el aspecto de Milly. Desde luego no la habría reconocido, pensó, con toda esa grasa. Solo quedaban sus ojos y su voz, y el resto de lo que una vez fue Milly había desaparecido en lo que a Agatha, acostumbrada a los huesos y espinas de la vida, a los pensamientos más elevados y a la subsistencia más frugal, le parecían las características externas indudables de una autoindulgencia prolongada y constante.

La palabra «abotargada», se le vino a la cabeza. Estaba aturdida. Permaneció en silencio, con los ojos clavados en la colosal espalda de Milly, vestida con ropas tan caras. Había ido a consolar a su doliente hermana, pero ¿dónde estaba su doliente hermana? La verdadera desdicha, se dijo, nunca es gorda.

—Supongo —empezó Milly con gran corrección, todavía de espaldas, forzándose a decir algo y hablando con una voz tan distinta a la de antes que ella misma se dio cuenta— que estarás muy cansada.

—En absoluto, gracias —replicó Agatha en el mismo tono—. Solo más vieja.

Se hizo un silencio. Milly, inclinada sobre la vela, se afanaba en colocar la mecha, que tendía a humear.

Mi hermana… ¡Ay, mi hermana!

Una no podía, por supuesto, y Agatha era consciente, demacrarse y encanecer en solo una semana, aunque incluso a eso habían llegado los grandes sufridores de la historia —de hecho, algunos de ellos no habían necesitado más que una noche, por lo menos para las canas—, pero sí dejar ver ciertas huellas de lo que había sufrido. Milly no presentaba ninguna. Ni una señal de reacción seria a su reciente desgracia ni a cualquier otra. Parecía una muñeca; una muñeca regordeta. De piel blanca y sonrosada, además; blanca y sonrosada a los cuarenta y cinco años. ¿Podía haber una aflicción real, profunda, en una mujer que aún —tras un cuarto de siglo de vida adulta que, por próspera que fuese, habría tenido al menos altibajos— parecía una muñeca de piel blanca y sonrosada? ¿Cómo, se preguntó Agatha, se podía consolar y ayudar en serio a una muñeca?

El silencio continuó y Milly, que intentaba romperlo porque se estaba volviendo insoportable, cogió la única silla de la habitación y la

llevó hasta donde Agatha seguía de pie quieta.

—¿No quieres sentarte? —le preguntó sin mirarla.

—Gracias —dijo la otra sin mirarla tampoco.

Pero se vieron; lo vieron todo.

La silla estaba desvencijada y era demasiado baja para Agatha, que se sentó en ella con prudencia, con las largas y flacas rodillas de lado. Esos últimos días sola, pensó, con la adusta mirada fija en la cómoda, esos terribles últimos días, cada hora de los cuales debía estar repleta de angustia para cualquier mujer con un mínimo de sensibilidad, eran suficiente para surcar de arrugas el rostro más terso. Agatha no vio ni un surco en la cara de Milly, ni una arruga. Tenía una ligera hinchazón y algo de enrojecimiento, es verdad, alrededor de los ojos, pero ella no había venido desde Suiza para consolar una ligera hinchazón y enrojecimiento de los ojos. Comida, comida, pensó, mientras su frustrado e innecesario amor protector y la compasión se le cortaban por dentro, como la leche, al recordar todas las comidas de las que su pobre Gastón y ella habían tenido que prescindir. Incluso en esa última semana, la que había transcurrido desde la tragedia, Milly tenía que haber seguido haciendo comidas regulares y abundantes o no era posible que…

Agatha estaba anonadada. Durante mucho tiempo, tras la muerte de Gastón, ella misma no había podido tocar más que una taza de té de vez en cuando y un trocito de pan. Lo primero que hace el auténtico amor al verse despojado de su objeto es, estaba segura, no comer. ¿Qué había en común, qué podía haber en común, entre ella y esa superficialidad tan evidente?

Milly se sentó también, en el borde de la cama, formando un ángulo recto con ella, mientras la llama de la vela, que vacilaba con la corriente de la ventana abierta, proyectaba en lo alto de la pared, cerca del techo, una gigantesca cabeza tapada con un velo, una sombra inquietante que se agitaba de forma grotesca. Agatha se quedó de perfil a su hermana, pues le dolía demasiado ver en qué se había convertido Milly, y aquel perfil no le resultaba tan extraño como el rostro completo, pues los perfiles se conservan mejor que los rostros. En sus rasgos generales, ese perfil sí le resultaba algo familiar a Milly, como si una tía anciana con cierto parecido a Agatha, uno de esos parecidos que entibian a los pretendientes, hubiera ¡do a hacerle una visita. Pero no tenía nada que ver con Aggie, pensó Milly mientras un sentimiento de pérdida, trágica y profunda, se arrastraba como una sombra alrededor de su corazón vacío; nada que ver con su hermana, la que hasta hacía cinco minutos le llenaba el alma de luz y calor.

Se alisó el vestido sobre las rodillas y entrelazó los dedos sobre el regazo, mirándoselos con atención como si quisiera comprobar que se comportaban como es debido. Pero, aunque miraba, no los veía. Veía

a Agatha; veía con absoluta nitidez a esa extraña con la voz de Agatha.

Mi hermana… ¡Ay, mi hermana!

—¿Cuándo saliste de Suiza? —le preguntó, paralizada por la cortesía. Nerviosa, había dicho lo primero que se le ocurrió para evitar otro silencio. A la desconocida de la silla no parecían importarle los silencios. En cualquier caso, no hacía nada para romperlos.

—Antes de ayer al amanecer —contestó Agatha mirando hacia la cómoda.

—Debes de estar agotada —dijo Milly, aparentemente dirigiéndose a sus dedos.

—En absoluto —repuso Agatha, aparentemente dirigiéndose a la cómoda.

La sombra de la pared dio una violenta embestida y saltó por el techo. Milly se levantó y cerró la ventana.

—Me temo que estás en medio de la corriente —dijo solícita, aliviada por hacer algo y forcejeando con el pestillo, que no encajaba.

—No me importan las corrientes —replicó Agatha, inmóvil en su silla.

—Supongo que en Suiza hay muchas —aventuró su hermana—. Con todas esas montañas.

—¿De qué supones que hay muchas? —le preguntó la otra con lúgubre paciencia.

—Corrientes.

—Es posible.

Pero qué tontería, pensó Milly, ¿no era la mayor de las tonterías estar hablando de corrientes de aire, su hermana y ella, después de toda una vida separadas, con esa corrección, con esa rigidez, comportándose como si no se hubieran visto nunca cuando eran lo único que tenían, eran el único amor y consuelo que les quedaba en el mundo?

Sería natural, tenía que ser natural, pensó Milly, se obligaría…

—Has cambiado, por supuesto —le dijo, con los brazos todavía estirados e intentando asegurar la ventana, pues o bien el pestillo no encajaba o le temblaban demasiado las manos para conseguirlo y, en cualquier caso, era una excusa para darle la espalda—. Pero no importa, Aggie… —Era asombroso lo difícil que le resultaba llamar Aggie a la desconocida de la silla—. Los cuerpos no importan. El exterior en realidad no es nada.

—Suelen ser símbolos —replicó Agatha desde la silla.

—No lo creo.

—¿Disculpa?

Agatha, en realidad, no la había oído porque Milly estaba haciendo

mucho ruido con el pestillo.

—¡No, no, no! —gritó Milly, que se dio la vuelta enseguida para mirar de frente a la figura inmóvil—. No hables así, a mí no me digas «disculpa», como si… Como si…

Las palabras se fueron apagando. No pudo continuar. La abrumaba una profunda soledad. Esa desconocida fría como el hielo que no la miraba, el miserable cuartucho helado de alienación, su trágica pérdida…

Mi hermana… ¡Ay, mi hermanal Perdida, perdida, desaparecida para siempre, ese ser amado cuyo recuerdo —de criatura tierna y comprensiva, sí, siempre tierna, siempre comprensiva, hiciera una lo que hiciera o dejara de hacer— había sido como un faro todos esos años…

—¿Como si… qué? —la animó fríamente Agatha cuando su hermana se detuvo.

Milly hizo un gran esfuerzo. Todo aquello era una idiotez. Debían liberarse de esa parálisis que les provocaba el intentar esconderse y, si no les gustaba el cuerpo de la otra, tendrían que superar esa tontería, pasar por encima, rodearla, hasta llegar a su alma desnuda y a lo que sin duda habría en el corazón de ambas: el antiguo, querido, cálido y sencillo amor de hermanas.

—Aggie —empezó, forzándose a decir su nombre.

—¿Sí, Milly?

—¿Tanto he cambiado? ¿No puedes ni siquiera mirarme?

—Estás más gruesa —dijo Agatha evasiva, con los ojos clavados en la cómoda.

—Sí, sí, lo sé. Se engorda algo en veinticinco años.

—Eso es cierto.

—Pero no importa. ¿Qué importa? Después de todo, es natural, supongo, engordar un poco. Lo que de verdad importa es…

—¿Y yo? —la interrumpió Agatha.

—¿Tú qué?

—Que si he engordado un poco, como tú dices.

No; desde luego Agatha no había engordado. Había hecho justo lo contrario y había perdido por completo cualquier rastro de lo que tuvo en su juventud. Pero ¿era eso motivo de felicitación? De nuevo parecía haber cierta hostilidad en su voz. ¿Hostilidad por qué?

—Si te parezco una mujer afligida —continuó Agatha, ya que Milly no decía nada, sin apartar los ojos de la cómoda—, te ruego que me perdones e intentes recordar que soy una mujer afligida.

—¿Y no lo soy yo también? ¿No soy yo también una mujer afligida? Es decir…

Se detuvo. ¿Era ella una mujer afligida en el sentido en que lo era

Agatha, que sí estaba de verdad de luto? ¿No era una mujer culpable, que se sentía desdichada solo porque la habían descubierto?

—Sé —dijo Agatha sin alterarse— que tienes que estar muy afligida y he venido desde Suiza para ofrecerte consuelo, pero…

Ella también se detuvo y la habitación pareció resonar con el eco melancólico de su voz. Incluso la palabra «consuelo», hermosa palabra de cordialidad y buenos deseos, cargada con esa extraña sugerencia de hostilidad reprobatoria, sonaba, a toque de difuntos.

Milly se acercó a ella y se sentó de nuevo en la cama.

—Ha sido muy amable por tu parte, muy amable.

Decidida, la cogió de la mano. Si hubieran estado a oscuras, la habría besado. Era lo correcto, estaba segura, pero con la vela encendida se dio cuenta de que no podía hacerlo. Besar era mucho más fácil en la oscuridad. Todo era mucho más fácil en la oscuridad, reflexionó desesperada mientras apartaba los ojos del severo perfil de Agatha. Pero, aun así, con oscuridad o sin ella, los besos son algo que tiene que acabar tarde o temprano y entonces vuelves a estar en el mismo punto. Y aunque la oscuridad era muy útil en muchos casos, de no haber sido por esa vela ya le habría contado a Agatha todo sobre Arthur.

Se estremeció. Qué horror, pensó Milly. Qué horror haberle contado esa espantosa historia a alguien a quien creía su hermana para luego encender la vela y descubrir a una extraña ahí sentada, escuchando. La vela la había salvado. Sí, pero solo por un momento. Al final tendría que contárselo. No podía irse con ella a Suiza y aceptar su comida a menos que todo estuviera claro entre ellas. Además, alguna explicación tendría que dar sobre el hecho manifiesto de que apenas tenía dinero y debería ser la verdad. No más mentiras, se dijo Milly.

Pero primero tenía que sobreponerse al aspecto de Agatha, acostumbrarse a verla con ese nuevo disfraz, aprender a ver a través de él, a encontrar el amor que se escondía tras esa extraña superficie…

Mi hermana… ¡Ay, mi hermana!

Milly, sentada en el borde de la cama, hizo oídos sordos al grito que seguía desgarrándole el corazón. Pronto desaparecería aquella extrañeza; pronto a Agatha no le importaría tanto el aspecto de Milly. Era evidente que estaba muy sorprendida por su apariencia y pensó que tal vez podría soportar mejor el cambio de Agatha si esta no demostrase una dificultad tan obvia para soportar el suyo. Se acostumbrarían la una a la otra, lo harían…

Al apartar la vista del perfil de Agatha, la dirigió por casualidad hacia la mano que aún sostenía y se quedó de piedra. De repente dejó

de pensar en lo que estaba pensando. Abrió la boca y se quedó mirándola un momento en silencio.

—Aggie… —resolló entonces, pues esa mano que miraba por primera vez era una mano cadavérica; no solo deformada y curtida por el trabajo, y llena de manchas y de cicatrices por la exposición a la intemperie, sino…

Se inclinó sobre ella.

—¿Aggie? —resolló de nuevo, señalándole la otra mano, incapaz de articular ni una palabra más.

¿No eran esas manos…? ¿Era posible que esas fuesen las manos de alguien que durante mucho tiempo no ha tenido suficiente de nada, ni siquiera —mi hermana… ¡Ay, mi hermana!— suficiente para comer?

Agatha, que siguió con la mirada la dirección a la que apuntaba el dedo de Milly y observó primero sus propias manos y luego el rostro que se inclinaba sobre ellas, ante el absoluto contraste entre ese rostro terso, regordete y sin arrugas y esas manos vergonzosamente feas y estropeadas, se sintió invadida por un súbito deseo no solo de hacer de inmediato la confesión que había estado rehuyendo, sino de hacerla, según la empujaba un extraño impulso, de la forma más descarnada y dolorosa posible. Era curioso, pero ya no deseaba sacar lo mejor de aquello, sino lo peor.

—El trabajo —dijo sin más. Y tras una pausa, con los ojos puestos en la pulcra figura de Milly, casi como si estuviera decidiendo en qué mullida redondez de su cuerpo hundiría el cuchillo, añadió—: Y el hambre.

La vela iluminaba dos figuras inmóviles que se miraban a los ojos. Los de Milly estaban llenos de un horror desconcertado.

—Hambre —repitió en un susurro. Y luego, de nuevo—: ¿Hambre?

—¿No conoces la palabra? —le preguntó Agatha, sorprendida por la ola de amargura que la inundaba, como si el inmenso rencor que se había acumulado durante años en su corazón, sigiloso, oculto y cuidadosamente ignorado mientras caminaba, como a menudo había insistido en decirse a sí misma, con la cabeza erguida de orgullo y los ojos rebosantes de lágrimas de rabia por la ladera de su montaña y de la mano de Dios, se desbordara ahora sobre Milly.

¿Era porque allí arriba, donde los pocos y dispersos habitantes también tenían que luchar y eran pobres, no había nadie con quien comparar su propia miseria? ¿Era porque, aunque siempre había sabido que Milly disfrutaba de una próspera posición económica, al no verla, no se había dado cuenta de lo descarada que era esa

prosperidad? Incluso las migajas de la sobrecargada mesa de Milly los habrían salvado, a Gastón y a ella misma, de aquellas estrecheces de la pobreza, de esas punzadas en el estómago de los que no comen lo suficiente y que tanta angustia había aportado a sus últimos años. Es cierto que ella había tenido suficiente comida durante las últimas semanas, pero harían falta mucho más que unas pocas semanas para borrar las huellas que la privación había dejado en su cuerpo y nunca se borrarían, pensaba, las que llevaba grabadas en su seco corazón.

Milly, sin embargo, pareció no oír su amarga pregunta y siguió mirándola con ojos espantados. Si eso era así, empezaba a comprender poco a poco, entonces Aggie había sido —era— terriblemente pobre; y si eso era así y había venido a vivir con ella como última esperanza, ¿qué iba a ser de las dos?

—Cuéntamelo —susurró—. Cuéntamelo todo, Aggie.

Agatha se lo contó. Se lo contó de principio a fin, sin ahorrarse nada.

Después de las primeras frases, Milly dejó de mirarla con aquellos ojos horrorizados y se dejó caer al suelo, a sus pies, con un brazo rodeándole las enjutas rodillas y la mejilla apoyada en sus manos nudosas.

Era justo y conveniente, pensaba Agatha mientras seguía con su relato, que esa hermana suya, acomodada entre algodones, comprendiera de una vez lo que era la vida en realidad y lo que puede empujarte a hacer. Resultaba evidente que no tenía ni idea. Su comodidad, tanto espiritual como física, era absoluta.

No veía la cara de Milly, que estaba sentada muy quieta y silenciosa con la cabeza apoyada en las manos de Agatha, y pronto, al recordar todo lo que había pasado con Gastón, mientras todos los demás lo tenían tan fácil —gente como los Bott y sus amigos y sus parientes y los parásitos que los rodeaban, incluso gente como los criados de los Bott, consentidos y por supuesto bien alimentados—, las lágrimas fluyeron sin freno por su enflaquecido rostro.

Dijo que, en realidad, parecía que lo único que hacía falta para una vida próspera y feliz, es decir, feliz en lo más básico e inferior, era carecer de la capacidad de sentir. En el momento en que uno sentía —cosas sublimes, cosas bellas, las cosas que, de hecho, son inmortales—, quedaba marcado y perseguido por la desgracia. Gastón y ella se habían visto perseguidos así; Gastón y ella, a quienes les importaban tanto los ideales, que sentían con tanta intensidad. Las cosas más extraordinarias, que no le ocurrían a nadie más, les ocurrían a ellos —

le daría algunos ejemplos— y aunque parecían casi triviales frente al gran trasfondo del sufrimiento y la muerte, todas habían contribuido a tejer ese fondo: clientes, por ejemplo, que habían reservado las mejores habitaciones por adelantado, y que desde luego no reparaban en gastos, caían enfermos o tenían algún percance en el último momento y no se presentaban. Un huésped murió en el hotel al principio de una temporada prometedora y, como sucedió justo después de la cena, todos los demás se asustaron y se fueron, y eso dio la impresión, difícil de borrar y de que se olvidara durante varias temporadas, de que tenían algún problema con el agua o los desagües. Una vez hubo un incendio, pequeño, es cierto, solo afectó a dos habitaciones, pero esas dos habitaciones quedaron destruidas por completo y, como no estaban aseguradas porque no tenían dinero para las primas, la pérdida fue muy grave. Desgracias de este tipo se sucedían una detrás de otra. Las tuberías reventaban; el peso de la nieve hundía el tejado; sus gallinas contraían enfermedades de las que otras se libraban; las cabras no criaban y perecían una tras otra; las patatas eran presa del tizón; caían aguaceros en época de cosecha y destrozaban el centeno que con tanto esmero habían cuidado y, cuando los clientes hacían agujeros en las sábanas con los pies, afirmaban que era culpa de las sábanas. Luego, por último, llegó la guerra y empezó el hambre de verdad. Ella fue lo bastante fuerte para soportar lo que Gastón no pudo y, por fortuna, estuvo en condiciones de prescindir de la comida mejor que él y pudo cuidarlo en su enfermedad. En efecto, habría podido soportarlo todo —gracias a Dios, que la había dotado de un espíritu tan fuerte como su cuerpo— menos una cosa: las burlas que habrían lanzado como un alud de fango contra su amado esposo, las burlas triunfantes de ese cruel Ern…, de esa cruel familia, los Bott, si se hubieran enterado de sus padecimientos.

Deberían haberla ayudado, dijo Agatha, que sacó una mano de debajo de la mejilla de Milly para contener el avance de las lágrimas, en lugar de burlarse. El exceso de prosperidad material, sin embargo, embota el alma de la gente. Si Gastón hubiera tenido algo de capital, muy poco, si hubiera contado tan solo con alguna ayuda ocasional, se habría salvado de muchos de aquellos apuros, ninguno de los cuales fue culpa suya. Tras su muerte, una pequeña ayuda le habría ahorrado a ella la amargura de tener que vender el hotel. Tal como estaban las cosas, lo había vendido por una miseria y tuvo que aceptar el puesto de contable en la que había sido su propia casa. Seguramente, con lo que los Bott gastaban en alimentar a sirvientes innecesarios habría bastado para levantar a Gastón y mantenerlo en pie. Entonces no habría envejecido ni caído enfermo por el trabajo y aún seguiría vivo. No hablaba de Ernest, pues estaba muerto, sino de los Bott como

familia. Ernest había hecho lo que sin duda creía correcto al separarla de Milly y ella no lo criticaba, pues estaba muerto, pero sus actos la habían convertido en una paria y habían dado a entender que su marido, el hombre más noble que había pisado esa tierra de Dios, era un canalla. Cualquier mujer con una pizca de orgullo, y ella tenía mucho y se alegraba de decirlo, habría hecho lo mismo que ella y habría ocultado la situación real a Milly, que, aunque era su hermana, y como tal tenía derecho a saber la verdad, era también la leal y devota esposa del hombre que las separaba y, como tal, estaba en el campo enemigo. No es que quisiera hablar de Ernest como un enemigo, ¿cómo iba a serlo si estaba muerto? Pero había personas que pensaban en el éxito solo en términos de dinero y eran incapaces de comprender los éxitos del espíritu, que eran todos en términos de amor. Su matrimonio había sido tan feliz y próspero como el de Milly, pero en un plano que Ernest nunca habría comprendido: el plano en el que solo existía amor.

Aquello no era ninguna crítica, ¿cómo iba a criticar a alguien que estaba muerto? Pero no podía evitar pensar que el conjunto de sus amargas desgracias, y las malas acciones de las que, sin duda, era culpable al escribir a Milly cosas que no eran del todo ciertas —excepto en un sentido espiritual, que sería quizás el más difícil de explicar—, se debían a una sola causa: la actitud injusta, intolerante y cruel hacia su matrimonio adoptada por… Bueno, por los Bott.

—Pero ya no importa —continuó, poniendo la mano con la que se había secado los ojos sobre el hombro de Milly. Sin embargo, la retiró enseguida porque ese hombro parecía una almohada bien mullida y no pudo evitar preguntarse una vez más si la auténtica aflicción, como era la suya, y como era la de toda mujer que pierde a su amado esposo, sobre todo si lo pierde, como Milly, de una forma tan repentina y violenta, podría estar envuelta en una obesidad tan resistente—. Ya no me importan las injusticias de los demás. Estoy por encima de eso, dispuesta a pasar por alto el inmenso daño que esa familia me ha hecho y vivir apartada tanto como lo permita la buena educación, tal vez, pero de forma amistosa, entre ellos. He venido para ayudarte, Milly, para ayudarte y consolarte, y no permitiré que los Bott me lo impidan. El deber y el amor, ahora que la barrera que nos separaba ya no existe, me han traído hasta aquí en esta hora de…

Iba a decir, y deseaba decir, «necesidad para ti», pero ¿había alguna necesidad real excepto la suya propia? ¡Ay, ese hombro mullido, esa fracción de mejilla tersa y suave que alcanzaba a ver, medio oculta por el pelo sin rastro de canas, en su regazo! En las escaleras se habían desbordado la emoción y la histeria, pero, desde que se encendió la vela, ¿qué evidencias de necesidad había visto? Una mujer regordeta, de aspecto presumido y con ropas caras que

rehuía su mirada y decía tonterías del todo inadecuadas para una ocasión trágica y solemne como aquella; eso era lo que había visto y oído y el hecho de que fuera su hermana no debía cegarla frente a la verdad. De modo que sustituyó la palabra «necesidad» por «viudez», que al menos era precisa. «En esta hora de tu viudez», terminó diciendo Agatha, y luego se calló.

Milly, a sus pies, en el suelo, no dijo nada. Su rostro, salvo por ese atisbo de pelo y mejilla, permanecía oculto y Agatha, por encima de ella, sentada con la espalda rígida, enjugándose los ojos con la mano libre, se debatía con la duda de si debía o no dejar los motivos que la habían empujado a viajar con tanta celeridad a Inglaterra en los dos que ya había mencionado y seguir ocultando el otro, el más bajo y material.

Por eso se calló, por esa lucha interna. ¿Por qué Milly no decía nada? ¿Por qué se quedaba ahí sentada como si hubiera caído en un sueño inhumano? No estaba dormida, Agatha lo sabía porque notaba el roce de sus pestañas al moverse en la mano aprisionada bajo su mejilla. ¿Por qué, entonces, no decía nada?

—Además —prosiguió Agatha tras ganar la lucha y, agachando la cabeza, porque confesar esa parte de la verdad le costaba un gran esfuerzo—, estoy cansada de la pobreza. Cansada, muy cansada.

Su voz sonaba hueca e increíblemente exhausta.

—Como verás, te estoy confesando todas mis debilidades —dijo después de otra pausa—. No voy a ocultar nada. No es, creo y espero, que me preocupe por lo material. Me disgusta y condeno el lujo. Lo único que pido es seguridad, tranquilidad. Deseo más que nada… —se detuvo para recomponerse, pues se avergonzaba de oír temblar su propia voz—, liberarme de las preocupaciones sórdidas. Deseo liberarme del miedo. La vida es muy difícil cuando una tiene miedo, miedo al futuro, miedo a no poder ahorrar lo suficiente para mantenerse a salvo del frío y el hambre cuando llegue la vejez. En tales circunstancias, es de verdad muy difícil conservar la libertad de espíritu porque se pierde en las preocupaciones más miserables. Mi salario como contable era de cien francos al mes, menos de cincuenta libras al año en vuestra moneda inglesa. El nuevo propietario me adelantó el dinero para poder venir hasta aquí. Le dije que se lo devolverías. ¿Cuánto tiempo habría conservado ese empleo si me hubiera quedado allí? ¿No te he dicho que estoy vieja e inservible? ¿Cuánto tiempo podía esperar que el propietario tuviera paciencia y se compadeciese de mí? Día y noche me atormentaba esa pregunta, ¿cuánto tiempo? Entonces ocurrió esto, la triste muerte de Ernest, y por muy triste y terrible que sea para ti, si lo amabas como yo amaba a mi querido esposo, a mí me ha salvado. Seré absolutamente sincera. El amor me ha traído aquí, el inmenso amor por una hermana que

sufre, y también el deber, el sagrado deber de ayudarte y consolarte. Pero otra razón es que he venido buscando un refugio, un puerto seguro. He venido a lo que sé que es el final, por fin, de la amarga y desesperada pobreza.

Hubo un silencio. Agatha había dicho lo que tenía que decir. Se había mostrado con el alma desnuda por primera vez en su vida.

Y Milly, que durante todo su relato había permanecido sentada sin moverse ni hablar, dijo entonces, en voz muy baja y casi como si hablara consigo misma:

—Es tan terrible que apenas puedo soportarlo.

—¿Qué? —preguntó Agatha, que creyó no haber oído bien. Porque que Milly se declarase apenas capaz de soportar la simple descripción de lo que Agatha había soportado en sus propias carnes durante veinticinco años parecía demasiada debilidad y demasiado egoísmo para resultar creíble.

—Semejante castigo… —murmuró Milly, de nuevo como si hablara sola.

—¿Qué? —repitió Agatha, sentándose más recta y rígida que nunca—. ¿Quieres decir que consideras un castigo lo que Gastón y yo hemos sufrido? ¿Puedo preguntarte por qué? No, no me lo digas —añadió al instante, levantando la mano libre—. Puedo imaginarme lo que piensas y es indigno. ¿Cómo puedes tú, mi hermana, después de tantos años, sacar a relucir ese pequeño desliz, estrictamente temporal y, dadas las circunstancias, inevitable, de las rígidas convenciones sociales?

Pero Milly no contestó. Seguía sin moverse. Entonces, Agatha notó que algo húmedo se deslizaba despacio por su mano.

VII

Lágrimas.

«¿Y ahora por qué tiene que llorar Milly? —pensó Agatina, observando esa figura silenciosa y sintiendo que se le endurecía el corazón al oír aquella palabra, "castigo"—. He sido yo la que ha sufrido, no ella».

En verdad, el comportamiento de Milly era del todo inexplicable. Las lágrimas, al parecer de autocompasión por el hecho de que sus tiernos oídos tuvieran que escuchar semejante historia, y luego esa palabra despiadada e injusta.

No obstante, Agatha se olvidó de las lágrimas, se olvidó de esa palabra, en cuanto Milly, que momentos después se incorporó y se secó los ojos, le dijo que Ernest le había dejado, a ella, a Agatha, mil libras en su testamento.

—¿Cómo? —preguntó incrédula.

Milly se había incorporado y le daba la espalda mientras se secaba la cara con un pañuelo muy arrugado.

—Sí —dijo con la voz amortiguada por la tela—. Creo que… quería compensarte.

—¿Mil libras? ¿No querrás decir…? —Su hermana se inclinó hacia delante y tocó el hombro de Milly—. ¿No querrás decir francos?

—No, libras —repitió la otra, aún ocupada con el pañuelo—. ¿Te ayudará de algún modo, Aggie?

—¿Ayudarme? —Agatha respiró hondo y volvió a decir—: ¡Ayudarme!

A ver, mil libras eran veinticinco mil francos suizos. Hizo las cuentas rápido. Si hubiera tenido tan solo la mitad de eso hace dos meses, podría haberse asociado con el hombre que le compró el hotel. Este se había ofrecido a aceptarla como socia si conseguía entre doce y quince mil francos, por cortesía, claro, sabiendo que no podría reunir tal suma, ¡pero imagínate que hubiera podido y hubiera dicho que sil Ser independiente, participar en un negocio de éxito, levantar en el mismo sitio donde Gastón fracasó un monumento a su memoria, hacer que sus esperanzas se hicieran por fin realidad… Comparado con eso, ¿qué podía ofrecerle la vida con Milly en su casa de Titford, comiendo

el pan de balde en un entorno repleto de Botts?

Mil libras. Agatha estaba pasmada. Jamás había visto tanto dinero. Ernest dejándole mil libras, reconociendo el mal que le había hecho, reparándolo con tal magnificencia…

Pero había llegado demasiado tarde. Había perdido el hotel. Estaba comprometida con el consuelo de Milly. El destino, incluso cuando concede algún regalo —y este era el primero que ella recibía, salvo la juventud, que apenas fue un regalo porque se la volvió a quitar, y su Gastón, al que también se había llevado—, seguía siendo hostil. Aun así, qué maravilla, qué formidable tener mil libras. Qué respaldo, sólido y dorado, para su vida; qué cambio en su posición; qué diferencia inmediata en su relación con los Bott.

«Bueno —podría decirles cuando fueran groseros o fríos con ella—, su propio hijo, vuestro propio hermano, reconoció haberme causado un gran daño y dejó constancia pública de ello en su testamento…», y la familia, confundida, se vería obligada a comportarse.

Con gran solemnidad levantó las manos, como en una especie de bendición póstuma.

—He juzgado mal a Ernest —dijo abrumada—. En el fondo era un hombre justo.

—Sí—repuso Milly.

—Se arrepintió y enmendó su error.

—Sí.

—Su última voluntad me desagraviará por completo con los Bott.

—Sí —asintió Milly de nuevo—. Salvo que… —añadió tras una ligera pausa, todavía ocupada con el pañuelo—, ya no habrá ningún Bott.

—¿Cómo que no habrá ningún Bott?

—Me he marchado. No voy a volver.

—¿Has dejado a los Bott? ¿Has dejado Titford? —exclamó Agatha —. ¿Así que ibas a…? ¿Tenías la idea de quedarte para siempre conmigo en Suiza, Milly? —Y de pronto se le vino a la cabeza una imagen en la que su hermana y ella volvían juntas a sus montañas y el dinero de Milly compraba de nuevo el hotel —no solo una parte, sino todo— y una nueva vida se abría ante ellas, rebosante de prosperidad, paz y dinero. Y competencia. Ella administraría, de forma competente y en beneficio de ambas, el capital de Milly. Puso de nuevo la mano en el hombro de su hermana y esta vez la dejó ahí—. Milly, ¿era esa tu idea?

Pero Milly, tras tragar saliva como si tuviera algo atascado en la garganta, dijo que no.

—Solo iba a llevarte el dinero, Aggie —repuso con voz entrecortada—. Y… Para verte otra vez, porque estaba deseando

volver a verte, y luego… Bueno, luego iba a volver.

—¿Pero volver adonde, ahora que has dejado a los Bott? No, no, Milly. —Agatha le apretó el hombro—. No, hermana, tu sitio está conmigo. Nuestro futuro es estar juntas, juntas ¡remos a un lugar mejor, más puro y sencillo, lejos de todo lo que te ha afligido. Tú y yo, de la mano, empezaremos de nuevo…

—No podemos —dijo Milly al tiempo que negaba también con la cabeza—. No podemos hacer nada de la mano, Aggie. No tengo dinero. Ernest no me ha dejado nada. Salvo tus mil libras, ha legado todo lo que tenía a la caridad.

Mientras estaba en el suelo, escuchando en silencio el relato de Agatha, se le había encogido el corazón con una angustia tan aguda, con un dolor casi físico, que apenas pudo soportarlo. «Sabed que os alcanzará vuestro pecado». Sí, ella ya lo sabía, pero ¿por qué tenía que alcanzar también a Aggie, que no había hecho otra cosa que ser buena? Apretando las manos frías en el regazo, elevó al cielo pequeños dardos de oración, que no eran ni siquiera oraciones, sino más bien preguntas agónicas: «¿Qué voy a hacer? ¿Cómo puedo causarle menos daño? ¿No es terrible castigarla a ella por lo que hice yo?».

Pero las oraciones, recordó, no tienen respuesta; las suyas no la tenían. De modo que desistió y Milly, que acababa de prometer renunciar a ella para siempre, volvió a recurrir a la mentira.

¿Cómo podía evitarlo? Si mentía, Agatha podría recibir las mil libras y creer que eran suyas. Al menos tendría eso. Era lo único que Milly podía hacer por ella. ¡Ojalá hubieran sido diez o veinte veces más! Aparte de eso, sin embargo, no mentiría. No debía mentir sobre Arthur, aunque ya no estaba segura de que Aggie fuese a entenderlo. Con qué gusto, sí, con qué gusto lo habría suprimido por completo. Pero no podía suprimir a alguien que probablemente se convertiría en cualquier momento en el cuñado de Agatha, pues para Milly ya era evidente que, sin un penique en el bolsillo, debía casarse con Arthur y, como tendría que hacerlo con lo que en una viuda normal serían unas prisas indecentes, solo la verdad podría explicarlo. Pero qué difícil iba a ser. La gélida duda de cómo se lo tomaría Agatha le recorría la espina dorsal como un escalofrío. ¿Y si se escandalizaba y le horrorizaba? Su aspecto y su comportamiento sugerían cierta rigidez de principios. Se había vuelto rígida, aunque la apasionada y vivaz criatura de la juventud de Milly había sido un terremoto.

Milly apretó las manos. Las tenía heladas. No le extrañaba que la

gente no dijera la verdad muy a menudo, aunque solo fuese por amabilidad, por cortesía, por el deseo de no escandalizar ni hacer daño a otros. ¿O era por miedo? ¿Estaba siendo una vez más, como por desgracia lo era tan a menudo, una simple cobarde?

Eso se temía, pues se dio cuenta de que, solo con pensar en dar explicaciones sobre Arthur, ya estaba sudando. Suspiró y se llevó una mano al hombro para retener la de Agatha, que, al oír lo del legado de Ernest a la caridad, había hecho amago de retirarla.

—¿Significa eso —estaba diciendo su hermana, con una voz a la vez horrorizada e incrédula— que eres pobre, Milly? ¿Tú?

—Pobre —le confirmó esta. Y repitió, con una especie de asombro ante aquella palabra—: Sí, pobre.

—¿Te has quedado sin recursos? —le preguntó Agatha en un tono tan frío como el frío que le inundaba el corazón. Ahí estaba el destino, golpeándola de nuevo en el mismo momento en que empezaba a levantar cabeza. ¿Milly pobre? ¿Y ella, por un extraño giro de la rueda de la fortuna, la única de las dos con dinero, y esa herencia tendría que servir para ambas? No, era imposible. Ernest no podía haber… ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a hacer algo tan antinatural?

—Es raro, ¿verdad? —dijo Milly—, después de haber nadado en la abundancia durante años. —Y añadió, aferrándose muy fuerte a la mano de Agatha—: ¿No te he dicho, Aggie, que tendrías que ser paciente conmigo y… quererme mucho?

—Pues claro que te quiero, Milly —repuso Agatha, intentando apartar la mano otra vez—. Sería algo insólito que dos hermanas no se quisieran. Aunque sé, por amarga experiencia, que el amor es difícil donde hay verdadera pobreza.

—Pero has dicho que Gastón y tú…

—He dicho, he dicho —la interrumpió Agatha con un tono que sonaba muy parecido a la exasperación—. Te aseguro que es difícil y me temo que mis mil libras apenas…

Se detuvo.

—Serán suficientes para que sigamos queriéndonos —terminó Milly por ella en voz baja.

—Serán suficientes para que vivamos las dos de ellas —la corrigió Agatha—. Creo que es evidente que primero hay que estar vivo para poder amar.

—No, uno debe amar primero para estar vivo —la corrigió Milly a su vez—. Y por eso… —Temblorosa, aprovechó la oportunidad—. Por eso… Eso es lo que, en realidad… De hecho, eso es lo que explica a Arthur.

Arthur.

Se hizo un silencio. Agatha miraba desde arriba la parte posterior

de aquella elegante cabeza y los más que elegantes hombros apoyados en sus rodillas.

Arthur. ¿No era ese el nombre que Milly dijo en las escaleras? ¿Quién y qué era ese hombre? ¿Y por qué tenía que seguir apareciendo en la conversación?

Rebuscó en sus recuerdos. Tal vez era uno de los innumerables cuñados Bott. Pero, en ese caso, ¿qué tenía que ver con la tontería que Milly acababa de decir sobre amar para estar vivo?

—¿Es un Bott? —le preguntó.

—No, todo lo contrario.

—¿Todo lo…?

Y Milly, zambulléndose en las heladas aguas de la verdad, y olvidándose en su agitación de todas las reglas de la gramática, dijo con voz ahogada:

—Es el hombre que luego, por eso, Ernest dejaría el dinero a una institución benéfica. —Enseguida, sin embargo, mientras Agatha se esforzaba por desentrañar el significado de tal comentario, se explicó un poco mejor. Ahora que había llegado el momento de la verdad y no había remedio, la voz le salió de pronto clara y firme—: Es el hombre con el que voy a casarme.

Eran las diez en punto cuando Milly dijo esto, pero Agatha no la dejó hasta después de las dos, cuando bajó a su propia habitación para pasar el resto de la noche.

«No tengo más que decir», fueron sus últimas palabras mientras se alejaba en la oscuridad, pues la vela ya se había consumido hacía un buen rato.

Y Milly, para entonces medio tumbada en la cama deshecha, con los brazos extendidos y la cara hundida en la almohada, estaba demasiado exhausta para hacer otra cosa más que murmurar: «Supongo que no…», cosa que, por fortuna, Agatha no oyó.

«Así que se acabó —pensó Milly desfallecida mientras la puerta se cerraba detrás de la que había soñado que era su hermana. Las palabras le pasaban lánguidas por la mente destrozada—: Una tiene que afrontar los hechos. Sí, los hechos son…, lo que hay que afrontar… No sirve de nada fingir que las cosas no son…, lo que son… Hacer eso es…, una tontería…».

Se incorporó despacio y empezó, con los ojos cerrados y la cabeza gacha, a quitarse la ropa, pues no podía pasar una segunda noche sin desvestirse, y luego se arrastró bajo las mantas revueltas y cayó

dormida como un leño.

Un piso más abajo, Agatha ni dormía ni se desvestía. Hacerlo, hacer esas cosas rutinarias que se hacían con la mente tranquila, le habría parecido una deslealtad hacia todo sentimiento apropiado en la noche que descubrió que había querido y creído en alguien cuya vida había sido una traición y todas sus palabras eran mentiras. Que ella, de entre todas las mujeres, tuviese una hermana que era una perdida, y que los términos del testamento de su marido la tacharan públicamente como tal, le parecía, aparte de vergonzoso y atroz, increíble. Jamás, pensó, olvidaría las horas que acababa de vivir. Eran, con toda seguridad, las peores de todas las horas miserables que le había deparado el destino. Porque en el resto aún había habido dignidad, la esperanza que reside en la raíz del desafío y el orgullo de ver cuán alto se puede mantener la cabeza bajo los golpes. No encontraba dignidad ni orgullo ni nada que desafiar en la abyecta historia de sórdidos pecados que la persona que una vez fue Milly había expuesto con tanto cinismo. Sí, cinismo; porque en un momento dado se había atrevido a comparar su comportamiento —años y años de adulterio— con el de Agatha; se había atrevido a decir, en respuesta a sus expresiones de horror, algo así como que, después de todo, ella había hecho lo mismo con Gaston.

—Pero él era mi marido —había señalado Agatha indignada.

—Al principio no —replicó Milly, teniendo una vez más la desfachatez de echarle en cara ese breve, inesperado e inevitable desliz de las convenciones que había precedido al sagrado matrimonio de toda una vida.

Y cuando Agatha, casi sin palabras, pero tratando de ser paciente, señaló que al principio ninguno lo es, Milly, con una increíble e indecente frivolidad, le espetó:

—¿De verdad tienes tan mal concepto de las mujeres?

¿Qué se podía decir ante semejante discurso? Pobre Ernest, pobre infeliz. Un hombre bueno y agraviado. Su paciencia había sido admirable. Su conducta al no decir ni una palabra, al seguir ofreciendo la protección de su techo y de su apellido a la mujer que sabía que lo estaba traicionando, fue la de un santo. E incluso Milly había criticado esa paciencia y esa conducta, hasta que Agatha la hizo callar con severidad. La mujer perdida criticando al hombre recto. ¿Y luego qué?, se preguntó Agatha, a cuyos pies se abría un pozo de maldad inimaginable.

En sus montañas tal pecado era simplemente desconocido. Al igual que los árboles de hoja caduca, no florecía por encima de los dos mil metros. Nadie cometía adulterio allí arriba. No había nadie, gracias a Dios, con quien cometerlo. Solo habitaban aquellos lares algunos hombres casados, dispersos y casi aislados por la nieve, cada uno con

su propia esposa enjuta y trabajadora, cuya única preocupación era mantenerse con vida. Ni siquiera bebían, aunque en el valle, entre los viñedos, sabía que la embriaguez era frecuente. En el valle, entre los viñedos, la embriaguez; y en las ciudades, entre los ociosos y sobrealimentados, el adulterio. Frecuente. Tenía que serlo, pues en su propia familia de solo dos personas, una de ellas lo había cometido.

Bueno, cogería el dinero que Ernest le había dejado y se sacudiría para siempre el polvo de aquellos terribles lugares. Volvería a la pureza y dejaría a Milly con su segundo y vergonzoso marido. Debía casarse con ese hombre, por supuesto, ya que no había otra forma de expiar lo que había hecho; pero le parecía espantoso que la sagrada ordenanza de Dios se utilizase como una especie de paño para limpiar el pecado.

Sin embargo, no parecía haber escapatoria. De ningún otro modo podrían los dos expiar su pecado. Era muy piadoso, y una prueba más de la previsión y la preocupación del pobre Ernest, que Milly careciese ahora de medios, ya que, de haberlos tenido, y por varios comentarios que había dejado caer su hermana, Agatha creía que no se habría casado con él y, entonces, no habría sido posible la expiación. Pero ¿y si Milly, una vez casada de nuevo, era feliz? ¿Qué clase de expiación sería esa? Agatha solo podía sacudir la cabeza ante el desorden de la vida.

Estaba sentada junto a la ventana, contemplando las estrellas que titilaban entre las ramas de los árboles de la plaza, y trató de esperar lo mejor. Una debe aferrarse a sus ideales; nunca, por mucho que las circunstancias lo empujen, debe desprenderse de ellos. Y entonces recordó que era en esa misma ventana —en los viejos tiempos era la habitación de Milly— donde solían sentarse juntas cuando eran jóvenes, antes de acostarse, y construir prometedores castillos en el aire. Qué triste era la vida. Qué distinta de lo que una esperaba en su juventud. En aquellos días estaban seguras de que sería magnífica. No existía nada bueno y noble que no fueran a conseguir. Y una noche Milly —podía ver su pequeña figura en camisón— alzó los brazos al firmamento sembrado de lucecitas y gritó que iba a llegar al cielo antes que ella y a tocar las mismísimas estrellas.

¡Ay! Justo era su castigo; apropiado que cayera sobre ella. Pero, ay, pobre Milly. Y qué pena para Agatha, también, comparar los pensamientos con los que había viajado hasta allí desde Suiza con los que tendría en el viaje de regreso. Y lo más lamentable de todo —sí, trágico y lamentable— era saber que ya no volvería a ver a Milly, a la Milly que había creído que existía. Se acabó, se acababa de cerrar un capítulo inmenso, el más largo, de la vida de ambas. A partir de entonces estaría completamente sola. La persona en la que Milly se había convertido la acompañaría a ver al abogado por la mañana,

para recoger su legado, y ese sería su último paseo juntas. Después cada una seguiría su camino; se despedirían y sería para siempre.

Contemplaba el cielo nocturno, sentada e inmóvil. El afecto de toda una vida, la creencia de toda una vida…

Las estrellas se volvieron un poco borrosas.

Tal vez, ya que ninguna de las dos iba a poder dormir, deberían pasar juntas las pocas horas que les quedaban, aunque no se dijeran nada, solo sentadas una junto a la otra. La persona en la que se había convertido Milly aún tenía algo de bondad en ella. No mostraba resentimiento por la herencia y sin duda se alegraba de que Agatha recibiese una parte. Sí, todavía había bondad en ella. Agatha, ya más calmada, pensó en subir otra vez y decirle: «Milly, esta es con toda probabilidad nuestra última noche juntas en la tierra…», y si su hermana volvía a repetir, como en verdad había repetido varias veces durante el relato de su terrible historia —solo que Agatha, sumida en la sorpresa y el horror, lo ignoró con severidad—, que lamentaba lo que había hecho, tal vez la besaría. Sí, la besaría. Pobre Milly, pobre pecadora, que estaba tirada en la habitación de arriba… Debería recibir un último beso de su hermana antes de que se separasen y no volvieran a verse.

De modo que encendió la vela de su cuarto y, sosteniéndola en alto por encima de la cabeza, subió a la habitación de Milly, abrió la puerta con mucho cuidado para no despertar a nadie en la casa y, acercándose a la cama, empezó a llamarla.

—Milly…

Pero allí yacía Milly, sorda e indiferente a su ternura, profunda, cómoda y cínicamente dormida.

Perdida; estaba perdida del todo, pensó Agatha mientras bajaba de nuevo a su habitación, muy seria y con el corazón frío y endurecido una vez más. ¡Mira que dormir a pierna suelta justo después de una escena tan dolorosa, tan terrible que a ella le hacía sentir que nunca más podría pegar ojo! Ya en su cuarto, apagó la vela y reanudó la vigilia junto a la ventana, muy tiesa, con esa extraña comezón de la exasperación que sigue a un impulso benévolo frustrado. Había subido dispuesta a otorgarle su cariño en la despedida y a ella no le hacía falta. En realidad, había subido preparada para sugerir a Milly, aunque no lo creía posible, que intentase dormir un poco; y allí estaba, durmiendo sin problema. Perdida, perdida… O, más bien, la persona en la que se había convertido estaba perdida.

Agatha se reafirmó aún más en esta conclusión cuando, a la

mañana siguiente, después de haberse lavado los ojos enrojecidos con agua fría, bajó a desayunar —no tenía ningún interés en comer, pero sabía que tendría que pagar el desayuno, se lo tomara o no— y la gobernanta la recibió con un mensaje de Milly: había salido y no volvería, probablemente, hasta las doce.

¿Qué se puede hacer, se preguntó Agatha mirando indignada a la gobernanta, con semejante duplicidad? ¿Qué se puede hacer con una persona que dice que te acompañará a hacer una gestión importantísima en cuanto acabéis de desayunar y luego se escabulle antes y sin dar ninguna explicación más que el recado de que no volverá hasta mediodía? ¿Mediodía? La mitad del día perdido, de ese día tan importante y atareado en el que Agatha iba a recibir su parte de la herencia y partir con ella hacia Suiza; porque desde luego volvería a Suiza, y en el primer tren que pudiese, una vez tuviera el dinero en sus manos. A Milly no le había dicho de una forma tan explícita que se iba ese mismo día, pero tenía que dar por sentado que querría marcharse lo antes posible del lugar donde había perdido su confianza en ella y donde había conocido la vergüenza. El primer tren que podría coger, ya que los de la mañana los perdería mientras estaba en el despacho del abogado, sería el de las dos de la tarde vía Laón y Berna. No necesitaba horarios. Tenía en la cabeza todas las posibilidades y combinaciones, aprendidas en aquellos días en los que aún había gente en Inglaterra que quería ir a alojarse en el hotel de Gastón y a la que tenían que ir a recibir con las muías en la estación del valle. No lo había olvidado. La vida cambiaba, pero los trenes seguían siendo los mismos. A las nueve, a las once, a las dos y a las cuatro, esa gente cansada de Londres y de su mugre y sus pecados abandonaba la ciudad y veinticuatro horas más tarde salía a la pura y fresca calma de Suiza. Durante su vigilia nocturna, decidió que tomaría el tren de las dos y así tendría la mañana libre para la visita al abogado. Ahora, debido a la inexplicable conducta de Milly, lo perdería. Puede que perdiera incluso el de las cuatro. De verdad, qué forma de comportarse…

Aquellos enormes ojos, cansados por falta de sueño, echaban chispas al mirar a la gobernanta.

—Bueno, eso es lo que ha dicho —repuso malhumorada mientras se volvía hacia el comedor, donde su otra huésped esperaba el desayuno—. Yo no puedo hacer nada, ¿verdad, señora Le Bon?

«Para mí que debería llamarse Le Bone, porque es un hueso —pensó para sus adentros al tiempo que servía la ración de gachas de Agatha con rápidos y expertos movimientos—. De figura y de carácter y de todo».

Y mientras soltaba el plato frente a la silla ya preparada para su adusta inquilina, pensó que cuanto antes se marchara a otra parte con

su figura y su carácter, más contenta estaría ella. Salvo por el hecho de que también se llevaría a su hermana. Ese era el inconveniente de que se fuera. Después de los sollozos de la noche anterior, no era probable que se separasen, se temía, y la gobernanta no solo miraba con aprobación a Milly —su cara, su ropa, su voz suave y esa docilidad en el trato que la haría tan fácil, estaba segura, de manejar a su antojo—, sino que en ese momento guardaba bajo llave en el escritorio de sus dependencias privadas el bolso de la señora Bott, con cuatro billetes de una libra, que le había dado para que lo custodiase cuando salió de la casa una hora antes.

A la gobernanta le gustaba que le dieran bolsos con billetes de una libra para que los custodiase. Hacía que se sintiera segura y relajaba la necesidad de vigilar la puerta principal. No podía entender que toda una dama como la señora Bott tuviera una hermana como esa Le Bone y decidió —era una mujer de decisiones rápidas y con frecuencia precipitadas— que Le Bone debía de ser una bastarda.

«Eso es —se dijo, mirando con ojos centelleantes y hostiles a Agatha, que estaba echándose en las gachas más azúcar de lo que era necesario o propio de una dama—. No parece fruto de una unión sagrada».

Entretanto, Milly vagaba por las calles de Londres.

Parecía extraño hacer algo así en un día que iba a ser demasiado corto para todo lo que tenía que resolver, pero las circunstancias la obligaron a ello. Agatha, que por supuesto desconocía el nombre y la dirección del abogado, le había dado instrucciones la noche anterior, entre unos horrorizados reproches y los siguientes, que debía llevarla a su despacho en cuanto terminasen de desayunar. Era obvio, pues, que Milly tenía que estar bien lejos antes del desayuno; debía salir de allí antes de que Agatha pudiera reunirse con ella. Y es que, si se reunía con ella y la acompañaba, descubriría que su herencia no era más que otra mentira y sufriría un disgusto y una decepción muy crueles.

Agatha ya había sufrido bastantes disgustos y decepciones en las últimas doce horas, pensó Milly moviendo la cabeza de un lado a otro. Su hermana necesitaba esas mil libras mucho más que ella, que tenía a Arthur; de hecho, su necesidad era desesperada. Y, movida por sus principios, podría negarse a aceptarlas, aunque por otra parte tal vez no lo hiciera, se dijo Milly, ahora con una visión más clara y sin ilusiones. De modo que pasó de puntillas, con especial cautela, ante la puerta cerrada de Agatha, y pensó que estaría bien que se terminase

ya esa necesidad de caminar de puntillas. Parecía llevar haciéndolo tanto tiempo que le resultaba sorprendente recordar que había comenzado apenas veinticuatro horas antes. En cualquier caso, era una forma miserable de ir por la vida, se dijo, y se alegraría cuando pudiese volver a dar un portazo.

Por suerte, en Como en Casa el desayuno no se servía hasta las nueve, ya que la gobernanta había descubierto hacía mucho que las damas acostadas eran menos problemáticas que si merodeaban de un lado a otro por la casa, de modo que Milly tenía tiempo de sobra antes de que Agatha saliese a por su botella de agua caliente y, como la puerta principal estaba abierta, pues era de nuevo la hora de ventilar, ya se disponía a escabullirse por ella —qué gusto cuando la necesidad de escabullirse se hubiera acabado— cuando la gobernanta, que pareció surgir de la nada, la abordó.

—¡Pero bueno, señora Bott! —exclamó, de forma muy parecida a como lo había hecho la mañana anterior al pillarla haciendo lo mismo.

Pero esta vez Milly estuvo a la altura.

—Shhh —susurró, deteniéndose un momento y mirando hacia las escaleras—. No debemos molestar a las demás…

Y antes de que la gobernanta pudiera decir algo, y tenía mucho que decir, ya que molestar o no molestar a las demás era en exclusiva asunto suyo, Milly abrió su bolso, sacó algunas monedas sueltas, le mostró que aún quedaban cuatro billetes de una libra dentro, se lo puso en las manos, le rogó que lo custodiara hasta que volviese, le pidió que le dijera a su hermana que tal vez no llegaría hasta las doce y bajó los escalones y dobló la esquina hacia la siguiente plaza como —se dijo la gobernanta, asombrada por estos movimientos rápidos y decididos en alguien que el día anterior parecía una masa inerte— un reguero de tinta.

Una vez doblada la esquina, caminó más despacio. No había prisa. El abogado no llegaría a su despacho antes de las diez, como muy pronto, y solo eran las ocho y media. Tenía la mente despejada y avanzaba con paso lento, haciendo planes, en una especie de completa quietud después del profundo sueño que la separaba de ayer. Ese sueño parecía haber borrado sus ilusiones y el sentimentalismo respecto a Agatha. Era como si la hubieran sumergido borracha en agua helada y hubiera salido sobria. Sabía con exactitud lo que iba a hacer, cada pequeño detalle de las dos horas siguientes: enviar un telegrama a Arthur, que debía haber regresado a Oxford de sus vacaciones la noche anterior, pues había dicho que así lo haría y era un hombre de palabra; luego desayunar en una cafetería de la abe que recordaba cerca del Museo Británico y que probablemente aún siguiera abierta; y después un paseo hasta el Embankment, donde

podría sentarse a contemplar el río hasta las diez, que era la hora más temprana, calibró, familiarizada con los hábitos de los hombres de negocios, en que podía esperar encontrar al abogado en su despacho.

Eso era lo que haría a continuación. Después vendría la entrega del dinero a Agatha, la despedida, ya que su hermana querría marcharse en el primer tren que pudiera coger, seguro —pero no, no ¡ría a despedirla, porque tendría que salir desde Victoria, que era la estación de los trenes de Titford, y podría encontrarse con algún Bott—, la despedida en la pensión, entonces, y después un ómnibus a Chelsea y el encuentro con Arthur en su piso.

Eso era lo siguiente.

Y después de eso… Bueno, lo mejor, y sin duda lo más barato, sería quedarse en el piso hasta que se casaran y que Arthur —pues no debían pecar más hasta que se casaran— volviera a Oxford como de costumbre. Y cuando la mujer que iba a limpiar de vez en cuando entrase y la encontrara allí, se explicaría y le diría: «El señor Oswestry me ha prestado su apartamento. Vamos a casarnos». Y la mujer, que por supuesto se sorprendería por sus ropas de luto, tan nuevas, tan evidentemente recién estrenadas, diría, tal vez con la boca más abierta de lo necesario: «¿Casarse?». Y Milly repetiría con toda tranquilidad: «Sí, casarnos».

Caminó muy despacio por las plazas iluminadas por el sol, matando el tiempo, distante y observadora, fijándose en los tejados de las casas que brillaban contra el cielo azul y en el vuelo precipitado de una bandada de palomas, cuyas alas también brillaban, y en los reflejos del pelo de una chica que fregaba el umbral de una puerta y en el silbido de un muchacho con un carro de leche y en el olor del café y el tocino que todo Bloomsbury, al parecer, iba a desayunar, y en todo ese incansable entusiasmo con que el mundo se aferra cada mañana a un nuevo día. La vida se había enderezado de un modo extraño. Aggie había desaparecido y Agatha había ocupado su lugar. Arthur había desaparecido como pecado y Arthur como marido ocuparía su lugar. Menos mal, se dijo, pensando en Agatha con aquiescencia; no hay nada como ver las cosas tal como son. Y, pensando también en Agatha, vio que las mentiras que uno se dice a sí mismo son aún más numerosas que las que se dicen a los demás. Vivimos y nos alimentamos de las mentiras que nos contamos a nosotros mismos. Durante años ella se había alimentado de las mentiras que se decía a sí misma sobre Agatha. ¿Y era culpa suya? Era absurdo culpar a su hermana. ¿Cómo podía Agatha evitar lo que ella, Milly, estaba decidida a creer? A fin de cuentas, pensó, lo que uno quería más que nada en el mundo era el amor, y uno hacía lo que fuera para conseguirlo y, si no, se lo inventaba. La más mínima palabra, el menor estímulo, te empujaba a inventarte el amor. Agatha,

al tener su misma sangre, lo había desencadenado, pero ¿qué podría ser más absurdo que suponer que el amor tenía algo que ver con la sangre? Al contrario, lo que nacía de forma natural de compartir la misma sangre no era el amor, sino la reivindicación de este; y eso, pensó al tiempo que evitaba una piel de plátano cuando cruzaba la plaza para ir a una oficina de correos que había visto en una bocacalle, solo resultaba triste.

Triste. Una palabra tibia. Pero se sentía tibia: despejada, vacía de sentimiento, entumecida. En esa radiante mañana, le pareció que no era más que un par de ojos tranquilos que miraban al frente y reconocían. Y, entre otras cosas, reconoció que, por mucho que creyera que iba a dar la espalda a su pecado si se iba con Agatha a Suiza y llevaba una vida nueva, el hecho evidente era que la expiación residía en casarse con Arthur. Agatha tenía mucha razón en eso, aunque no habría hecho falta decirlo con palabras tan terribles. Al fin y al cabo, era lo que hacían siempre las personas decentes en su situación y en la de Arthur; era desde luego lo que él querría hacer y, aunque convertir a Arthur en un instrumento de expiación le parecía un final inesperado para él, que había empezado de forma tan ardiente como una maravilla y una dicha secreta, era un final con el sosiego del fin de una lucha, de la solución correcta y también el gran consuelo, el verdadero y sólido consuelo, de la propiedad.

El amor debe comenzar o terminar en la propiedad si ha de haber alguna paz, pensó Milly cuando empujaba la puerta de la oficina de correos. Es decir, debe comenzar o terminar en un marido. Felices aquellas mujeres, se dijo mientras buscaba un lápiz o una pluma que escribiese, felices y bienaventuradas aquellas mujeres que empiezan con ambas cosas. De ellas, sin duda, es el reino de los cielos. Si Arthur y ella hubieran podido casarse cuando se amaron por primera vez, en verdad habría sido maravilloso. Ahora, habiéndose amado, podían hacerlo. *Habiéndose* amado…

En fin, en cualquier caso, se repitió a sí misma —y acabó pidiendo prestado un lápiz a la joven que estaba tras la ventanilla, y aunque nunca había prestado un lápiz, su corazón de piedra se ablandó al ver el pálido rostro de Milly en su velo de crespón—, era lo correcto y solo en hacer lo correcto residía la paz. Paz era lo que una quería después de cierta edad. La suya era esa edad. Buscaría la paz y la conseguiría. Además, cuando estuviera casada con Arthur, él podría hablarle de inmediato sobre sus resfriados, en lugar de tener que esperar a verse.

Esbozó una débil sonrisa mientras escribía el telegrama. ¿Era cínico lo de los resfriados? No se sentía cínica, solo se sentía vacía y como si nada valiera la pena en realidad, entumecida, tal vez, por los reproches que Agatha le había hecho esa noche. Aunque sabía que había sido malvada, no supo realmente cuánto hasta que Agatha, por

decirlo así, sacó a relucir el asunto, pensó, apenas sonriendo de nuevo ante esa frase, tan inadecuada para la situación. Según Agatha, ya no se podía rezar por ella. Sin embargo, que no fuera necesario rezar parecía tener sus ventajas: traía consigo alivio y despejaba el ambiente. Mira lo claro y tranquilo que parecía ahora el ambiente. También era cómodo: una se rendía, lo dejaba ir, descansaba. Descansar era cómodo y el ambiente en el que se encontraba ahora era desde luego descansado, pues estaba libre de la conmoción y la confusión que le provocaban las dudas y ahora sabía que tenía que casarse con Arthur. Otro curioso e inesperado final para Arthur: se había convertido en la alternativa a morirse de hambre.

Así que le escribió un telegrama, pidiéndole que se reuniera con ella en el piso de Chelsea esa misma tarde a las tres —en lugar de la tarde de la semana siguiente que habían acordado antes de que él se fuera de Inglaterra— y, tras pensarlo un momento, añadió la palabra «Urgente», aunque le disgustaba mucho utilizar una palabra tan apremiante con Arthur. Pero ¿y si no acudía? Sabía que estaría ocupado reacomodándose en su apartamento después de cuatro semanas de ausencia y no entendería, a menos que pusiera algo así, por qué el plan que habían hecho la última vez que se vieron —nunca se escribían cartas— no podía mantenerse. Era muy poco probable que se hubiese enterado de la muerte de Ernest. No leía la prensa cuando estaba de vacaciones. Además, si por casualidad se hubiera enterado, le habría escrito de inmediato, pues la necesidad de no escribirse, que era Ernest, había desaparecido.

No, no lo sabía. Pero lo sabría cuando abriera la puerta y la viese vestida de luto. Y, en respuesta al asombro de su mirada, ella asentiría con la cabeza y entonces él la llevaría dentro y la estrecharía entre sus brazos y sería muy amable y comprensivo porque sabía que la muerte, incluso cuando no significaba pérdida, era algo tremendo y que nadie podía estar cerca de ella sin verse rozado por la tragedia; y luego, enseguida, diría: «Bueno, ahora debemos casarnos», y entonces, como la costumbre es fuerte y él estaba acostumbrado a contárselo todo, le hablaría de sus vacaciones y de todo lo que había visto mientras estaban sentados en el diván uno al lado del otro, la cabeza de ella sobre su hombro, él rodeándola con un brazo, y de lo fácil y frecuente que era pillar un resfriado cuando viajas al extranjero.

¿Y no era eso algo bueno? ¿No era en verdad bueno y sensato pasar a otra cosa, a lo siguiente, y no demorarse removiendo las mismas emociones una y otra vez? A las mujeres, pensó Milly mientras salía de la oficina de correos e iba en busca del desayuno, les gusta enfatizar y perpetuar cualquier situación. Les gusta ponerla en mayúsculas, envolverla en signos de exclamación y mantenerla para siempre donde estaba originalmente. Es una suerte para ellas que los

hombres no lo hagan ni quieran hacerlo o la vida se convertiría en una serie interminable de violentas explosiones en un mismo lugar. Al fin y al cabo, hay que seguir viviendo, ¿o seguir muriendo? El dolor de garganta de hoy tiene mayor interés que la pasión de hace diez años. Lo importante es lo que una hace, no lo que ha hecho. Y… «¡Menuda sarta de tópicos!», se dijo a sí misma, y concluyó que era probable que eso fuera lo que se hace cuando todo tu contenido emocional podía expresarse con un encogimiento de hombros.

La cafetería de la abe seguía donde estaba antes y, al parecer, con los mismos pasteles en el escaparate. Allí desayunó, demorándose todo lo posible, y la camarera fue diligente y amable. Tan diligente y amable que Milly, que contemplaba su rostro joven y simpático mientras esta rondaba a su alrededor, al rato se sintió impulsada a decir, con gratitud y desde la sencillez y vacuidad de su corazón:

—Creo que las personas son tan maravillosas unas con otras cuando no se conocen de nada y no saben cómo son en realidad.

Pero la muchacha no respondió, se limitó a mirarla de hito en hito con aquella expresión que de simpática había pasado a estúpida y de alarmado estupor.

«No he sido muy lista —pensó Milly, al pagar la mitad de la cuenta a la chica—. Supongo que uno no habla con extraños de nada salvo del tiempo, aunque en realidad son los únicos con los que se podría hablar con total sinceridad».

Y mientras se alejaba sonrió a la camarera, que fingía, muy avergonzada, limpiar el café que no se había derramado sobre el mármol de la mesa.

Caminó hasta el Strand, bajó hasta el Embankment y se sentó en un banco cerca de la Aguja de Cleopatra para esperar hasta que llegara la hora de ir a ver al abogado.

Se trataba de un tal señor Jenkyns, del bufete Jenkyns y Rowe, cuyo despacho quedaba por allí cerca, en una calle llamada Essex Street. Milly conocía bien la dirección, pues la había visto a menudo en las cartas de Ernest, y Jenkyns y Rowe eran nombres familiares que había oído con frecuencia en labios de su marido desde que se casaron. A la boda acudió Rowe y al funeral, Jenkyns. Rowe había muerto unos años antes y la empresa había quedado solo en manos de Jenkyns, aunque seguía llamándose Jenkyns y Rowe. A Rowe lo recordaba como un hombre afable y sonriente, pero tal vez fuera porque estaba en una boda. A Jenkyns no lo había visto nunca. Estaba segura de que se mostraría hostil y veinticuatro horas antes se habría encogido ante la idea de tener que enfrentarse a él. Ahora le daba igual. Era algo que tenía que hacer y, además, ¿qué importaba lo que Jenkyns pensara de ella? Pensara lo que pensase, no podía ser tan terrible como lo que pensaba Agatha, su hermana, la persona que

decía quererla. Como otra de tantas cosas, y mucho más desagradables, se hundía en la insignificancia. Al menos, reflexionó entonces mientras observaba a las brillantes gaviotas, hay alguna ventaja en sufrir muchas desgracias juntas.

Un hombre que pasaba en ese momento entre las gaviotas y ella se detuvo a mirar su reloj y se las tapó, y Milly, con los ojos puestos por fuerza en ese obstáculo, lo miró sin saber que ahí, en realidad, estaba Jenkyns.

El señor Jenkyns acostumbraba, por motivos de salud y no porque le gustara, a ir a pie todas las mañanas a su oficina en Essex Street desde su casa de Kensington y, por la tarde, volvía otra vez andando. El resultado era que llegaba a ambos destinos un poco irritado, porque es un camino largo y las aceras no son cómodas. Pero él persistía y opinaba que gracias a esta práctica se mantenía joven. Así se lo dijo a su mujer cuando ella, decepcionada por cómo transcurrían sus noches, le sugirió que cogiera un taxi al menos para uno de los trayectos y, ante su asombrada reacción: «¿Joven?», él, ofendido, guardó silencio.

Su paseo diario lo llevaba por el Embankment y, al llegar a la Aguja de Cleopatra, sacaba el reloj para ver si llegaba tarde, en cuyo caso se apresuraba, o temprano, en cuyo caso se demoraba, porque le disgustaba tanto la impuntualidad en un sentido como en otro.

La mañana que Milly estaba en el Embankment, el abogado se dio cuenta de que le sobraban dos minutos y medio y, como por alguna razón, quizás la repentina llegada de la primavera, se sentía un poco más cansado que de costumbre, pensó en sentarse. No se habría sentado si la persona que vio en el banco le hubiera sugerido, como sugieren tantas personas sentadas en los bancos, la presencia de insectos, pero esa viuda bien vestida, de flamante luto, con aspecto de cliente ideal de alguien, cosa que sin duda era, pues las viudas necesitan a los abogados casi tanto como los abogados a las viudas, le inspiró la confianza de que cerca de ella todo estaría limpio; de modo que, levantándose ligeramente el sombrero y preparado ya para sentarse, le dijo con amabilidad:

—¿Me permite?

Y Milly, con la misma cortesía, respondió:

—Adelante.

Y así, sentados uno al lado del otro, observaron juntos y en silencio las gaviotas.

Parecía que observar las mismas gaviotas creaba un vínculo entre ellos. Al menos así lo creyó el señor Jenkyns, al que, en cualquier

caso, el ejercicio diario lo mantenía lo bastante joven como para reconocer a una mujercita atractiva cuando la veía. Esta era una mujercita atractiva. «Pobrecilla», pensó, fijándose en sus rodillas cubiertas con abundante crespón. Y añadió, mirando de reojo ese pálido perfil con la delicada nariz y las largas pestañas oscuras: «Pobre joven». No era una muchacha, por supuesto —menos mal, porque el señor Jenkyns no se llevaba bien con las muchachas—, y estaba tal vez más rellenita de lo necesario, pero era lo bastante joven para resultar llamativa y conmovedora como viuda reciente. Treinta, decidió el señor Jenkyns, que también había tenido treinta años y sabía que era una de las edades más agradables; y, tras aclararse la garganta, le preguntó —con un tono que en un abogado equivale al del tacto de un médico con los pacientes, es decir, con una solicitud compasiva aunque contenida, combinada con la sugerencia de ilimitadas reservas de discreción— si no le parecía que hacía una bonita mañana.

Milly, abstraída, dijo que le parecía una mañana muy bonita y luego, al mirarlo y considerar que era un hombre respetable, con sus guantes y su maletín y todo, le preguntó si estaban lejos de Essex Street.

—¿Essex Street? Yo voy hacia allí —contestó el señor Jenkyns, sorprendido por esta coincidencia.

—¿Se tarda mucho en llegar? —insistió Milly, pues aquello no parecía una respuesta a su pregunta.

—Eso depende —repuso el señor Jenkyns con la prudencia de su profesión— del ritmo al que se vaya. Puede hacerse, y se ha hecho, en diez minutos, pero yo no lo aconsejaría. Personalmente, me permito once. Una dama, tal vez, podría necesitar, digamos, doce.

—Quiero estar allí a las diez en punto.

—¿De veras? —se sorprendió una vez más el señor Jenkyns, ante esta segunda coincidencia. Y después de una breve pausa, durante la cual consideró las exigencias de la cautela y decidió que en este caso no había ninguna, añadió—: Yo también.

Sacó su reloj y lo miró con atención frunciendo el ceño.

—Ahora quedan doce minutos, no, perdón, doce minutos y medio para las diez en punto. Desde aquí, como le he dicho, se tarda once minutos. Pero una dama necesitaría doce. Si me permite, puedo acompañarla.

—Es usted muy amable.

Él se levantó. Ella también. Y siguieron juntos por el Embankment.

Conversando en un tono afable, esforzándose por complacerla, señalándole puntos de interés —«Aquello es la cúpula de San Pablo»—, el señor Jenkyns acomodó su paso al de Milly. Se dio cuenta

de que esa mañana llegaría unos minutos tarde, pero no tenía importancia. Este tipo de cosas lo mantenían a uno joven, caminar y charlar con una dama desconocida. Hacía tiempo que deseaba vivir algún tipo de aventura, solo como garantía de que aún no era viejo. Valdría casi cualquier cosa que cumpliese con las exigencias de la cautela. La dama —por supuesto habría una dama— debía ser irreprochable moral y socialmente, pues sentía una profunda aversión por cualquier cosa que se aproximase a lo turbio, y además debía ser atractiva. Su profesión lo había llevado a entablar algunos tristes contactos y le había enseñado que tal combinación es poco frecuente. En los caminos de la aventura, sería casi imposible encontrarla. De hecho, le resultaba difícil imaginar la forma que podría adoptar una aventura respetable. Y la había encontrado ahí, en un banco del Embankment.

Satisfecho y algo agitado, caminó junto a Milly mientras charlaba y se sentía diez, no, veinte años más joven, pues había llegado a una edad en la que ser diez años más joven no le habría servido de nada. Pedía muy poco. A su edad era inútil, lo sabía, pedir mucho, y como abogado de familia de la más alta categoría era arriesgado pedir nada en absoluto. Pero a esta dama, si alguien lo viera con ella, solo podrían considerarla una mera compañía y nadie adivinaría jamás que ni siquiera sabía su nombre. En verdad pedía muy poco. Solo quería que una mujer guapa y agradable, que no fuera su esposa, mostrase interés por él, que fuera consciente de que era un hombre, que le escuchara, que le sonriera. Esta escuchaba y sonreía con mucha dulzura, levantando de vez en cuando la vista hacia él cuando respondía, con unos ojos especialmente bondadosos y encantadores, de un azul profundo; ojos aún húmedos, concluyó el señor Jenkyns observándola con simpatía, por las lágrimas del duelo.

—Discúlpeme por mencionarlo —le dijo mientras esperaban para cruzar la calle—, pero me temo, por su atuendo, que es usted… Que se ha… ¡No, todavía no! —se interrumpió de pronto, cogiéndola del brazo cuando estaba a punto de bajar del bordillo hacia lo que habría sido una muerte segura.

Su mujer hacía ese tipo de cosas y le exasperaba. No le exasperó con Milly, porque ella no era una esposa sino una aventura. Además, esto le dio la oportunidad, después de haberla salvado, de cogerla del brazo y conducirla enseguida a la seguridad del otro lado.

—¿Puede un extraño —le preguntó retomando su intervención anterior, con la mano aún en el codo de Milly por si salía disparada de nuevo— ofrecerle sus condolencias?

—Gracias —murmuró ella, agachando la cabeza.

«Una paloma —pensó el señor Jenkyns—. Una paloma». Y de mala gana le soltó el brazo cuando ya no era necesario sostenerla.

¡Cuál no sería luego su sorpresa y consternación, cuando, ya cerca de su despacho le preguntó a Milly a qué número de Essex Street deseaba ir, y descubrió que aquella mujer quería ir a su oficina y que no era otra que la deshonrada y deshonrosa señora de Ernest Bott! En respuesta a su repentina pregunta —la sospecha cruzó su mente como el destello de una espada—, ella le confirmó que sí lo era. Por supuesto. Qué estúpido había sido al dejarse engañar. Cuando esa viuda le preguntó si estaban lejos de Essex Street, tendría que haber adivinado de inmediato quién era. De hecho, la estaba esperando. El señor Herbert Bott había ¡do a verlo el día anterior, en un estado de gran agitación, para preguntarle si la había visto o si se había puesto en contacto con él y le dijo que seguramente lo visitaría pronto porque no tenía dinero. Luego le había pedido que le entregase mil libras, la cantidad a la que le daba derecho el testamento, cuando fuera a su despacho. Llevaba los billetes listos en la cartera y dijo que deseaba que su cuñada lo recibiera de inmediato y que ella se lo devolvería cuando se cumplieran las formalidades necesarias para la liberación de su legado, pero que, mientras tanto, no debían permitir que muriese de hambre.

El señor Jenkyns pensó, y se sintió en el deber de sugerirlo, que no era probable que se las devolviese, pero su sugerencia fue rechazada con vehemencia.

El señor Herbert Bott le pidió también, como favor personal, que no se mencionara el préstamo a la señora como tal préstamo, sino que se le permitiese suponer que era su herencia. Él mismo se lo explicaría más tarde, aseguró; y cuando también solicitó que no dijera nada a sus hermanos respecto a esta visita en caso de que llamaran, el señor Jenkyns se quedó con la sólida impresión de que ahí, si su pobre cliente, Ernest Bott, hubiera decidido presentar una demanda de divorcio, tendría al codemandado.

Ernest Bott, entonces, había sido más magnánimo incluso de lo que su amigo y abogado había creído. Cuando le dijo: «No sé quién es el hombre y no quiero saberlo», estaba protegiendo a su propio hermano. Era natural, desde luego, que un hombre agraviado de ese modo no pudiera resistirse a una pequeña venganza y el codicilo, a ojos del señor Jenkyns, había sido la forma más suave de venganza que un marido traicionado podía adoptar.

Por tanto, miró a Milly, que hasta hacía tan poco le había parecido encantadora, con verdadera aversión. ¡Cómo detestaba a esas mujeres aprovechadas y traidoras! Ningún hombre estaba a salvo de ellas. Llegan con sus largas pestañas y sus pequeños y redondos bustos, pensó mientras la miraba ahora con una profunda repugnancia, y antes de que te des cuenta te han despojado de tu honor y de tu felicidad.

«Un lobo con piel de viuda», se dijo con aspereza mientras la miraba con dureza.

—Supongo que es usted el señor Jenkyns —titubeó Milly, consciente del repentino y humillante cambio en su forma de actuar.

El dedo del escarnio; a eso tenía que enfrentarse por primera vez en su vida y no le gustaba. Así era, entonces, como los hombres buenos miraban a las mujeres malas; es decir, los hombres que se creían buenos a las mujeres que estaban seguros de que eran malas. Ahora lo sabía. A pesar de la humillación, sentía curiosidad, ya que el papel de mujer mala era muy nuevo para ella. ¿Era este tipo de cosas lo que debía esperar? Aunque, después de todo, ella ya estaba preparada para la hostilidad de Jenkyns. ¿Por qué le molestaba tanto? Tal vez porque había sido tan agradable y atento hasta hacía un instante y le había mostrado una manifiesta admiración. Se sintió fustigada.

Con gélida cortesía e imponencia glacial, el espigado señor Jenkyns le abrió la puerta batiente del edificio en el que se encontraba su oficina y la siguió por las desgastadas escaleras de piedra. Después la llevó directamente a su despacho, tras cruzar la sala en la que su pasante de confianza estaba sentado escribiendo a máquina, le señaló una silla y le preguntó:

—¿Ha venido a por su legado? —Y sin una palabra más, abrió la caja fuerte y sacó el sobre que Bertie Bott le había entregado el día anterior—. Creo que le parecerá correcto —dijo luego, tendiéndoselo sin mirarla—. Tenga usted la bondad de contarlo.

Y mientras ella contaba los billetes con dedos torpes, pues tenía ganas de echarse a llorar —qué absurdo, qué absurdo llorar por culpa de Jenkyns, se decía a sí misma con rabia—, con la cabeza gacha y el velo, por suerte, tapándole la cara, el señor Jenkyns, sentado detrás de su mesa, cogió el teléfono y entabló con alguien una larga conversación de carácter técnico, como si Milly hubiera dejado de existir.

Aunque para el abogado más bien era una desagradable molestia. A su aversión natural por tales mujeres se sumaba la irritación por haberse visto atraído y engañado. También tenía un inexplicable regusto de frustración, como si le hubieran arrebatado una bebida. Es cierto que la bebida no había sido más embriagadora que, digamos, una taza de té, pero el refrigerio que puede obtenerse de una taza de té le había sido arrancado con rudeza de los expectantes labios.

Cuando terminó de contar, Milly se quedó allí sentada en silencio. No podía levantarse e irse mientras el otro seguía hablando por teléfono ni podía interrumpirlo para decirle que todo estaba correcto, de modo que se quedó allí, sintiéndose cada vez más como una malvada y reproba moza de cocina. El señor Jenkyns tenía mucho que

discutir con la persona que estaba al otro lado de la línea y lo hizo largo y tendido, sin prisas. Cuando por fin colgó el auricular, después de una educada despedida que a Milly le pareció que iba a durar al menos otros cinco minutos, pulsó un botón de su mesa y, cuando ella fue a abrir la boca para hablar, apareció, rápido y silencioso, el pasante al que había visto teclear en la otra sala.

Volvió a cerrar la boca y esperó. «Me da igual —pensó, intentando armarse de valor—. ¿Qué me importa a mí Jenkyns?».

Pero sí le importaba.

—Extienda un recibo por mil libras —le ordenó el señor Jenkyns al pasante, que se fue enseguida para cumplir la tarea sin decir nada—. Esto —le dijo entonces a Milly, pero sin mirarla y sentado muy tieso, con los codos apoyados en los brazos de su silla giratoria, las puntas de los dedos unidas y los ojos clavados en la punta de su propia nariz — es muy irregular.

—¿El qué? —preguntó ella, con la voz un poco temblorosa, pues temía que fuese a decir algo terrible y personal.

—Entregarle el dinero.

—¿Por qué? —preguntó Milly de nuevo, recuperando el aliento.

—Porque no tengo pruebas de su identidad.

—Ah. —Milly consideró aquel comentario. Si iban a eso, tampoco las tenía ella. Le habían dicho que era Milly y siempre lo había aceptado, pero ¿cómo podía una probarlo?—. ¿Quiere decir —vaciló — que no puede estar seguro de que yo soy la señora Bott?

—La señora de Ernest Bott —la corrigió el abogado con severidad.

—La señora de Ernest Bott —repitió Milly, que reflexionó sobre ello. El resultado de sus reflexiones fue que, al cabo de un momento, dijo—: Bueno, lo soy.

El señor Jenkyns guardó silencio. Seguía inmóvil, mirándose la nariz.

Entonces, al recordar que su nombre y el de Ernest estaban grabados en el interior de su alianza, Milly se quitó a toda prisa, o más bien se arrancó, el guante izquierdo, que le quedaba muy justo y se resistía.

—Mire —dijo, ofreciéndole el anillo por encima de la mesa—. En el interior están grabados mi nombre y el de Ernest y la fecha de nuestra boda.

El señor Jenkyns no miró, se limitó a hacer un gesto de aversión.

—Basta, basta. No lo dudo —replicó, escandalizado por la falta de tacto con la que le presentaba el mismísimo símbolo de los votos que había roto como prueba de que era en verdad la esposa de su pobre cliente, el mismo anillo que había colocado, rebosante de confianza y afecto, en la mano que iba a traicionarlo—. En un tribunal, sin

embargo, eso no sería ninguna prueba.

—Pero no estamos en un tribunal —repuso Milly.

El señor Jenkyns apretó los labios y su boca pareció volverse aún más fina y pequeña. Así razonaba su mujer. Tenían todas la misma sesera, aunque, por fortuna, diferían en la moral.

El rápido y silencioso pasante reapareció, puso el recibo sobre la mesa y se esfumó de nuevo.

—Por favor, firme aquí —le pidió el señor Jenkyns, entintando una pluma y tendiéndosela a Milly.

La sostuvo con severa paciencia mientras ella se quitaba el guante derecho. Le quedaba muy estrecho y se resistía. Le quedaba más justo, y se resistía más, que el izquierdo. Nuevos y de cabritilla, eran una talla menos que la suya, pero se los había encargado la familia junto con el resto del ajuar de luto y estos, al verla tan bajita, habían dado por hecho que sus manos serían igual de pequeñas. Lo eran, pero también eran gordas y la gordura que entra con comodidad en un guante del seis y medio apenas pasa por uno del seis y cuarto y sale también con dificultad.

La mano regordeta de Milly no salía. El señor Jenkyns, con la pluma tendida y la mirada cuidadosamente desviada, fue paciente. Milly, forcejeando con el guante, estaba acalorada. Se le había atascado. Estúpido guante… Ay, estúpido, estúpido guante idiota, pensó irritada. Y mientras tiraba de él, sofocada y nerviosa, los billetes que tenía en el regazo se cayeron sobre la alfombra y el señor Jenkyns, obligado por las convenciones, temió que iba a tener que recogerlos.

Se dio cuenta de que no podía. No, no podía agacharse y arrastrarse por el suelo a los pies de una mujer así. Así que llamó al pasante.

—Gracias —dijo Milly, confusa y acalorada e intentando quitarse el guante y coger los billetes que le tendía el pasante al mismo tiempo. Esbozó una sonrisa, por costumbre, mientras lo miraba y le daba las gracias y era una sonrisa dulce y afable.

Qué buena parecía. Al señor Jenkyns le disgustó más que nunca. Que pareciese buena cuando no lo era resultaba un ultraje.

«Una serpiente —se dijo a sí mismo, con los finos labios apretados —. Una serpiente disfrazada de paloma».

VIII

Estaba de vuelta en Bloomsbury antes de las once, con las mil libras —en nueve billetes de cien y veinte de cinco, pues Bertie Bott había pensado en todo y sabía que necesitaría billetes pequeños— en un sobre dentro de la pechera de su vestido. El señor Jenkyns no la había entretenido. La observó con severidad mientras Milly se guardaba los billetes en lo que él, incómodo y de mala gana, llamó para sí mismo «su busto». No le preguntó por su dirección, pues en su opinión era mucho mejor que nadie la supiera. Que desapareciese. Que la familia se deshiciera de ella. El señor Herbert Bott le había pedido que lo llamara por teléfono a su oficina en cuanto su cuñada fuese a verlo, alegando que era importante que se pusiera en contacto con ella, pero el señor Jenkyns no tenía intención de hacer tal cosa. ¿Por qué iba a hacerlo? No tenía por costumbre, ni la había tenido nunca, alentar a los cómplices de adulterio. ¡Ponerse en contacto con ella! Sin duda. Una frase apropiada. Pero que le pidiera ayuda para hacerlo le pareció que era tomarle el pelo. De modo que, cuando Bertie llamó justo antes del almuerzo y le preguntó, con voz tan nerviosa como siempre, si su cuñada había dado alguna señal, recibió la escueta respuesta de que había estado y se había marchado; y cuando empezó a acusarle con lo que fuese que iba a decir en un violento estallido que, al principio, sonó como un ataque de tos, pero que luego se convirtió en una serie de juramentos, el señor Jenkyns colgó el auricular con toda tranquilidad.

Milly regresó a la pensión a pie y tratando de apartar al señor Jenkyns de su pensamiento. Ese incidente de su vida ya había terminado y era una tontería preocuparse por ello. Teniendo en cuenta la cantidad de cosas en las que tenía que pensar, le resultaba bastante extraño lo mucho que le molestaba aquello. Sin embargo, ningún hombre había sido grosero con ella hasta entonces, excepto Ernest, por supuesto, y la piel le picaba como si la hubieran abofeteado. ¿Qué podía ser más grosero que el repentino cambio de la urbanidad y el evidente deseo de agradar a esa gélida y aniquiladora cortesía? Ernest tenía que haberle contado cosas terribles sobre ella para provocar esa actitud. En fin, no pensaría más en ello. «Quítatelo de encima; quítate de encima a Jenkyns», se dijo a sí misma, haciendo de manera

instintiva un movimiento con los hombros como si se lo estuviera sacudiendo y encontrando el mismo tipo de consuelo al llamarlo Jenkyns, sin el «señor», que un niño pequeño al sacarle la lengua a alguien que está de espaldas y no lo ve. Pero, aunque llevaba la cabeza alta, los ojos se le llenaban de lágrimas de humillación. Oh, si alguna vez conocía a otro pecador, ¡qué amable sería, qué indulgente! Y entonces pensó que tal vez siempre se estuviera cruzando con otros pecadores, solo que ellos habían sido más listos y no los habían descubierto.

Volvía a la pensión Como en Casa más de una hora antes de lo que había dicho. Lo lamentó y caminó lo más despacio que pudo, se resistía a llegar, su encuentro con el señor Jenkyns había sido breve y ahí estaba, de vuelta antes de las once.

Como de costumbre, la gobernanta salió de la nada y acudió a su encuentro a toda prisa. Le devolvió el bolso, e insistió en garantizarle que encontraría su contenido intacto, y también le dijo que encontraría a la señora Le Bon esperándola en su dormitorio. Se alegraría de verla, la gobernanta estaba segura, ya que le pareció un poco desanimada por el mensaje que la señora Bott le había dejado…

—Por si necesita saberlo —añadió la gobernanta.

«¿Habrá pecado alguna vez? —se preguntaba Milly con los ojos puestos en el rostro de la gobernanta mientras cogía el bolso con gesto mecánico—. Me refiero a los pecados importantes, a los de los diez mandamientos, no solo a estar enfadada. ¿Alguna vez habrá quebrantado alguno?».

La miraba especulando en silencio, tratando de reconstruir la imagen de aquella mujer hace veinte años, cuando probablemente, juzgó, habría tenido edad de quebrantar los mandamientos.

No, seguro que no. Pero claro, la gobernanta estaría igual de segura de que ella, Milly, tampoco había pecado, ¡y qué equivocada estaría! Nadie podía asegurarlo. Quizás incluso Jenkyns…

Sin embargo, mientras subía las escaleras con paso lento y pensativa, descartó que Jenkyns fuese un pecador porque, si lo fuera, es posible que hubiera sido menos duro. Entonces, ¿el pecado ablandaba a la persona? ¿Lo hacía a uno generoso? ¿Haber pecado lo inclinaba a uno a la compasión, a la comprensión? De ser así…

Milly se interrumpió. Era todo muy difícil. Tras una pausa de reticencia frente a la puerta de Agatha, llamó y entró.

Agatha estaba muy enfadada.

—Temía que lo estuvieras —dijo Milly compungida mientras

forcejeaba con los cierres de su vestido para sacar los billetes.

—¡Que desaparezcas de esta forma cuando tenemos una cita tan importante a la que acudir! —exclamó Agatha, alzándose sobre ella como una negra columna de indignación.

—He acudido yo.

—¿Has acudido tú?

—Sí. Y tengo el dinero. Aquí está. —Milly sacó el sobre—. Las mil libras —le explicó, ya que Agatha no hizo movimiento alguno para coger lo que se le ofrecía.

Agatha se la quedó mirando sin comprender.

—¿Qué? ¿Mi legado?

—Sí. Toma.

—¿Mis mil libras? ¿Te las han dado?

—Sí. ¿No las vas a coger?

Entonces Agatha cogió el sobre y lo sujetó muy fuerte con ambas manos, mirando a Milly como si estuviera asustada, como si hubiera escapado por los pelos de un desastre impensable. Porque ahí, guardado sin más en la pechera de su vestido y llevado de esa manera por las calles de Londres, un lugar desgraciadamente famoso por los accidentes y los robos, había estado su reparación, su honor, su felicidad, su vida.

—¿Has venido andando? —le preguntó en voz baja.

—Sí.

—Milly, ¿has llevado una suma tan grande de dinero por la calle y a plena vista?

—A plena vista no. Guardado en el vestido.

—¡Pero…! —Agatha la miraba desconcertada y se apretaba el sobre contra el pecho—. ¡Podrían haberte atropellado!

—Bueno, no ha sido así.

Milly se acercó a la ventana y se sentó, abatida. Estaba cansada, tenía calor, deseaba estar a salvo con Arthur y que las próximas horas hubieran pasado ya. Ahora Agatha empezaría a interrogarla sobre cómo había conseguido un dinero que no le pertenecía y por qué el abogado, sin autoridad alguna, se lo había dado con tan increíble desfachatez y Milly se vería obligada a inventarse alguna historia y ninguna historia que pudiera inventarse sería muy buena. No se le ocurría nada, pensó agotada mientras trataba de imaginar algo creíble. Y entonces, si Agatha adivinaba la verdad, ¿quién sabía si su orgullo no la empujaría a rechazar un regalo de lo que podría considerar un origen contaminado? Milly estaba segura de que Agatha la consideraría un origen contaminado y, en ese caso, ¿qué ocurriría? La única alternativa que tenía para no quedar abandonada a su suerte y sin dinero era la ayuda de Arthur, y él también, por supuesto, estaba

contaminado.

Pero no tuvo de qué preocuparse, pues Agatha se olvidó de todo cuando abrió el sobre y miró en su interior. Un extraño escalofrío le sacudió el velo —estaba vestida para salir en cuanto Milly regresara— cuando vio por primera vez aquella riqueza. Para ella, mil libras eran una riqueza. Con lo que contenía ese sobre, estaba segura de que podría conquistar el mundo.

Contuvo un momento la respiración y luego se acercó a la cama con tanta solemnidad como si se dirigiera a un altar, llevando en las manos el cáliz que le daría la vida, y se arrodilló, sacó los crujientes billetes con torpeza porque estaba nerviosa, los extendió uno detrás de otro sobre la colcha con lo que a Milly le pareció un temor reverencial y se quedó absorta y embelesada contándolos.

Milly la observaba desde donde estaba sentada. Dejó de secarse el sudor de la cara y se inclinó hacia delante en la silla, con los ojos puestos en la figura junto a la cama. Más incluso que las manos y el cuerpo agostados de Agatha, esa adoración extática revelaba lo terrible que debía de haber sido su pobreza. Ay, pobre Aggie… Pobre Aggie, pobre, pensó Milly, invadida de nuevo por la compasión y la ternura. Era descorazonador cómo la pobreza, la verdadera pobreza extrema, podía llegar a destruir el buen carácter y la caridad. Y el buen carácter y la caridad habían estado ahí, Milly lo sabía, pues recordaba bien el cuerpo y el espíritu joven y generoso que una vez tuvo Aggie. Había sido demasiado generosa, demasiado crédula. El exceso de fe y de esperanza, el exceso de las mismas virtudes que se nos pide que cultivemos, la había hecho subir a las alturas con su amante, y el exceso de orgullo la había mantenido desafiante declarando que seguía en ellas cuando hacía tiempo que se había hundido en las más míseras profundidades. Pero era magnífico aferrarse así a un barco que se hundía, una espléndida muestra de coraje, y ella misma, Milly, la cobarde comodona, la traficante de traiciones diarias, había dejado que su visión de las cualidades de Agatha, cualidades malogradas solo por la desgracia, se borrasen porque no era muy agradable. ¡Que no era muy agradable! ¿Cómo habría sido la propia Milly en su lugar? Algo mucho peor que poco agradable, estaba segura. Desde luego nada que se acercase a lo magnífico. Probablemente una buena quejica sin ningún tipo de orgullo.

Mientras observaba el jubiloso ensimismamiento de Agatha, Milly no pudo evitar pensar en lo extraño que resultaba el hecho de que fuera su propio pecado la causa última de todo aquello. El adulterio cometido con Arthur y el castigo de Ernest habían hecho posible la alegría de Agatha. Era de lo más extraño. Daba vértigo. Era más de lo que su mente podía soportar. Mejor no pensar demasiado, se dijo,

dándose cuenta de que había rescatado a Agatha de una forma mucho más eficaz que si el rescate hubiese consistido en vivir con ella en la comodidad de Mandeville Park Road, rodeada de Botts indignados e incapaces de perdonar la fuga ni el hotel, si Ernest nunca se hubiera enterado de lo de Arthur y ella hubiese heredado todo su dinero. Agatha habría detestado ser dependiente; Milly se habría retorcido en su compañía siempre resentida. De hecho, Ernest había hecho algo mejor de lo que creía al dejarle solo esas mil libras. Así podía bendecir a Agatha y dejarla ir.

—¿Está todo? —le preguntó cuando parecía que ya había acabado el recuento.

—Sí —dijo Agatha sin volver la cabeza, empezando a juntar con cuidado los billetes.

Recogió primero los pequeños, los de cinco libras, y los alisó con pulcritud uno sobre otro. Veinte. Veinte billetes, cada uno de los cuales valía ciento veinticinco francos suizos. Y cada uno de los billetes más grandes equivalía a dos mil quinientos francos, ¡dos mil quinientos!, y había nueve.

Se arrodilló ante ellos con adoración. Con esos crujientes trozos de papel iba a volver al lugar al que pertenecía en cuerpo y alma y a hacerse con la dirección del hotel. Se la arrebataría al propietario, que, antes de darse cuenta de lo que estaba pasando, se vería expulsado de allí; no descansaría hasta haberle dado la vuelta a aquella situación. Entonces reinaría sobre todo. Podía hacerlo todo, podía, sí que podía. No había nada que no pudiera hacer si se le daba la oportunidad, si se le daba el capital. *Madame la patrone*…

Era como si estuviera rezando, pensaba Milly al verla allí, arrodillada, con las manos juntas delante de ella y contemplando el montoncito de billetes. Luego, tras doblarlos y guardarlos de nuevo con gran reverencia en el sobre, salió de su sueño dorado y dijo, volviéndose hacia Milly con el ceño fruncido:

—Lo que todavía no consigo entender es por qué me has evitado esta mañana para ir a buscar mi dinero sin ninguna autorización por mi parte. Además —continuó después de una pausa, ya que Milly no decía nada—, me parece en extremo inapropiado, y probablemente delictivo que ese abogado te lo diera. En Suiza lo demandarían por eso.

—Sea como sea, ya lo tienes —repuso Milly, volviendo la cabeza y mirando por la ventana para evitar los ojos de Agatha.

—Pero ¿cómo es posible? —insistió la otra—. Y ¿por qué me has evitado?

—Ay, Aggie… —suspiró Milly—. ¿Qué importa eso ahora que ya lo tienes? Me he despertado más temprano que de costumbre y se me ha

ocurrido ir a dar un paseo. Y luego, ya que estaba fuera, he pensado que podría ir a buscar el dinero y ahorrar tiempo.

Una historia muy pobre, pensó, una historia enclenque y pobre…

Por un momento, Agatha, que estaba asegurando el sobre en la pechera de su vestido, no dijo nada. Luego insistió:

—Me gustaría conocer tus verdaderas razones para actuar de esa forma.

—Ay, Aggie, por favor… —Milly se encorvó en la silla—. No podría explicártelo ni aunque lo intentara.

—Todas las razones pueden explicarse —repuso Agatha mientras se levantaba. La desconfianza se hacía más profunda a cada momento: ¿y si Ernest le había dejado más de mil libras? ¿Cómo iba a saber que no era así? Ella solo sabía lo que Milly había querido contarle—. A no ser —concluyó— que sean razones deshonrosas.

Y Milly, en silencio, se preguntó si no serían los buenos, después de todo, los que necesitaban que los tratasen con amabilidad e indulgencia, en lugar de los pecadores.

Por suerte, en ese momento la gobernanta llamó a la puerta. Quería avisar a las señoras, les explicó al entrar, de que el almuerzo se servía a la una y media.

—Yo me marcho —replicó Agatha, muy molesta por la interrupción y volviéndose hacia ella con un altivo desdén—. No almorzaré aquí.

—Lo siento, señora Le Bon —dijo la gobernanta en tono cortante —, pero si se va sin avisar con una semana de antelación, tendrá que pagarla igualmente. Ya le dije anoche que esta casa no es un hotel. Es una pensión privada. Y las normas son una semana de preaviso o una semana de alquiler.

—Pagaré por lo que he recibido —dijo Agatha aún más altiva— y no más.

—Las normas… —repitió la gobernanta mientras empezaba a echar chispas por los ojos.

—Sus normas no son mis normas —la interrumpió Agatha—. Prepáreme la cuenta.

Y entonces siguió un altercado que solo podía calificarse de indecoroso.

Milly observaba desde la ventana, espectadora a su pesar, pero las otras dos se interponían en el camino hacia la puerta, en cuyo umbral, además, estaba la gobernanta, de modo que nadie podría salir hasta

que ella lo decidiera. Por tanto, tuvo que quedarse donde estaba y escuchar. Se dijeron cosas muy groseras, al menos la gobernanta, y Agatha, con una frialdad exasperante, las ignoraba y se mantenía en sus trece. Milly, que era tan evasiva, siempre dispuesta a transigir en cuanto se olía una escenita, tan rápida en ceder a las demandas de los demás, se maravilló con la inquebrantable determinación de Agatha de no dejarse doblegar. Ella prefería con mucho acabar doblegada antes que doblegar. Le parecía un ultraje contra algo muy delicado y frágil que se escondía en lo más profundo de una misma, algo que, si se luchaba, se dañaría mucho más ganando que cediendo. Pero tal vez era una forma pobre y abyecta de ver las cosas. Varias veces trató de verter el bálsamo de su dulzura en esas aguas furiosas, pero la voz de la gobernanta era demasiado chillona e incesante y la de Agatha demasiado estruendosa y retumbante para que el suave trino de Milly pudiera atravesarlas. Qué difícil sería, pensó mientras las escuchaba de mala gana, vivir con Agatha. No tenía que vivir con la gobernanta, así que eso no le importaba, pero hacía solo unas horas que había deseado vivir con Agatha, ¡cuánto lo había deseado! Y habría sido difícil, ahora lo sabía. Tanto coraje y tan vivo, tanta determinación… Era bueno tener determinación, y lo admiraba, pero no de una forma tan excesiva. ¿Cómo se las había arreglado Le -Le - No lo había conseguido; había muerto. Ya, pero no hacía mucho y durante veinticinco años había convivido con esa determinación. ¿Qué clase de hombre habría sido? ¿No habrían sido su hermana y él buenos amigos? ¿No se habrían inclinado, después de un tiempo, a consolarse mutuamente?

Aquello se ponía cada vez peor, ¡qué cosas se decían! Agatha le decía con desprecio a la gobernanta que no le importaban ni un ápice las leyes inglesas ni la policía, porque ella era una suiza libre e independiente, y la gobernanta replicaba que debería avergonzarse de ser una cosa así y luego, irritada, había añadido algo ininteligible para Milly, pero a todas luces insultante, sobre los padres de Agatha.

Los padres de Agatha y, por tanto, los suyos propios.

Esta vez Milly intervino con más ímpetu. Se levantó de la silla donde había estado sentada, se acercó a la gobernanta y le puso una mano en el brazo con toda la firmeza que pudo.

—No —le rogó—. Por favor… —Y siguió insistiendo hasta que la gobernanta la escuchó—. Por favor, no siga —le suplicó Milly muy seria una vez consiguió captar su atención—. Mi hermana…

—¿Su hermana? —voceó la gobernanta, mirando con las fosas nasales dilatadas a la impávida Agatha—. No me lo creo, señora Bott, ni por un instante. Usted creerá que lo es, y me atrevo a decir que lo es en cierto modo, pero no de un modo que a nadie le agradase mencionar, diría yo. Yo diría que su padre…

Y la gobernanta, por completo fuera de sí, ya estaba a punto de exponer sin ningún pudor su teoría sobre el nacimiento de la señora Le Bon cuando Milly, al presentir que se avecinaba algo espantoso, la detuvo asegurándole que ella misma pagaría las facturas de ambas y lo dijo a toda prisa antes de que la otra pudiese seguir hablando.

—Mi hermana se va a Suiza —continuó apenas sin aliento— y tiene que coger un tren que sale a las dos. No le daría tiempo a almorzar. Yo lo arreglaré todo con usted. ¿No podemos bajar y hacerlo ahora?

—¿Por qué, no me dejará usted también, señora Bott? —exclamó la gobernanta volviéndose hacia ella, calmada por este discurso y recordando los cuatro billetes de una libra en el bolso de Milly.

—Me temo que sí —dijo esta. Su rápida sonrisa, un poco nerviosa, pero inevitablemente dulce, provocó de inmediato y como respuesta un destello en el rostro acalorado de la gobernanta—. Lo siento mucho… —Luego su voz se volvió muy suave, casi acariciadora; cualquier cosa, lo que fuera para calmar a la gente—. Me gustaría mucho quedarme más tiempo. Ha sido usted muy amable. Espero volver…

Pero Agatha, severa, puso fin a esta escandalosa y del todo innecesaria falta de sinceridad. La mentira, y era terrible tener que reconocerlo, parecía ser la especialidad de la desdichada Milly, pero no entendía por qué se rebajaba a eso para complacer y halagar a una arpía como aquella.

—Mentiras —la interrumpió con un amplio movimiento del brazo —, nada más que mentiras. Mi hermana no lo siente. No le gustaría, ni mucho ni poco, quedarse más tiempo con usted. Usted no ha sido amable. Y ella nunca volverá.

Y una vez más, mirando avergonzada a Aggie, Milly pensó que no eran tanto los pecadores como los buenos los que necesitaban comprensión, paciencia e indulgencia.

Una hora más tarde, al señor Jenkyns, que acababa de despedirse de un cliente importante, le informó su pasante de que una tal señora Le Bon deseaba hablar con él y, al preguntarle si tenía cita, como le respondió que no, se negó a recibirla.

Pero el pasante volvió y le dijo que era tan apremiante el deseo de la señora por ver al señor Jenkyns que no podía deshacerse de ella.

—Es una viuda, señor. Lleva media hora esperando. Dice que no lo entretendrá más que un par de minutos.

Una viuda. El señor Jenkyns recapacitó. En cierto modo se

especializaba en viudas, que, recién ocurrida su desgracia y en los primeros momentos de confusión, eran dientas fáciles, agradecidas y manejables, y aunque él tenía uno de los bufetes más grandes de Londres, tal vez no debería rechazar a la ligera a una nueva dienta que, además, era una viuda.

—¿Parece…?

Quería decir «opulenta», ya que aceptar como dienta a una viuda pobre era peor que no tener dienta alguna, pero en su lugar dijo «respetable».

—Sí, señor —le aseguró el pasante—. Mucho. No podría parecer más respetable.

El señor Jenkyns dejó escapar un suspiro y jugueteó con el lápiz que tenía junto al cuadernillo.

—Cinco minutos, entonces —accedió—. Luego entre y diga que me requieren en otra parte.

Pero al cabo de solo tres, él mismo estaba llamando a su empleado.

—Acompañe a esta señora a la salida —le dijo con el afilado rostro muy rojo, pues Agatha, que apreciaba mucho más el ser directa que el tener tacto, y por añadidura iba sobrada de suspicacias, había empezado la conversación con muy poco tiento, preguntando severamente al atónito abogado, en una estancia en la que la severidad había sido hasta entonces monopolio exclusivo de este, con qué derecho y con qué autoridad había entregado el dinero que Ernest Bott le había legado en su testamento a una tercera persona.

El señor Jenkyns estaba tan perplejo que durante medio minuto de los tres que duró la entrevista la miró por encima de las gafas sin poder articular palabra. Entonces, la ira, densa y ardiente, se despertó en su interior, pues aquella inverosímil criatura lo estaba amenazando con la ley; amenazándolo a él, un abogado, con, podría decirse, su propia medicina.

Cuando se recuperó, no tardó en despachar a Agatha, que a su vez se quedó sin palabras por lo que este le dijo. ¿Que no se la mencionaba para nada en el testamento? ¿El dinero no era suyo por derecho, sino un regalo de Milly?

—Y un regalo muy generoso —observó el señor Jenkyns con rigidez mientras pulsaba el timbre de su mesa—. Si me permite hacerle una sugerencia, señora, yo que usted tendría en cuenta el dicho sobre la inconveniencia de mirarle el diente al caballo regalado.

—Entonces, mi hermana… —dijo Agatha por tercera vez, con los ojos más abiertos que nunca mientras miraba fijamente al señor Jenkyns con tanta inquina como él la miraba a ella— ¿se ha inventado toda esta historia?

—Y no soy capaz de juzgar con qué fin —concluyó el señor

Jenkyns al tiempo que apilaba un montón de papeles con movimientos exasperados—. Acompañe a esta señora a la salida —añadió cuando apareció el pasante.

Agatha se levantó despacio. Era todo sospechas. ¿Cómo podía estar segura de que era cierto lo que afirmaba ese hombre? Podría no ser más que un granuja. ¿No era proverbial la expresión «abogado granuja»? ¿No se la había encontrado con bastante frecuencia en sus lecturas? Además, qué improbable, qué incomprensible, que Milly se desprendiera de semejante suma y se la regalase. La gente no regala fortunas. Recordó sus palabras cuando le habló del testamento y cómo le había dicho, y a ella le había parecido de lo más correcto y natural, que Ernest deseara de esta forma enmendar el daño que le había causado.

Había, sin duda, algo extraño y sospechoso en ese abogado.

—Tenga la bondad —le pidió, irguiéndose todo lo alta que era su negra figura al otro lado de la mesa del señor Jenkyns cuando este, para despedirse con una leve reverencia, se había medio levantado— de enseñarme ese testamento. Deseo verlo por mí misma.

Al oír aquello, el señor Jenkyns se levantó del todo. Se enderezó hasta quedar a la misma altura que ella y la miró en silencio, con ojos que eran como dos puntas de acero reluciente.

—Llévesela —dijo al fin, escueto, al pasante.

Ya era casi la una. A las dos salía el tren para Suiza. Agatha estaba de pie, indecisa, en la acera de Essex Street: una especie de cenotafio negro bañado a ambos lados por el flujo indiferente de los transeúntes. No tenía mucho tiempo para decidirse. Si lo que decía aquel hombre era cierto, y hubo algo en ese arranque de ira final que la convenció de que lo era, el orgullo exigía que volviera a la pensión, arrojase el montón de billetes a los pies de Milly, renunciara para siempre a toda idea de felicidad y se marchase sin un penique a luchar por lo que aún pudiera quedarle de existencia. Después de todo, estaba acostumbrada a sufrir. Ah, sí, sabía sufrir más que nadie, pensó alzando la barbilla. O bien podría coger uno de los billetes pequeños para el pasaje —Milly era descuidada, estaba segura, y no el tipo de persona que contaba los billetes— y volver a Suiza, ponerse a merced del propietario del hotel y tal vez reincorporarse a su miserable trabajo. ¿Rastrero, coger el billete sin decir nada? No, porque era solo un préstamo temporal que, en última instancia, reembolsaría con el dinero ganado a base de dolor.

Se encontraba envuelta en una gran indecisión. El tráfico de gente

rodeaba la isla que había formado. Con una mano apretada contra el pecho, se aferraba al sobre de billetes. ¿Cómo iba a soportar desprenderse de ellos y, con ellos, de toda esperanza? ¡Ay! ¿Cómo? ¿Cómo?

Avanzó unos cuantos pasos calle arriba, se detuvo de nuevo y volvió a apretar los billetes contra su pecho, y de nuevo los transeúntes se dividieron a ambos lados de su figura y siguieron fluyendo en un incesante flujo de gente absorta, indiferente y ocupada.

El propio señor Jenkyns, que se dirigía a almorzar, era uno de esos transeúntes, pero él no se mostró indiferente pues, al divisar la silueta negra e inmóvil, cruzó de inmediato a la otra acera e indignado siguió su camino por allí. «¡Bah!», se dijo el abogado, un hombre nada proclive a exclamaciones de ese tipo, pero la expresión parecía describir su estado de ánimo. Tenía ganas, algo inusual a esa hora, de darse un baño. Después de los encuentros de la mañana, primero con aquella mujer que casi lo deja en ridículo, la ignominiosa viuda del pobre Ernest Bott, y luego con su escandalosa hermana, sentía que necesitaba un baño. Tendrían que inventar un jabón, pensó mientras apuraba el paso, que lavara la irritación; una especie de jabón Cuticura para la mente…

Agatha, por su parte, mientras continuaba calle arriba aferrada como una autómata a la pechera de su vestido, no se sentía tan desolada desde la muerte de Gastón. ¡Ojalá se hubiera abstenido de insistir en que Milly le diese la dirección del abogado! Su hermana había intentado no dársela y, cuanto más lo intentaba, más insistía Agatha… Normal, porque esa reticencia, esa angustiosa reticencia, no hacía sino confirmar sus sospechas de que le ocultaba algo. Y así había sido. Y ahora sabía lo que era. Y era justo lo contrario de lo que sospechaba. Y la hundió.

¿Cómo podía quedarse con el dinero? Aparte de lo que representaba —un gesto despectivo, casi una patada, una patada de despedida de parte del marido ultrajado a la esposa infiel—, sus principios jamás le permitirían aceptar dinero de alguien que se había deshonrado así. Imposible. No podía siquiera imaginar tal cosa. El dinero de una Magdalena. Prefería alimentarse de mendrugos de pan en una cuneta que gozar de prosperidad y honor a ese precio. El sueldo del pecado de otra persona, ¿cómo iba a poder tocarlo? Y Milly sabía que ni podría ni querría y por eso se había inventado la historia del legado.

¿Generoso por parte de Milly? ¿Era generoso que le hubiera dado el dinero? Sí, era generoso, suponía. Sí, parecía muy generoso. Pero si Milly hubiera sido una mujer íntegra, si hubiera seguido siendo una esposa casta, no habría sido necesaria esa complicada generosidad

enmarañada de mentiras. El sueldo del pecado ajeno no podía tocarlo, pero el castigo por el pecado ajeno parecía ser solo suyo. Milly podía irse con el cómplice de su falta y se casarían y tal vez incluso serían felices y, en cualquier caso, dejarían de sentirse culpables. Estaría cómodamente provista y durante el resto de su vida, como antes, no tendría de qué preocuparse; mientras que ella, su hermana, que nunca había hecho más que esforzarse por vivir con nobleza…

Dos lágrimas se abrieron paso a duras penas en los ojos de Agatha y se deslizaron por su rostro. Había tenido que soportar demasiado. Estaba cansada de aguantar. Y ahora tendría que empezar de nuevo…

Los transeúntes —ahora estaba en el Strand, zarandeada por unos y otros y sin darse cuenta de nada— se quedaban mirándola, al ver que lloraba, y algunos se compadecían y pensaban durante un segundo: «Pobrecilla».

Agatha, con el rostro bañado de lágrimas, luchó consigo misma durante todo el camino hasta Bloomsbury y, a su lado, caminaban dos sombríos ángeles: el del Orgullo y el de los Principios. Cuando llegó a la pensión había ganado la batalla y se había decidido. Una vez más, gracias a Dios, lo que era correcto se había impuesto en ella: reconocería las buenas intenciones de Milly y le devolvería el sobre, pidiéndole solo que le prestara uno de los billetes de cinco libras para poder volver de inmediato a Suiza. No tenía que coger ningún billete a hurtadillas y habría poco de qué hablar. De hecho, tendría que ser muy breve si quería coger ese tren y debía cogerlo para cerrar cuanto antes ese trágico capítulo de su trágica vida, ese malogrado intento de llevar amor y consuelo a una hermana que durante los últimos diez años solo había existido en su imaginación.

No miraría ni a un lado ni a otro; ni a las esperanzas con las que había venido ni a la desolación con la que volvería. En ese camino estaba la desesperación. Cabeza alta, boca firme, pensamientos fijados en el presente: así era como iba a pasar el resto de su vida. «Me niego a claudicar, me niego a claudicar», se repetía a sí misma una y otra vez, con la mano apretada contra el pecho donde se escondía, abrigado por el calor de su cuerpo, el pequeño sobre que contenía la posibilidad de hacer realidad todos sus sueños. «Como una niña», se dijo de pronto, apretándolo aún más, y enseguida se avergonzó de esa idea tan absurda.

Orgullosa, pues había ganado la batalla, dobló la esquina hacia la plaza y, hasta el último momento, cuando ya estaba en el vestíbulo de la pensión Como en Casa, se repitió, con la cabeza alta al pasar junto a

la criada en la puerta: «Me niego a claudicar». Entonces, en el preciso instante en el que abrió la boca para pronunciar su breve discurso de agradecimiento a Milly, que había salido del comedor con paso vacilante, como si tuviera miedo de encontrarse con ella, en el preciso instante en el que se disponía a sacar el sobre y renunciar a él, claudicó.

La mano le tembló. Las palabras que tenía preparadas se negaron a salir de sus labios. En lugar de sacar los billetes, los apretó muy fuerte, con ferocidad, contra su pecho. Y mirando a Milly, tras dejar escapar un largo suspiro, con los ojos muy abiertos y expresión desafiante, dijo:

—Al final no he ¡do a ver al abogado. Temía… He llegado a la conclusión de que podría perder el tren.

En la estación, en el último momento, cuando los mozos cerraban las puertas y los pasajeros que llegaban tarde corrían confundidos, Agatha, sentada muy tiesa en un rincón de su compartimento de segunda clase, y que hasta entonces había evitado decir nada más que lo imprescindible y se había mostrado de una impasibilidad pétrea, se aferró de pronto al borde de la ventanilla con una mano enguantada de algodón y dijo con voz extraña:

—¡Milly!

Milly estaba de pie frente a la puerta, con la mirada perdida en el andén para no mirar a Agatha. Al final había ¡do a despedirse de ella sin importarle que alguien de Titford la viera o no. Agatha había mentido: taimada, imprudente, con la espléndida y desafiante desesperación de una niña temerosa de Dios que hubiese sido acorralada, y el corazón de Milly rebosaba de amor. Pobre, pobre Aggie: ¡cuánta miseria y qué miedo tan desesperado se escondían bajo su mentira! Pero no debía advertir ningún tipo de ternura en ella o sospecharía que lo sabía y quedaría aplastada por la humillación. Lo único que Milly había dicho, cuando su hermana le mintió a la cara —y tuvo que decir algo después de recuperar el aliento—, fue que se alegraba mucho de que Aggie no hubiera hecho un camino tan largo porque se habría cansado antes del viaje. Luego desvió la mirada, y fingió que se esforzaba en abrocharse la capa y ponerse los guantes.

—Te acompaño a la estación —le dijo.

—Te ruego que no lo hagas —repuso Agatha, muy rígida y sombría.

En el taxi —se vieron obligadas a coger un taxi, ya que apenas tenían tiempo— casi no hablaron y cada una miraba por su propia

ventanilla. En la estación iban con prisa para sacar el billete y no pudieron hablar. Y ahora, cuando Agatha ya estaba acomodada en su rincón y Milly se encontraba de pie en el andén, junto a la puerta, y los minutos del tiempo que les quedaba juntas a este lado de la eternidad se habían precipitado hasta convertirse al fin en solo unos segundos, seguían sin decir nada, seguían desviando la mirada.

En un momento dado, Milly comentó, mientras observaba con aparente interés la actividad del extremo más alejado del andén, que creía que la travesía sería buena porque había muy poco viento, pero Agatha ni siquiera contestó.

Entonces, justo cuando estaba pensando: «Qué horror, un segundo más y se habrá ido para siempre», oyó aquella voz detrás de ella que decía:

—¡Milly!

Se volvió enseguida. Su hermana la miraba con una expresión extraña.

—Milly… —repitió.

—¿Qué, Aggie?

—Me gustaría decirte… Me gustaría decirte… —Agatha tragó saliva y miró sin palabras esa cara enmarcada por la ventanilla. Y lo soltó, de golpe, con el semblante retorcido—: Bendita seas.

En un instante, Milly estaba en el escalón del vagón, con los brazos alrededor del cuello de Agatha.

—Bendita seas tú —susurró, estrechándola cuanto pudo.

Luego Agatha, de pronto, empezó a besarla como loca.

—Milly, Milly… —repetía con voz entrecortada entre beso y beso.

—¡Apártese de ahí, por favor! —gritó el jefe de tren.

IX

Lo habitual era que Arthur, las tardes que se encontraban en Chelsea, estuviese en el piso un poco antes que Milly, vigilara desde detrás de la cortina de la ventana hasta verla aparecer por la esquina de la calle y le abriera la puerta en cuanto ella llegaba al último escalón. Lo habían acordado así al principio, cuando ambos estaban aterrorizados de que la vieran, y luego se había convertido en una costumbre. De manera automática, Arthur se colocaba en su posición y, de manera automática, la puerta se abría y él se quedaba detrás, sin dejarse ver hasta que ella había entrado. Entonces, al principio, ¡qué forma de caer en los brazos del otro, qué silencio extasiado y qué estrecho abrazo! Ahora no, claro. Los años pasan y los abrazos se aflojan. Es normal, se dijo Milly, razonable y dulce, la primera vez que el abrazo de Arthur se hizo sin duda más flojo. El éxtasis no puede mantenerse para siempre, algo mucho mejor ocupa su lugar… Infinitamente mejor, se aseguró a sí misma, y luego se sentó y se preguntó qué era lo mejor.

Cuando él empezó a aflojar sus abrazos, Milly, consciente de ello al instante, tuvo la delicadeza de seguir su ejemplo, y aflojó también los suyos para acompasarse; sin embargo, a pesar de ese aparente aflojamiento, ya habían entrado en la segunda etapa del amor, esa en la que es la mujer la más cariñosa. Ella era muy cariñosa; él también, por suerte, pero no tanto. Arthur quería mucho a Milly, pero ella lo quería más a él y ahora era ella la que traía y arreglaba las flores. Después, con el paso de los años, llegaron a la tercera etapa, en la que ninguno traía flores y se vieron instalados en un afecto cómodo, seguro y parejo, sin aspavientos ni estorbos de ningún tipo. La puerta seguía abriéndose como por arte de magia, pero era solo la costumbre y la magia ya no esperaba tras ella. Con comedimiento, sin prisas, la puerta se cerraba cuando Milly estaba dentro y con comedimiento, sin prisas, afables, se sonreían el uno al otro. Cualquiera podría haberlos visto; cualquiera podría haberlos oído.

—¿Qué tal, querida?

—¿Qué tal, Arthur?

—Hoy casi pierdo el tren. De hecho, ha salido un minuto antes de

su hora.

—¿De verdad? Espero que no te hayas sofocado con las prisas. ¿Cómo vas con el resfriado, cariño?

Ese tipo de cosas. Es normal, pensaba Milly, porque el pecado también se asienta y al final se vuelve indistinguible de la virtud. Todo se asienta. Es normal, pensaba.

En esta ocasión —la última, se dio cuenta, de las muchas ocasiones en las que había hecho ese trayecto— Milly, que solía ir desde Victoria a King's Road en taxi, fue caminando. Y lo hizo así por dos razones: en primer lugar, porque aún era pronto y el tren de Arthur, en el que venía siempre y que tenía un vagón restaurante donde podía almorzar cómodamente de camino, no llegaba a Paddington hasta las tres, y además porque, al pagar el taxi desde Bloomsbury, el vacío de su bolso le había recordado que la gobernanta de la pensión, negándose a conformarse con menos, se había quedado con sus cuatro billetes de una libra. Después de pagar el taxi le quedaba muy poco en el bolso: dos chelines, para ser exactos, más una moneda de tres peniques y cinco de uno.

Por tanto, fue caminando. Con cierta sorpresa, entonces, ya que no lo había pensado hasta ese momento, se dio cuenta de que Arthur tendría que empezar de inmediato a pagar lo que necesitara y a darle comida y techo… Sí, y a vestirla también, porque incluso en una oficina de registro civil, un lugar acostumbrado a la ausencia de sentimientos, podría considerarse una falta de tacto que se casara con el vestido de luto recién estrenado. El primer regalo que le hiciera Arthur como su prometida tendría que ser una muda completa de ropa nueva.

No es que a él fuera a importarle y a ella tampoco le importaría pedírselo, pues, acostumbrada a tener dinero y como siempre estaba dispuesta a dar, también asumía con sencillez y sin preocupaciones el recibirlo. A Arthur tampoco le importaría que Ernest solo le hubiese dejado mil libras. No le importaba el dinero y aprobaría que se lo hubiera regalado a su hermana. Además, acababan de nombrarlo profesor adjunto en su facultad, lo que iba acompañado de una casa y un jardín lo bastante amplios para una familia extensa, y estaba en condiciones de mantener a una esposa. Milly se lo había señalado con una sonrisa —a veces era menos sensata y trataba de empujarlo a decir ciertas cosas— cuando estuvo allí tras pedirle a Arthur que le enseñara su nueva propiedad y tomar allí el té, y él le contestó: «Sí, es cierto», pero no dijo, como al principio decía siempre: «¡Ay, ojalá pudiéramos casarnos!». Es normal, pensó Milly: uno termina por apartar de su pensamiento lo que es imposible y esa cuestión llevaba ya tanto tiempo fuera del de Arthur que no advirtió la evidente oportunidad de referirse a ello. En cambio, comenzó a hablarle de

unos restos que acababan de descubrir en Nápoles y que al parecer pertenecían a una inscripción en honor de Cayo Duilio, el militar romano que derrotó a la flota cartaginesa en el año 260 a. C. Es normal, pensó Milly, que sabía que Arthur estaba por entonces muy interesado en Duilio.

Ahora viviría en esa casa, después de todo, y mientras daba un rodeo —ya que tenía que matar el tiempo— para llegar a Chelsea, primera parada de esa nueva vida, y dejaba vagar la mente —un poco somnolienta al relajarse tras la tensión de la partida de Agatha—, recordó que el jardín tenía un manzano en medio del césped y se vio a sí misma sentada bajo ese árbol en los plácidos días de mayo, soñando como las propias briznas de hierba, mientras Arthur, con su voz lánguida y encantadora, le leía algo de lo que le interesara en ese momento. Y mientras se detenía en esta imagen de paz, no pudo evitar preguntarse dónde, entonces —con Aggie que se había ¡do bendiciéndola y Arthur, todo bondad, acogiéndola de forma legítima en su vida—, residía la expiación.

No parecía residir en ninguna parte, pensó Milly, con el rostro todavía ardiendo por aquellos últimos besos desesperados y el corazón, liberado ahora de esa crueldad, reconfortado y tranquilo. Aggie la había bendecido. Su amargura y decepción mutuas se habían borrado. Todavía quedaba amor entre ellas. ¡Y cuánto le debía Milly a su severidad! Porque era por su escandalizada convicción de que la única reparación posible para aquel pecado era casarse con Arthur por lo que su camino era ahora tan recto y claro. Aggie la había hecho entrar en razón. Aquellas ideas enloquecidas de que tenía que huir de Arthur, de que, si se casaba con él, Ernest se interpondría siempre entre ellos como un fantasma acusador, eran otras tantas telarañas retorcidas que su hermana le había limpiado de la mente. ¿Huir de Arthur? Milly, ya relajada, se maravilló de haber pensado así. El era lo único que tenía ahora en el mundo, su único vínculo con algún tipo de amor, con algún tipo de calor. Además, era la única persona a la que besaba de verdad y toda mujer debe tener a alguien en su vida a quien besar de verdad; si no, se muere de hambre. Eso era lo que le pasaba a Aggie, más allá de su pobreza, que no tenía a nadie a quien besar de verdad. Y en cuanto al miedo absurdo de que el recuerdo de Ernest los persiguiera, a Arthur y a ella misma, bueno, si en algún momento se les pasaba por la cabeza, ella sabía que Arthur —que jamás había albergado ninguna hostilidad hacia Ernest y demostraría una gran compasión por la forma en que había muerto— lo acogería con un amabilísimo: «Pobrecillo» y ningún fantasma, por muy obstinado que fuera en su persecución, podría resistirse a esa afable bienvenida.

En verdad no veía dónde residía la expiación. La vida con Arthur, fuera del alcance de la vista y el oído de los Bott, no sería sino un

descanso. En Oxford nadie podría imaginar que ella tenía un pasado, ya que los Bott no tenían ninguna relación con Oxford, pues, como decía Ernest, todos se habían educado en privado, y solo por su aspecto sería imposible adivinar que lo había tenido. ¿Cómo era posible, se preguntó Milly, considerando su caso y dirigiéndose despacio hacia el oeste por las soleadas calles como un escarabajo aletargado —de repente estaba exhausta—, cómo era posible que fuera a librarse tan a la ligera? Y ni siquiera «a la ligera» era exacto, sino «por completo». Porque no había castigo en ninguna parte y sus planes de expiación se habían desbaratado. Tendría paz, seguridad y afecto. Ascuas de fuego se amontonaban sobre las cabezas de dos pecadores. La justicia se contenía. La misericordia se abría paso sin obstáculos. Y de nuevo, con los ojos medio cerrados y balanceándose un poco al caminar, se vio bajo aquel manzano mientras Arthur le leía en voz alta en los veranos del futuro o, en invierno, como en el piso de Chelsea, junto al fuego. Solían ser Keats y Shelley los poetas que leían juntos, recordó, soñando con el pasado mientras caminaba sin ver apenas las calles por las que iba ni a la gente educada y amable que le abría paso; Keats y Shelley, en los primeros tiempos de fervor. ¡Qué época tan maravillosa, la de los comienzos! No se había dado cuenta de cuán maravillosa había sido hasta que terminó. El era como un chiquillo, sacudido y arrancado de la rutina de la mediana edad por el amor, y ella estaba feliz de verse arrastrada con él, por su pasión, de vuelta a la juventud. Ay, el tiempo, dulce y absurdo…

Bueno, no importaba. Aún se querían mucho y todo el mundo está destinado a envejecer. Habían empezado a envejecer cuando, después de Keats y Shelley, vinieron Milton y Blake, y eran sin duda más viejos cuando él trató de enseñarle italiano para que leyese a Dante. Poco a poco todos los poetas fueron quedando atrás y se inició el periodo de las excavaciones. Lo que se estudiaba en ese periodo era Historia y Arthur le prestaba libros muy voluminosos para que los leyese, ya que le gustaba que ella compartiera sus intereses; libros que se llevaba a casa y que tenía que esconder con tanto cuidado como si fueran una especie de enorme carta de amor. Durante siete años ya, la lectura en voz alta había sido sobre excavaciones y no creía que volviera a salir de eso. Nada, excepto la Grecia y la Roma antiguas, parecía interesarle de verdad, devolverle a la vida, y así como Milly había asimilado de forma imprecisa la poesía porque a él le encantaba y había asimilado de forma imprecisa el italiano porque él quería que lo aprendiese, había asimilado lo necesario sobre los hechos relacionados con las excavaciones para poder darle el consuelo de creer que se le escuchaba con inteligencia. Incluso —sonrió un poco al pensar en ello — reaccionó muy bien cuando él quiso hablarle de atlantes y *heroa*; por supuesto lo engañaba, pero después de todo una tenía que ser la

compañera de su hombre, además de su amante, y si es ignorante debe arreglárselas para fingir que no lo es. Sí, y también tenía que ser su madre, calmar los dolores de cabeza, acogerlo en su pecho cuando estaba cansado y necesitaba un pecho —por suerte, fuera como fuese su cerebro, toda mujer tenía un pecho—, prepararle bebidas calientes para evitar los resfriados, compadecerse de él, mimarlo. Tal vez solo en esto no había tenido ninguna necesidad de fingir, reflexionó; para ella era muy natural ser madre. Si hubiera tenido hijos con Ernest, es probable que no hubiese querido escapar aquel día de insatisfacción y huir corriendo a Londres, y entonces nunca habría sabido que existía una persona como Arthur.

Aunque, con honestidad, ¿no habría sido una pena?

Ay, sí, sí, haberse perdido el amor, no haber conocido el amor…

¿Qué? ¿De verdad lo había pensado? ¿De verdad había pensado que sería una pena no haber cometido adulterio?

Milly se sobresaltó. Por supuesto que no quería decir eso. Por supuesto que…

En fin, ahora no podía pensar en ello, se dijo a sí misma, dejando a un lado aquellas preguntas, porque ahí estaba… La esquina de King's Road y más allá, bajando a la izquierda, la puerta que le resultaba tan familiar.

El corazón empezó a latirle un poco más rápido al doblar la esquina. Este no era un encuentro ordinario. Habían ocurrido cosas muy importantes desde la última vez que se vieron. La muerte solemnizaba la ocasión, una ocasión seria porque ponía fin a una época, y esperanzadora porque daba comienzo a una nueva. Al menos, pensó con gratitud y alivio, no habría sorpresas en el hombre con el que se iba a casar; lo conocía tan bien, tan a fondo, que podía adivinar casi hasta las palabras que usaría y lo que haría y qué cara pondría. Ahora, por ejemplo, hoy mismo, dentro de un minuto, cuando le abriera la puerta y la viera con su vestido de viuda, sabía exactamente cuál sería su expresión, tan apenada y tan… Iba a decir «alegre», pero puso en su lugar la palabra «complacida», ya que tal vez describiera con mayor precisión las tibias reacciones de Arthur en los últimos tiempos. Y se dijo a sí misma, con la sensación de haber llegado a buen puerto, a aguas tranquilas, que después de diez años de amor hay pocas cosas que una mujer no sepa de su hombre; de hecho, se corrigió con una leve sonrisa mientras subía los escalones, no hay ninguna.

Pero por primera vez en esos diez años de amor, Milly se equivocó.

Para empezar, la puerta no se abrió; tuvo que llamar.

Eso no había pasado nunca.

Llamó, esperó y volvió a llamar. La calle se interesó, pero nadie salía a abrir.

Entonces cayó en la cuenta de que Arthur, observando desde detrás de la cortina, no podía adivinar que la figura enlutada del umbral, la extraña viuda, era Milly. Fue una idiotez llegar con el tupido velo cubriéndole el rostro.

Se lo levantó y volvió a llamar, y la calle se interesó aún más, pero seguía sin venir nadie.

Se imaginaba a Arthur allí dentro, asombrado por esta visita de una extraña, alejándose molesto y perplejo de la ventana, decidido a no dejarse ver, a permanecer oculto hasta que la criatura de los escalones, esa viuda insolente, se hubiera ido, rogando que se fuera antes de que llegara Milly y tomándola por una recaudadora de donativos para alguna institución benéfica o por una auténtica mendicante.

Pues bien, tendría que atraerlo de nuevo hasta la ventana para que, con el velo ya echado hacia atrás y la cara vuelta hacia él, viese quién era, y una vez más llamó, fuerte, con insistencia, y la calle ya no se fijaba en otra cosa.

Por fin Arthur acudió, no a la ventana, sino directo a la puerta, furioso por el hecho de que alguien se atreviera a seguir haciendo tanto ruido. Milly oyó los pasos irregulares y renqueantes y justo después la puerta se abrió de golpe y apareció Arthur, indignado.

—¡Milly! —exclamó, con sus ojos marrones muy abiertos por la sorpresa—. Milly… —repitió luego, bajando la voz, mientras una expresión extraña sustituía al asombro, una expresión que ella no conocía, descubrió, ella que había estado tan segura de conocerlas todas.

Arthur se olvidó de cerrar la puerta. Se quedó mirando su ropa.

—¿Te has…? ¿Es posible…? —dijo en voz baja, pues Arthur, aunque miope y por lo general poco observador, reconocía a una viuda cuando la veía, además de que Milly, como viuda, era imposible no verla. De su clase era, quizás, debido a las tradiciones de los Bott, el espécimen más perfecto.

La miró consternado. La expresión de su rostro, que ella nunca le había visto y no podía identificar, era de simple y clara consternación. Milly, sin embargo, pasó enseguida de preguntarse por eso a preguntarse, a su vez, por el aspecto de Arthur. ¿Qué le pasaba? Bronceado como nunca lo había estado después de unas vacaciones, no solo tenía un aspecto estupendo, sino que causaba un raro efecto de limpieza, aunque siempre había sido limpio, y de cierta vivacidad,

aunque nunca había sido apagado. También parecía estar más en el presente. Incluso su voz, lánguida por naturaleza, sonaba de algún modo más enérgica. Además, y aquello sí que era increíble —se quedó boquiabierta al verlo—, llevaba sobreempeines.

Se quedó mirándolo. Estaba tan sorprendida que se olvidó de su propia apariencia.

—Qué bien estás, cariño —le dijo un poco vacilante, y alzó la vista de los sobreempeines a su rostro. Esa extraña expresión seguía ahí. No encajaba en absoluto con el resto de su persona, sobre todo con esos optimistas sobreempeines. ¿Qué le pasaba?, se preguntó. Con cualquier otra persona, habría dicho que…

Se detuvo en seco. Arthur le estaba indicando que entrase. Claro, seguían de pie en los escalones, a la vista de la calle.

Ella entró y él cerró la puerta. En el pequeño espacio separado del estudio por una cortina, él le dijo, rozándole la manga un instante:

—Milly, ¿por qué? ¿Qué ha…?

—Ernest —repuso ella, asintiendo despacio, volviendo de inmediato a la seriedad de la ocasión; y, con los ojos puestos en su rostro, esperó a que la tomara en sus brazos.

Pero el comportamiento de Arthur era tan extraño e inusual como su apariencia. No la tomó en sus brazos, se quedó mirándola en silencio, con esa expresión que no lograba identificar más marcada que nunca, y lo único que dijo, tras una pausa considerable, aunque lo dijo con evidente sentimiento, fue:

—Dios.

Este arrebato también era de lo más impropio en él y la sorprendió de nuevo. ¿Dios? No recordaba que hubiera dicho algo así jamás.

—Ya sabía, cariño —musitó Milly—, que te iba a impactar mucho…

Y como Arthur no contestó, sino que se limitaba a sostener la cortina divisoria en silencio para que ella pasara al estudio, entró.

El la siguió. Aún no había señal alguna de todas esas cosas que ella había estado tan segura de que diría y haría, y sin embargo seguía con esa expresión en el rostro que en cualquier otra persona habría dicho que era… Pero no lo era, por supuesto; no podía serlo.

—Cariño… —empezó, mientras se quitaba el velo y lo dejaba a un lado.

Él la interrumpió.

—¿Cuándo, Milly? —le preguntó de repente.

—El viernes.

—¿El viernes? ¿Este último viernes? ¿Hace menos de una semana? Pero ¿por qué? ¿Por qué iba a…?

—Un accidente —susurró ella.

Y de nuevo Arthur, tras mirarla un momento en silencio, estalló de un modo extraño y brusco y dijo:

—Dios.

Milly se apoyó en la mesa. Por alguna razón le temblaban las piernas. La larga caminata, tal vez, se dijo a sí misma, desde Victoria, sumada a la larga caminata de esa mañana hasta Essex Street y de regreso. Pero ¿por qué Arthur no la besaba? Siempre la besaba con cariño y afecto cuando llegaba. ¿Por qué no lo hacía hoy, justo hoy? Tenía que saber que se sentía muy desdichada; tenía que darse cuenta de que lo sucedido significaba que ahora se casarían.

Levantó las manos con un movimiento nervioso para acomodarse el pelo, alborotado por el velo, y descubrió que no solo le temblaban las piernas.

Se sorprendió. Las manos no tenían nada que ver con la caminata. ¿Por qué iban a temblarle? Estaba allí con Arthur, a salvo con Arthur…

Pero ¿estaba a salvo con Arthur?

De pronto le pareció que una puerta se abría de golpe en su corazón y que un viento helado la atravesaba. La cerró corriendo con un golpe y se apoyó en ella con todas sus fuerzas. Ay, qué tonterías… Qué tonterías…

Arthur estaba de pie, delante de la chimenea vacía, con el codo apoyado en la repisa, y la miraba con sus ojos marrones, siempre tan afables, rebosantes… ¿De qué? De angustia, una profunda angustia, decidió Milly. Era evidente que la muerte de Ernest le había afectado más de lo que ella creía posible. Se esperaba cierta conmoción, pero no esto. Tal vez era una de esas personas a las que la muerte, cualquier muerte lo bastante cercana como para hacerle conscientes de su existencia, les horroriza. Milly no había conocido esa faceta suya porque no había sufrido ninguna muerte lo bastante próxima durante su relación y el tema apenas había salido en sus conversaciones salvo de un modo genérico. Si era así, si se trataba de eso y Arthur estaba simplemente horrorizado, y ese horror se multiplicó al verla con ese espantoso vestido, era normal que se apartase de ella, era normal que no pudiera soportar la idea de tomarla en sus brazos.

Milly se dio aquellas explicaciones a toda prisa, pero incluso mientras se las daba era consciente de que no se sostenían. A Arthur le pasaba algo más. Al menos lo conocía lo bastante bien como para saber eso. Y de nuevo se apoyó con todas sus fuerzas contra la puerta de su corazón que el viento helado de la desolación intentaba abrir de par en par.

—Cariño… —dijo al fin con voz temblorosa. Pero ¿por qué? ¿No era él Arthur? ¿No era ella Milly?—. Ha sido todo muy triste y

espantoso, pero ya no lo será más. Algún día… —Intentó sonreír, pero solo hizo una mueca—. Algún día habrá… Seremos…

Las palabras se fueron apagando. Se quedó mirándolo. Luego, en un arranque repentino y desesperado, se acercó deprisa adonde él estaba y le preguntó:

—Arthur, ¿por qué no me besas?

Él la miró fijamente. Era tan alto, a pesar de los hombros encorvados, y ella tan bajita, a pesar de los tacones altos, que cuando estaban cerca Milly casi tenía que partirse el cuello para mirarlo a la cara. Así lo miraba ahora, agarrándose a su abrigo con ambas manos para estabilizarse, ya que él no hizo ademán de rodearla con los brazos; pero había tanta angustia en sus ojos, una preocupación tan evidente, que fue ella la que lo rodeó con los suyos, soltándole el abrigo y estrechándolo contra su pecho.

—No, Milly… No, querida —musitó Arthur al tiempo que se zafaba de su abrazo con suavidad y la puerta del corazón de Milly se abrió de par en par y un miedo rápido y gélido lo atravesó.

Se apartó de él sin dejar de mirarlo, con los brazos colgando a los lados. Torpe, como si tratara de encontrarlo en la oscuridad y fuera tras él llamándolo desfallecida, acertó a decir:

—¿Arthur…?

—Escucha, Milly —repuso tratando de ser pragmático, pero sin conseguirlo—, tengo mucho que contarte.

Le cogió una mano, pero la sostenía sin emoción, floja.

—Ha ocurrido algo de lo más extraordinario —prosiguió—. Algo, supongo, que apenas pasa una vez cada cien años…

Entonces apareció en sus ojos otra expresión que borró la primera, una expresión que Milly sí había visto antes, pero hacía mucho tiempo, hacía tanto tiempo que debió de ser cuando…

—¿El qué? —titubeó cuando el otro se detuvo, sonrojado de pronto bajo el bronceado.

Arthur la miró, sosteniéndole la mano sin ninguna firmeza; ella lo miró a su vez y la expresión de su propio rostro devolvió la consternación al de él, que, impotente, soltándola y dándole la espalda, le dijo:

—Quizás sea mejor que nos sentemos.

Su mirada recorrió distraída la habitación en busca de un lugar adecuado.

No había ninguno; ninguno, claro, que ahora le pareciese adecuado. Aquella habitación tenía un diván, una mesa, un hornillo de gas para preparar el té y un fregadero con un grifo. Nunca habían necesitado más muebles. En el diván se habían amado y luego, con el paso de los años, se limitaron a sentarse tranquilamente entre sus

cojines; a veces, mientras él leía en voz alta, ella se dejaba caer al suelo y se sentaba a sus pies, con la cabeza apoyada en sus rodillas. Pero Arthur ya no tenía rodillas para la cabeza de Milly y nada lo habría empujado a sentarse con ella en el diván porque le había sucedido aquello que, en su ignorancia, creía que nunca sucedía, o que sucedía solo una vez cada mil años, y se había enamorado de una muchacha. El, de cincuenta y cinco años; él, lo bastante mayor para ser su padre.

A la chica le había costado mucho hacer que se lo creyera. Solo con la ayuda de su madre, que al final tuvo que llevárselo aparte y explicarle las cosas, le había hecho ver lo que era tan evidente para todos los demás. Entonces, a su vez, él se enamoró también… Hasta lo más profundo, sin poder evitarlo, de esa forma vertiginosa e irrevocable propia de los viejos cuando se encuentran cara a cara con la radiante, adorable y dispuesta juventud. A ella, a la joven con la que se iba a casar, a esa esbelta maravilla con la boca como una fruta irresistible y los ágiles movimientos de un muchacho, le debía mantenerse alejado de los divanes. Además, la mera idea le repugnaba. Por extraño que pareciera —y le pareció extraño, al recordar lo habitual que había sido durante tanto tiempo acariciar a Milly entre esos cojines, y lo más habitual aún que había sido que ella lo acariciase—, la idea del diván y los cojines y las caricias ahora le repugnaba.

No quería tocarla ni que lo tocase. Hacía un instante, cuando ella lo rodeó con sus brazos, había hecho que se sintiera incomodísimo y extrañamente avergonzado y triste; sin embargo, la última vez que se vieron, cinco semanas antes, habían estado sobre esa misma alfombra delante de la chimenea, despidiéndose en una posición casi idéntica y le había parecido lo más natural.

«Bueno, no puedo evitarlo», pensó, irascible, porque estaba muy preocupado, muy sorprendido por la inesperada viudez de Milly y triste de verdad por tener que herirla. «¡Y que Ernest se haya muerto en un momento así!», se dijo a sí mismo, angustiado y exasperado, sin dejar de buscar por la habitación algo donde poder sentarse.

—Pero, Arthur —insistió Milly—, dime, ¿qué ha ocurrido?

—No hay nada donde sentarse —protestó él impaciente, como si no pudiera decirle nada a menos que se sentara.

—¿Por qué no en el diván?

—No, no —dijo él enseguida.

Y entonces la última incertidumbre, ese jirón de esperanza al que Milly aún se aferraba, desapareció. Y lo supo.

Al subir al tren aquel día, y en realidad siempre que, desde su compromiso, se le pasaba por la cabeza la imagen de Milly, Arthur se había dicho a sí mismo que, siendo razonables, ella lo entendería. Era evidente que Milly no podía casarse con él, no con Ernest vivo, y entonces, sin duda, sería natural que, con el paso del tiempo y tras largos años de devoción por ella, él se casara y se estableciera. Tal vez incluso se sintiese aliviada, pensó, contenta de no tener que hacer más viajes a Chelsea ahora que era mayor y presumiblemente se cansaba con mayor facilidad.

Pero Ernest había hecho, pobre hombre, lo que nadie se habría imaginado y, ahora, mucho se temía Arthur que Milly esperara casarse con él. Pues claro que lo esperaría, ya que no sabía lo que le había sucedido en Roma, y claro que iba a dolerle muchísimo lo que tenía que decirle.

No, desde luego —se decía mientras seguía buscando unas sillas que no estaban allí y mientras todos esos pensamientos le pasaban por la cabeza en una especie de destello muy desagradable—, no, desde luego, por la única razón que podía justificar el matrimonio, un amor apasionado por ambas partes, el amor que estaba transfigurando su propia vida y devolviéndolo a la maravillosa juventud, sino porque ella pensaría que era lo correcto.

Por parte de Milly, sin duda, no podía haber amor tal y como Arthur lo entendía en aquel momento. Tenía cuarenta y cinco años, era una mujer de mediana edad. Y las mujeres de mediana edad, pensó Arthur en su ignorancia, han superado ese tipo de cosas. Nunca había pensado en ella como una mujer de mediana edad, ya que el tiempo se les había pasado sin apenas darse cuenta en la dulce noria de la costumbre, pero recordó que lo era en cuanto salió lo suficiente de esa embriaguez —en la que había caído al descubrir que era amado por una jovencita— como para poder recordar algo. Entonces recordó a Milly con total claridad, y su edad y todo lo relacionado con ella, y le pareció natural, en su deseo de creer que era natural, que una mujer tan mayor se alegrara de no verse incordiada ni siquiera por el más anodino y sombrío de los amantes.

El llevaba años siendo un amante de lo más anodino, ¿no? Es posible que para ellos fuera fácil pasar de la pretensión de ser amantes a la realidad de ser amigos. Todos los amantes deberían acabar por ser amigos cuando ambos llegaban a la mediana edad. Milly y él serían siempre los mejores amigos y nunca olvidaría lo mucho que le debía por el consuelo y la paz que le había ofrecido en un momento de su vida en el que estaba tan solo.

Le tenía mucho cariño a Milly, mucho cariño, de verdad. Había supuesto una inmensa diferencia en su vida. Pero ahora la quería solo

como amiga. Ella tenía que saber que, aunque era indudable que hubo una etapa de amor entre ellos, incluso de amor apasionado, desde hacía mucho tiempo solo había afecto. Y el mero afecto no era suficiente para casarse. Figúrate, pensó Arthur, acostumbrado a su rutina y a vivir solo, figúrate lo que sería meter a una mujer en tu casa, dejarla suelta entre tus costumbres, vivir con ella las veinticuatro horas del día en la más estrecha intimidad, ¡solo por tenerle afecto! Uno solo se casaba, estaba convencido, porque no podía evitarlo, porque se había enamorado, porque si no lo hacía, si no aprovechaba esa extraña y embriagadora oportunidad de volver a ser joven en contacto con la juventud, de revivir por arte de magia, de recuperar la poesía, la belleza, el entusiasmo y la pasión, todo eso que uno solía sentir y que ya no sentía desde hacía tantos años, y tan melancólicos, se desmoronaba poco a poco hasta convertirse en lo que ya había empezado a ser: un viejo sin fuerzas, sin carácter e indiferente.

Increíble pero cierto, esa chica que había conocido en Roma lo amaba. ¿Cómo rechazar semejante regalo? Sería como dar la espalda a la propia vida. Claro que era viejo para ella, viejísimo, pero si ella no pensaba lo mismo y solo se reía cuando él lo mencionaba, ¿por qué iba a importarle? Era de lo más extraordinario que una muchacha así amara a alguien tan viejo como para ser su padre, pensó Arthur en su ignorancia, e igual de extraordinario era que él, de la edad de los padres más maduros, se hubiera enamorado tan perdidamente como si tuviera veinte años, se dijo con la misma ignorancia.

No pudo evitar sentirse bastante orgulloso de aquello, de saber que todavía era capaz de enamorarse y que lo había hecho, y en cuanto al orgullo por ella, lo abrumaba. Que lo vieran por la calle y en las galerías de arte y en los salones de té con esa chiquilla a todas luces concentrada en él, bebiendo de todo lo que él decía, y tan hermosa, tan adorable que todo el mundo la miraba, lo hacía resplandecer con una especie de orgullo ardiente. Nadie había mirado a Milly cuando caminaban juntos por King's Road en busca de un taxi. El suyo era el tipo de encanto —y no había olvidado cuánto encanto tenía— que solo se pone de manifiesto al conocerla más en profundidad. Nunca había sido una mujer que llamara la atención por la calle. Pero a un hombre, descubrió muy sorprendido, le gusta poder sentirse orgulloso de la mujer con la que pasea y a la que cuida, le gusta saber que no es solo él quien considera deseable a su compañera, le gusta ver que otros hombres se giran para mirarla al pasar, aunque tal vez desee, a cambio, que se les caigan los ojos.

¿Una idiotez? Es probable. Pero sentirse así demostraba que uno estaba vivo y era mejor ser idiota y estar vivo que ser sabio y pasar por el mundo indiferente y medio muerto. Él llevaba así mucho tiempo, reconoció, sabio, indiferente y medio muerto, resignado a la

monotonía, en una comodidad inamovible. Y esa encantadora muchacha había aparecido como un destello entre las sombras que se acumulaban, esa radiante criatura de inocencia intacta y veneración ardiente —lo consideraba distinguido, bendita sea, lo consideraba brillante—, para llevarlo, como un luminoso ángel de la resurrección, a una vida renovada, a la juventud y al amor.

¿Rechazar eso? ¿Negarse a escuchar esa llamada clara y distinta del cielo? ¿Quién iba a hacerlo?

Nadie, por supuesto; ningún hombre en el mundo lo haría, se dijo.

Pero entonces, ¿qué pasaba con Milly?

«De eso se trata —pensó Arthur, dejando de buscar en la habitación lo que no había y dirigiendo una mirada triste y angustiada a Milly—. Ese es el problema».

Milly estaba inmóvil, con los ojos clavados en él.

«Pobrecilla —se dijo Arthur muy apenado, preguntándose qué hacía uno en esas ocasiones, qué podía hacer para no herirla—. Es horrible tener que hacerle daño. Ojalá…».

Pero no sabría decir qué deseaba; desde luego, no que no le hubiera ocurrido aquello, ese milagro de una nueva vida.

Y para darse valor, se preguntó por qué, después de todo, iba a querer Milly quedarse con él. Suponiendo que quisiera, claro. Iluminado por sus recientes experiencias, ahora se daba cuenta de lo pobre y aburrido que había sido como amante durante los últimos años, de la costumbre que había adquirido, propiciada quizás por la amable disposición y los buenos modales de Milly, de hablar siempre de sí mismo y de sus dolencias —nunca de ella ni de las suyas, y alguna dolencia tendría de vez en cuando la mujer, o tal vez no se encontrase del todo bien—, dando por sentado que las cosas que le interesaban a él —su trabajo, lo que estaba leyendo— eran también lo único que le interesaba a ella y, si no hubiera sido lo único, si ella a su vez hubiese empezado a hablar de sus propios intereses, él no la habría escuchado, no podría haberla escuchado, simplemente se habría aburrido. ¿Por qué querría Milly seguir cargando con alguien tan insatisfactorio? Sin embargo, al estar Ernest muerto, se temía que…

La miró muy apenado y ella, mirándolo a él, estaba pensando: «Así que era esto. Esto es lo que el destino ha estado guardándose en la manga para darme el golpe de gracia».

Como si hubiera sido un sueño, Milly recordó su paseo desde Victoria y cómo había pensado que la habían permitido librarse de todo y cómo se había preguntado dónde residían la expiación o cualquier oportunidad para practicarla. Ahora había muchas oportunidades, muchas oportunidades había ahora…, canturreó para sí misma, columpiándose en aquel pensamiento, adelante y atrás, como una idiota.

Se dio cuenta de que debía de estar poniendo cara de tonta; entendió, por la expresión de él, que a la suya le había pasado algo e hizo un gran esfuerzo por recomponerse. Sería indecente, se dijo, hacer una mueca de dolor, dejar que la viera estremecerse. ¿Y de qué diantres servía hacer que los dos fuesen desgraciados? Una persona desgraciada ya era suficiente. Y él parecía tan infeliz, allí de pie con sus pobres y felices sobreempeines; parecía —Milly se tragó una extraña y jadeante carcajada— un pobre bebé que se ha metido en problemas con… Sí, con su madre.

—Creo… —empezó a decirle, tratando de sonreír. ¿Por qué la boca no hace otra cosa que torcerse en una mueca espantosa justo cuando una quiere parecer más natural? Estaba segura de que le había salido una mueca espantosa; ¿qué otra cosa podía ser con ese hielo en el corazón?—. Creo, Arthur —continuó, asintiendo despacio e intentando sonreír con naturalidad—, que te has enamorado.

Él estaba tan sorprendido que solo pudo mirarla atónito.

—Y que —prosiguió ella— quieres casarte.

Arthur la miraba con la boca abierta por debajo del desgreñado bigote. ¿Milly sonreía? Parecía bastante tranquila. ¿Iba a salir bien, después de todo?

—¿No es eso lo que tienes que decirme, Arthur? Arthur…

—Milly le puso una mano en la manga, pero la retiró enseguida porque notó que estaba temblando—. ¿No es eso lo extraordinario que te ha pasado? Pero ¿por qué extraordinario? —Y ansiosa por borrar la turbación que veía en su mirada, añadió suavemente—: Cariño…

El fino rostro de Arthur se sonrojó. Esa palabra… Todo iba bien, entonces. En el fondo, siempre había estado seguro. Con Ernest o sin él, Milly no le fallaría, nunca haría ni querría nada que no fuera sensato y amable.

—¡Querida! —exclamó, con el rostro encendido de alivio y gratitud—. Mi querida, queridísima amiga, ¿no te importa?

—¿Importarme? —repitió Milly que, con toda su fuerza de voluntad, ordenó a su boca que continuara sonriendo y que subiera las comisuras de sus labios—. ¿Importarme? —volvió a decir para ocultar

el sollozo que la estaba ahogando.

Se giró sobre sí misma con ferocidad, amenazando a esa debilidad interior que intentaba deshonrarla.

«Tienes que comportarte —le gritó furiosa—. No debes ponerte a gimotear. ¿De qué me sirves, a ver, si no puedes comportarte cuando estás en un aprieto?».

Entonces tendió las manos a Arthur, esbozó una amplia sonrisa y le dijo:

—¡Pero si es una noticia maravillosa!

Arthur respiró hondo. Sonrojado hasta las orejas, con un rostro que solo reflejaba alegría, cogió las manos que ella le tendía y dijo con profunda convicción:

—Desde el primer momento has sido la mejor amiga que un hombre pueda tener.

—¿Ah, sí? —repuso Milly—. Me alegro de haber sido algo.

Y luego, para disimular —pues aquello se le había escapado y desde luego no tenía intención de mostrarse amargada—, iba a decir a toda prisa algo más, cualquier otra cosa, cuando él la interrumpió, estrechándole las manos con fuerza, sonriendo radiante; Arthur, que nunca había mostrado una sonrisa que pudiera parecer radiante durante años.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó—. ¿Cómo diantres has podido adivinarlo, Milly?

—¿El qué, que te has enamorado? —Ella retiró las manos—. Bueno, Arthur… —Y logrando arrancarse otra sonrisa e inclinando la cabeza mientras parpadeaba para contener las lágrimas que se le agolpaban en las pestañas, le señaló los sobreempeines.

«Ya he llorado bastante», se dijo con severidad mientras trataba de reprimir el llanto. «Últimamente no he hecho más que llorar. No lloraré más. No lo haré». Y en cuanto a esa debilidad interior que quería decir cosas inútiles y lamentables, no lo iba a permitir; no se lo iba a permitir y punto. Ya sabía el tipo de cosas que diría si le diera la oportunidad: cosas blandengues y absurdas cuajadas de lágrimas. ¿Lágrimas? Ya estaba harta de lágrimas. O tal vez, incluso, traicionada por la ridicula desesperación de su situación, suplicara. ¿Suplicar? Por Dios, no; nunca.

—En fin, Arthur… —continuó, con la cabeza inclinada y señalándole los zapatos—. Esos preciosos sobreempeines.

—Sí —repuso él, mirándose los pies y sonriendo también, una sonrisa avergonzada y juvenil—. Sí, no sé por qué…

Levantó la vista y volvió a mirarla, agradecido, feliz, dejándose llevar por el alivio, atolondrado, orgulloso de estar atolondrado… atontado, en realidad. Su joven enamorada admiraba esos

sobreempeines. Le había dicho, y a él le divertía mucho, que siempre había considerado los sobreempeines la marca que distinguía a un caballero. Le gustaría contárselo a Milly, le haría gracia. ¿No podía contarle eso a Milly? Pronto, quizás…

Y Milly se decía, con lúgubre asombro: Arthur, atontado. Su erudito, su hombre serio y abstraído.

Con una absurda punzada de dolor, pensó que nunca se había puesto sobreempeines para ella. «Aunque entonces no era tan viejo, claro —se dijo en un destello de perspicacia. Y añadió, iluminada por otro destello—: Ni yo era tan joven como imagino que será ella».

—Supongo —continuó Arthur, algo avergonzado y como disculpándose, pero ya sintiéndose muy seguro y cómodo con Milly— que en el fondo quería mejorar un poco.

—Supongo que sí —convino ella, capaz de sonreír de nuevo—. Aunque no creo en absoluto que necesites mejorar.

—Ay, Milly, siempre has sido una aduladora.

Arthur pensó con gratitud en lo sencillo que estaba siendo, a fin de cuentas, y en lo natural que estaba resultando todo, como le gustaba decir a Sylvy —su joven amor se llamaba Sylvia—. Ahora ni siquiera le importaría sentarse en el diván con Milly, como dos viejos amigos y nada más, mientras le contaba todo lo que había pasado; bueno, quizás no todo, pero sí lo principal. Y Milly estaba sorprendida de la facilidad con la que fue capaz de engañarlo, de cómo no se daba cuenta de nada, de lo absolutamente satisfecho que se había quedado al instante, sin indagar nada más ni dudar un segundo de que todo iba bien y era libre para ser feliz. Pero en ese momento Arthur solo deseaba dejarse engañar; si no fuera capaz de creerla, si ella no pudiera hacerle este último favor de mentir, qué desgraciado sería… Y tampoco le haría bien a nadie. Además, estaba enamorado —de nada servía evitar la palabra— y una persona enamorada, como bien sabía ella, no mira con demasiada atención a los demás.

—Pero, Milly —dijo entonces el otro, después de todo no tan ciego, no tan satisfecho, como ella acababa de pensar, e insistió en cogerle las manos de nuevo—, ¿por qué estás tan pálida? Nunca te había visto tan pálida, querida.

—Ah, eso es por Ernest. Y… por todo —lo tranquilizó Milly enseguida.

—Dios mío, sí… Por supuesto —exclamó Arthur al acordarse de Ernest. Durante los últimos minutos lo había olvidado por completo. Pobre hombre. En ese momento Arthur sentía verdadera pena por cualquiera que estuviera muerto. Qué mala suerte estar fuera de un mundo rebosante de los más hermosos milagros—. Habrá sido terrible, querida —añadió, sometiendo el tono de su voz al debido interés—.

Qué mal lo habrás pasado, pobrecilla. Tienes que contármelo…

Y es que la decencia exigía que, antes de que él le contara su propia historia feliz, ella le contara su desgracia.

Sin embargo, en realidad no era tan triste, pensó, excepto para Ernest. Para Milly no sería tan triste una vez superada la primera e inevitable conmoción de la muerte. Ernest, pobre hombre, pensó Arthur, sin poder evitar ser indulgente, por la felicidad que sentía hacia todo el mundo, había sido un marido difícil y ahora Milly sería libre, además de tener todo su dinero para hacer lo que quisiera. Una posición deseable. Pronto se daría cuenta. Pero mientras tanto, desde luego debía consolarla…

—Cuéntamelo, querida —le pidió, mitigando con tacto la felicidad de su voz.

Pero de nuevo ella fue lo que él sabía que era, esa mujer en la que se podía confiar por completo para la comprensión y el sentido común, y, al adivinar lo difícil que sería para Arthur conectar ese día con la conmiseración, no se lo permitió, sino que afirmó que ya estaba harta de tanta tristeza y que ahora quería hablar de cosas alegres.

—Prepararé el té —dijo Milly, pensando que sería una forma de relajarse al menos durante unos minutos, mientras estaba de espaldas a él, allí en el rincón, sin tener que sonreír—. Prepararé el té mientras me lo cuentas. No he almorzado y…

—¿No has almorzado, Milly? —exclamó Arthur, casi tan sorprendido por esto como por su vestido de luto… No, eso era una exageración, pero estaba sorprendido—. ¿Por qué no has almorzado?

—Supongo que se me ha olvidado —repuso ella, preparándose para retirarse al rincón donde estaba la tetera.

Sin embargo, Arthur se le acercó cojeando.

—Siéntate —le ordenó, haciéndole un gesto hacia el diván—. Ya lo preparo yo. Enseguida estará. Enseguida. No me extraña que parezcas un fantasma. Muy mal por tu parte, querida —continuó mientras se esforzaba en llenar la tetera, limpiar el polvo de las tazas con su pañuelo y sacar las galletas de una vieja lata; un grado de actividad asombroso para alguien que había estado mucho tiempo aletargado—, muy mal por tu parte, en un momento en el que necesitas todas tus fuerzas. ¿Dónde están las cerillas? ¿Dónde diantres se han metido las cerillas?

Era igual que hace diez años, pensó Milly, dejándose caer en el diván: enérgico, dispuesto, preparándole el té, entusiasta y feliz, devuelto —igual que entonces, pues incluso hacía diez años ya era un hombre de mediana edad— a la juventud, a la niñez. Y mientras lo observaba se dijo a sí misma: «Solo el amor consigue esto en un hombre. La última vez fue por el amor que me tenía. Ahora…».

Cerró los ojos, apoyó la cabeza en los cojines y relajó la boca. La oscuridad le inundó el corazón y por la mente empezaron a pasársele preguntas terribles: ¿y ahora qué?, ¿dónde?, ¿cómo? Sentía el cuerpo cargado de una fatiga plomiza y mortal.

—Milly —le dijo Arthur, rebuscando por todas partes—, aquí había cerillas la última vez, ¿no? ¿No tomamos el té?

—Supongo que estarán en la estantería —contestó ella sin moverse, con las manos inertes a los lados y los ojos cerrados—. ¿Por qué no me dejas hacerlo a mí?

—¿Y por qué tendrías que hacerlo? —repuso Arthur mientras encendía el hornillo y medía el té.

Dispuesto a hacer todo por ella, pensó Milly, excepto amarla. ¿Amarla? ¿Cómo podría amarla si no la amaba?

—Después de todo —seguía diciendo Arthur, muy atareado y armando un gran alboroto—, siempre lo he hecho yo.

Aquello estaba tan alejado de la verdad que Milly sonrió casi con naturalidad.

—No siempre —le dijo.

—Bueno, muy a menudo —insistió Arthur.

Cuando el té estuvo listo, ambos se sentaron en el diván: Milly en un extremo, apoyada en los cojines, y Arthur en el otro, bastante incómodo en el brazo más bajo, pues los divanes son asientos incómodos a menos que uno se estire en ellos. Entre los dos, como la espada de Sigfrido, estaba el plato de galletas.

Ahora, pensó Arthur, podría empezar y contárselo todo. Pero, por algún motivo, no quería hacerlo, a menos que ella lo ayudara a empezar. Así que esperó y contuvo su entusiasmo mientras se tomaba el té.

—Tienes que comértelas todas —le dijo, señalando las galletas.

—No creo que pueda —repuso Milly, haciendo un gesto de rechazo con la cabeza. Incluso el té le daba ganas de vomitar y esas galletas…

—Sí que tienen un aspecto bastante desagradable —convino Arthur al mirarlas bien—. Están mohosas, ¿no?

—Creo que llevan años aquí. Como nosotros —añadió ella sonriéndole.

—Sí, ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —Arthur apretaba sus finas manos sobre las rodillas, aún más finas, y se moría de ganas por empezar con su historia—. Pero ha sido bonito, ¿no, querida? ¿No lo lamentas?

—Ha sido muy bonito —repuso Milly con amabilidad.

—Y después de todo, la vida tiene que seguir. Si las cosas viejas no llegaran a su fin, las nuevas no podrían comenzar.

—Espero, Arthur —le recriminó Milly sonriendo por encima de las galletas—, que no sea a mí a quien te refieres como una cosa vieja.

—¿A ti? Querida, estaba pensando en las etapas de la vida —dijo él; aunque, viéndola allí sentada contra los cojines, ocupando buena parte del diván —lo hundía un poco y el plato de galletas seguía deslizándose hacia ella—, pensó que, comparada con algunas personas, desde luego no era joven, pobre Milly. Y, sin embargo, ¿por qué debería ser joven y por qué tenía que llamarla «pobre Milly»? Estaba seguro de que ella no tenía el menor deseo de volver a ser joven, ni algo distinto a lo que era: una mujer buena y encantadora, una amiga incondicional a la que siempre se podía acudir en momentos de necesidad. En cuanto a lo de «pobre», su situación, ya sin Ernest, era de lo más afortunada que podía imaginarse. Rica, libre y encantadora, rodeada de gente que la adoraba, ¿qué podía ser más satisfactorio, más envidiable en términos generales? No obstante, pobre Milly. Tal vez fuera toda esa tela negra en la que estaba envuelta. Parecía un montón de ropas de luto apiladas en el diván y, encima, una carita redonda, blanca e hinchada…

Y de repente otra imagen se alzó ante sus ojos como un rayo de luz y borró aquella: Sylvy, su joven amor, con un vestido azul como la última vez que la vio, los rayos del sol cayendo sobre su brillante cabello, tan esbelta que casi, le había dicho Arthur, podría pasar por su propio anillo de boda.

Miraba a Milly sin verla, con la misma expresión que tenía hacía un momento cuando le dijo que le había sucedido algo que apenas ocurre una vez en la vida: orgullo, asombro, extrema ternura; y Milly, al reconocerla y recordando que una vez tuvo esa misma expresión por ella, pensó: «¿Por qué tengo que quedarme aquí a que me torture? No lo haré. Me marcho. Me iré adonde sea».

Pero el único resultado de su repentino movimiento para levantarse del bajísimo diván fue que rompió la taza. Se movió del platillo y cayó sobre las tablas desnudas del suelo, se rompió y formó un charco de té.

—Vaya —dijo Arthur mientras recogía los trozos y limpiaba el charquito con su pañuelo—, ahora solo nos queda una.

—Lo siento mucho. Pero ya no nos van a hacer falta, ¿no? —replicó Milly, sentada y quieta de nuevo, atrapada, obligada a quedarse donde estaba y escuchar. ¿Y no era lo único que podía hacer, escuchar, oír su historia hasta el final, si no quería traicionar lo que estaba decidida a no traicionar nunca y mostrar ante él que necesitaba compasión? ¡Compasión! Pobre Arthur, qué miserable se sentiría. Y

ella misma, qué vergüenza, aferrándose a él y gritando.

Apretó los dientes y se quedó callada. En estos casos, estaba convencida, lo único que podía hacer la mujer afectada —sin duda la mayoría de las veces se trataba de una mujer— era fingir que no le importaba y fingir tan bien que la creyeran sin un resquicio de duda.

—Es cierto —asintió Arthur—. ¿Rompo la otra, para que nadie más pueda beber de ella?

—Qué romántico —sonrió Milly.

—Bueno, me siento romántico. Hemos sido felices aquí, después de todo.

—Mucho.

—Aunque creo… —continuó él, recordando cómo durante años la tuvo atrapada entre las ruinas de Grecia y Roma, a Sylvia no se las había mencionado siquiera; con ella leía a Keats y a Shelley—. Creo que debo de haberte aburrido muchísimo.

—Solo a veces —repuso ella con una sonrisa.

—La cuestión es que me abstraigo mucho en lo que me interesa —se explicó Arthur en tono de disculpa— y me temo que, cuando me da por un pasatiempo, no me bajo de ese maldito carro ni aunque me vaya a estrellar.

—Conmigo en el asiento de atrás —bromeó Milly—. Pero me gustaba —añadió enseguida sonriendo otra vez—. Y ha sido muy educativo.

—¡Educativo! No sé yo…

Arthur se interrumpió y se levantó para llevar los fragmentos de la taza al fregadero.

—¿Rompo la otra, de verdad? —le preguntó por encima del hombro.

—¿La otra qué?

—La taza.

—No. Llévatela a Oxford de recuerdo. «Un regalo de Chelsea para un buen chico». —Y Milly, ahora que él no miraba, volvió a apoyar la cabeza en los cojines y susurró para sí misma—: Estoy cansada, cansada… Quiero irme a casa… ¿Por qué no puedo irme a casa?

—Milly —dijo Arthur, de espaldas a ella, mientras con sus largos y finos dedos apilaba los pedacitos de taza rotos uno encima de otro en el fregadero—, dime con sinceridad: ¿me consideras un necio?

—¿Por qué, querido? —le preguntó con los ojos cerrados—. ¿Por querer romper la otra taza?

—No. Por casarme.

—Mi querido Arthur, ¿y por qué no ibas a casarte?

Con un movimiento de la mano, desparramó el montoncito que había hecho y regresó delante de ella.

—Solo tiene diecinueve años.

En su rostro se reflejaba una especie de vergüenza que luchaba con orgullo y asombro y Milly, al observarlo, pensó: «¿Qué puede ser más joven que los no jóvenes cuando por cualquier razón vuelven a serlo?».

Se sintió muy vieja y consternada, desdichadamente sola.

—La edad perfecta para ti —le dijo con voz suave, tendiéndole la mano.

—No lo dices en serio, claro.

Ella suspiró. Ese esfuerzo… Ay, era más de lo que…

—Claro que sí, Arthur. ¿Por qué no te sientas y… me lo cuentas todo?

—Es que parece tan… —Le tocó la manga de crespón y vaciló—. Me parece un poco… Con lo que te acaba de ocurrir…

—Bah, por favor.

—De veras, si hubiera sabido…

—Pero no lo sabías. Siéntate y cuéntamelo.

—Si lo hubiera sabido… —insistió Arthur, con la mano en la manga de ella, queriendo decir lo correcto, lo amable y lo decente.

Pero no pudo. Se dio cuenta de que no podía fingir que la muerte de Ernest habría supuesto alguna diferencia si se hubiera enterado, porque sabía que no habría sido así, no una vez que ya había conocido a Sylvia.

—Por favor… —le rogó Milly—. ¿No quieres sentarte?

Arthur era un hombre compasivo y no habría hecho daño a nadie a propósito, menos aún a Milly, su única amiga de verdad, su único consuelo durante aquellos años que, de otro modo, habrían sido tan solitarios, y por eso, al comenzar su historia, escogió las palabras con sumo cuidado. No obstante, por cuidadoso que fuera, irrumpían en su relato pequeños éxtasis y golpes de felicidad. Hizo todo lo posible por presentar a Sylvy…

—¿Sylvy?

—Sí. Se llama Sylvia, pero yo… Su madre la llama Sylvy.

—Ah.

Hizo todo lo posible por presentar a Sylvy bajo una luz sobria, como una muchacha buena e inteligente, con una madre de lo más sensata, que sería una excelente esposa, pensaba, por ser inteligente y haber sido educada con esmero por una madre tan sensata —se detenía con insistencia en lo de la madre sensata, pues le daba la

impresión de que en cierto modo su sensatez hacía que todo fuera sensato—, y que además sería cada día menos joven, por supuesto, y también dirigiría bien su casa, creía, que en verdad era, como Milly había visto por sí misma, mucho más de lo que él podía manejar solo. Sin embargo, por mucho que intentara ser moderado —y lo intentó con tanto ahínco que acabó sudando—, Sylvy bailaba y reía y chispeaba a través de sus palabras como el ser de luz que era en realidad, y Milly la veía bailar, la oía reír y sufría.

«Qué ridicula soy… ¡Qué ridicula! —se dijo a sí misma, haciendo lo posible por no sufrir—. A mi edad y aún quiero aferrarme a esto. ¿Será posible? ¿No es increíble? ¿Por qué no puedo renunciar a él de buen grado, de buen grado de verdad, sin fingir? Lo he tenido durante diez años y me ha decepcionado muchas veces y me ha hecho perder la paciencia aunque tuviera que disimular y no me gustaba que estuviese siempre resfriado. Pero claro… —Se paró un instante en esa idea antes de apartarla de su mente—: Es lo *único* que tengo».

Con apenas un hilo de voz, al notar que el otro se había detenido, le dijo:

—Continúa, Arthur…

—¿Te encuentras mal, querida? —preguntó él, sorprendido por su palidez.

—No, estoy muy bien. Continúa. Parece… —Milly consiguió sonreír con la suficiente naturalidad como para tranquilizarlo—. Tu chiquilla parece muy… muy agradable.

Agradable. A Arthur le gustaba ese adjetivo. Describía con exactitud la impresión que quería dar de ella, de una chica buena, que sería una buena esposa, y sin tonterías sobre el matrimonio, solo razón y sentido común.

Le tendió la mano por encima del plato de galletas. Ella le dio la suya, todavía sonriendo.

—Ya sabes —le dijo Arthur, porque después de todo era cierto— que durante años quise casarme contigo.

—Lo sé —repuso ella, dándole un breve y amistoso apretón en la mano antes de soltarlo—. Y no pudimos. Continúa.

Arthur prosiguió y, sin poder evitarlo, a medida que avanzaba, sus palabras se hacían más cálidas, menos capaces de ocultar su orgullo y su asombro por el hecho de que le hubiera sucedido aquello. Lo intentó. Creyó que lo estaba consiguiendo, que lo estaba haciendo muy bien, ciñéndose lo más posible a los hechos; pero los hechos en sí eran tan maravillosos, brillaban con tanta intensidad que le iluminaban el rostro como si estuviera calentándose en una gran hoguera. Sylvy —esa chiquilla— amándolo, devolviéndolo a la vida… El, un hombre modesto, no podía sobreponerse a la idea. ¡Ojalá Milly

supiera lo maravillosa que era! Pero eso no lo dijo, por supuesto; fue de lo más cuidadoso, con muchísimo tacto, eliminando, o eso creía, todo rastro de felicidad.

Inclinándose hacia delante, apoyado en un codo, hasta el borde de la barrera de galletas, se ciñó a los hechos menos comprometidos, como su consabida ceguera ante esos asuntos y cómo la madre de la chica tuvo que acabar llevándolo de la mano, casi literalmente, para hacerle ver lo que todo el mundo en la pensión había visto hacía tiempo, y cómo la propia Sylvy le dijo después que se había sentido bastante avergonzada de… Bueno, de interesarse por alguien que ni siquiera la miraba. Pero era natural. ¿No le parecía a Milly muy natural que él nunca se hubiera imaginado…?

—Muy natural —convino Milly, que se preguntó si todos los hombres se volverían así al envejecer. ¿O se trataba solo de Arthur, embrujado, atrapado en un hechizo, atrapado tal vez, quién sabe, por la madre? ¿Y hay un padre?, le preguntó luego.

El padre, le explicó Arthur, había muerto; y la madre, que se había quedado viuda y con una joven familia a cuestas, la mayor de las hijas con solo diecinueve años tenía un valor y unos recursos extraordinarios. Estaba decidida, le había dicho, a hacer todo lo posible por ellos, le costara lo que le costase su abnegación, a darles todas las ventajas posibles, por muchas renuncias que tuviera que hacer ella misma; y una de las ventajas que consideraba indispensable era viajar al extranjero para instruirse, que es la razón por la que estaba en Roma con su hija mayor y, milagrosamente, en la misma pensión que él.

Trabó amistad con ella incluso antes de ver a su hija, aunque durante una semana la muchacha había estado sentada frente a él en todas las comidas. ¿No le parecía algo extraordinario?

—Pero sí te fijaste en su madre, si dices que trabaste amistad con ella.

No, no, le explicó Arthur, tampoco había visto a la madre hasta que ella se acercó a hablar con él. Entonces se fijó, por supuesto. No se le daba muy bien fijarse en lo que había a su alrededor, como ya sabía Milly, si en ese momento estaba pensando en otras cosas. Pero ella, un alma bondadosa, al ver que siempre comía solo, quiso ser su amiga. Había leído en algún periódico la noticia de su nombramiento como profesor adjunto de Zebedee y le preguntó si era el mismo Arthur Oswestry, y se interesó mucho porque uno de sus sobrinos estudiaba allí.

Pronto se hicieron amigos. Ella le contó que lo estaba pasando bastante mal para sacar adelante a su familia y, después de que pasara todo lo que pasó, le confesó con total sinceridad que era un gran consuelo y alivio para ella saber que su hija mayor, al menos, iba a

tener un buen futuro.

—Deduzco, entonces —dijo Milly—, que son pobres.

—Así es. Completamente.

—Pero ¿completamente pobres de verdad? ¿Tienen solo dos chelines y ocho peniques en la cartera?

—No sé si dos chelines y ocho peniques —repuso Arthur con una ligera impaciencia, pues la pregunta parecía irrelevante y le daba la impresión de que Milly no se tomaba nada de aquello en serio—, pero no tienen mucho. Supongo que a ti no te parecerá nada en absoluto. Incluso a mí, pues la señora Finch-Dawson me explicó, por supuesto, cuál es su situación… Sí, se llama así, Finch-Dawson. Incluso a mí me parece muy poco. Cómo se las ha arreglado la pobre es un misterio. Y esa muchacha siempre vestida tan elegante…

Se interrumpió, la estaba viendo, contemplándola, esa fascinante figura, la deliciosa y encantadora figura vestida de azul, con el sol brillando sobre su reluciente cabello…

Milly hizo un leve movimiento y volvió a quedarse quieta.

—¿Cuándo crees que…? ¿Cuándo dirías que vais a…?

—¿Casarnos…?

Ella asintió.

—Bueno… —Arthur se aclaró la garganta y adoptó un estudiado tono pragmático mientras, ante sus ojos, vibraba la felicidad—. En fin, como la casa ya está lista y necesita con urgencia que alguien se haga cargo de ella, hemos pensado, su madre y yo, y Sylvy también está de acuerdo, que debería ser… Bueno, bastante pronto, quizás.

No había prisa, por supuesto, continuó, pero esa era su idea. Acababa de volver, como bien sabía Milly, de modo que aún no se había tomado ninguna decisión. Habían regresado todos juntos y al día siguiente la madre —y también Sylvy— irían a Oxford a pasar el día con él y echar un vistazo con mayor detenimiento. Por suerte, estaban muy satisfechas con lo que les había contado sobre la casa y Sylvy estaba contenta sobre todo con el jardín y el manzano y decía —volvió la cara, porque le parecía estar traicionando una felicidad demasiado grande— que se dedicaría a coser allí, pues era, se alegraba de decir, una joven bien educada y hábil en ese tipo de cosas. Era bonito pensar, continuó, que todas esas habitaciones iban a ocuparse y que la casa pronto se animaría con las voces de los niños…

—¿Niños? —repitió Milly como un débil eco.

—Tiene muchos hermanos pequeños —aclaró Arthur que, ruborizado, se volvió hacia ella en actitud de reproche, escandalizado por lo que sin duda había supuesto y porque lo creyera capaz de un gusto tan execrable; y enseguida se apresuró, con un leve sentimiento de extrañeza, de decepción respecto a Milly, a alabar el

comportamiento de esos niños, tan bien educados, los que había visto, y tan guapos. La verdad es que su aspecto era inusual, y el de la madre también, mientras que Sylvy…

Se detuvo. Deseó poder contárselo a Milly. Deseó poder confiarse a la única persona con la que estaba acostumbrado a hablar sin tapujos, y que siempre lo entendía y lo apoyaba, sobre la dulce belleza de su joven amor.

¿No podía? Maldito tacto, pensó Arthur, observando a Milly para ver si había alguna señal en su rostro que lo animara a continuar. Pero al mirarla, le entraron remordimientos.

—Te estoy cansando —dijo, sorprendido de nuevo por su extrema palidez y su actitud decaída y de evidente fatiga.

Ella se incorporó enseguida y empezó a alisarse el pelo.

—No, no, aunque tal vez… —Miró vagamente a su alrededor—. Me temo que debería irme.

—Solo son las cinco y media, querida —dijo él, sacando su reloj de pulsera—, y nunca salimos antes de las seis. Aunque, por supuesto, si tú…

—De veras, creo que debería irme, Arthur.

Milly no aguantaba más. ¿Por qué tenía que quedarse allí mientras la torturaba? Él estaba feliz, convencido y satisfecho de que a ella todo le pareciese bien. La ayudó su predisposición a creerla, y así pudo hacer muy bien su papel. Pero ya estaba harta. Se había acabado. Quería que la dejase marchar.

Se movió con decisión hacia el borde del diván, pero había un problema: era tan bajo que nunca podía levantarse de allí a menos que Arthur la ayudara y él tenía la costumbre de cogerla de ambas manos y, con un enérgico tirón, ponerla de pie.

El ímpetu la lanzaba siempre directa a sus brazos y, por alguna razón, esa repentina sacudida hacia su pecho siempre les había divertido. Era tan súbito que siempre causaba un efecto de sorpresa y entonces se reían y, riéndose, se besaban.

La risa, es cierto, hacía tiempo que se había convertido en una sonrisa y los besos, en un gesto distraído por parte de él o, las más de las veces, en una simple caricia cariñosa; pero como ella no podía levantarse del diván si él no tiraba de ella, siguió haciéndolo y el tirón, que tenía que ser fuerte, hacía que inevitablemente chocara contra su pecho.

Milly lo miró. ¿Había olvidado que no podía levantarse a menos que la ayudara?

Arthur tenía la mirada fija en el vacío frente a él, el codo apoyado en la rodilla y se tiraba distraído de las puntas del desgreñado bigote. A pesar del bronceado, de la corbata nueva y los sobreempeines, a ella

le parecía, después de todo, lo que era: un hombre mayor y delicado, de mejillas enjutas y hombros encorvados; y su súbito regreso a la juventud y a la inquietud propia de esta solo lo hacía parecer más frágil, más quebradizo.

«Espero que siempre lo ame, que siempre sea amable con él», pensó Milly, que tanto lo había amado.

Estaba viendo, lo sabía, a Sylvy, y ella misma se había esfumado y la habitación y el presente se habían desvanecido en sueños de felicidad. Si hubiera podido levantarse sola de aquel diván y marcharse en silencio, él no se habría dado ni cuenta, pensó, seguiría allí sentado, perdido en sus sueños; pero el caso es que no podía moverse, no de un modo decente, sin su ayuda. Supuso que sería posible rodar hasta el suelo, aunque nunca lo había intentado, y arrodillarse de algún modo para levantarse, pero ¡qué espectáculo! Y él, arrancado de su ensoñación por esos extraños movimientos, la miraría perplejo…

Milly se estremeció ante aquella imagen.

—Me temo, Arthur… —Al oír su voz, él volvió a la realidad con un sobresalto—. Me temo que tendrás que… ¿Te importaría ayudarme a salir de este maldito trasto?

Él se levantó de inmediato. Tenía migas de galleta en los pantalones y se las sacudió con brío antes de tenderle las manos.

—No muy fuerte —dijo Milly, pues deseaba a toda costa evitar aquel súbito lanzamiento contra su pecho.

Arthur, no obstante, estaba ya bastante espabilado y recordaba muy bien cuál había sido el invariable final del tirón. No lo había pensado cuando le dijo a Milly que se sentara en el diván mientras él preparaba el té; había olvidado las peculiares dificultades de aquel asiento para una persona del peso, la figura y la edad actual de Milly y estaba tan ansioso como ella por levantarla con decoro y mantenerla, al final, a cierta distancia.

Por lo tanto, muy despacio y con precaución, la puso en pie. Era mucho más difícil levantarla así que hacerlo de un tirón y las venas se le marcaban en la frente. Milly pesaba muchísimo, pensó, para ser tan bajita. En un momento dado, el peso estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio y casi se cayó sobre el diván en lo que habría sido un embrollo indigno y torpe. Pero se las arregló para evitarlo y muy rojo, y con dificultad para respirar, la puso en pie sin mayores contratiempos.

Durante un instante se quedaron allí de pie, mirándose; él jadeando, ella muy pálida. Luego Milly le dio las gracias con una sonrisa cortés y fue a buscar el velo a la mesa donde lo había dejado. Aquella cosa monstruosa, cuando Arthur acabó de secarse la frente y

se volvió y vio que la eclipsaba, que su pelo desaparecía dentro y que ya no se veía más que una cara pálida y calva y dos ojos hinchados, le recordó una vez más lo que había seguido perdiendo de vista en el ensimismamiento de sus propios asuntos: el hecho de que Milly estaba pasando por una situación difícil.

—Querida —de pronto la miró preocupado—, detesto pensar en todo lo que habrás sufrido mientras yo estaba tan ajeno y feliz.

—Arthur, querido, no tienes por qué.

—Pero no puedo evitarlo. Y me temo que, hasta que se resuelva toda la parte inevitable del papeleo, te espera una temporada espantosa. Pero saldrás de ello, querida. Todo saldrá bien. Y esos Bott siempre han sido muy amables contigo, ¿no es así?

—Muy amables.

—Ojalá pudiera acompañarte mientras pasas por todo esto —se lamentó él, mirándola con ojos afables y preocupados—. Pero me temo —sonrió— que nuestro pasado me inhabilita para presentarme ante los Bott. Milly…

Entonces se paró en seco, asaltado por un pensamiento repentino, y le cogió la mano.

—¿Qué, Arthur? Dímelo rápido, porque te aseguro que no puedo quedarme más tiempo.

—Sí, por supuesto, debes de tener muchos asuntos que atender, pobrecilla. Pero, querida, no te importa…

—¡Ay, ya te he dicho que no me importa! —lo interrumpió ella, tratando de apartar su mano—. Y que estoy encantada, que me alegro. Deja que me vaya, Arthur…

—No estoy pensando en el presente. Lo que acabo de pensar es que tal vez te importe nuestro pasado.

—¿Nuestro pasado?—repitió Milly.

—Y que tal vez creas que hace falta… rectificar.

Ella solo pudo repetir:

—¿Rectificar?

—No lo sé —insistió Arthur, con expresión de angustia—, porque yo nunca lo consideré algo malo. Pero no estoy tan seguro de que tú pienses lo mismo. Al principio sé que te parecía mal. No sigues pensando igual, ¿verdad, Milly? Sabes que no nos casamos solo porque no podíamos, ¿verdad? No te preocupa, querida, ¿verdad?

Ella le aseguró muy seria que no.

—Hace tiempo que superé todos mis prejuicios, Arthur —afirmó. Y añadió, sonriendo—: Además, de todas formas, uno de los dos va a casarse y a establecerse de forma respetable.

Pero él seguía mirándola con el ceño fruncido. Se preguntaba si sería verdad.

—En cualquier caso, estás bien situada —le dijo— y no tendrás que preocuparte por el dinero. De veras, querida, es un gran consuelo saberlo, el mayor consuelo. ¡Señor, qué angustiado estaría por ti si no fuera así!

—Mi querido Arthur, no tienes por qué estarlo —repuso Milly, que por instinto levantó la mano libre para alisarle las arrugas de la frente. Siempre lo había hecho cuando él estaba preocupado por algo; no podía soportar verlo angustiado.

Pero Sylvy se interpuso entre ellos y Arthur retrocedió.

También lo hizo Milly.

—Lo siento… —se disculpó enseguida, dejando caer la mano a un lado.

—Es que… —empezó a decir Arthur, que se sentía como un tonto. Pero en verdad no podía soportar nada parecido a una caricia, en ese momento, de nadie que no fuese su prometida. Se había apoderado de él una feroz castidad. Le pertenecía a Sylvy. Ella lo quería tal como era y, tal como era, era por completo suyo.

—Tengo que irme —dijo Milly, avergonzadísima, dolida en lo más hondo, mientras buscaba su bolso.

Lo recogió de la mesa y se dirigió a la puerta.

—Voy contigo a la estación —le sugirió Arthur, siguiéndola—. Te acompañaré. Ya no importa que nos vean juntos, ahora que el pobre Ernest…

—Pero ahora está… Sylvia —repuso Milly, haciendo una breve pausa antes de pronunciar su nombre.

Así era. Arthur también se detuvo, con el sombrero y el bastón en la mano, y volvió a mirarla preocupado. No se le había ocurrido que Milly fuera alguien que tendría que ocultarle a Sylvy. A su madre tal vez, no, ni siquiera a su madre podría explicarle la existencia de Milly, es decir, no de manera apropiada. Sylvy, dulce inocente, no lo entendería, pero su madre lo entendería a la perfección y ¿qué pasaría si ella, que era una de esas mujeres sin mundo, dijese que Arthur no era, entonces, un marido adecuado para su hija? Si dijera eso, pensó, estaba seguro de que se rendiría, envejecería otra vez de golpe y se moriría.

—Sí —asintió con los ojos clavados en Milly y viéndola bajo una nueva luz, la luz con la que probablemente la vería la madre de Sylvia —, es cierto. Lo siento, Milly.

Tal vez, después de todo, no sería posible que, como había esperado, se hicieran amigas; tal vez, después de todo, sería demasiado difícil. No lo había pensado bien. Podría significar tener que fingir ante Sylvy. Y tenía muy claro que nunca, Dios lo librase, fingiría ante Sylvy.

Se quedó mirando a Milly muy apenado. Era una lástima. Deberían poder seguir siendo buenos amigos, una vez olvidado lo otro, como en realidad él ya lo había olvidado, ahora apenas podía creer que ocurrió una vez, de lo olvidado que lo tenía. La gente civilizada, pensó, no debería armar tanto escándalo por esas cosas. La gente civilizada, estaba seguro, no lo hacía. Pero había algo en la señora Finch-Dawson que lo convenció de que, en temas como ese, no la iba a encontrar civilizada del todo. Tal vez era normal, con tantas hijos que dependían de ella para su seguridad y cinco de ellas niñas. Sin embargo, normal o no, era el único aspecto de aquella mujer sensata que Arthur consideraba menos excelente. Las mujeres —las mujeres mayores— eran con frecuencia, se temía, ralentizadoras de la civilización. ¿Por qué dos personas no podían mantener una amistad en el presente aun cuando hubieran sido, como habían sido ellos sin duda, amantes en el pasado? Él no conocía a muchas mujeres, cierto, pero sí conocía a la señora Finch-Dawson y esta, en la actitud que seguro adoptaría hacia Milly, si le hablase de Milly, era desde luego una ralentizadora.

Todo aquello se le pasaba por la cabeza mientras miraba en silencio a Milly. ¿No iba a volver a verla, entonces? ¿Se marchaba ya, pobre silueta negra, de vuelta a sus problemas y él no volvería a saber nada de ella?

—Me escribirás, ¿verdad, querida?, si necesitas algo. Si puedo hacer lo que sea por…

—Nunca nos hemos escrito.

—Por Ernest, pero ahora…

—Ahora no podemos por Sylvia.

—¿Quieres decir —exclamó Arthur, dirigiéndose al universo en general— que porque un hombre se encariñó una vez con una mujer nunca debe…?

—¡Ay, Arthur! —boqueó Milly con una mueca de dolor ante esas espantosas palabras: «una vez». Temblando, se bajó el velo para ocultarle el rostro—. ¿Qué ganamos con hablar? ¿De qué sirve? Tengo que irme. Adiós. No, no te molestes, puedo abrir yo…

Apartó la cortina, abrió la puerta de la calle y, con un tembloroso «Dios te bendiga», se marchó.

Arthur se quedó inmóvil un momento, con los hombros caídos, el sombrero y el bastón en la mano, mirando la cortina que aún se balanceaba por el tirón que le había dado Milly.

Qué asunto tan endemoniado, después de todo, eso de terminar con una relación, de ponerle fin. Y sin ningún sentido.

X

Milly se alejó del estudio a toda prisa y para siempre, giró hacia King's Road y esperó en la parada más cercana el ómnibus que iba a Victoria. Volvía a Titford para enfrentarse a los Bott.

Lo supo antes de llegar a la esquina, obligada a fuerza de golpes a ser lúcida, y a mirar en lo más recóndito de su conciencia. Expulsada por completo de la vida de Arthur, separada de él de un modo tan radical y mucho más terrible que si estuviera muerto, su exhausto corazón, incapaz ya de reaccionar a nada más, se entumeció y su mente se liberó de aquel absurdo y larguísimo sueño de creerse amada y de confiar y de suponer que le importaba a alguien.

Ella no importaba. Acéptalo, acéptalo, se dijo a sí misma. No tenía la menor importancia para nadie; no había nadie en el mundo a quien le importase si era feliz o infeliz, si caía enferma o no, si estaba viva o muerta. Si la atropellaran en ese momento y la matasen, como habían matado a Ernest, ¿a quién iba a importarle? Los Bott se sentirían aliviados y Arthur, tras decir, aunque de corazón, «Pobre Milly», seguiría con su felicidad. Tal vez Aggie, pero Aggie estaba muy lejos. Además, ¿por qué fingir? Puede que Aggie también se sintiese aliviada; era probable, liberada de tener que estar agradecida por el dinero, libre para siempre de una hermana inmoral.

En fin, se encontraba en una situación de desapego. Iba sentada en un rincón del ómnibus, que la llevaba, entre sacudidas y balanceos, a Victoria, y lo consideró con gran desolación: una situación en la que no había ni amor ni ilusiones por el amor, la más persistente y reconfortante había sido la convicción, durante diez años, de que había alguien que pensaba a menudo en ella, que la echaba de menos, que contaba las horas que faltaban para volver a verla. Y, superado el sentimiento, convertida en un mero cerebro perceptor, Milly se dio cuenta, sin emoción alguna, de que Arthur no había hecho nada de eso, no después de las primeras semanas; ni pensaba en ella a menudo ni la echaba de menos ni contaba las horas para volver a verla.

Las mujeres eran unas románticas incurables, reflexionó en un tono desapasionado, obligada a ver con claridad porque su desolación la forzaba a ello; unas románticas incurables, siempre gimoteando tras el

amor y más amor y aún más amor. Pero solo iban tras el amor tal y como ellas consideraban que debía ser y como estaban seguras de que podía ser en algún lugar si lograban dar con él. Por supuesto, nunca daban con él. No había nacido el hombre que pudiera satisfacerlas para siempre. Solo al principio las superaban porque en todo, si estaban lo bastante conmovidos, podían superar a una mujer conmovida de igual forma; pero eso no podía mantenerse, no en la misma medida. Y el problema, pensó, mientras continuaba sin descanso con sus frías disecciones, era que las mujeres insistían en mantenerlo, y en la misma medida, y cuando no se podía, rellenaban lo que faltaba con sus propias ilusiones y entonces, un día, ahí estaban… «Como yo», se dijo, aunque no parecía preocuparle.

Nada parecía preocuparle. Analizó su situación con imparcialidad. Una tenía que estar en algún sitio. Si las mujeres elegían entregarse al amor fuera del matrimonio, como había elegido ella, tarde o temprano estarían donde estaba ella en ese momento: alejándose de la nada, caminando hacia la nada, llevadas en algún tipo de vehículo lúgubre como ese ómnibus, atrapadas con desconocidos que habían dejado a sus amantes por última vez o que iban a dejarlas en el futuro, encogiéndose de hombros, desilusionadas, con la mente iluminada por una luz helada.

«Espantoso», reflexionó en tono crítico. Pero no le importaba que fuera espantoso, no estaba conmovida, no parecía preocuparle.

Estaba claro que la mayor cobardía de su vida había sido aquella vergonzosa huida de los Bott. Fuera lo que fuese lo que hubieran pensado de ella, lo que le hubieran dicho o hecho, debería haberse quedado y haberse sometido. Tanto la dignidad como el arrepentimiento por su pecado lo exigían. Y también la más simple y llana humanidad, pues huir de esa manera, dejar que sus humillados parientes se enterasen por los criados de que se había ¡do, apuñalar a la familia, como bien sabía, en su punto más susceptible, era a todas luces un comportamiento cobarde y cruel. Su conducta disiparía en la mente de los Bott las últimas dudas, suponiendo que tuvieran alguna, sobre su culpabilidad y sobre la justicia del testamento de Ernest; eso la marcó de modo definitivo. Bueno, enmendaría todo lo que pudiera. Es cierto que se veía obligada a volver junto a ellos, con solo dos chelines y ocho peniques en el bolso, pero si tuviera las mil libras también ¡ría ahora y les diría: «Aquí estoy. Me he comportado mal y os he deshonrado, lo siento. Decidme qué queréis que haga, qué es lo mejor que puedo hacer por vosotros, y lo haré». Y cualquiera que fuese la sonata que los Bott considerasen oportuna, ella la afrontaría; por más que le chirriara en los oídos, no se encogería.

Al menos aceptaría su castigo de pie, aunque, de algún modo, el hecho de enfrentarse a los Bott para recibir su castigo parecía que ya

no requiriera valor; eso tampoco parecía preocuparle. Estaría allí, su cuerpo estaría allí, y ellos verterían su indignación y su desprecio y ella no lo sentiría. Era su mente la que reconocía la necesidad de hacer el bien, de ser decente y de poner fin a las mentiras; su corazón, aturdido e insensible, seguía indiferente. ¿Qué importaba? En Titford con los Bott, cumpliendo su castigo, o lejos de Titford y de los Bott, sola y olvidada en cualquier parte, la rutina de la vida sería la misma todos los días: despertar, vestirse, comer, sentarse, caminar, desvestirse, dormir… Una y otra vez, abotonarse el vestido solo para volver a desabotonárselo, atarse las cintas solo para volver a desatárselas, ponerse las horquillas solo para volver a quitárselas y en todas partes, dondequiera que estuviese, sería ella, la vieja tonta. «Y todo esto —pensó Milly, con una mueca cínica por primera vez en su vida— es…».

—¿No ha dicho Victoria, señora? Ya estamos —la interrumpió el revisor.

—Ah, gracias.

Se bajó.

«Y todo esto —continuó cuando estuvo fuera— es sin duda el tipo de cosas que piensa una mujer cuando su hombre la abandona. Debería, por supuesto, estar avergonzada, pero no lo está. Debería zarandearse a sí misma y empezar de nuevo, pero no puede. Un solo hombre, un Arthur, borrando la esperanza… En verdad sorprendente, en verdad despreciable». ¿Podía llegar más lejos la idiotez? Un Arthur en contraposición a toda una vida. Pero eso era lo que les pasaba a las mujeres, a toda esa inmensa categoría de tontas que se dejaban absorber por una persona en particular, traicionadas por sus instintos maternales, esos instintos disfrazados de nombres tiernos y alegres mientras, implacables, se empeñan en ser nada menos que Dios Todopoderoso para el objeto de su amor, es decir: ellos se convierten en dispensadores de felicidad, demandantes de dependencia, succionadores de libertad.

Cruzó la calle.

Absorta en sus pensamientos, estuvo a punto de acabar atropellada. Lo que pensaba en ese momento, apartando la mente de Arthur y de todo lo que tuviese que ver con él, era que al menos no sería una carga para los Bott porque en la casa de Mandeville Park Road había joyas, así como pieles y encajes, legítimamente suyos, unos eran regalos de Ernest y otros cosas que se había comprado ella con su amplia asignación mucho antes de conocer a Arthur, y todo eso podría venderlo y, con las ganancias, una vez que hubiera permanecido en Titford el tiempo suficiente para acallar lenguas y cuando los Bott estuvieran dispuestos a dejarla ir, se retiraría a llevar una vida austera en algún sitio hasta que encontrase algo que hacer.

Algo habría en el mundo que pudiera hacer, ¿no? ¿Y si tomaba clases? ¿Y si aprendía algo? «Es una lástima —pensó taciturna, llegando a la acera de enfrente sin saber lo cerca que había estado de la extinción —, que una no se muera a tiempo».

Entró en la estación.

El ómnibus le había costado dos peniques y el billete de primera clase hasta Titford costaría un chelín y tres peniques —no podía volver en tercera, como había ¡do al escapar, pues ahora debía pensar una vez más en los Bott—, así que le quedaría lo suficiente de sus dos chelines y ocho peniques para coger un taxi desde la estación hasta Mandeville Park Road. Aún no tenía la suficiente tranquilidad como para encontrarse con gente conocida en las calles de Titford y, además, estaba tan cansada que creía que jamás llegaría a menos que fuese en coche. Silencio, oscuridad y soledad era lo que le gustaría encontrar allí, pero fuera lo que fuese lo que le deparara el día, no trataría de evitarlo y, si se encontraba la casa llena de Botts, los saludaría con calma, y si se la encontraba vacía de criados porque se hubiesen despedido o hubieran salido a divertirse por la noche, no le molestaría. Seguía llevando la llave de la puerta en el bolso, de modo que entraría y se acostaría en el dormitorio que tanto la había asustado y que, al fin y al cabo, no era más que un dormitorio como cualquier otro, un lugar para descansar y olvidar el ayer y no pensar en el mañana.

Cogió el billete.

A la fría luz del sentido común que había sustituido a cualquier otra emoción, recordó con desprecio cómo se había imaginado aquel dormitorio acechado por los malévolos ojos de Ernest. El pánico hace cosas extrañas con la mente, pensó mientras se preguntaba, sin alterarse, por su propia locura. Ernest ya no tenía poder. Se había desvanecido y no era más que un recuerdo un poco triste —no mucho, «Para qué fingir», pensó Milly—, un recuerdo de oportunidades perdidas, de todas las ocasiones perdidas en las que, si se hubiese mantenido recta, podría haber evitado incitarlo a la maldad. Dormiría en esa habitación como en cualquier otra. No habría diferencia alguna para ella. Dormir. Qué bendición. Ay, qué inmensa bendición. Ojalá fuese ya hora de dormir…

Salió de las taquillas y, cuando se dirigía al andén del que partía el tren de Titford, se tropezó de pronto con George Bott.

«De pronto» no es en realidad la expresión adecuada, pues ambos caminaban tan despacio que podría decirse que se acercaron el uno al

otro con mucha calma. Ambos sabían que no tenían prisa, ya que el tren no salía hasta las seis y treinta y cinco, y ambos eran reacios a ir al andén antes de lo indispensable porque ninguno deseaba encontrarse, de manera innecesaria, con cualquiera de los numerosos hombres de negocios y sus esposas que vivían en Titford, que podrían regresar en ese tren y que estaban acostumbrados a tener una buena opinión de los Bott. Milly, si le hubiesen preguntado, habría dicho que prefería no volver a ver a nadie que tuviera un buen concepto de ella; y en cuanto a George, su familia y él tenían en ese momento un interés especial en pasar inadvertidos.

—¡Santo Dios! —exclamó George cuando vio con quién se había cruzado, parándose en seco y mirándola a través de sus gafas de carey.

Durante dos días y medio, tanto él como el resto de su familia se habían concentrado en presentar un frente unido ante el mundo. Era un frente de una serenidad casi antinatural y, detrás de él, desde la lectura del testamento de Ernest, y con mayor ferocidad desde el descubrimiento de la huida de Milly, rugía el deseo concreto de mantener las distancias. Al principio, Titford, con piadosa consideración hacia la afligida familia, dio por sentado que debían ser prudentes, que debían evitar el contacto, que debían cruzar pocas palabras con ellos cuando se encontraran en el tren durante los primeros días, casi las primeras horas, tras el entierro de su hermano. Salvo en ocasiones legítimas, no se veía a ningún Bott en ningún sitio y esto, también, Titford lo daba por sentado con compasión. Sin embargo, cuando al poco tiempo se supo por los canales habituales —comerciantes que iban para recibir pedidos que no podían hacerles— que la señora de Ernest, la reciente viuda, había desaparecido, y que había desaparecido sin que nadie la viera desaparecer y sin dejar nada dicho sobre su regreso, Titford, a pesar de la estatuaria compostura de los Bott, empezó a preguntarse qué podía haber pasado y ellos, que esperaban en vilo ese inevitable momento, enseguida se dieron cuenta, por pequeñas señales inequívocas, de que ya estaba sobre ellos.

En angustioso cónclave, la infeliz familia había considerado posibles medidas para evitarlo. Reunidos cada una de las dos dolorosas tardes, habían hecho todo lo posible por pensar en lo que podrían hacer para proteger a Milly, y por tanto a ellos mismos, del escándalo y la deshonra. El miércoles, el día de su desaparición, lograron convencer al desconcertado y algo rebelde personal de Mandeville Park Road de que su señora había ido a la ciudad por un asunto de negocios y volvería a la hora de cenar, y ese día algunos de ellos los creyeron. No era de extrañar, dijo Fred Bott a los sirvientes agrupados —fue el primero en recuperar la presencia de ánimo cuando Alec, Bertie y él fueron esa mañana para informar a Milly de los planes que habían hecho para asistirla y se encontraron con una

casa revolucionada—, no era de extrañar, les dijo, que una mujer en los primeros momentos de dolor por una viudez tan repentina no se acordara de dar órdenes o dejar mensajes. Y las criadas, tranquilizadas por la autoridad del más rico de los hermanos, además de haber descubierto por sí mismas que su señora no se había llevado equipaje, estuvieron dispuestas, aunque todavía perplejas, a creer en la palabra del señor Fred y se dedicaron a sus tareas habituales, a limpiar la casa y a preparar la cena de esa noche.

Milly nunca llegó a esa cena y Alec Bott, que llamó por teléfono a las nueve —la familia había decidido que él, que era el mayor, hiciera las llamadas pertinentes, ya que era mejor evitar las llamadas indiscriminadas e histéricas—, recibió la noticia de que no había vuelto con una consternación tan evidente, con una incapacidad tan absoluta de ocultar su asombro y su inquietud, que la criada que habló con él se apresuró a informar a sus compañeros de cómo el viejo —así se refería a él— se había puesto nervioso. Y al día siguiente, cuando la esposa de Alec se presentó allí con una maleta justo después del desayuno, dispuesta, según la última decisión apresurada de la confundida familia, a quedarse en la casa hasta que se pudiera hacer algo más definitivo, la recibieron todos juntos exigiendo el salario de un mes y su salida inmediata.

Hubo que llamar por teléfono a Fred. Hizo falta toda su autoridad y habilidad de conciliación para persuadirlos de que se quedaran. Mencionó por encima las implicaciones legales de que se marchasen así, pero muy por encima porque vio que no estaban dispuestos a dejarse intimidar. La insolencia temblaba a ojos vistas en los labios de la cocinera. Le dio la impresión de que, de algún modo, habían olido la proximidad del escándalo y le repugnaba, le repugnaba sin más, saber que alguien de su familia, una Bott por apellido, aunque no de sangre, y desde luego tratada siempre con amabilidad y afecto, se había puesto en una posición, y en consecuencia también a la familia, en la que los sirvientes pudieran husmear.

Sirvientes husmeando. Bonita cosa a la que quedar expuestos. Habrían estado escuchando en la puerta, supuso, y habrían oído cómo se leía el maldito testamento y, sin duda, la consiguiente discusión familiar. Y maldijo a Milly desde el fondo de su corazón mientras estaba allí de pie, enfrentándose a una cocinera sofocada, a una pálida doncella y a un grupito de rebeldes menores sin cofia ni delantal, todos empeñados en salir de una casa que evidentemente consideraban de poco crédito para ellos, cuando debería haber llegado a su despacho hacía un buen rato.

Sin saber muy bien cómo, los convenció de que se quedaran, al menos hasta que hubieran limpiado a fondo y puesto la casa en orden. Apeló a su sentido de la justicia, aludió en tono halagador a sus años

de excelente servicio, insinuó que les subirían el sueldo durante ese periodo de trabajo extraordinario y les aseguró que su señora, retenida en Londres por cuestiones ineludibles, regresaría muy pronto.

Cuánto se odiaba a sí mismo y a ellos por tener que engatusarlos así; menuda labor para un importante hombre de negocios.

—Mire —le dijo a la cocinera, reteniéndola un momento cuando los demás, todavía dispuestos a murmurar, ya habían salido de la habitación—, es usted una mujer sensata y una de las mejores cocineras que he conocido, sin duda alguna; procure que todas se pongan a trabajar, como buenas chicas, para que la señora de Ernest lo encuentre todo en orden cuando llegue a casa. No queremos darle más preocupaciones, ¿verdad?

Y le puso un billete en la mano.

Era solo de una libra. Le habría gustado que fuera de cinco, pensó, pero temía que aquella mujer se imaginara que tenía miedo. Luego se llevó aparte a su cuñada, la devota esposa de Alec, Ruth, que se había quedado temblando, con el único propósito de aliviar su mente maldiciendo a Milly antes de irse a su despacho.

—En efecto, todo esto es muy desagradable… Muy desagradable, desde luego —repuso Ruth, temblando por las palabras que él había utilizado. Tenía sesenta y cinco años y estaba abrumada por este primer acercamiento a la rebelión en las clases bajas y en la suya propia, a lo que temía que debía llamar auténtico vicio.

Alec también estaba destrozado; Bertie, según decía su esposa al observarlo, estaba «nervioso»; toda la familia se había sacudido hasta los cimientos y George, el más flemático de todos, estaba tan destrozado —a su manera discreta— como cualquiera de ellos. Cada una de esas angustiosas mañanas, miércoles y jueves, todos fueron a sus oficinas con el semblante pétreo y el corazón preocupado, y cada una de esas angustiosas tardes, miércoles y jueves, regresaron a sus hogares inquietos, más preocupados que cuando salieron… Salvo George, cuya preocupación adquirió un matiz diferente la segunda de las dos tardes cuando, hostigado por sombríos pensamientos tras largas horas de trabajo mal hecho, preparándose para volver a un hogar que sabía que encontraría más revuelto que nunca, un hervidero de preguntas cuyas únicas respuestas posibles eran desagradables, allí, en la estación de Victoria, se tropezó con la causa de todo ese monstruoso asunto: Milly. No es de extrañar, pues, que al pararse en seco y mirarla a través de sus gafas de carey, las orejas se le pusieran rojas —era un hombre de complexión pálida y las raras emociones que lo pillaban desprevenido se manifestaban solo en las orejas— y exclamase: «¡Santo Dios!».

No era propio de George. No solía decir cosas como esa, pero su flema habitual acababa de recibir un buen golpe.

Era Milly la que parecía tener toda la flema del mundo. Se la veía indolente, pensó George, sin poder dejar de mirarla; indolente y…, sí, soñolienta. Cuando se cruzaron estaba como en la luna y, cuando él se detuvo y profirió aquella exclamación, al principio pareció no verlo, no con mucha claridad, y después de un momento de duda, como quien se hace sombra en los ojos para evitar deslumbrarse, le preguntó:

—¿George?

—Así es —dijo George, deseando de corazón no serlo.

¿Por qué no podía haber sido otro el que se hubiera cruzado con ella, Fred o Bertie? Lo habrían hecho mejor que él. ¿Qué demonios debía decirle? ¿Acaso debería decirle algo, en realidad? ¿No había…? ¿No era una…? Maldita sea, pensó George, despojado de nuevo de su flema.

—¿Vas a coger el tren de las seis y treinta y cinco? —se lanzó. La tenía ahí, al fin y al cabo —«Está bien, es Milly, o más bien está mal»—, y no podía dejar de dirigirle la palabra. Sin embargo, le hubiese gustado saber qué se dice en una ocasión tan condenadamente desagradable.

Ella pareció concentrarse en la pregunta, con el ceño fruncido. George, estaba pensando; George. Las primeras notas de la sonata que había vuelto para afrontar. El preludio, por así decirlo.

Agachó la cabeza y lo aceptó.

—Sí, voy a casa.

Y George pensó: «A casa. Eso es bueno. ¡A casa, por supuesto!».

Siguió mirándola, buscando algo más que decir. La situación lo superaba. No entendía por qué le había tocado a él esa tarea, a un tipo tranquilo y poco mundano como él. Lo único que se le ocurrió en ese momento fue comprarle a Milly el diario de la tarde, así que le hizo una seña a un mozo que pasaba por allí vendiendo periódicos y le pidió uno.

—Gracias —dijo ella cuando su cuñado se lo puso en la mano medio inerte.

—Algo para leer en el tren —le explicó George.

—Sí.

De nuevo la miró en silencio. ¿Qué demonios pretendía la Providencia ensañándose con él de ese modo cuando cualquiera de los otros lo habría hecho mil veces…?

—¿Te llevo eso? —se ofreció al ver que tenía un bolso y que era algo sobre lo que se podía hacer un comentario.

Milly bajó la vista y también pareció darse cuenta en ese momento de que llevaba un bolso. Lo miró con cierta perplejidad. ¿No tenía además una maleta? Cuando se marchó aquel día, ¿no había cogido

una maleta? Y al subir los escalones del piso de Chelsea, creía recordar… Entonces, ¿dónde…? Qué fastidio sería si, al encontrarla en el estudio, a Arthur se le ocurriera enviársela de vuelta. Un fastidio, y además, ridículo que la última palabra de su amor fuese una maleta devuelta. Ese telón ya había bajado. La obligaría a soltar una espantosa carcajada si tuviera que levantarlo de nuevo y ¡ahí, en medio del escenario vacío y oscuro, una maleta!

—No, gracias. No pesa casi nada.

George se quedó en silencio otra vez. Luego, sin dejar de mirarla — no quería hacerlo, pero estaba fascinado—, salió de repente una vez más de su flema, pues él también, como sus hermanos, le había tenido mucho aprecio, y estalló:

—¡Maldita sea, Milly…1

Y, cuando se detuvo, ella le preguntó, con los ojos muy abiertos y fijos en algún punto justo por debajo de sus gafas, como si en realidad no lo viera:

—¿Por qué?

Ah, vaya, pues si iba a echarle cara…

Al observarla, sin embargo, con más atención a través del velo, no le pareció muy descarada; estaba pálida e hinchada y tenía un aspecto malsano, pero no descarado. Entonces, si no era eso, ¿por qué se comportaba de una forma tan insensible? «Insensible» le pareció una palabra adecuada; seguro que no estaba bien mostrarse indolente y apática en una situación así y decir «¿Por qué?» de esa manera.

Una vez más, George deseó que fueran Fred o Bertie los que tuviesen que tratar con ella en lugar de él mismo. No se le daba nada bien interpretar lo que querían las mujeres, ni lo que sentían, ni lo que pretendían transmitir, si es que pretendían transmitir algo, ni tenía la menor idea de cuál era la conducta adecuada frente a un hijo pródigo. No había conocido a ninguno. En su ordenada vida no habían existido personas así. Pero Milly, desde luego, había causado a los suyos más angustia e infelicidad durante los dos últimos días de lo que una familia decente debería tener que soportar. Sin embargo, consciente de que era importantísimo llevarla de vuelta, sin tener en cuenta lo que hubiera hecho, y ya que una inescrutable Providencia le había elegido para ser el primero en darle la bienvenida, deseaba decir y hacer lo correcto. El escándalo, al igual que para sus hermanos y hermanas, era algo detestable para George. Bajo su imperturbable apariencia, estaba tan ansioso como cualquiera de ellos por silenciar todo lo que aún se pudiera silenciar. Con Milly desaparecida, no había forma posible de silenciar nada; con Milly, de verdad entre ellos, haciendo posible que la vieran y que hablasen de ella, incluso ahora, podrían encontrar, y la encontrarían si pensaban juntos, alguna manera de hacer que las cosas pareciesen al menos estar bien. Sí, era

muy importante llevarla de vuelta, no cabía duda. ¡Y cuánto daría por acertar con lo que le dijera!

Lo que de verdad quería saber —dejando a un lado la cuestión de la culpabilidad, sobre la cual los Bott, aunque algunos habían dudado el día anterior, ahora ya estaban de acuerdo—, lo que le encantaría saber era, dado que ahora volvía, ¿por qué se había ido? Era evidente que fue una huida, no una salida ordinaria. Entonces, ¿por qué, después de tomarse todas esas molestias para desaparecer, de poner a la familia en un aprieto, de hacer justo lo que la llevaría a exponerse y a exponer a sus parientes a la vergüenza pública, por qué estaba ahí ahora, con billete y todo, esperando a coger el tren de las seis y treinta y cinco?

George estaba perplejo. Para un hombre sencillo, esa conducta era inexplicable. Y entonces, como si adivinara lo que se le estaba pasando por la cabeza, Milly le dijo, con el rostro hinchado e inexpresivo, la voz monótona y los ojos clavados en algún punto justo por debajo de sus gafas:

—Supongo que os sorprenderíais todos de que me fuera tan temprano aquel día.

—Ayer —la corrigió George.

—¿Ayer? —repitió ella. Y tras unos segundos, aceptándolo, aceptando el increíble hecho de que en efecto había sido el día anterior, añadió—: Sí, ayer.

—Nos sorprendió mucho —repuso George sin más.

Sorprendidos. Era una buena palabra, pensó.

Luego una angustia repentina y aguda se apoderó de él porque ¿qué haría, qué demonios haría, si empezaba a confesárselo todo allí, en medio de la estación Victoria? Sabía lo que había hecho y no quería que le contase los sórdidos detalles; si empezaba a hablar de ello, lo pondría en un terrible aprieto. Las mujeres deberían callarse esas cosas, o contárselas a otras mujeres o a un sacerdote o a quien sea, pero no a él.

—Hoy ha hecho buen día, ¿verdad? —comentó para tratar de frenar a la desesperada lo que temía que iba a ser una marea.

Pero Milly no pareció escucharlo; parecía estar pensando en otra cosa, con los ojos clavados en ese punto por debajo de sus gafas.

—Fui a buscar el dinero —dijo después de un breve silencio.

—¿Qué dinero? —le preguntó George.

—Mi legado.

—¿Tu legado?

—Sí, las mil libras que me dejó Ernest. Fui a ver a su abogado.

—Bueno, nosotros mismos podríamos haberte dicho que no te serviría de nada —repuso George, más aliviado de lo que habría

podido suponer por lo que le pareció la naturalidad de esa explicación.

Respiró con alivio. No era una confesión. Tal vez, después de todo, consiguiera llevarla a casa sin que le hiciera confesión alguna. Era una idiotez, por supuesto, salir corriendo de esa manera, haciendo que las cosas pareciesen más negras que nunca para ella, pero era una mujer y las mujeres hacían idioteces, ¡vaya que si las hacían! Además, tendría los nervios destrozados, y cómo no, con el accidente de Ernest y el hecho de verse eliminada del testamento y la mala conciencia. En cualquier caso, menos mal que había una explicación natural que la familia podría entender.

—Tendrías que habernos preguntado, Milly —le dijo, tan aliviado que su voz era bastante amable—. Así no habrías hecho el viaje para nada. Estas cosas llevan su tiempo. Hay formalidades que…

Sin embargo, cuando empezaba a sentirse capaz de ser amable, recordó que había estado fuera dos días y una noche. Por un momento se le había olvidado. Un viaje de Titford a Londres para ver a un abogado no lleva dos días y una noche. Después de todo, esa explicación no iba a calmar a la familia y tampoco lo aliviaba a él.

Se quedó mirándola, a punto de preguntarle cómo se las había arreglado para tardar tanto, pero se contuvo. Podía ser cierto que hubiera intentado hacerse con el dinero, pero también habría estado con su… Bueno, ni quería decir su qué. No era asunto suyo ni tenía deseo alguno de remover el fango de los secretos de Milly. Con una particular aversión por ese tipo de fango en concreto, George consideraba especialmente escandaloso que Milly hubiese salido corriendo a encontrarse con su «lo que fuese» cuando apenas acababan de enterrar al pobre Ernest. No le cabía ninguna duda de que parte de aquella ausencia, si no toda, la había pasado con ese tipo. Esperaba que al menos solo hubieran hablado. En verdad no parecía que la visita hubiese tenido mucho éxito, pero, por otra parte, tampoco Milly parecía, ni había parecido nunca, una mujer que se dedicara a ese tipo de cosas.

Enfadado y molesto de nuevo, le recriminó:

—¿Por qué no nos preguntaste a ninguno? Te habrías ahorrado un viaje inútil y… Bueno, te habrías ahorrado mucho.

—Pero no fue inútil —repuso Milly—. Lo conseguí.

—¿Conseguiste el qué?

—Las mil libras.

—¿Las conseguiste? ¿Cómo?

—Del abogado de Ernest. El señor Jenkyns. Las tenía allí, preparadas para mí.

George no pudo hacer otra cosa que quedarse mirándola. Parecía

inexplicable. Ese tal Jenkyns de labios finos y mandíbula apretada, que había mostrado una actitud tan evidente de desaprobación hacia todos ellos, que se había comportado, de hecho, como si todos estuvieran cortados por el mismo perverso patrón que Milly, debía de haberle adelantado el dinero. Sin embargo, no parecía un tipo que adelantase dinero. Y aun así, una mujer debe saber si tiene mil libras o no.

Se quedó mirándola y en ese instante se le pasó por la cabeza la fantástica idea, la única idea fantástica de su vida: tal vez el propio Jenkyns era el «lo que fuese» de Milly.

—Espero —dijo ella con un hilo de voz, agotada— que nadie se haya preocupado demasiado por haberme marchado así.

—Eso es decir poco.

—Lo siento mucho —se disculpó Milly, dejando escapar un suspiro, y, mientras hablaba, hizo un movimiento extraño hacia un lado, como si no pisara del todo sobre suelo firme.

El la agarró del brazo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó enseguida, pues se imaginó a Milly desmayándose y teniendo que hacer algo al respecto.

Le agarró el brazo con fuerza. No se le daban bien ese tipo de cosas, se dijo a sí mismo muy disgustado; no tenía ni la menor idea de cómo afrontar el desmayo de una mujer en una estación de tren.

—¿Qué te pasa, Milly? —insistió angustiado—. No te estará dando un vahído, ¿verdad?

Ella lo tranquilizó.

—Solo he perdido el equilibrio —le dijo mientras se soltaba de él —. Me temo que los tacones son demasiado altos.

«Claro», pensó George. En voz alta, y con un tono severo porque se había asustado, continuó:

—Estás cansada, eso es lo que pasa.

—Sí, estoy cansada. Creo que iré al tren a sentarme. Supongo que ya habrá llegado…

Y empezó a moverse despacio hacia el andén del que salía el tren de las seis y treinta y cinco.

George la acompañó. Dudó un momento sobre si debía ofrecerle el brazo. ¿Debía uno ofrecerle el brazo a alguien que había…? Pero, aunque dudaba sobre lo del brazo, no tenía duda alguna de que no sería bueno que los vieran separados, sin viajar en el mismo vagón cuando iban en el mismo tren, así que caminó a su lado, sin perderla de vista, listo para sujetarla si empezaba a tambalearse de nuevo. Estaba muy pálida, como si fuera a cometer cualquier sinrazón, vomitar en público o algo igual de espantoso.

Para su alivio, Milly no hizo nada ni volvió a hablar y, caminando

junto a ella por el andén, a pesar de mantener la vista clavada en el suelo, se dio cuenta de que había allí mucha gente a la que ambos conocían y, consciente del silencioso interés que despertaban a medida que se acercaban, agradeció tenerla a su lado para llevarla a casa. Caminaron en silencio, los dos miraban al suelo, mientras todo el mundo en el abarrotado andén les hacía sitio, los que no los conocían, impresionados por su riguroso luto, de un modo tan respetuoso como los que sí. En silencio se sentaron uno frente al otro en un rincón del vagón, George fingiendo leer el periódico de la tarde, del que no vio ni una palabra, y Milly sin fingir nada, sentada sin más. En silencio se apearon en Titford, George inclinó la cabeza muy serio hacia aquellos conocidos que, al subir al tren a toda prisa y en el último momento, habían compartido involuntariamente su vagón y se habían pasado el viaje tratando de ser discretos; y en silencio subieron juntos las escaleras y salieron al patio de la estación.

Formaban una pareja triste, como dos cuervos infelices pero majestuosos, pues la ropa de George, a su manera, era tan espléndida y sombría como la de Milly. Quienes los vieron quedaron muy complacidos, ya que cumplían muy bien con su papel; además, había un sentimiento genuino de alegría al ver reaparecer a la señora de Ernest y, con su reaparición, poner fin a las feas murmuraciones que corrían por ahí. Qué desdichada parecía la pobre. Los curiosos no podían dejar de sentirse satisfechos al verla tan abatida por el duelo, pues les daba la seguridad de que el corazón del mundo debía de estar todavía en su sitio si las viudas sentían así sus pérdidas. Nadie, por supuesto, saludó a la pareja de negro; se demostró tacto de todas las formas posibles y el lugar bien podría haber estado desierto a juzgar por los nulos obstáculos que George y Milly encontraron en su avance por las escaleras.

Una vez fuera de la estación, George le dijo:

—Mi coche está aquí. Tal vez sea mejor que te lleve a ca… A Mandeville Park Road.

Milly accedió.

—Gracias.

Pero George no ¡ría con ella; él no. Consideró que su labor de ser el primero en recibirla ya había terminado y estaba deseando deshacerse de ella. Así pues, tras ayudarla a entrar con el debido protocolo y cuidado, consciente de que los estaban observando, le dijo, de pie en la puerta, que él se ¡ría directamente a casa en un taxi porque había prometido a sus hermanos encontrarse con ellos allí a las siete.

Milly asintió.

—Gracias —dijo de nuevo.

Mientras se alejaban y George se perdía de vista, se quedó

pensando, de un modo confuso, como se piensa en los sueños, si podría ofrecer al chófer una propina de un chelín, que, junto a otros tres peniques más, era lo único que tenía en ese momento en el mundo.

Al final no se acordó de darle nada.

La doncella, sin cofia, fue corriendo a abrir la puerta en cuanto oyó el coche y el pomerania de Ernest también estaba allí, ladrando.

Era el mismo perro, recordó Milly, que le ladró aquella mañana tan lejana en la que creía que iba a escapar. Qué cosas más raras cree uno que va a hacer. ¿Escapar? Nadie escapa nunca. Distraída, se agachó para acariciarlo. El animal retrocedió gruñendo y la doncella lo reprendió.

—No la esperábamos, señora —le dijo luego, y empezó a disculparse por todo: los gruñidos del perro, no llevar la cofia puesta, el propio comportamiento de Milly al marcharse sin decir una palabra.

—Debería haber avisado —repuso Milly un poco ausente, con los ojos puestos en los objetos del salón: la armadura, el reloj del abuelo, las macetas de terracota con los helechos, todo estaba allí, cada cosa en su sitio, después de aquella eternidad que había transcurrido desde la última vez que los vio. Le llegaba el sutil olor de Ernest, de sus abrigos, sus impermeables y sus cigarros. Estiró un brazo y mantuvo el equilibrio agarrándose al perchero. Volvían a darle eso que George había llamado «vahídos».

—Sí, señora. Estábamos muy preocupados por usted, señora.

Y la señora de Alec…

—Quiero irme a la cama —dijo Milly, sujetándose al perchero.

—Sí, señora. ¿Temprano, señora?

—Ahora, por favor.

—Sí, señora.

—Y no quiero que nadie…

¿Pero quién era esa que salía arrastrándose y de mala gana del estudio de Ernest, con una sombra roja en cada mejilla? ¿No era Ruth?

Sí, era la pobre Ruth, para quien esta inesperada aparición de Milly era la última y espantosa gota que colmaba el vaso de un día terrible. ¿Por qué, se preguntó temblorosa cuando, al mirar por la ventana, vio quién era la que estaba sentada en el coche, debía ser ella a la que le tocase afrontar un encuentro tan angustioso? No podía soportarlo. Era demasiado mayor. Era injusto. No obstante, tras una breve lucha interna para obligarse a cumplir con lo que parecía ser su deber, salió

al vestíbulo y avanzó, rígida y digna por fuera mientras por dentro era pura gelatina, con las manos apretadas en el regazo, y la saludó.

—Buenas tardes.

Milly la miró y trató de recobrar la compostura.

Ruth. La segunda parte de ese preludio cuyos primeros compases habían sido George.

Muy bien. Lo aceptó. No podía elegir el orden en que se interpretaría la sonata a la que había ¡do a enfrentarse. Pero parecía que había demasiados Bott por allí; era una pena no poder irse directa a la cama. Una absurda cancioncilla empezó a resonar en su cabeza mientras miraba a Ruth: «*Habrá música dondequiera que vaya*». Sí, y el primer verso, el anterior, ¿no era *Con Botts en los dedos de las manos y Botts en los dedos de los pies*? No, no era así, por supuesto; no podía decir «Botts». En los dedos de las manos y de los pies se tenían uñas, y a veces sabañones, pero no Botts.

—¿Cómo estás, Ruth? —dijo muy amable—. Somos una familia muy grande, ¿no te…?

Y se desmayó.

XI

La reunión de los hermanos en casa de George no era hasta las nueve, pero le había dicho a Milly que era a las siete como excusa para alejarse de ella. A George le gustaban las mujeres decentes y el hecho de haber creído y admirado a una que no lo era le molestaba muchísimo. Le molestaba independientemente de la deshonra familiar.

No volvió a casa en taxi, como dijo que haría, porque, tras haber pasado el día en la ciudad, quería tener tiempo para pensar antes de sumergirse en la compañía de su esposa, que era tan enérgica e inquieta que nunca se reunía con ella sin esa sensación de hundimiento, esa leve resistencia previa, como quien se encuentra al borde del abismo.

A veces pensaba que habría preferido una esposa más tranquila, pero ahora no servía de nada darle vueltas a eso. Milly solía parecerle más lo que un hombre deseaba encontrarse al volver a casa, lo cual demostraba, según su visión actual de las cosas, que nunca se sabe. Su mujer, ahora que su único hijo estaba en la escuela, no tenía mucho que hacer y por las tardes, tras un largo día de inactividad, cuando George llegaba a casa agotado, ella estaba peligrosamente fresca y dispuesta para cualquier cosa. A George, que no estaba dispuesto para nada que no fuera cenar, fumar tranquilo y acostarse, esto le resultaba muy molesto. Nunca lo decía porque ningún Bott se quejaba jamás de su esposa, ni a ella misma ni a sus espaldas, y ahora que se daba cuenta de lo que el pobre Ernest había tenido que soportar a ese respecto, estaba bastante satisfecho con la suya. Nora podía ser bulliciosa y tener una energía excesiva, pero era recta. El suelo se hundía bajo los pies de un hombre, se decía George mientras volvía a casa andando y pensaba en todo lo que había pasado, si su mujer no era recta.

Los demás hermanos también estaban experimentando una especie de renovado aprecio por sus esposas —salvo quizás Bertie, que nunca había apreciado mucho a la suya— y ese mismo día Fred le había comprado a Mabel un nuevo colgante y Alec estaba pensando en regalarle algo a Ruth, tal vez un nuevo garaje, que a él le hacía mucha falta ya que el que tenían era demasiado pequeño; mientras que los

maridos de las cinco hermanas Bott estaban bastante contentos de tener mujeres formales en sus casas y de no tener que molestarse en averiguar qué podrían estar tramando.

—No le hace ningún bien a una mujer ser demasiado atractiva —comentó uno de ellos a su esposa mientras hablaban del tema, imprudente y como podría haberle hablado a un hermano; y eran cosas como esa, comentarios de ese tipo, lo que las mujeres de la familia, ahora que Milly se había convertido en lo que la Biblia llamaba objeto de burla y afrenta, se sentían incapaces de tolerar. Atractiva, atractiva; ¿qué era ser atractiva? El marido que había utilizado la palabra —imprudente y como podría haber hablado con un hermano— dijo que no lo sabía; tampoco, añadió, ahora que lo pensaba, sabía por qué se le había ocurrido esa palabra. Eran hombres ocupados, los cinco que se habían casado con las hermanas Bott, y no podían permitirse el engorro de discusiones domésticas. Siempre estaban preparados para tranquilizar a sus esposas.

George, que ahora volvía andando a reunirse con la suya, decidió que cenaría antes de darle la noticia, pero Nora, con el pelo alborotado por las prisas, salió corriendo a su encuentro, pues había estado esperándolo junto a la ventana del comedor, y se lo contó ella misma. Todos lo sabían. En lo que había durado su breve paseo desde la estación, no solo había llamado por teléfono la doncella de Mandeville Park Road, sino que justo después lo había hecho Ruth y, desde ese momento, todos habían telefoneado a todos los demás para preguntarse unos a otros si se habían enterado.

—¡Qué alivio, Porge! —exclamó Nora, abrazándolo con gran efusividad. Por alguna razón insistía en llamarlo Porge y era inútil pedirle que no lo hiciera porque seguía haciéndolo—. ¡Qué emocionante!

—Hablas como si fuera una especie de fiesta —refunfuñó mientras ella le ayudaba a quitarse el abrigo.

Y no sirvió de nada pedirle que le dejara quitárselo él mismo porque Nora no podía estarse quieta, igual que un petardo no puede dejar de chisporrotear si lo han encendido. Encendida por su exceso de energía, Nora no podía dejar a George en paz cuando lo tenía a su alcance. A veces pensaba que preferiría una esposa que estuviera… Bueno, no enferma, pero un poco menos activa de vez en cuando, aunque sabía que ese no era un pensamiento adecuado.

—¿Y no lo es? —volvió a exclamar ella—. ¿No es esto por lo que todos llevamos dos espantosos días rezando? No irás a ponerte sombrío justo esta noche, ¿verdad, Porge?

—Ten cuidado —le recriminó George, pues seguían en el vestíbulo y los sirvientes podían estar escuchando.

Nora, sin embargo, no podía tener cuidado; ni aunque todos los

sirvientes de Titford estuvieran escuchando podría contenerse en ese momento. Lo cogió por los hombros, hizo que se diera la vuelta y que la mirase a la cara y volvió a exhortarlo a no mostrarse sombrío justo esa noche. George, cara a cara frente a ella, y ahora que todo había pasado se sentía de algún modo orgulloso, no pudo resistirse a decir:

—La he traído yo.

—¿Tú? —gritó Nora—. ¿Has sido tú?

Lo miró fijamente a los ojos, asombrada.

George asintió.

—La he mandado a casa de Ernest en el coche. Yo he venido andando —dijo luego con voz modesta.

Nora estaba tan anonadada en su admiración que por un momento se quedó muda e inmóvil, con las manos sobre los hombros de George, mirándolo a los ojos. Su hombre dando un paso al frente; *su* hombre, el único de la familia capaz de pescar a Milly y traerla de vuelta sana y salva mientras que esos otros, los listos, Fred y Bertie, que tanto hablaban y tanta importancia se daban, no habían hecho nada en absoluto.

—Iba a volver por su cuenta, de todas formas —se vio obligado a admitir George, que era una persona honrada—. Me la he encontrado en Victoria por pura casualidad.

—Pero has sido tú el que la ha convencido, ¡estoy segura! —exclamó y volvió a abrazarlo.

A veces, George pensaba que habría preferido una esposa sin brazos y había un pasaje de la Biblia que leían en la iglesia sobre los brazos eternos que le hacía alegrarse de no creer en el cielo.

—Suéltame, Nora —protestó mientras trataba de liberarse—, quiero subir a lavarme.

—¡Pero tienes que contármelo todo! *¡Todo!* —gritó ella al tiempo que lo besaba.

A George no le gustaba que lo besaran. Le gustaban más las mujeres que recibían que las que daban; las mujeres que esperaban. Pero ahí tenía a la suya: Nora era una besucona y había que aguantarse.

—Después de cenar —le dijo, y al fin logró soltarse y subir al piso de arriba.

Ella lo siguió sin dejar de hablar, aferrada a su abrigo y subiendo así las escaleras de dos en dos. A veces, George pensaba que era una pena haberse casado con alguien mucho más joven que él. Él tenía sesenta años y ella cuarenta. Cuarenta, es cierto, podía parecer una edad tranquila, pero había descubierto que no lo era en absoluto.

—Ruth viene a cenar —le informó Nora sin aliento; no sin aliento por las escaleras, pues tenía tanta energía como una lagartija, sino

porque se le agolpaban las palabras, que querían salir todas a la vez y de inmediato—. Ha llamado para preguntar si podía. Dice que no es necesario que se quede con Milly ahora que ha vuelto. Y que se ha ¡do a la cama. No he podido sacarle nada más. Y las demás se pasarán luego, después de la cena, con Fred y Bertie. Mabel y Edith, quiero decir. Y también Joan y Mary. Maud ha llamado para decir que tal vez llegue tarde… ¡Ese teléfono! No ha parado de sonar. Nunca lo había oído tanto. Maud ha dicho que tal vez llegue tarde por la rodilla de Edward, pero que vendrá en cuanto pueda. Vendrán todos. Bueno, Maggie no puede porque Bee estaba peor esta tarde y no hemos avisado a Katie porque está atrapada en Denmark Hill y se sentiría mal al saber que estamos todos aquí y no poder dejar sola a mamá. Además, no es bueno inquietar a tu madre, le gustaría abalanzarse sobre Milly y llevársela con ella antes de que nadie la hubiera visto siquiera. ¡Qué suerte que nuestra casa esté en el medio y sea la más práctica para reunirnos! Porge, ¿no es emocionante? Imagínate, ¡Milly ha vuelto a aparecer! Y tú has sido el que… ¿Te ha dicho algo? ¿Te ha contado quién es el hombre?

Pero George, tras llegar al descansillo y entrar en su vestidor, se dio la vuelta y, con la mano en el pomo de la puerta y soltando el abrigo, le dijo:

—Un momento, Nora…

Y cerró, dejándola fuera.

Durante la cena no pudieron hablar mucho por la presencia de los criados. Incluso Nora, una vez que estos estuvieron en el comedor, moviéndose de un lado a otro ante sus ojos, se dio cuenta de ello y cuidó sus palabras, mientras que la esposa de Alec, Ruth, todavía aturdida por el inesperado encuentro con Milly y la conmoción de su desmayo —los sirvientes la habían subido a la cama y había vuelto en sí después de un rato, por lo que no tenía sentido quedarse allí—, apenas podía articular palabra. No creyó necesario mencionar el desmayo. Le había pedido a la doncella que no alarmase a la familia informando de ello. Ya había pasado, así que no era necesario preocupar a nadie. Además, Milly se lo había buscado y una no puede sentir mucha simpatía por las personas que se buscan lo que les pasa. Nerviosa, desmenuzaba el pan y, cuando intentó beber, derramó el vino. Tenía sesenta y cinco años, se recordó a sí misma, y no deberían pedirle que se mezclara con cosas desagradables. De poco servía ser una mujer mayor, pensaba, y haber luchado hasta los sesenta y cinco años, si iban a seguir arrastrándola hacia cosas desagradables.

George, a la cabecera de la mesa, creía que debía hacer algún comentario que pudieran oír los criados; comentarios sobre Milly, referencias casuales y relajadas que dieran a los sirvientes las pistas adecuadas para que se formasen su propia opinión. Estaba seguro de que en ese momento Fred y Bertie ya habrían dicho lo más apropiado para informar a los suyos; le parecía que no mencionarla era un error, ya que los criados sabían que Ruth acababa de venir de verla, pero no estaba acostumbrado a ese tipo de cosas y solo sabía desenvolverse, como corresponde a un hombre decente, en transacciones directas. Milly era una molestia y una preocupación mucho mayor de lo que merecía la pena cualquier mujer viva, pensó con resentimiento. Aun así, tenía la impresión de que debían mencionarla.

—¿Cómo la has visto? —soltó de repente dirigiéndose a Ruth, a la que en ese momento le estaban ofreciendo el pudín, y se sobresaltó tanto que se le cayó la cuchara en la fuente.

Todo el comedor pareció contener la respiración. ¿Era la imaginación de George o en verdad los criados se demoraban en lo que estaban haciendo y se quedaban casi inmóviles?

—¿A quién? —preguntó Ruth nerviosa. Desde luego, George era de lo más irritante. ¿Por qué no podía dejar el tema mientras los criados estaban presentes?

—A Milly —repuso George, empeñado en decirlo con tanta naturalidad y despreocupación que le salió un rugido.

—Ah, ya. Muy bien, creo. Bueno, no… Quiero decir que está cansada —vaciló Ruth, que inclinó la cabeza sobre su plato y se preguntaba cuántos años debía tener una mujer para que la dejaran hacerse a un lado y mantenerse al margen de las cosas desagradables.

—¡Pobrecita Milly! —exclamó Nora con entusiasmo. Estaba deseando hablar de ella, saber qué pensaba Ruth, qué había dicho Milly, qué aspecto tenía… Y ahí estaba, obligada a cenar en silencio y a esperar una eternidad por culpa de los criados. «¡Ojalá se pudiera entrenar a los perros para que hiciesen cosas!», pensó entusiasmada.

—Se recuperará en un par de días —dijo George con distraída cordialidad, tamborileando con los dedos una melodía sobre la mesa, y entonces recordó que una viuda debería tardar más de un par de días en recuperarse.

Un leve rubor apareció en las viejas y delicadas mejillas de Ruth mientras trataba de comerse el pudin. Había sido muy doloroso encontrarse con Milly así, sola, sin Alec ni nadie que la ayudara, y luego tener que verla caer al suelo. No le parecía correcto que, de entre todos los miembros de la extensa familia, hubiese tenido que ser ella la elegida para un papel así. Siempre había rehuido todo lo que no fuera agradable, durante toda su vida había apartado la vista de las cosas feas y había educado con esmero a sus hijos para que hiciesen lo

mismo. Hacía tiempo que era abuela y no podía evitar la sensación de que tocar la brea no era una labor para abuelas. Obedeciendo los deseos de la familia, había ¡do a casa del pobre Ernest para que los criados tuvieran a alguien con cierta autoridad sobre ellos, dispuesta, como siempre, a cumplir con sus obligaciones como esposa del hijo mayor, ansiosa por hacer lo que Alec y los demás consideraban correcto, aunque había sido bastante triste estar todo el día en la casa abandonada del pobre Ernest; pero no deberían haberla dejado allí para llevarse la peor parte del regreso de Milly —y aquel desmayo— sin ayuda, nunca deberían haberla puesto en esa situación. George sabía que estaba allí; ¿por qué, cuando envió a Milly en su coche, no fue él también? Lo sentía mucho por Milly, lo sentía de verdad, igual que se compadecía, faltaría más, por todas las mujeres que se descarriaban, pero no deseaba estar con ella. No todavía, al menos. No hasta que se decidiera lo que iban a hacer respecto a todo aquello. Y desde luego no deseaba estar con ella a solas ni tener que ver cómo se desplomaba a sus pies.

Después, en el salón, cuando los criados trajeron el café y por fin se libraron de ellos, le dijo a George que creía que no debían haberla dejado en la estacada de aquella manera, sin saber ni qué decir… Pero siguió sin mencionar el desmayo para evitar aspavientos inútiles.

—Así es como me sentí yo en Victoria —repuso el otro mientras cargaba la pipa de tabaco.

«Una respuesta inadecuada a una queja justa, pensó Ruth, pero George siempre resultaba irritante».

—¡Ojalá hubiera estado en casa de Ernest cuando volvió Milly! —exclamó Nora.

—¿Y qué habrías hecho tú? —preguntó Ruth con un leve escalofrío, pues la vitalidad de Nora la hacía sentirse siempre más frágil y vieja, como si estuviera sentada en medio de una corriente de aire, y no una corriente de aire cualquiera, sino su última corriente de aire terrenal.

—Le habría dado un beso.

—¿Un beso? —repitió George, volviéndose para mirar a su mujer.

—Válgame el cielo, Nora… —dijo Ruth con un escalofrío y se envolvió en sus pieles.

Sin embargo, más tarde, cuando los hermanos se reunieron en el salón de George y sus esposas estaban todas allí y tres de las cinco hermanas casadas también estaban allí, esa fue más o menos la actitud que decidieron adoptar. No besarla de verdad, eso no era necesario.

Pero sí era deseable, desde todos los puntos de vista, demostrar esa amabilidad que en circunstancias más felices culminaría en un beso.

Ruth, frágil y vieja, y que después de casi cincuenta años de matrimonio aún creía que los maridos sabían más, estaba dispuesta a seguir cualquier línea que se le indicara siempre que tuviese claro que, en opinión de Alec, era lo correcto. Entendía lo que querían decir, comprendía muy bien que los sentimientos de cada uno debían apartarse en interés de la buena reputación de la familia y también recordaba que Cristo había perdonado a mujeres como Milly. Por lo tanto, se sometió y se sentó con calma junto al fuego, abrigándose con las pieles los hombros helados, sin hablar mucho, resignada a obedecer; y poco a poco emergió del barullo de voces la voz autoritaria de Fred, que tomó las riendas de la reunión y expuso con firmeza lo que la familia tenía que hacer, lo que en el fondo todos sabían que había que hacer.

Una amabilidad ostensible era la actitud apropiada, la única, dijo; y Bertie asintió de buena gana y también, después de un momento, Alec y George. Ahora que habían escapado, gracias a la repentina e inesperada reaparición de Milly, del desastre de una deshonra imposible de esconder, no iban a correr ningún riesgo ni tolerarían la absurda oposición por parte de las mujeres, continuó Fred, mirando a su alrededor; y Bertie asintió con la cabeza y lo mismo hicieron, al momento, Alec y George.

Lo único que había que hacer con Milly, declaró, era lo que Walter Walker había sugerido el otro día: acogerla en sus casas y ser amables con ella. Tan amables, dijo Fred, mirando a las mujeres, como si de verdad la quisieran; tan amables como si no pudieran ser felices sin ella. Al menos debían conducirse así durante unos meses, hasta que las sospechas se disiparan. Entonces, cuando todo se hubiera calmado, tal vez podría irse a Denmark Hill y cuidar de la anciana durante el resto de sus días, como había sugerido su madre. Pero ahora no, no al principio. Después de esa última gota que había supuesto su fuga, debía estar entre ellos, a la vista de todo el mundo y poco a poco, a medida que el luto se aligerase, se incorporaría a la vida corriente para que la vieran en la iglesia, para que la vieran las visitas, para que la vieran haciendo un poco de ejercicio, para que la vieran —y eso era lo esencial— con ellos y no solo con ellos, sino apreciada por ellos.

Debían demostrar en público lo mucho que la apreciaban, a pesar de la gran tensión que pudiera suponer para la familia. Sus hijos tenían que verlo, los criados debían notarlo. Y en cuanto a los gastos, era absurdo preocuparse por eso, dijo, mirando con severidad a las mujeres. ¿Qué costaba un invitado? Al fin y al cabo, Milly solo sería una invitada y, antes de que empezara a costar algo, se iría con el siguiente anfitrión, añadió con una mueca. Además, tenía sus mil

libras.

Fred y Bertie, apoyados por Alec y George, que se alegraron de tener una guía de comportamiento, miraron a las siete mujeres del salón como quien dice: «¡Y no os atreváis a protestar!». Pero ninguna de las esposas ni de las hermanas, ahora que de verdad había llegado el momento, murmuró siquiera. Desde aquel primer revés que supuso la lectura del testamento, habían pasado por muchas cosas y estaban dispuestas a adaptarse a la necesidad. Al igual que Ruth, estaban dispuestas a someterse a lo que decidieran sus maridos y hermanos e incluso Edith, la esposa de Bertie, mientras escuchaba a Fred pensaba que no había que encogerse ante nada que pudiera detener las lenguas de la gente. Le resultaría detestable que sus hijas —a una de las cuales la cortejaba el coadjutor mayor de la parroquia de San Timoteo, quien sin duda se espantaría si creyera que iba a formar parte de una familia salpicada por el escándalo— le preguntaran qué había hecho en realidad la tía Milly; repugnante que sus hijos, ya bastante cínicos, se dieran cuenta por insinuaciones y miradas de que tampoco las tías eran siempre lo que parecían. Además, al igual que los otros, se sentía muy aliviada de que Milly hubiera vuelto y, en su alivio, como los demás, estaba dispuesta a hacer muchas cosas que en un momento más tranquilo le habrían parecido imposibles.

De modo que ya no hubo resistencia alguna a la propuesta de acoger a Milly en sus casas, y tratarla con consideración, y solo cuando empezaron a discutir los detalles surgió alguna tirantez más; detalles, por ejemplo, como cuánto tiempo debían durar las visitas, quién debía ser el primer anfitrión, si debían hacerlo por edades, si los cuatro hermanos debían acogerla primero, uno detrás de otro, o si las hermanas casadas debían intercalarse.

Las hermanas casadas protestaron ante esta sugerencia. No querían intercalarse. Consideraban que los hombres de la familia debían empezar y acogerla todos primero, uno detrás de otro, sin tener en cuenta la edad. Y en cualquier caso tendrían que consultarlo con sus maridos.

—¿Por qué no están aquí? —preguntó Fred.

Bueno, en realidad no se podía decir que Milly tuviera nada que ver con los maridos de las hermanas de su difunto esposo, declaró Maud, la mayor de ellas.

Se hizo un silencio. Todos miraron a Alec. Él, consciente de que lo observaban, se tiró de la barba y no dijo nada.

—¿Qué pasa, Alec? —le preguntó Fred al ver que permanecía en silencio.

Alec parecía dar muestras de no querer ser él quien acogiera primero a Milly. Sin embargo, era el mayor; estaba claro que era su deber.

—¿Qué pasa? —preguntó Fred por segunda vez.

Entonces Alec, tras aclararse la garganta, les explicó que sabía que era el mayor, pero que eso no lo había elegido él y que Ruth últimamente se resentía de su edad. Además, prosiguió, Ruth era, y se alegraba de decirlo, como todos sabían desde hacía mucho tiempo —la miró con afecto y ella le sonrió—, una mujer bastante religiosa y tal vez una mujer religiosa —no es que las demás no lo fueran, pero Ruth ponía un empeño especial en su devoción—, en fin, quería decir que tal vez una mujer tan religiosa no debería ser la primera en acoger a…, bueno, a Milly, en su casa.

Se detuvo, dándole vueltas en la cabeza a una idea algo indefinida de que Milly podría ser más pura después de haber pasado por el tamiz de otras visitas, y más apta para quedarse con su esposa, pero no pudo concretarla lo suficiente como para ponerla en palabras y se sentó, con los largos dedos hundidos en la barba y las delgadas piernas cruzadas, deseando que aquella maldita mujer no hubiera nacido nunca.

Ruth, junto al fuego, lo miró agradecida y se arrebujó aún más en sus pieles al tiempo que tosía un poco como testimonio involuntario de su fragilidad ahora que tenía sesenta y cinco años. Además, ella ya había recibido a Milly y había sufrido aquella escena del desmayo, sin estar preparada para ello, lo cual lo hacía mucho peor, y creía que había cumplido con su parte durante un tiempo y que debía pasar al final de la lista. También ella pensaba, veladamente, que cuando Milly hubiera estado en algunas de las otras casas llegaría de alguna manera más purgada.

—¿Tienes frío, querida? —le preguntó Alec muy solícito, mostrando un gran aprecio por su esposa.

Fred también, con aprecio por la suya, se volvió enseguida hacia Mabel cuando esta hizo una observación inaudible y le preguntó cariñoso:

—¿Qué dices, mi niña?

Y George, que apreciaba a la suya, pero no era muy dado a los halagos, mostró su aprecio por la virtud agachándose y recogiendo un bombón de licor que a Nora se le había caído en la alfombra, lo limpió de pelusas con su pañuelo y se lo devolvió.

Solo Bertie permaneció impasible ante ese ambiente general de afecto. Edith nunca le había caído muy bien y no veía razón alguna para que le cayera mejor solo por el hecho de que la pobre Milly se hubiera descarriado. Al contrario, eso hacía que le cayera aún peor, pues su aire de superioridad moral le resultaba irritante. Además, él era propenso a ser infiel y le molestaba tener que sentir que la perjudicaba. Sonrojado y lleno del oporto que había bebido después de la cena para ahogar sus preocupaciones, se sentó lejos de ella y

cerca de sus hermanos. Estaba muy preocupado por Milly y sorprendido por el descubrimiento de que no se había mantenido recta. ¿Milly? Parecía increíble. Sin embargo, no cabía otra explicación a su huida: huyó porque no podía enfrentarse a la familia y no podía enfrentarse a la familia porque era tan culpable como Ernest había insinuado en su brutal testamento.

Bertie era incapaz de decidir si la condenaba o si, en el fondo, se alegraba de que esa pobre mujer hubiera tenido algo de felicidad en la lúgubre vida que llevaba con ese canalla de Ernest. Pero ¿qué le había pasado en Londres? ¿Qué inesperada catástrofe la había obligado a volver? Esa historia que les había contado a George y a Ruth de que había ido a buscar su legado no era más que un pretexto. Bueno, al menos Jenkyns le había dado el dinero, se alegraba de saberlo, y George y los demás podían devanarse los sesos para saber por qué, pero nunca lo averiguarían. Ese tipo, Jenkyns, era un sinvergüenza, pero uno conocido. Y un sinvergüenza de los peores, pues no le llamó como había prometido cuando Milly fue a su despacho. Si hubiera podido hablar con ella, tal vez la podría haber ayudado, incluso podría haberla salvado de ese espantoso encubrimiento al que quería someterla la familia para tenerla controlada.

Pobre y desafortunada Milly, pensó; parecía que su destino era tener que tratar con hombres mezquinos. El tipo que la había dejado tirada —¿por qué habría vuelto si no?— también debía de ser un bruto bastante rastrero y Bertie estaba tan preocupado por ella que había tenido que beber más vino de lo habitual en la cena y parecía más sofocado de lo que en realidad estaba, allí sentado entre el plateado Alec y el cetrino Fred.

Era el único de la familia que no se sentía aliviado por que Milly hubiera vuelto. Habría preferido que se mantuviese alejada, pues así al menos podría suponer que el tipo con el que se había ido hacía lo correcto por ella. Bertie no podía entender que alguien no hiciera lo correcto por Milly, una cosita tan dulce como ella y siempre tan amable. ¿Cómo podía un hombre comportarse de un modo tan vil? Él mismo siempre había sido bueno con las mujeres con las que había tenido algo que ver, en ese sentido, quería decir. Quizás no había sido muy bueno con Edith, pero es que ella… ¿Qué? ¿Qué estaba diciendo George?

George decía que Milly ya tenía su legado.

—Me ha dicho que fue a ver a Jenkyns y que él se lo dio.

—Qué raro —comentó Fred.

—Muy extraño —convino Alec, pasándose los dedos muy despacio por la barba.

—¿Cómo se las habrá apañado? —se preguntó Fred en voz alta, pensativo.

George tenía los ojos clavados en la alfombra.

—Bueno, supongo que se lo habrá adelantado —repuso—. El tal Jenkyns, me refiero.

Hubo un silencio. Las mujeres callaban porque no entendían por qué Milly no iba a poder obtener su dinero tan pronto como quisiera, pero Alec y Fred estaban pensando que debía de haber engatusado a Jenkyns, porque ningún hombre adelanta mil libras a una mujer que no puede reclamarle nada y que tal vez nunca se las devolverá a menos que lo hayan engatusado; y si Milly podía engatusar a ese abogado de rictus despectivo, ¿había algún límite para sus engaños?

Desagradable pensamiento. Lo que menos deseaban para su propia paz era que también a ellos los pudiera engañar. Si la dejaban libre en sus casas, ¿qué no podría hacer Milly si se lo proponía? Y aunque, por supuesto, ellos se mantuvieran firmes, sus esposas podrían imaginar que no lo habían hecho y entonces…

—Creo que llamaré a Jenkyns —dijo Fred.

—Yo en tu lugar no lo haría —repuso Bertie enseguida.

—¿Por qué no?

—Mejor dejar las cosas como están —siguió Bertie, sirviéndose un vaso de whisky con soda—. No es bueno empezar a remover lo que haya hecho Milly. Si aceptas un consejo, creo que deberíamos olvidar su pasado, en especial su pasado inmediato, y empezar de manera imparcial sobre la base de… Bueno, por decirlo como un párroco, de una confianza esperanzada.

—Entonces tal vez sea mejor que la acojas tú primero —sugirió Fred en tono sarcástico.

—Ah, no… —intervino la esposa de Bertie—. En fin, nosotros somos los más jóvenes. Quiero decir que Bertie es el hermano menor. No podemos saltarnos asilos turnos.

—Por cierto —continuó Bertie para desviar la atención de Jenkyns y el legado—, hoy he estado preguntando y mi abogado cree que esas palabras del testamento de Ernest, ya sabéis, lo de «Mi esposa sabrá por qué»… Cree que es difamatorio y va a solicitar que se omitan en la validación. Dice que es muy probable que el juez de testamentarías las considere añadidas para airear un agravio y que dictaminará que no se publiquen.

—Yo creía que los testamentos eran sagrados —dijo Nora, que se había emocionado con esa frase en el de Ernest y no quería que se suprimiera.

—No cualquier parte que el juez dictamine injustificada o injuriosa —le explicó Fred, muy aliviado por la noticia de Bertie.

—Pero esto no está injustificado —repuso Edith.

—Y, por tanto, no puede calificarse de difamatorio —apuntó

Maud.

—Bueno, en cualquier caso se va a dejar fuera —dijo Bertie, cortante—. Y ya podemos dar gracias de que el capricho de Ernest por un castigo póstumo se haya frustrado.

—Sí, creo que todos deberíamos alegrarnos —añadió Fred, mirando a su alrededor—. Hace mucho más fácil salvar a Milly del escándalo.

Y, como Alec estuvo de acuerdo y dijo: «En efecto, debemos alegrarnos» y George asintió, las esposas y hermanas se vieron obligadas a parecer también satisfechas.

Pero no les gustaba, ni a las esposas ni a las hermanas, la forma que tenía Bertie de referirse al pobre Ernest, y nunca les gustaría. El día del funeral su modo de hablar de él fue vergonzoso y también lo era ahora oírle usar palabras tan feas. Edith debería hacer que se comportara mejor; Edith no debería permitir que se descontrolara así. Y a Edith, que observaba a Bertie entrecerrando los párpados, de pronto la invadió una espantosa sospecha. «Me pregunto —pensaba, y hay que decir que luchó con todas sus fuerzas para no pensarlo— si el motivo de Ernest para no divorciarse de Milly fue que sabía que el otro hombre era…».

Pero no pudo continuar. No debía dejar que una idea como esa, tan horrible, tan destructiva de su paz, se instalara en su mente; no debía y punto. «Fuera», se dijo a sí misma, esforzándose por apartarla, y le preguntó a Nora si podían abrir la ventana pues se encontraba mal.

Hubo una pausa en la que abanicaron a Edith y abrieron la ventana.

Y en cuanto abrieron la ventana, Ruth, junto al fuego, empezó a toser.

—¿Lo veis? —señaló Alec cuando su esposa paró lo suficiente para que pudieran oírlo—. Tengo que llevármela. A Brighton o adonde sea. Llevo mucho tiempo pensando en ello. —Y añadió, dándose un golpecito en el suyo—: El pecho.

—Estás escurriendo el bulto, hermano —le recriminó Fred—. Lo que no quieres es asumir el lugar que te corresponde como el mayor de la familia y ser el primero que acoja a Milly…

Comentario que Ruth interrumpió de nuevo con un ataque de tos aún peor, un ataque que le sacudía todo el cuerpo y que en verdad era angustioso de oír.

—Lleva todo el invierno con esta tos —les explicó Alec cuando ella paró un momento, ignorando las palabras de Fred— y creo que, teniendo en cuenta su edad…

—Bueno, entonces Maud… ¿Qué dices tú? —preguntó Fred, mirando a su hermana mayor—. No hay razón para que una de

vosotras no sea la primera. Después de todo, es una labor mucho más propia de una mujer que de un hombre. ¿Y si empieza la hermana mayor, ya que el hermano mayor no quiere?

—No es cuestión de no querer, hombre —se excusó Alec, respaldado por otro ataque de tos de Ruth.

—Supongo que estás bromeando, Fred —protestó Maud con severidad cuando Ruth dejó de toser. Miraba a su cuñada tan mal como a su hermano, pues la tos es un ruido muy irritante—. Edward jamás lo permitiría. ¿Qué tiene que ver él con Milly y sus despreciables asuntos?

—Sí, nosotras ya ni siquiera nos apellidamos Bott —señaló Joan, otra de las hermanas.

—Deberíamos ser las últimas —dijo Mary, la tercera—.

Después de todos vosotros.

Nora se inclinó hacia delante con entusiasmo.

—¿Por qué no empezamos George y yo? ¡A mí me encantaría acoger a Milly!

Los demás la miraron sorprendidos, excepto Bertie, a quien también le habría gustado ser el que diera la bienvenida a Milly.

La esposa de Bertie se recuperó lo suficiente para decir, indignada:

—De verdad, Nora.

Y Ruth, con voz débil a causa del último ataque de tos, añadió: —Válgame el cielo, Nora.

—Querida, no podemos recibirla cuando no nos toca —repuso George, mirándola con el ceño fruncido—. Si Alec no quiere…

—No puedo —corrigió este.

—Fred va antes que nosotros.

—Sí —convino Alec—, creo que como yo voy a llevarme a Ruth de inmediato, Mabel y tú debéis ocupar mi lugar, Fred.

—Cielo santo —murmuró Mabel en un hilo de voz.

Fred los miró por debajo de sus gruesas cejas negras. Era muy ruin por parte de Alec librarse así. Podría haberse llevado a Milly con ellos a Brighton; de hecho, habría parecido algo bastante natural y apropiado.

Sin embargo, sabía que cuando Alec había tomado la decisión de no hacer algo, ningún poder sobre la tierra podría cambiarlo y, al sentir que le correspondía a él dar ejemplo, decidió que asumiría la carga con al menos una apariencia de rapidez y buena voluntad y les mostraría a todos cómo debían actuar.

—Bien —sentenció con un puñetazo en la mesita que tenía al lado, la del whisky y los vasos, haciéndolos tintinear—, de acuerdo. ¿Verdad, Mabel? Empezaremos nosotros. ¿Cuánto dijimos que iban a durar las visitas, tres meses?

—Cielo santo —musitó Mabel de nuevo.

—Bueno, pues digamos dos meses. ¿Qué? ¿No tanto? Bah, tonterías. Seis semanas, entonces. ¿Qué, ni siquiera eso? Muy bien, un mes. Pero ni un día menos de un mes cada uno. Es imposible coger ritmo en menos de un mes.

Así que se decidió que cada una de las visitas de Milly duraría un mes y que la primera, en casa de Fred, comenzaría al día siguiente.

—Cielo santo —fue el impotente comentario de Mabel mientras la llevaban a casa.

Aquella noche, a las once y media, sonó el teléfono junto a la puerta del salón en la casa de Denmark Hill, donde la anciana señora Bott, que no necesitaba dormir mucho y se quedaba despierta siempre hasta las doce, hacía un solitario.

Su hija menor, Katie Noakes, que estaba pasando unos días con ella, salió corriendo a contestar mientras la anciana, que seguía con su juego, esperó paciente a recibir las noticias.

Noticias de algún tipo tenían que ser, en esos agitados días que siguieron a la marcha de la pobre Milly y allí, en el piso de arriba, estaba la mejor habitación de invitados preparada para recibirla, con la cama hecha pero sin Milly durmiendo en ella. Qué lástima. ¿Por qué no estirar su pobre y cansado cuerpecito en aquellas sábanas limpias con la seguridad de que nada le iba a hacer daño en lugar de correr de un lado a otro pensando que tenía que intentar escapar de algo? Parecía que hubieran lanzado un hechizo sobre esos niños perdidos que les impedía ver y comprender lo sencillas que eran las cosas en realidad. Solo tenían que darse un beso y ser amigos. Pero a algunos se les había metido en la cabeza que los iban a regañar y los otros estaban empeñados en que era su deber regañar. Bueno, ella podría decirles, aunque no le harían caso, que nunca ha salido nada bueno de las regañinas. Esas ideas eran solo telarañas, infelices telarañas, la materia de la que están hechos los sueños, pensó la anciana señora Bott mientras ponía una carta sobre la mesa, ella, que conocía los versos de Shakespeare incluso mejor que la Biblia, y en el fondo los prefería, pues no le interesaban los extranjeros.

—¿Y bien, Katie? —preguntó sin levantar la vista, con la mano en el aire sobre las cartas, cuando su hija reapareció.

—Milly ha vuelto —dijo sin aliento.

—¿Adonde, aquí? —preguntó de nuevo la anciana con voz plácida y los ojos puestos en el juego.

—No, está en casa de Ernest. Era Nora la que ha llamado. Mañana

la llevarán a casa de Fred.

—¿No viene aquí, entonces?

—No… Quieren que se quede con ellos en Titford.

—Ah —repuso la anciana, colocando otra carta. Luego añadió—: Ya ves, todos os habíais equivocado con la pobre Milly.

—Sí, bueno, esa es la idea —contestó Katie, muy sonrojada, empezando a adoptar de inmediato la actitud que le había indicado Nora en nombre de los demás.

—Espero que intentéis compensarla —concluyó la anciana, que también terminó el juego.

—Sí, esa es la idea —repitió su hija, con el consuelo de que ella, como hermana menor, era la última de la lista.

XII

La familia de Fred Bott vivía en la zona más cara de Titford, donde todas las casas eran grandes y todos los jardines eran como parques. Tenían una sala de billar, un conjunto de salones de recepción, un vestíbulo forrado con madera de roble, una escalera con galería y un jardín de invierno. También tenían un mayordomo y se arreglaban para la cena. Ningún otro Bott tenía mayordomo, aunque varios se arreglaban para cenar, pero el jardín de invierno los había conducido a ello de algún modo y, cuando Fred se lanzó por primera vez a los helechos gigantes, fue solo cuestión de tiempo que llegase un mayordomo.

Mabel, endeble y poquita cosa, y siempre de naturaleza pusilánime, se vio aplastada por el mayordomo. Sus almuerzos sola, con él atendiéndola, eran pesadillas. Le parecía horrible que un hombre la observara desde atrás. Sentía que tenía la espalda indefensa. No tenía ojos en ella. Y él la menospreciaba, estaba segura, y le ofrecía la comida como si fueran reproches. Qué horror la mayoría de los días, tener que comer sola en presencia del mayordomo. En el silencio de la habitación, mientras él, detrás de su silla, esperaba para retirarle el plato en cuanto soltaba el cuchillo y el tenedor, lo oía respirar, pues era uno de esos mayordomos a los que se les escucha respirar. También se lo hacía en el cuello, cuando se inclinaba sobre ella con las bandejas, y hacía que los lacios mechones de su cabello que nunca conseguía sujetarse bien con las horquillas se le moviesen de un modo desagradable. Era un sufrimiento. Además, como estuvo durante años al servicio de un obispo, sin saber muy bien cómo, la obligó a llevar las oraciones familiares, a las que Fred y los chicos no acudían, y la voz se le quebraba y le temblaba cuando leía pasajes de la Biblia o recitaba *Las Colectas*[3] ante el semicírculo de pétreos sirvientes encabezados por el mayordomo, que los miraba a todos desde la punta de su enorme nariz.

Mabel tenía miedo de él. Era un hombre con los más altos principios respecto a sus patronos. Sabía, lo notaba en los huesos, que su dios era la respetabilidad y su modelo los obispos. ¿Cómo decirle a ese hombre virtuoso que iba a servir en la mesa, durante todo un mes,

a la pobre y dudosa Milly? No tenía ninguna duda de que lo sabía todo sobre ella; estaba segura, por multitud de señales inequívocas, de que en las dependencias del servicio se había discutido a fondo y juzgado tanto el testamento como la huida y sus motivos.

Desalentada, Mabel salió de casa de George y volvió a la suya andando, sostenida por el brazo de Fred; con el corazón abatido y la cabeza en otra parte atendió a medias sus instrucciones. ¡Ojalá fuera otro el primero en acoger a Milly! Había sido horrible por parte de Alec, que tenía el deber de comenzar, deshacerse así del asunto. Le parecía injusto que le tocara a ella, la única de la familia con un mayordomo de tan altos principios. Y no se trataba solo del mayordomo. Rosemary, su estricta hija, volvería a casa antes de que hubiese terminado la estancia de un mes de Milly; una chica de piedad austera que estaba pasando la Pascua en Jerusalén y quería ser monja anglicana. ¿Qué pasaba con ella? ¿No haría preguntas? ¿No querría saber por qué la tía Milly de repente era pobre y tenía que quedarse con ellos? Por mucho que la familia pudiese ocultar, no podría ocultar el hecho de que Milly era pobre. La ropa se le ¡ría estropeando poco a poco; sin duda sus propinas serían pequeñas. Tal vez Fred y ella, pensó, con la frente arrugada por la angustia, deberían dar las propinas de su parte para que no los deshonrara por su escasez. Podría decirles, después de que Milly se hubiera marchado: «La señora de Ernest me pidió que les diera esto…».

Y luego estaban los chicos. Uno estaba casado, pero dos aún vivían en casa y volvían de sus negocios cada noche para cenar. ¿Qué pasaba con ellos? Habían oído los susurros de angustia de los dos últimos días; habían aguzado el oído —lo había notado—, aunque no dijeran nada. ¿Iban a convencerse, jóvenes magníficos e inteligentes como eran, de que todo había ido bien entre su tío Ernest y la tía Milly y de que había sido la pura filantropía lo que lo impulsó a dejar su dinero a la caridad? Ay, esperaba, ¡hasta qué punto lo esperaba!, que nunca supieran de qué institución se trataba. No debería haber tales instituciones benéficas, no con hombres jóvenes en el mundo. ¿Por qué habría que rescatar a mujeres descarriadas? Y el hecho de que una de ellas fuera a quedarse en su casa como invitada de honor, una invitada, le indicaba Fred mientras iban a casa —ojalá no diese tantas órdenes que luego ella tenía que obedecer lo mejor que pudiera—, a la que había que mimar, la sumió en una confusión absoluta. Pero Fred estaba muy decidido, segurísimo de que podía y debía hacerse. Como el hombre que era, recogería a Milly al día siguiente, la dejaría en el umbral de su puerta y se iría a su tranquila oficina mientras dejaba la carga sobre los hombros de su esposa.

Mabel volvía a casa arrastrando los pies. ¿Qué sabía él de esa carga, en realidad? ¿Qué sabía, por ejemplo, del mayordomo? Solo lo

veía por la mañana y por la noche, mientras que ella lo soportaba todo el día y se pasaba todo el día sometida a su silenciosa disciplina. Ser ricos estaba bien, por supuesto, pero no si te obligaba a tener mayordomos, pensó ante la necesidad de informar a este en concreto de la llegada de Milly. No le habían preocupado las otras etapas de su progresivo esplendor; de hecho, le habían gustado bastante, una vez se acostumbraba; pero al mayordomo no podía acostumbrarse… No a este en concreto, que la miraba desde la punta de su enorme nariz como si apenas midiese un metro. Y no servía de nada intentar hablarle a Fred de sus problemas porque no la escuchaba; en cuanto decía algo al respecto, se quedaba sordo y seguía sordo hasta que se callaba. Sin embargo, a menudo había cosas, cosas reales, como ahora, que…

—Será mejor que des instrucciones al servicio esta noche —le advirtió Fred, interrumpiendo sus quejumbrosos pensamientos mientras abría con la llave—. La traeré mañana en cuanto desayunemos.

—Pero ¿y si…? —Mabel vaciló, con una última y tenue esperanza —. ¿Y si no quiere venir?

—¿Querer? Tiene que venir. Vendrá, sin duda.

—Ay, Fred…

—Venga, mi niña, anímate —la alentó con energía, aunque ni él mismo estaba muy animado.

No había previsto tener que ser él quien empezara, había dado por hecho que Alec sería el primer anfitrión y no estaba tan preparado para el papel como lo habría estado si hubiera tenido más tiempo para pensar. Decidió que Mabel tendría que resolver los detalles y poner las cosas en marcha al día siguiente mientras él estaba en la ciudad. Lástima que ella no aceptara la idea con más entusiasmo. Al fin y al cabo, encargarse de Milly era trabajo para una mujer, no para un hombre. Solo esperaba que Milly no empezase ningún juego para engañarla, pensó con inquietud mientras colgaba el sombrero, al recordar cómo debió hacerlo con Jenkyns, el abogado, para sacarle aquel adelanto. ¿Y si, en lugar de contribuir a los esfuerzos de la familia para encubrirla comportándose como es debido, empezaba a ejercer sus poderes de engatusamiento sobre él y sus hijos? No había límites, pensó, para lo que una mujer sería capaz de hacer una vez descarriada. Ser sobrino o cuñado no los protegía y tener a una cosita tan dulce acercándose a uno después de la cena, digamos, después de una buena cena, cuando tu esposa no está en la habitación…

—Entra, mi niña —le dijo, y le dio un beso de buenas noches más cariñoso que de costumbre, casi pegándose a ella, de hecho, durante un minuto—. Yo iré a decirles a los chicos que viene su tía.

Fred se dirigió entonces a la biblioteca, donde sabía que

encontraría a sus hijos, que, al igual que él, estaban más concentrados en ganar dinero que en los placeres y se pasaban la mayor parte de las noches en casa.

—Vuestra tía —les anunció, acercándose a la chimenea y mirándolos mientras permanecía allí de pie— viene mañana y se quedará un tiempo con nosotros.

—¿Qué tía? —preguntó Percy, el mayor, sin levantar los ojos del *Financial Times* y también sin entusiasmo, pues tenía ocho periódicos.

—La tía Milly.

—Ah, bueno, podría ser peor —murmuró el chico, que siguió leyendo.

—Creía que las mujeres que acaban de enviudar no salían de su casa —repuso Dick, el más joven.

Entonces Fred les explicó cómo la filantropía del tío Ernest y su deseo de ayudar a las obras de caridad había dejado a su viuda sin hogar. Lo hizo a grandes rasgos, sin muchos detalles, y añadió algunas observaciones generales sobre la imposibilidad de conocer los apegos más recónditos en el corazón de un hombre y cómo a veces hasta los propios hermanos, como en este caso, resultaban tener ideales y fervores que nadie habría sospechado jamás.

—Qué mala suerte para la pobre tía Milly —comentó Dick cuando su padre hubo terminado.

—Sí, eso pienso yo, que no soy ningún filántropo —dijo Fred—. Debemos compensarla.

—¿Económicamente, quieres decir? —preguntó Percy, con los ojos aún clavados en el periódico.

—Con bondad —repuso su padre.

—¡Bondad! Bueno, eso es barato, en cualquier caso —terció Dick.

—Y fácil —dijo Percy, pasando las páginas—. La tía Milly siempre me ha caído bien.

—Sí. No es una vieja antipática —coincidió su hermano.

—Pero ¿por qué el tío Ernest…? —empezó a preguntar Percy, levantando ahora la vista.

—Ya os lo he dicho. Llevo diez minutos explicándolo. Cuando la filantropía se apodera de un hombre… —Fred se interrumpió y sacó su reloj—. Me voy a la cama —terminó de repente—. He tenido un día muy largo y estoy cansado.

Milly llegó a la mañana siguiente, sobre las doce. Fred, que fue a buscarla a las nueve, tuvo que esperar todo ese tiempo mientras hacía

las maletas y sacrificar su valiosa mañana por temor a que, si no se quedaba allí hasta que estuviera lista para llevársela él mismo a Mabel, pudiera escaparse una vez más de entre los dedos de la familia.

Pero Milly no opuso ninguna resistencia. Lo acompañó como un corderito. Estaba en la cama cuando llegó —la doncella le contó no sé qué, que no escuchó, de que no se había encontrado muy bien la noche anterior—, pero se levantó enseguida al saber que estaba allí y que quería hablar con ella. Al principio pareció desconcertada, cuando le dijo que querían que se quedara con ellos por turnos, y como si no lo entendiera del todo, pensó Fred; pero pronto, después de poner cara de boba durante un momento, lo entendió a la perfección y dijo lo que era de esperar sobre su amabilidad. No se miraron mientras él explicaba y ella agradecía; él miraba por la ventana y ella a la chimenea. Fue él, no obstante, quien insistió en que debía coger todas sus pertenencias personales y no solo algunas joyas, como sugirió ella.

—Cuanto más tengas —observó Fred, mirando por la ventana—, menos te faltará.

—Sí. Lo entiendo —repuso Milly, mirando al fuego.

«Dios santo, qué lenta es», pensó Fred mientras esperaba, sacando el reloj cada pocos minutos. ¿Acaso no era consciente de lo que valía el tiempo de un hombre a esa hora del día? Mucho después de que él hubiese llegado a un acuerdo con la cocinera y, gracias a su mediación con el resto del servicio, para darles una generosa indemnización y que se marcharan ese mismo día, Milly seguía en su dormitorio haciendo las maletas. En verdad era muy desconsiderado por su parte, se dijo, que lo entretuviese así. Y lo que le molestaba aún más era que, por primera vez en su vida, ella le hacía sentirse cohibido. ¡Pero si cuando entró en la habitación no fue capaz ni de mirarla a la cara! Qué irritante y molesto. Si se hubiera comportado más como lo que ahora sabían que era, si se mostrara atrevida y desafiante, o rastrera y taimada, una mujer impúdica sorprendida, él habría sabido qué hacer y cómo tratar con ella. Pero parecía tan sumamente buena, pensó Fred desconcertado; parecía tan modesta como siempre y la misma palomita tranquila que antes apreciaba, con el reclamo añadido para su corazón sensible de una cara pálida y unos ojos hinchados. No era lo que había esperado encontrarse y eso lo desconcertaba. Además, no podía evitar pensar… ¿Y si sus sospechas, o más bien sus certezas, fueran infundadas? ¿Y si todos, y Ernest antes que ellos, habían cometido una injusticia escandalosa con esa pobre mujer?

La mera idea lo afligía y desencadenó en su mente una especie de tartamudeo. Se recuperó, sin embargo, al recordar cómo había huido y había permanecido oculta dos días y una noche. Si fuera ¡nocente, no habría hecho eso.

Sí, pero había vuelto…

¡Bah, qué demonios!, exclamó Fred para sus adentros, frunciendo el ceño. Y, en cualquier caso, culpable o no culpable, era una estúpida que había estado a punto de arruinar el honor de la familia y que aún podía hacerlo si no tenían cuidado.

No obstante, cuando al fin bajó, dispuesta a irse con él, vestida de negro y con velo y aquiescente, y volvió a agradecerle su amabilidad, la suya y la de Mabel, se sintió de nuevo cohibido, conmovido e inseguro, pues bien sabía el cielo que no había mucho de amabilidad en ese asunto.

No podía seguir así, pensó, recomponiéndose. Era lo que le había pasado a Jenkyns. Él también debió de sentirse conmovido e inseguro y había terminado por desprenderse de mil libras. Fred, como hombre rico, era muy consciente de lo que valían mil libras y no le gustaba en absoluto la idea de poder llegar a compadecerse tanto de Milly como para empezar a desprenderse, tal vez, de su dinero. Es cierto que parecía la persona que menos trataría de sacarle algo a alguien, pero ya los había engañado a todos. Tendrían que tener muchísimo cuidado con ella esta vez y asegurarse de que…

Fue un alivio inmenso cuando por fin pudo entregársela a Mabel, a su Mabel, la mujer de la que sabía todo y que era ni más ni menos lo que parecía ser. Los estaba esperando, según sus instrucciones, en el umbral de la puerta y, en cuanto la vio, su incomodidad desapareció y Fred se sintió capaz de desempeñar su papel de cordial anfitrión.

—¡Bueno, ya hemos llegado! —le dijo con entusiasmo a su esposa, volviendo la cabeza mientras ayudaba a Milly a salir del coche.

Y Mabel, bajando los escalones, muy sofocada y nerviosa y extendiendo una mano flácida, saludó a su cuñada.

—Ay, Milly. Sí. Qué bien. ¿Cómo estás? Me… Me alegro de verte.

Entonces, tras cruzar una mirada con Fred, se inclinó presurosa hacia delante y le dio un besito muy fugaz en el velo de crespón.

El entusiasmo de Fred se incrementó. Mientras acompañaba a Milly al interior, le dijo, y el mayordomo lo oyó, que considerase suyo todo lo que había allí.

—Queremos que te sientas como en casa —le aseguró, tan entusiasta que hasta las vigas de roble resonaron—. Mabel y yo queremos que descanses y te recuperes y que hagas lo que te apetezca. Libertad absoluta, ya sabes, ¿verdad, Mabel?

Entonces le dio una palmadita en el hombro a su cuñada, para que lo viera el mayordomo, y tras echar un vistazo al reloj se despidió a toda prisa.

—En fin, hasta pronto, señoras.

Salió casi corriendo hacia el coche, que lo esperaba en la puerta, y dejó a Mabel a su suerte.

—¡Fred! —lo llamó y bajó los escalones tras él—. ¡Fred! ¿Volverás para la cena? ¡No llegues tarde!

Pero Fred, que había cumplido con su parte, abrió el *Times* y se concentró en otras cosas.

Eso fue lo último que vio Mabel por la ventanilla del coche mientras se alejaba, a su marido absorto en el *Times*, antes de volver a subir con paso lento los escalones. En el vestíbulo, paciente, esperando para obedecer, estaba Milly, y allí también, esperando para cerrar la puerta y mirándolas desde la punta de su enorme nariz, estaba el mayordomo.

Vaya par con el que quedarse a solas… vaya par, pensó Mabel muy agitada; le parecía tener agua en las rodillas en lugar de huesos.

—Por favor, Smith —titubeó, sumisa como siempre que se dirigía al mayordomo—, ¿podría encargarse de que suban el equipaje a la habitación de caoba?

Luego, tras una mirada vacilante a Milly, y según las instrucciones que le habían dado, empezó a intentar mimarla y se obligó, temerosa, hasta a tomar a la pecadora de su cuñada por el brazo.

—¿Subimos? —le sugirió—. Querrás dejar tus cosas después del…

Eso era lo que se decía a las visitas que llegaban para quedarse una temporada: «después del viaje», pero se detuvo porque recordó que Milly no llegaba de hacer ningún viaje.

—Ha sido muy amable por parte de Fred ir a buscarme —musitó Milly—.Y los dos sois muy amables por acogerme.

El brazo de Mabel se tensó un poco y aceleró el paso hacia las escaleras. ¿Acogerla? Por supuesto que era lo que estaban haciendo, pero decirlo así sonaba como si necesitara un sitio para refugiarse y Fred le había insistido, durante buena parte de esa larga noche en vela que acababa de pasar, que era necesario hacer entender a los criados —a toda costa— que la visita era voluntaria. Como si se lo fueran a creer. Como si no supieran de sobra lo que significaba en realidad. Fred no la escucharía si se lo decía, pero esperaba que al menos Milly tuviese cuidado delante de ellos y, sobre todo, al hablar delante del mayordomo. Durante el almuerzo, por ejemplo —Mabel había leído un libro de etiqueta que establecía como imperativo referirse siempre al «almuerzo» cuando se quería decir «comida»—, lo tendrían observándolas y escuchándolas durante media hora y sería espantoso que Milly hablase como si no estuviera ahí; demasiado espantoso si decía algo que fuese cierto. Debía pedirle que tuviera cuidado. Debía recordarle que…

Pero ¿acaso tendría que hacer falta recordarle a Milly la terrible sospecha bajo la que se encontraba? ¿No era justo ella la persona que menos debería olvidarlo, jamás, ni por un momento? Y Fred decía que

no podían aludir a ello de ninguna manera, a esa sospecha; que debían ignorarlo, borrarlo. ¿Cómo iban a hacerlo si la propia Milly lo mencionaba? No de forma directa, sino dejándolo caer, como lo que acababa de decir sobre acogerla. ¡Acogerla! Y con el mayordomo ahí escuchando…

—Es un placer recibirte —dijo a la desesperada, con esos ojillos negros y angustiados mirándola desde el rubor de su rostro, como si fuera una gamba preocupada.

Llevó a su pálida invitada al piso de arriba y el mayordomo, que observaba sombrío desde el vestíbulo, se dijo que era una vergüenza tener que ocuparse del equipaje y de atender las necesidades de una mujer vestida como una viuda afligida cuando no lo estaba en absoluto. Envuelta en una sábana blanca tenía que ir esa, pensó, y que la excomulgaran de la Iglesia. Su señoría habría tratado poco a alguien así.

El mayordomo —que por casualidad se apellidaba Butler y se oponía con vehemencia a que sus nuevos patronos lo rebautizaran como Smith, ya que el obispo lo había llamado por su propio nombre sin la menor dificultad, limitándose a responder a la no infrecuente pregunta por parte de los extraños de por qué llamaba a su mayordomo «butler»: «Porque es un Butler»—,[4] se fue indignado a hacer lo que le habían dicho. Sin embargo, cuando a la hora del almuerzo la señora de Ernest, como suponía que debía seguir llamándola, reapareció sin el tocado y sin el velo y uno podía observarla mejor, con el cabello recogido de una forma tan pulcra que era una lección para el desaliño de su supuesta «señora», el semblante serio y tranquilo como debía estar y la frente lo bastante limpia y despejada, en su opinión, como para pertenecer a una cristiana irreprochable, comenzó a dudar; y al respirar sobre ella mientras le presentaba las bandejas y notar lo céreas que tenía las mejillas bajo la oscura curva de las pestañas —justo como debían ser las mejillas tristes, en su opinión, tras la muerte de un marido—, dudó más aún, pues juraría, pensó el mayordomo, que podrían trasladarla en ese mismo momento, sin cambiar nada, directa a la mesa del comedor en el palacio del obispo y no ser más que motivo de crédito para él.

Tampoco Mabel, que la miraba con disimulo, pudo evitar pensar que parecía muy buena. Cuánta falsedad, se dijo. ¿Cómo tenía tanta cara? Así era mejor para todo el mundo, por supuesto, pero ¿cómo tenía tanta cara? Ellos lo sabían todo y ella sabía que lo sabían todo. Sabía que eran conscientes de que era una libertina y resultaba una absoluta desvergüenza que se comportase como te imaginas un cohete húmedo. Una vez expuesta como una serpiente, era de una falsedad espantosa parecer una paloma. Nada menos, de entre todos los… animales, pensó Mabel en su agitación, sin estar segura de si las

palomas eran mamíferos o no. ¿Qué combinación podía ser más horripilante que una paloma adúltera?, se preguntó, y de inmediato se quedó perpleja por su propia expresión.

Paloma adúltera. Qué frase. ¿De dónde había salido? ¿De qué inexplorado y repugnante rincón de su mente? Palabras como esas nunca se le habían pasado por la cabeza. ¿Eran, tal vez, una emanación de esa figura que comía cordero tan tranquila? Cielo santo, qué idea tan perturbadora; qué horror si Milly era una de esas personas que portan la semilla del mal e, incluso si son buenas ellas mismas —aunque Milly no lo era; Mabel estaba decidida a no dejarse engañar nunca más—, se las arreglan para sembrar malos pensamientos en almas intachables. Qué horror, qué espanto, con sus ¡nocentes hijos al alcance de la mano durante todo un mes, e incluso Fred; no podía imaginar nada más detestable que tener que quedarse mirando mientras Fred se contaminaba poco a poco.

Muy preocupada, Mabel observaba a hurtadillas a Milly. No debería estar comiendo cordero, se dijo. Por alguna razón, a Mabel no le parecía bien; era de lo más inapropiado, aunque no sabría decir por qué. Es cierto que comía con poco entusiasmo, pero aun así… ¡Cordero! Para las viudas, pan tostado, pensó confusa; para las viudas, pan tostado a secas y, desde luego, también para las pecadoras descubiertas. Además, si Milly hubiera rechazado el cordero, podría haberle dicho: «No estás comiendo nada», y Milly podría haber contestado: «No tengo mucha hambre», y Mabel podría haber dicho: «Deberías hacer un esfuerzo, ¿no crees?», lo cual no solo habría sido hospitalario, sino también una conversación.

Tal como estaban las cosas, ¿de qué se podía hablar con Milly? Sentada de cualquier manera en la silla, demasiado nerviosa para preocuparse, como solía hacerlo cuando el mayordomo estaba presente, por su postura, Mabel trató en vano de pensar en temas que no fueran una falta de tacto. Todo parecía falto de tacto y, también, peligroso. Las cosas ordinarias, como el tiempo que hacía, sonaban inhumanas cuando se hablaba con una mujer cuyo marido llevaba solo tres días en la tumba. Los cotilleos sobre las ¡das y venidas de la familia eran imposibles, no solo porque cotillear también parecía inhumano, sino porque las ¡das y venidas de la familia en los últimos días habían consistido por entero en reunirse para discutir horrorizados sobre la propia Milly. No se podía mencionar a Ernest. Ni siquiera si estuvieran solas, sin el mayordomo, podrían mencionarlo, pues ahora era un marido agraviado además de estar muerto. Es decir, no se podía seguir consolando a Milly por su pérdida. El testamento era tabú. También la ropa, porque estaba de luto. Incluso cosas como los jardines, porque la conversación llevaría de forma natural a las flores y las flores… En fin, las coronas fúnebres tenían flores y ahí

estaban, de pronto, en los cementerios. Vaya, qué difícil. Y siempre, en cada prolongado silencio, se oía respirar al mayordomo.

Mabel, sofocada y sudorosa, pensó consternada en que tenía que soportar un mes entero esos almuerzos, o casi un mes, hasta que Rosemary volviera a casa, pero entonces sería aún peor. También era inútil invitar a alguien de la familia para que se uniese a ellas y la ayudara, pues dirían que ya iban a tener suficiente cuando llegara su turno y se negarían. Si se supiera realmente lo que había hecho, pensó —con quién lo había hecho, quería decir, porque sabían muy bien qué mandamiento había quebrantado—, sería de gran ayuda. Entonces una sabría mejor qué terreno pisaba. Ruth, la noche anterior, había susurrado que Milly llegó a casa en el coche de George; no quería insinuar nada, musitó, pero el hecho era que se trataba del coche de George. Eso no quería decir nada, pensó Mabel, pero demostraba lo incómodo que era para todos moverse así, como a oscuras, y lo fácil que era pensar cualquier cosa. ¿George? ¿Su propio cuñado? No, no, demasiado espantoso. Además, George siempre llevaba gafas enormes y Mabel se imaginó que debía de ser imposible cometer… Bueno, lo que Milly había cometido, con alguien que llevara gafas enormes. Por supuesto, vaciló Mabel casi al final del almuerzo, si la pobre Milly no había hecho nada y todos, empezando por Ernest, la estaban acusando de manera injusta, debía decir que habría sido una vergüenza…

Cuando, después de lo que parecieron siglos, el mayordomo, cumpliendo con sus últimos ritos, respiró hondo por última vez y pudieron salir del comedor, Mabel le preguntó a su pálida invitada si no debería descansar en su habitación hasta la hora del té mientras una de las criadas deshacía su equipaje y guardaba sus cosas. Sería fabuloso para todo el mundo, pensó, que Milly descansara mucho; en su habitación, sin suponer un peligro; sin molestar a nadie.

Milly volvió hacia ella los ojos hinchados.

—¿Quieres que lo haga?

Desde luego menuda falta de tacto, pensó Mabel, que se puso roja.

—No, por supuesto que no quiero que lo hagas —repuso irritada—. Solo pensaba en ti.

Milly se fue a descansar y Mabel, tras dar orden de que le subieran el té a las cinco, se escapó en el coche para alejarse de todo el mundo y dar un largo paseo hasta el corazón de Kent —no volvería hasta que fuera la hora de vestirse para la cena— para poder hacerse un poco a la idea y recuperarse antes de tener que afrontar la noche. Más tarde, al regresar, cuando subió las escaleras y se detuvo un momento frente

a la puerta de Milly, oyó la voz de un hombre dentro; era la de Percy.

Percy. Ahí dentro.

Bueno, ¿y por qué no? Era normal que hubiese llegado a casa después de trabajar y se pasara a saludar a su tía. No debería mortificarla. Percy no sabía nada… No podía saber nada, ya que todos habían puesto el máximo cuidado en ocultar a la generación más joven tanto aquella frase del testamento como la desaparición de su tía. Aun así, la mortificaba. No quería que su hijo estuviera allí, hablando con Milly… No a solas, descubrió. Se negaba con todas sus fuerzas a que estuviera allí. Se le había venido encima tan de repente, lo de acoger a Milly en su casa, que no tenía del todo claro cómo sería en realidad, con los chicos entrando y saliendo todos los días y, además, todo se hacía más difícil porque era su tía. Ellos no sabían que era una tía adúltera y… «¡Cielo santol ¡Ya estoy pensando en palabras horribles otra vez!». Pero ahora veía la magnitud del sacrificio que Fred le estaba pidiendo. Al diablo la familia, se dijo indignada; ¿a quién le importaba el estúpido honor y mantenerse alejados del escándalo y todas esas cosas cuando estaba en juego la protección de sus propios hijos?

—Creo que ya es hora de vestirse, Percy —dijo tras abrir la puerta y en un tono mucho más agudo de lo normal.

Allí estaba, sentado en la alfombra frente al fuego, y Milly tumbada en el sofá, y todo parecía tan bonito y acogedor, con las flores y todo lo que había puesto allí la propia Mabel.

—¿De veras? —repuso Percy sin moverse—. Bueno, yo ya estoy vestido. He vuelto antes para ver a la tía Milly.

—Ah —dijo Mabel, que cerró la puerta de nuevo, se dirigió a su propia habitación, se puso frente al espejo colérica y, mientras se clavaba aún más horquillas en una cabeza ya repleta de ellas, que era lo que ella llamaba peinarse, se preguntó si no había que tener en cuenta la santidad del hogar y si eso no era mucho más importante —los pensamientos de Mabel, cuando estaba tan inquieta, se revestían con facilidad de expresiones no muy refinadas— que encubrir a Milly. ¿Por qué tenía ella que ayudar a encubrir a Milly? Porque los Bott decían —¡estaba harta de los Bott!— que solo así se podría mantener a raya el escándalo. Esa era la respuesta, lo sabía, y le importaba un bledo. Le importaba un bledo, se dijo indignada.

En la cena, sin embargo, ya con Fred y Dick allí, además de Percy, y Milly tan callada y pasiva y con aspecto de estar medio dormida, se avergonzó de su súbito arrebato de suspicacia. Había sido bastante feo

por su parte, la verdad; muy feo, para ser sinceros. Arrepentida, reanudó las atenciones hacia su invitada, siguiendo con entusiasmo a Fred en sus palabras amables, insistiendo en que comiera y bebiera y haciendo todo lo que estaba en su mano.

Fred la recompensó con una mirada de aprobación y ella redobló sus esfuerzos. En cualquier caso, aquello no era ni la mitad de difícil que el almuerzo, con sus tres hombres para apoyarla, y Percy no se comportaba con su tía de forma distinta a la habitual. En realidad la cena transcurrió bastante bien, pensó Mabel agradecida, y Fred ayudó con generosidad, hablando de negocios de vez en cuando con los chicos y aliviando así la tensión de la conversación general.

Pero la punzada que había notado delante de la puerta de Milly era el tipo de sensación que podía tener, estaba segura, en cualquier momento. Injusto e infundado o no, estaba abocada a sentirlo. Fred la había puesto en una posición imposible. Tarde o temprano…

Luego se sentaron en el jardín de invierno a tomar el café, con la fuente encendida para demostrar al mayordomo que Milly era una huésped de honor, pues la fuente solo se encendía para los mejores invitados; y después fueron a la sala de billar, mientras los chicos jugaban, y se llevaron a Milly con ellos. Se sentaron a ver la partida desde la tarima a través de una nube de humo de puros y, después de un rato así, sin tener nada que hablar porque solo miraban, se la llevaron de nuevo al salón principal —cambiar de estancia hacía que el tiempo pasara más rápido— y pusieron música en su lujoso gramófono, un gramófono, se podía decir, de ocho cilindros y sesenta caballos. Mabel, ansiosa por interpretar su papel lo mejor posible hasta el momento en que dejara de serle posible, tuvo especial cuidado de que Dick solo pusiera discos de música sacra, como «Para las alas de una paloma», y de tener algo que escuchar para no tener que hablar.

Qué bendición, no tener que hablar. Mientras pudieran evitarlo, todo ¡ría bien. Era hablar lo que acababa disgustando a todo el mundo. No le extrañaba que los palacios reales y los restaurantes tuvieran bandas de música.

Pusieron fin a la velada bebiendo agua con gas. También había whisky, pero Fred les dio agua con gas, un vaso a Mabel y otro a Milly. Se sirvió puntual, a las diez, y a las diez y cinco le daban las buenas noches a su invitada y la llevaban a la cama.

Mabel la acompañó, encendió las luces de la habitación de caoba, buscó la botella de agua caliente entre las sábanas, le ahuecó las almohadas y fue de lo más solícita.

Por fin llegó el momento en que se vio obligada a dejar de lado los aspavientos y darse la vuelta. ¿Tenían que besarse? Sí, se temía que no había forma de evitarlo.

—Buenas noches, Milly.

—Buenas noches, Mabel.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

—Seguro que sí.

—Bueno, entonces…

Armándose de valor, Mabel se adelantó para darle un beso. Fue un besito algo menos fugaz que el que le dio cuando la recibió por la mañana, pero aun así rápido y casi como el picoteo de un pájaro.

Milly lo recibió con actitud pasiva.

—Creo que está dormida —le dijo Mabel a Fred cuando, gracias al cielo, volvió a reunirse con él.

—¿Ya? —preguntó sorprendido al tiempo que miraba el reloj.

—No quiero decir dormida de verdad —vaciló su esposa, tratando de plasmar en palabras lo que sí quería decir.

Una vez sola, Milly se quedó inmóvil en aquella lujosa habitación, con los ojos clavados en la puerta por la que Mabel había salido con tan evidente alivio.

Así que era eso, pensó; así iba a ser. La sonata que había ido a afrontar sería todo dulzura. Iban a acogerla en el seno de los Bott y, por mucho que les doliera, no la soltarían. «Ascuas de fuego se amontonarían sobre su cabeza».[5] «Se sacrificarían becerros cebados»[6] Y, convencidos de que era culpable, habían decidido comportarse como si estuvieran seguros de que no lo era.

Titford. El honor de la familia.

Empezó a quitarse las horquillas del pelo despacio; mecánicamente las dejaba caer una a una sobre la alfombra, sin ser consciente de lo que hacía, solo de que le pesaba la cabeza y quería aliviar ese peso. Qué extraño e inesperado giro de los acontecimientos, pensó, mirando al vacío; pero no tenía ninguna duda de que ahí, al fin, estaba en brazos de la expiación… Y no era menos expiación por haber llegado de una forma tan desconcertante, con una sonrisa en el rostro.

Esa sonrisa. La paralizaba. Sabía que no era quién para elegir su castigo, pero antes habría preferido enfrentarse a los insultos. Al menos eso habría sido auténtico y, aunque aterrador en el momento, pronto habría terminado y le habrían permitido seguir su camino. Esa vergonzosa amabilidad, esa pretensión de afecto, no se acabaría nunca: continuaría para siempre. Una vez tomada esa senda, a menos que cometiera alguna otra perversidad, los Bott no podrían abandonarla. Estarían el resto de sus días, hasta donde alcanzaba a

entender, atrapados todos juntos en su propia y terrible miel.

Una ronda de visitas. Tendría que hacer una ronda de visitas. Le parecía increíble. Poco a poco, tras dejar caer todas las horquillas al suelo, empezó a trenzarse el pelo como solía hacer para dormir. Y cuando terminasen las visitas, ¿la dejarían ir? ¿O iba a ser una ronda tras otra y, cuando hubiera pasado por todas las casas de la familia, tendría que empezar de nuevo en la de Fred, y así una y otra vez hasta que la muerte los liberase a todos? Pobres Bott. Entonces ellos también sufrirían la expiación. Y pobre Mabel, con esa cara roja de angustia, obligándose a besarla, a ser hospitalaria, tratando de cumplir con heroísmo lo que sin duda eran instrucciones estrictas… ¿No era cruel que también ella, sin haberlo conocido siquiera, tuviera que sufrir por culpa de Arthur?

Era muy cruel, pero Milly, trenzándose el pelo como una autómata, no veía salida alguna. ¿Qué podía hacer salvo fingir, salvo seguirles el juego, salvo facilitarles las cosas comportándose como si en verdad fuera tan ¡nocente como, al parecer, iban a insistir con todas sus fuerzas en aparentar? Y, en este caso, ¿qué sería de su decisión de dejar de mentir?

—No puedo… No puedo —dijo de pronto en voz alta, dejando caer las manos a los lados.

Sin embargo, incluso mientras lo decía, sabía que debía hacerlo y que lo haría. ¿No se había jurado a sí misma compensar a los Bott, hacer todo lo que ellos quisieran? Y si habían decidido que esa era la mejor forma de salir de la situación en la que ella los había puesto, ¿no debía ayudar en lo que pudiese?

—Pero qué castigo —susurró—. Para todos, qué castigo.

Ay, si hubiera sido real, la acogida, la amabilidad, a pesar de lo que había hecho, ¡con qué desbordante gratitud, con qué rápida correspondencia en su amor se habría entregado entonces a la bondad durante el resto de sus días!

Pero eso era una tontería. Siguió trenzándose el pelo. ¿Cómo podría ser real? ¿Qué derecho tenía ella a un afecto real por parte de la familia a la que había deshonrado? Los Bott no eran santos y solo los santos abrazaban a los pecadores. Además —ella, al menos, se enfrentaría a la verdad—, si se hubiera casado con Arthur, si eso hubiera salido bien, ¿le habrían importado mucho los Bott?

—Soy despreciable —dijo de nuevo en voz alta, con las manos caídas una vez más a los lados, mirando fijamente al vacío.

XIII

El día siguiente era sábado y, cuando sonó el gong del desayuno, Milly no apareció.

Mabel, que siempre era la primera en llegar al comedor por las oraciones, no dejaba de moverse, inquieta, rodeada de tazas de café, y miraba con frecuencia a la puerta, pero los minutos pasaban y primero Percy, luego Fred y después Dick fueron bajando uno tras otro, se comían la avena cocida y después las salchichas y seguía sin haber señal alguna de Milly.

Tarde; iba a llegar tarde. Poco a poco, el alivio empezó a recorrer la mesa.

—Llega tarde —susurró Mabel una vez, y las cabezas se inclinaron con mayor diligencia sobre los platos en una especie de suspense silencioso por miedo a que el Destino oyera aquel comentario y la hiciese aparecer de inmediato.

Pero siguieron pasando los minutos y no ocurrió nada. El alivio creció. Nadie quería a Milly en el desayuno, ni siquiera los chicos, que pensaban que su tía de cara pálida y vestida de negro de algún modo no combinaría con las salchichas. Fred, mientras se comía las suyas, descubrió que sabían mejor cuanto más se retrasaba su cuñada y Mabel, poco a poco, casi llegó a animarse.

De hecho, durante las oraciones, Mabel no había dejado de mirar nerviosa hacia la puerta, por si Milly entraba antes de que terminasen. Ya había descubierto que era una invitada meticulosa y en su primer día en la casa había estado siempre donde debía estar y no solo a tiempo, sino uno o dos minutos antes, de modo que Mabel se había temido que, por la mañana, en un exceso de celo por no causar problemas en los pequeños detalles porque ya estaba causando muchos en las cosas importantes, fuera demasiado puntual en el desayuno y se presentara en medio de las oraciones.

Por nada del mundo quería a Milly en las oraciones. Rezó tan deprisa como pudo y solo se atrevió a respirar de nuevo cuando la Biblia ya salía del comedor y entraban la avena y el café. ¿Cómo habría podido rezar con Milly presente? Ya le costaba bastante hacerlo delante del mayordomo, pero él al menos era un hombre de moral

recta. La presencia de Milly entre los hostiles sirvientes de piedra habría secado *Las Colectas* en sus labios. La noche anterior había intentado forzar las cosas para que hoy se quedara a desayunar en la cama, preguntándole cuando la acompañó al piso de arriba si no le gustaría que le subieran algo a su habitación, pero Milly parecía haber perdido el tacto además de la virtud —ese famoso tacto del que tanto habían oído hablar— y dijo que prefería bajar. Pretendería así, supuso Mabel, no darles problemas, ¡como si el peor problema de todos no fuera tenerla deambulando por la casa, en contacto con los chicos, y que todos tuvieran que fingir!

La cama, por supuesto, era el mejor sitio para Milly ahora mismo, pensó Mabel mientras servía el café, con el oído atento por si escuchaba pasos que se acercasen por el pasillo. Durante un tiempo, al menos. Una leve indisposición sería en realidad lo más apropiado, se dijo. Nada muy grave, claro, pero lo suficiente para mantenerla en el piso de arriba durante una semana más o menos. Era casi su deber, en la primera etapa de una viudez sobrevenida a causa de un accidente tan violento, sufrir algún tipo de crisis. La gente se lo esperaría, todo el mundo lo consideraría normal. Y si podía extenderse durante todo el mes de su estancia allí, entonces Mabel, en lugar de ser la más desafortunada de la familia por tener que acogerla la primera, se consideraría la más afortunada. ¿Qué otra forma más fácil podría haber de soportar la visita —cualquier visita, pensó Mabel, que siempre era una anfitriona torpe y reacia— que la invitada se quedara en la cama? De ese modo, nadie la vería, excepto las criadas y la propia Mabel, Percy estaría protegido de un contacto perjudicial, Fred se ahorraría los desagradables esfuerzos por conversar y el mayordomo no tendría que servir al pecado.

Entonces, como si respondiera a estos deseos no expresados, el mayordomo, que durante el desayuno solo merodeaba de vez en cuando por el comedor y no permanecía todo el tiempo allí, entró con un mensaje que la primera doncella acababa de darle de parte de la señora de Ernest: lo sentía mucho, pero le dolía bastante la cabeza y les rogaba que la excusasen de bajar.

¿Excusarla? ¡Aleluya!, se dijo Mabel.

Fred era todo efusividad.

—¡Por supuesto, por supuesto! —exclamó mientras alargaba un brazo por encima de los platos que tenía delante y pinchaba un trocito de mantequilla con el cuchillo—. No hay sitio mejor que la cama cuando uno es… Cuando no está… Dígale, Smith, que estamos todos encan… Estamos muy con… Quiero decir, que lo lamentamos. O no, espere un minuto. Ve tú, Mabel, y mira si tiene todo lo que necesita. Arrópala bien y dile que se cuide. De acuerdo, Smith. —Despachó al mayordomo con un gesto de la cabeza y, dirigiéndose a Mabel, cuyo

aleluya ya se había apagado ante la perspectiva de tener que ir a arropar a Milly, continuó—: Y podrías preguntarle dónde ha puesto las mil libras.

—¿Qué mil libras? —preguntó al instante Percy, levantando la cabeza del plato.

—El legado de tu tía —repuso Fred con cierta brusquedad, lamentando haberlo mencionado delante de los chicos. Una cosa lleva a la otra y, en lo que respectaba a Milly, todo era en extremo desagradable.

—Creí que no había ningún legado. Anoche dijiste…

—Pásame la mermelada —le pidió su padre.

—¿Cómo se las ha arreglado para conseguirlo tan pronto? —insistió Percy—. Pensaba que…

—Seguro que sí —lo interrumpió Fred, que le hizo un gesto de impaciencia con la cuchara de la mermelada y luego siguió hablando con Mabel, que se disponía a obedecer de mala gana y en el proceso había arrastrado el mantel y había derramado un poco de café—. Las tendrá en su habitación, en algún sitio. Dile que no puede tenerlas por ahí tiradas durante el fin de semana. El lunes le invertiré el dinero en algo, pero mientras no debe estar en cualquier parte. Pídele que me lo dé para meterlo en la caja fuerte.

—Pero Fred, ¿te parece el momento? Si le duele la cabeza… —Mabel vaciló. Sin duda era cosa de Fred, pensó, tener cualquier conversación con Milly que se refiriese a temas de dinero; ella ya tenía bastante con lo suyo—. No creo que deba molestarla si no se encuentra bien.

—Pues sube y echa un vistazo a la habitación, búscalas tú.

—Pero Fred… —protestó sin fuerzas su mujer.

—No es justo para los sirvientes tener una suma como esa tirada en el dormitorio de una mujer. Es como ponerles la tentación delante. Además, lo contarán por ahí y seguro que al final alguien entra a robar.

—¡Santo cielo! —exclamó entonces Mabel, que tenía mucho miedo a los ladrones, y se fue apretando el paso a la habitación de caoba.

No obstante, cuando llegó, después de llamar y no obtener respuesta, abrió la puerta y vio que Milly estaba dormida. O parecía estarlo. Tenía los ojos cerrados, en cualquier caso, y no los abrió a pesar del ruido que hizo la puerta. La llamó con timidez:

—Milly…

No hubo respuesta.

«Dormida», decidió, y se quedó allí de pie, vacilante, preguntándose si sería mejor entrar y esperar a que se despertara o bajar y terminar de desayunar. Se decidió por el desayuno, cerró la

puerta con cuidado y volvió al comedor.

—Está dormida.

—Pues despiértala —repuso Fred—. Tengo que coger el tren de las diez y cuarto y debo guardar ese dinero antes de irme.

—Pero ¿cómo voy a despertarla si le duele la cabeza? —protestó de nuevo Mabel. Los chicos también parecían pensar que era una lástima.

Fred, sin embargo, había tomado una decisión y era inflexible. Miró a los que estaban alrededor de la mesa y les pidió que le dejaran a él juzgar qué era lo más apropiado; no iba a arriesgarse a que se perdieran mil libras en su casa solo porque a una mujer se le hubieran pegado las sábanas y ellos pensaran que era una lástima molestarla; además, tenía que coger el tren. Mabel debía volver a subir de inmediato, ordenó. Y Mabel, obligada a obedecer cuando Fred hablaba con esa voz, subió.

Pero cuando, al abrir la puerta por segunda vez, se encontró con la misma imagen: esa figura en la cama con los ojos cerrados y en apariencia dormida, su resistencia —lejos de la mirada y la voz de Fred— se hizo más fuerte y, en lugar de despertar a Milly según sus órdenes, o incluso de rebuscar entre sus cosas según sus órdenes, cruzó la habitación de puntillas y se sentó a esperar en una silla junto al fuego.

Allí estaría tranquila y segura; era el único sitio de la casa en el que Fred no podía entrar sin permiso. Tendría tiempo de sobra, pensó mientras esperaba allí sentada en silencio, para averiguar él mismo lo del dinero cuando volviera a comer… A almorzar, se corrigió. Era sábado y casi volvería nada más marcharse. Milly ya estaría despierta para entonces, y tal vez levantada y vestida, y Fred podría hablar con ella. No había ninguna prisa. Los ladrones no iban a entrar durante el día; las criadas no se dejarían tentar mientras hubiera alguien en la habitación. Era ridículo que Fred se alborotase así de repente, pensó Mabel, cada vez más valiente en aquel rincón seguro. El día anterior no había dicho ni una palabra sobre ese maldito dinero que había estado toda la noche en algún lugar de la habitación de Milly y ni siquiera lo había mencionado. Resultaba obvio que se le había olvidado y, si era capaz de olvidarlo, no podía ser tan peligroso y arriesgado como para que no siguiera donde estaba un poco más.

Se acomodó mejor en la silla. Se quedaría allí hasta que el tren de Fred se hubiera ido. No había ninguna otra puerta en la casa que pudiera cerrarle, pero podía cerrarle esta y era mucho más fácil no obedecerlo cuando sabía que no podía llegar hasta ella. Luego, si se enfadaba mucho, podía decirle que había tenido que hacer cosas por Milly.

Pobre Milly. Que durmiese. Esos días no podía ser muy divertido

para ella estar despierta, pensó Mabel, tan agradecida por el hecho de que se hubiera quedado en la cama que se ablandó un poco. Tanto si había hecho lo que fuese que había hecho, como si no, debía ser consciente de que todos pensaban que lo había hecho, lo cual tenía que ser horrible para ella. ¿Por qué había vuelto? Estaba segura de que ella misma, en su lugar, nunca habría tenido el descaro de volver, sobre todo si tuviera mil libras en el bolsillo. Debería haberse ido con esa hermana suya. Las dos eran iguales…

Pero ¿eran las dos ¡guales? Observándola desde su silla junto al fuego, Mabel pensó que en ese momento bien podrían tomarla por una colegiala ¡nocente, con la figura oculta bajo la ropa de cama y el cabello rubio recogido en dos gruesas trenzas, una a cada lado de su terso rostro. Mabel tenía la cara llena de arrugas, aunque solo era dos años mayor que Milly, pero se dijo que mejor tener arrugas que ser una pérfida. Tal vez las arrugas estaban relacionadas con la virtud y se tenían ambas cosas o ninguna, pensó, sin dejar de mirar a Milly, dispuesta a apartar los ojos a toda prisa ante el primer temblor de aquellas tranquilas pestañas. Desde el accidente de Ernest no había tenido una oportunidad igual para observarla y, de verdad, se dijo Mabel, casi como si estuviera razonando en voz alta con Milly, no tenía derecho a parecer así de buena si no lo era. Hacía que fuese tan difícil estar segura. Y era tan angustioso no estar segura. Porque ¿y si…?

Pero bueno, no podían estar todos equivocados, toda la familia, y Ernest el primero, pensó. Aunque —de nuevo dudó— ¿y si lo estaban?

Entonces se sobresaltó; Milly, que abrió los ojos de repente, la había sorprendido mirándola después de todo.

—Ah, estás despierta —dijo avergonzada. Se levantó y se acercó a la cama.

Milly le tendió una mano lánguida.

—¿Te importa que no baje? —murmuró, alzando los ojos hinchados hacia el rostro que se inclinaba sobre ella.

Mabel le cogió la mano. ¿Qué puede hacer una sino coger la mano que le tienden?

—No, por supuesto que no —repuso—. Mejor. Quiero decir —se corrigió enseguida— que es mejor que descanses si lo necesitas.

—Qué amable eres —dijo Milly en voz baja—. Qué amable… —y añadió, con los párpados medio cerrados como si le pesaran demasiado para mantenerlos abiertos y la mano se le resbaló de la endeble sujeción de Mabel para caer de nuevo sobre la colcha—: Me duele muchísimo la cabeza.

—Pues claro que sí —exclamó la otra con entusiasmo, casi como quien se felicita por una conveniencia—. En fin —continuó luego

confusa, pues ella misma había notado ese tono—, es normal, ¿no?, después… Después de todo.

A esto último Milly no contestó; seguía allí tumbada, laxa e inmóvil, con los ojos cerrados y la boca un poco abierta, invadida por una fatiga irremediable.

Mabel se quedó mirándola. ¿Iba a caer enferma de verdad? ¿Habría que llamar al médico? Parecería normal, por supuesto, que Milly necesitara un médico, pero ¿y si le subía la fiebre y hablaba delante de él, como a veces hablan las personas con fiebre, y dejaba escapar lo que tanto le pesaba, lo que tanto le debía pesar, en la conciencia? Sería terrible. No, no podían permitir que se pusiera tan enferma. Debía quedarse allí, tranquila, y descansar, y la propia Mabel la cuidaría; de hecho, estaba segura de que cuidaría a Milly con verdadero entusiasmo si se quedaba en la cama tranquila, sin molestar a nadie, y no empeorase ni mejorase, sino que siguiera así sin más hasta el momento de tener que levantarse para ir a la siguiente casa.

—Te encontrarás mejor si te quedas en la cama —le dijo, tratando de no parecer demasiado ansiosa.

—¿Puedo? —preguntó Milly sin abrir los ojos. Le dolía tanto la cabeza, tantísimo, que parecía que se la estaba aplastando el mundo entero.

—Por supuesto. Es el mejor sitio donde puedes estar ahora —le aseguró Mabel, y con tal convicción en la voz que Milly abrió los ojos y la miró un instante sin apenas fuerzas.

Luego los cerró de nuevo y volvió la cara hacia la pared, murmurando algo que Mabel no llegó a oír.

—¿Qué dices? —le preguntó, inclinándose sobre ella.

Pero Milly parecía haberse quedado dormida una vez más y, tras esperar un minuto, consciente de que en ese momento Fred ya se habría ¡do a coger el tren, Mabel salió de puntillas y fue a dar orden de que preparasen de inmediato un sustancioso caldo de carne, gelatina y tisana de cebada.

Durante diez días, Milly estuvo enferma de verdad, aunque, por suerte, en un estado tan seguro —con lo que Mabel quería decir que estaba más débil que agitada y ni divagaba ni dejaba escapar secretos — que pudieron llamar a un médico con seguridad. A una enfermera no. Eso sería peligroso, estaba segura, porque se puede coger mucha confianza con la enfermera y contarle cosas con mucha facilidad. Mabel recordaba que ella misma, después de sus partos, le había contado a su enfermera todo tipo de cosas tan íntimas e inapropiadas

sobre Fred que aún se sofocaba al pensar en ello. No, Mabel se encargaría de cuidarla y lo haría encantada, pues Milly no era en absoluto una molestia en ese estado de apatía y somnolencia y ella se sentía aliviada de cualquier angustia respecto a Fred y los chicos sabiendo que su cuñada estaba en la cama sin suponer ningún peligro y fuera del alcance de todo el mundo, excepto del médico y de ella misma.

El médico se mostró muy compasivo. Dijo que era lo que temía, pero se esperaba, después de semejante conmoción y le recetó tranquilidad y tónicos. En verdad todo era justo tal como Mabel lo había deseado. Se sentía llena de gratitud y Fred era muy amable y atento y varias veces la llamó «mi niña», que era su mayor elogio, aunque le preocupaba bastante no poder hacerse con las mil libras.

—Tendrás que esperar —le decía Mabel, que aquellos días se sentía por fin muy importante, alguien que contaba de verdad, y como al parecer es difícil lavar y alimentar a una persona durante cualquier espacio de tiempo sin encariñarse con ella, al cabo de una semana de servir a Milly caldo de carne empezó a ablandarse, a creer que la habían agraviado, y descubrió que había adquirido la costumbre de aludir al difunto hermano de Fred como «ese Ernest».

Una vez se refirió a él de este modo, antes de saber siquiera lo que decía —lo cual era, de hecho, habitual en su forma de conversar—, y lo hizo en presencia de sus cuñadas Edith y Maud, quienes, con el resto de la parte femenina de la familia, ahora que estaban seguras de que no se encontrarían con Milly, se dejaban caer con frecuencia por allí para saber cómo iban las cosas. Se le escapó, sin saber cómo, como se le escapaban las cosas a Mabel, y las otras la miraron sorprendidas.

—Mabel, no puedo permitir que hables así de mi pobre hermano —protestó Maud, de soltera Bott, tras un breve silencio escandalizado.

—Milly te está manipulando —declaró Edith, con los finos labios hundidos en las comisuras.

¿Manipulándola? Mabel se sintió invadida por la indignación habitual ante tal advertencia, pero no se le ocurrió nada que replicar, pues era una de esas personas que no encuentran las palabras adecuadas cuando más lo necesitan, salvo:

—Lo que hay que oír.

Sin embargo, resultó que Edith tenía razón. Al cabo de otra semana, Mabel tuvo la amarga ocasión de darse cuenta. Cómo podía, se preguntó, después de haberla cuidado así, con auténtica abnegación… Esa Milly, que había parecido un bebé, un bebé agradecido en sus brazos durante esos días… ¡Nunca, nunca más creería Mabel en ningún hombre, mujer o niño! Y en cuanto al pobre Ernest…

Lo que ocurrió fue que, después de quince días, Milly estaba tan recuperada gracias a la tranquilidad y al caldo de carne —gracias a su amabilidad, de hecho, se recordó Mabel— y, aunque apática, era evidente que se encontraba mejor, que el médico dijo que podía levantarse de la cama y tumbarse en el sofá durante unas cuantas horas al día para empezar a recuperar fuerzas y, nada más oírlo, Fred insistió en hacerle una visita. El instinto de Mabel la advirtió, según recordaría después, de que era raro que Fred no pudiera esperar a que Milly bajara, pero él insistía de tal forma en la importancia de verla y hablar con ella de negocios, que Mabel cedió. ¡Negocios! ¿Cuántas esposas, pensaría Mabel más tarde, habrán oído esa palabra aplicada al tipo de conducta en la que sorprendió a Fred? Y luego también recordaría lo inquieto que había estado, cada día más intranquilo, siempre preguntando cuándo se iba a levantar Milly, siempre fingiendo que quería verla por negocios. ¡Negocios! Nunca volvería a creerlo cuando le hablara de negocios.

—No puedes —le dijo al principio, cuando quiso subir, pues aún se sentía autorizada e importante después de haber estado tanto tiempo al mando respecto a Milly—. Vaya idea.

—¿Porqué no? Está vestida, ¿verdad?

—No puedes entrar en el dormitorio de Milly, Fred. No sería apropiado.

—¿Que no sería apropiado? ¿Por qué, si está levantada y vestida y soy su cuñado? No seas tonta, Mabel.

Entonces empezó a vacilar, a pesar de su instinto. Tal vez Fred tenía razón y era una tonta. Al fin y al cabo, los sofás no eran camas y Milly estaba vestida del todo, excepto por el velo y las horquillas. En realidad no podía oponerse a que Fred subiera, como tampoco había podido oponerse aquella primera noche a la visita de Percy a la habitación de su tía. Y, aun así, no le gustaba. Fred sabía que Milly era una cuñada diferente. O al menos creía saberlo. La propia Mabel ya no creía que Milly fuera diferente, porque la había estado cuidando, pero era consciente de que esa no era una buena razón y de que la familia la descartaría de inmediato. Fred, sin embargo, sí lo creía y, en consecuencia, no debería querer entrar en esa habitación.

—¿Por qué quieres subir? —le preguntó, insegura, pues aunque su palabra había sido ley respecto a Milly durante quince días, no lo había sido con Fred, que seguía tan autoritario y testarudo como siempre.

—Quiero hablar con ella de negocios —repuso este—. Ya lo sabes. Sabes que estoy preocupado por ese dinero. Quiero hablar de inversiones. Quiero saber dónde está.

—¿Y no puedo averiguarlo yo igual que tú?

—No quisiste hacerlo antes, cuando te lo pedí, así que ahora iré yo mismo. Soy responsable ante la familia de su seguridad. Parece que no entiendes el valor del dinero. Dile que subiré después del té.

—No, Fred… Después del té no puedes. Ya se habrá vuelto a acostar.

—Pues mañana, en cuanto acabemos de desayunar.

—No, después del desayuno no puedes ir, Fred. Todavía no estará levantada.

Pero Mabel no había calculado bien sus posibilidades; tras mirarla un instante por debajo de sus pobladas cejas, Fred dijo:

—Entonces subo ahora.

Y subió.

Volvía a ser sábado y habían pasado quince días desde que Milly cayó enferma. Fred había quedado para jugar un partido de golf con George en el campo de West Titford después de comer, pero su hermano tendría que esperar, se dijo, porque no estaba dispuesto a permitir que Mabel y sus «No, no puedes» siguieran deteniéndolo. Durante esas dos semanas había visto mucho a sus hermanos y cuñados, que consideraban muy arriesgado que el dinero de Milly estuviera tanto tiempo en algún lugar de la habitación. Así se lo dijeron a Fred y parecían sorprendidos de que no lo hubiera puesto a buen recaudo el primer día que Milly pisó su casa, lo que aumentaba su propio malestar y enojo consigo mismo. Sin embargo, no podía asaltar la habitación de una mujer enferma, ¿verdad?, les preguntó. Y ellos admitieron que no podía, sobre todo esa habitación en particular.

—Creedme —les aseguró Fred—, aprovecharé la primera oportunidad que se me presente.

Y esa fue la primera oportunidad que se le presentó y la aprovechó.

Mabel se había tomado muchas molestias con todo aquello, era cierto —de hecho, pensaba que se le había ido un poco la mano en los últimos días—, pero no iba a permitir que se interpusiera en su deber respecto a las mil libras. Ya apenas podía dormir, sabiendo que tal suma de dinero estaba por ahí, en su casa, solo porque de algún modo inexplicable se le había olvidado pedírselas el primer día. Le preocupaba cada vez más y el hecho de que Milly estuviera postrada en cama, que en otras circunstancias habría sido motivo de enhorabuena, se convirtió, a medida que pasaban los días, en una creciente exasperación. Además, si ocurría algo con el dinero mientras estaba bajo su techo, la familia lo consideraría responsable y esperaría

que él compensara la pérdida, lo que no le hacía ninguna gracia.

Esta idea le hizo subir las escaleras de dos en dos y llamar muy fuerte a la puerta de Milly y, al no obtener respuesta inmediata, la abrió una rendija y dijo, con un tono de pronto cordial:

—¿Puedo pasar?

Se hizo un silencio de evidente sorpresa en la habitación. Luego la voz de Milly, lenta y débil después de tantos días en cama, sonó, vacilante:

—¿Eres tú, Fred? Sí, claro… Pasa.

Estaba en un sofá arrimado al fuego y la habitación parecía iluminada tanto por las flores como por los primeros rayos del sol de tarde. Las ventanas estaban abiertas y olía muy bien. Libros, tisana de cebada, uvas, violetas… Todos los complementos de una convalecencia bien atendida estaban en una mesita a su lado. Se la veía limpia y cuidada con esmero, envuelta en su bata rosa, con el pelo recogido en dos largas trenzas. Sin duda, Mabel había cumplido con su deber. En cuanto la vio, no obstante, Fred se sintió tan avergonzado como la última vez que estuvo a solas con ella, el día que fue a buscarla a Mandeville Park Road; más avergonzado, de hecho. Quizás Mabel tenía razón y no debería haber subido. Nunca había visto a Milly con trenzas y, de algún modo, creaban un aire de intimidad que era lo que menos quería. Por eso empezó a mostrarse bullicioso y a intentar hacerse el simpático para aparentar que se encontraba a sus anchas.

—¡Hola, Milly! —exclamó, acercándose a grandes zancadas al sofá y hablando muy alto—. ¿Qué tal, ya estás en forma? Siento que hayas estado pachucha estos días, pero verás como ahora mejoras. Hay que animarse con algo, ¿eh? —añadió al ver una bandeja de comida—. Muy bien. Espléndido.

Luego, reprimiendo el impulso de frotarse las manos, como para darse valor, acercó la silla en la que solía sentarse Mabel y se acomodó en ella para, según le dijo, charlar un rato.

El fugaz rubor de los convalecientes se apoderó del rostro de Milly y, con la misma rapidez, desapareció de nuevo.

—He estado algo preocupado desde que caíste enferma —continuó Fred.

Había una sinceridad tan inconfundible en su voz que Milly lo miró perpleja y conmovida.

—No tenías por qué —murmuró, sonrojándose de nuevo—. Mabel ha sido un ángel conmigo.

—He estado preocupado —insistió el otro, empeñado en sacar el tema— por ese dinero.

—¿Qué dinero? —le preguntó Milly, que para entonces casi lo

había olvidado. Había tenido muchas cosas en las que pensar, toda una existencia que reorganizar, mientras yacía en la cama y trataba de volver poco a poco a la vida, y las mil libras, que pertenecían a su lamentable pasado y de todas formas ya no estaban, también habían desaparecido de su mente durante esas dos semanas de enfermedad.

—¿Qué dinero? —repitió Fred mientras arrancaba una uva del racimo que había en un plato junto a ella y se la llevaba a la boca para tener algo que hacer, pues no podía fumar en la habitación de una enferma—. ¿Es que tienes más, entonces?

—Ah, te refieres a…

Milly hizo un esfuerzo por concentrarse y le salieron unas gotitas de sudor en el labio superior; había pasado mucho tiempo en la cama y era el primer día que se levantaba.

—Te refieres a lo que me dejó Ernest —dijo al fin—. No, no tengo más.

Dudó unos instantes y luego continuó con aquella voz lenta y débil:

—Todavía no. Al menos hasta que haya vendido mis joyas. Espero… Tal vez pueda hacerlo pronto.

—Buena idea —aprobó Fred con un gesto de asentimiento—. Pero George me ha dicho que ya tienes tu legado y será mejor que me lo des para invertirlo por ti. Creo que puedo conseguirte un cinco por ciento muy seguro. No te aconsejo más, aunque por supuesto podría… —Frunció los labios, con la uva en la boca, mientras cavilaba sobre algunas de las inversiones un poco menos sólidas y un poco más rentables que conocía, pero las descartó y negó con la cabeza—. No, no te lo aconsejo. Es mejor ir sobre seguro. Por supuesto, debería haberte pedido el dinero de inmediato, en cuanto llegaste, y no haber desperdiciado estos quince días de intereses.

—Pero es que… —repuso Milly, confundida—, no lo tengo.

—¿No lo tienes? —dijo Fred, tan sorprendido por aquello que se quedó mirándola fijamente—. En fin, George nos contó que habías ido al despacho de Jenkyns y que él…

—Sí —asintió Milly al ver que el otro se callaba—, pero…

Volvió a sonrojarse y esta vez el rubor no desapareció. No se le había ocurrido pensar que el hecho de no tener las mil libras sería una sorpresa desagradable para los Bott. No había pensado en ello en absoluto desde su punto de vista, de hecho, al no prever, al no imaginarse siquiera, que iba a estar en sus manos como huésped permanente. Durante esos tres días antes de caer enferma, ¿cuándo había tenido tiempo para pensar? Con lo ocupada que había estado en una huida perpetua de una situación espantosa a otra, ¿cuándo había tenido tiempo para otra cosa que no fuera sentir? Ahora, sin embargo,

lo pensó; lo pensó con claridad. Y miró a Fred con ojos desorbitados.

—Sí que lo hice —titubeó.

—¿Hiciste qué?

—Fui a por el dinero.

Fred se quedó mirándola.

—Entonces, ¿dónde…? —empezó a preguntarle otra vez, todavía ocupado en masticar la uva, que era bastante grande. Antes de poder decir nada más, tuvo que tragársela. Luego comenzó de nuevo—: Entonces, ¿dónde está? Disculpa que te lo pregunte, pero como ya te expliqué el día que te traje aquí, ahora vivirás con nosotros, con la familia… Y es un placer, por supuesto, pero debemos aclarar el aspecto financiero.

—Creía —dijo Milly mientras las gotitas de sudor del labio superior se le extendían también a las sienes— que era mío.

Aquella observación no presagiaba nada bueno, pensó Fred.

—Desde luego que es tuyo —replicó, pero no siguió por ahí porque tenía la desagradable sensación de que se estaba acercando a algo muy censurable, algo que podría llevarlo, si seguía preguntando, hasta… Bueno, hasta el maldito tipo con el que era obvio que Milly había estado en Londres. *El* tenía ahora el dinero, de pronto estuvo seguro. Y eso ya era bastante malo, en conciencia, pero sería peor si interrogaba a Milly hasta que lo admitiera porque entonces adiós a poder ignorarlo, adiós a ignorar su adulterio, adiós a salvar el buen nombre de la familia.

Tenía el ceño fruncido y arrancó otra uva del racimo con un gesto tan evidente de turbación que Milly lo miró más sobresaltada y asustada que nunca.

—Por supuesto —se decidió a decir Fred al fin, sin mirarla mientras se comía la uva—, en realidad no es asunto mío ni de nadie. Si no lo tienes, no lo tienes. Pero si lo has depositado en un banco —su voz se aligeró ante aquella posibilidad—, puedes decírmelo. Sería útil, ya sabes, por los intereses.

—No está en un banco.

Hubo una brevísima pausa y Fred engulló la uva.

—Lo he regalado —añadió Milly.

—Ah.

Así que era eso. Lo tenía ese tipo, tal y como sospechaba. Absolutamente repugnante. ¿Y ahora iba a empeorar las cosas, a hacer que aquella situación fuera imposible para todos, contándole a quién se lo había dado? Eso parecía. Estaba empezando a hablar de nuevo…

—Por el amor de Dios, Milly —la cortó, mirándola de repente por debajo de las desgreñadas cejas—, dejémoslo así. No quiero…

—Pero Fred, quiero decírtelo. Se lo di a mi hermana.

—¿A tu hermana? —La miró de hito en hito—. ¿A la que…?

—Solo tengo una.

—Pero ¿no vivía en Suiza? Creo recordar que…

—Sí, pero cuando se enteró de la muerte de Ernest por el periódico… —Milly hizo una pausa para secarse las gotitas de sudor del labio superior—. Vino a Inglaterra. A verme.

—¿Y la viste?

—Sí, la vi en Londres. Le di el dinero.

Fred se quedó en silencio, mirándola sin pestañear. Luego, en un impulso repentino y con voz muy diferente, se disculpó.

—Te ruego que me perdones, Milly.

—Pero Fred, ¿por qué? —le preguntó ella, y antes de que el otro pudiera contestar, ya que no quería una respuesta a esa pregunta tan desacertada, añadió—: No podía no dárselo. Cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar.

Entonces, hablando despacio, haciendo pausas y continuando después, con el pelo alrededor de las orejas empapado por el esfuerzo, le explicó la situación de Agatha, le contó lo desesperada que había estado durante años y que había venido para vivir con ella, creía, en Mandeville Park Road, sin saber nada, desde luego, del testamento de Ernest.

—No os habría gustado —concluyó, recostándose en los cojines con un atisbo de sonrisa, pues de alguna manera el ambiente se había relajado— tenernos a las dos aquí, ¿verdad?

—Pero ¿sabía ella que era lo único que tenías?

—Bueno, sabía que os tenía… —los párpados le temblaron y bajó la vista antes de terminar la frase— a vosotros.

—Ya —caviló Fred—, ya. Aun así, en fin, coger hasta el último penique que tiene una mujer…

—Bueno, no todo. Aún tengo mis joyas —repuso Milly, que alzó de nuevo los ojos y lo miró—. Ya te he dicho que quiero intentar venderlas cuanto antes. Son bastante valiosas, ¿no crees?

—Aun así, no sé —insistió Fred para no verse desviado de su opinión respecto a la conducta de Agatha—, coger hasta el último penique que tiene una mujer…

Milly era una estúpida por habérselo dado, por supuesto, pero ¿qué clase de persona era la otra para cogerlo? En fin, bien sabían la clase de persona que era; desde el lejano pasado, el viejo escándalo regresó con toda claridad a su mente e hizo una mueca de desagrado.

Milly adivinó lo que estaba pensando.

—La obligué a aceptarlo —dijo—. Y, claro, ella pensó que no importaba porque yo iba a ca…

Se detuvo en seco con un leve suspiro. ¿Se habría dado cuenta? Si

esta charla se prolongaba mucho más, acabaría por soltar lo que los Bott se negaban a saber a toda costa. Estaba demasiado débil para una conversación así. Tendrían que haberle dado un montón de carne o algo para coger fuerzas antes de que Fred subiera. En ese momento, angustiada por proteger a la pobre Aggie y sin otra cosa que caldo de carne y pudines de leche en el estómago para mantenerla, había estado a punto de…

Fred, sin embargo, no se había dado cuenta. Seguía enfrascado en pensamientos poco halagadores sobre su hermana.

—Hacía años que no sabíais nada la una de la otra, ¿verdad? —le preguntó al cabo de un momento—. Desde que…

—Se escapó —terminó Milly.

Y, diciéndose a sí misma que al menos había algo de lo que podía hablar abiertamente, que podía confesar, ahora que todo había acabado y ya no le importaba a nadie, le contó a Fred que se habían estado escribiendo durante todo ese tiempo. Sabía que había sido un engaño, pero quería a su hermana y no podía soportar, le explicó muy nerviosa, con los ojos fijos en él, que las separaran del todo.

De nuevo tuvo la sensación de que, si se hubiera tomado un tónico o hubiera comido algo de carne o alguna cosa así, antes de aquella charla, la habría sobrellevado mejor.

Fred, que había escuchado con mucha atención, le preguntó:

—Te prohibió que le escribieras, ¿no es así? Ernest, quiero decir. Me parece recordar que nos dijo que te lo había prohibido.

—Sí. Y yo desobedecí. ¿No lo habrías hecho tú, Fred?

Él esbozó una sonrisa.

—No lo sé. No me imagino a Mabel prohibiéndome…

Un tono de cordialidad, en contraste con el falso entusiasmo del principio, le daba ahora cierta calidez a su voz, se coló en el momento en que Agatha se había colado en la conversación y aumentaba a medida que seguía hablando. Fue un gran alivio saber que, al menos, no era ese tipo el que se había quedado con el dinero y que era su hermana con quien había estado en Londres. Una mancha, por lo menos, y una repugnante, además, se había eliminado del historial de Milly. Por otra parte, ahora parecía posible explicar el secretismo de su desaparición por el deseo de eludir las críticas, sin duda hostiles, de la familia si hubieran sabido lo que pretendía hacer. Se habrían escandalizado en extremo al pensar que la exigua herencia de Milly iba a parar a esa mujer. Ella sabía muy bien hasta qué punto habían desaprobado todos a Agatha y lo dolorosa que había sido para ellos esa historia. Normal que, decidida a ver a su hermana y a ayudarla, hubiera salido corriendo sin decir ni una palabra. Fred siempre había apreciado a la pobre Milly y le resultaba muy difícil —allí sentado

hablando con ella y viéndola con ese aspecto de dulzura y bondad, con sus trenzas, y oyéndola con una voz tan débil que no podía decir más que la verdad— recordar o creer siquiera que fuese una mentirosa y una mala hierba… De hecho, cada vez era más difícil. Y en cuanto al dinero, ¿qué era perder unas cincuenta libras al año comparado con la tranquilidad, con el alivio, de saber que Milly no era tan mala después de todo?

Entonces lo asaltó una idea. Se inclinó hacia delante.

—¿Llegó a enterarse? —le preguntó—. Ernest, quiero decir. De lo de las cartas —añadió al final, pues Milly lo miraba asustada y como si no lo entendiera.

—Pues… no lo creo. ¿Por qué?

—Pero pudo enterarse sin que tú lo supieras, ¿no?

Ella vaciló.

—Sí, tal vez —repuso despacio, acordándose de lo que sí había descubierto. Puesto que Ernest era tan hábil haciendo averiguaciones, ¿por qué no iba a saber también lo de las cartas?

—Y nunca te lo habría perdonado, ¿verdad?

Fred hablaba con una impaciencia desacostumbrada.

—No, nunca. Ni me imagino a Ernest…

—Yo tampoco —coincidió Fred—. No, estoy seguro de que no lo habría hecho.

Inclinado hacia delante, la miraba con una expresión extraña y su tez cetrina se había vuelto roja.

—Mi querida Milly —dijo tras una pausa, alargando una mano por encima del plato de uvas y cerrándola con fuerza sobre la de ella.

La otra retrocedió, pero él se mantuvo firme.

—Mi querida Milly —repitió, con los ojos fijos en su rostro—, cualquier cosa que podamos hacer para compensarte…

Un rubor aún más intenso se apoderó de las mejillas de Milly, ya sofocadas. Sabía a qué conclusión había llegado. Intentó apartar la mano, pero apenas tenía fuerza.

—Pero Fred —empezó a decir consternada, porque eso era más que encubrirla, era obligarla a engañar de verdad al pobre Fred, no solo a representar su papel en un juego de apariencias en el que todos participaban—. Pero Fred… —repitió, tratando de apartar la mano, y quién sabe lo que habría dicho después si en ese momento no se hubiera abierto la puerta y hubiera aparecido Mabel, que llevaba un rato consumiéndose, furiosa, en el piso de abajo y al final no pudo soportar la idea de que Fred estuviera allí.

Al verlos, se quedó de piedra. Incluso otra persona que no fuera su esposa habría tenido la sensación de entrometerse en algo muy parecido a una escena de amor, ya que ambos estaban ruborizados y

muy sofocados y él se inclinaba sobre las uvas y las violetas y todo lo demás para cogerla de la mano.

El ceño fruncido de Mabel era un boceto del estupor dolorido e indignado. Las palabras de Edith se le clavaron en la mente. En verdad la habían engatusado; la habían engañado del todo.

Los miró perpleja, petrificada, jamás habría creído algo así de Fred, y en cuanto se quedó a solas con ella. Y Milly… Milly, de cuya inocencia había estado tan segura, a la que había cuidado con tanta devoción, que le había parecido un bebé agradecido…

—Supongo que sabes —dijo despacio, tratando de evitar que le chirriara la voz— que George te está esperando en el campo de golf.

Fred iba ahora a descubrir cómo podía ser Mabel cuando se la provocaba.

Hasta entonces no tenía ni idea, ni se había imaginado siquiera el ínfimo papel que desempeñaba la razón en su carácter. Ahora iba a descubrirlo. Y es que, mientras bajaba a toda prisa las escaleras para coger los palos de golf y acudir al encuentro con su hermano George, que debía de llevar casi una hora esperándolo impaciente —«¡Caramba, es verdad!», había exclamado al mirar el reloj—, ella lo alcanzó y le dijo con una voz del todo desconocida:

—Quiero hablar contigo. Por favor, pasa al estudio.

—Ahora no, después del té —repuso Fred, cogiendo la gorra.

Sin embargo, entró en el estudio; se vio allí en apariencia por su propia voluntad y con la puerta cerrada y una vez dentro, por primera vez en su vida de casado, conoció de verdad a Mabel.

Igual que a ella, arriba, le había costado creer que ese era Fred, a él, en su estudio, le costaba creer que esa era Mabel. No obstante, se parecía a Mabel; llevaba su ropa. Y también parecía un ser humano normal y corriente, razonable, con un rostro, en fin, y dos dedos de frente y todo eso. ¿Cómo podía responderle? ¿Qué podía decirle a una persona que estaba constituida por entero —nunca lo había sospechado— de violentas emociones posesivas e incontroladas por la más mínima inteligencia?

La miró y la escuchó atónito. Habían pasado años juntos, sin exigirle más preocupaciones que las del gobierno de la casa; él era el que pensaba y ella había hecho el resto y lo había hecho muy bien y si, a veces, la había considerado un poco boba, había dado por hecho que todas las mujeres eran, a veces, un poco bobas y no le había molestado.

Ahora descubría que la estupidez, la incapacidad para entender, incluso para escuchar e intentarlo, era su condición habitual, siempre había sido su condición habitual, oculta solo por la falta de oportunidades para ejercitar el sentido común.

—Si lo que acabo de ver —le dijo, la voz le temblaba de furia y todo su cuerpo temblaba— es tu idea de hablar de negocios con Milly, déjame decirte que no lo toleraré. ¿Me oyes, Fred? Te aseguro que no lo toleraré.

Y, mientras él la miraba con estupor, sin entender nada al principio, ella le soltó:

—¿Qué estabas haciendo, cogiéndole la mano a Milly y todo colorado? ¿Vas a decirme que eran negocios? ¡Negocios! Bonita clase de negocios. Ahora ya sé lo que estarás tramando la próxima vez que me digas que tienes que hacer negocios.

Mabel hablándole así. Mabel.

Con calma ante tan monstruosa agitación, Fred trató de explicarle lo que había descubierto: que todos se habían equivocado con la desdichada Milly, que no había ningún hombre y que Ernest la había excluido del testamento solo por desobedecer su orden de no escribir a esa hermana suya, pero Mabel se limitó a reírse de él, a carcajadas, en un tono extraño y burlón, con las manos rígidas a los lados.

Jamás la había oído hacer un ruido así, a ella, cuya alegría se expresaba, cuando lo hacía, en una débil risita tonta. Aún sin entender lo que ocurría, con la sangre helada por esos ruidos desacostumbrados, le preguntó:

—¿Qué diablos pasa? ¿Qué te ha pasado?

Y su sorprendente respuesta, sacudida por una risotada en forma de grito, fue:

—Eres un idiota.

Un idiota. Él. Mabel diciéndole eso.

Entonces Fred se hizo a la idea; se convenció de aquel triste descubrimiento. Antes de perder del todo la esperanza, intentó recuperar algo de control sobre ella, serenarla llamándola «cariño».

—No me insultes, cariño.

Fred solo la había llamado «cariño» una vez, hacía años —cuando, a pesar de que le habían dicho que no lo hiciera, ella se empeñó en montar la yegua favorita de su marido y la tiró y le rompió las dos rodillas—, y el efecto de esa palabra, utilizada en el mismo tono que ahora volvía a usar, había sido devastador. En esta ocasión, sin embargo, le entró por un oído y le salió por el otro porque Mabel, todo corazón, pero sin cabeza —su persona comenzaba, se dio cuenta Fred poco a poco, desde el pecho hacia abajo y, por encima del pecho, aunque parecía tener cabeza, por lo visto lo que había en realidad era

solo una extraña cajita con un revoltijo de cachivaches endebles y desconectados—, Mabel, que había nacido así, no podía concentrarse, no escuchaba, solo atendía a lo que sentía su corazón herido, es decir, que la habían puesto en ridículo y que la habían engañado de un modo vergonzoso.

Poco a poco, mientras la escuchaba, Fred se fue dando cuenta de todo esto; de que, de hecho, estaba hablando con una persona que tenía la mente de un niño y el enorme corazón de una mujer. Qué combinación, pensó; quizás más frecuente de lo que se imaginaba. Si no lo había descubierto antes fue solo debido a la marcha sosegada y sin obstáculos de su vida juntos. Y eso lo deprimió de forma considerable, pues a un hombre, se dijo, le gusta que su mujer también tenga cabeza.

Tal constatación, no obstante, le impidió enfadarse y decir cosas que ningún marido de entre los Bott había dicho todavía y lo sintió mucho por su pobre y distraída mujercita —que sufría tanto por algo que no había sucedido— cuando ella, abrumada por esa sensación de agravio, de verse engañada por el marido al que había dedicado su vida y por Milly, en la que había llegado a creer, estalló en un furioso torrente de lágrimas.

Entonces la sentó en sus rodillas. Era una niña, una niña buena e irracional, se dijo a sí mismo, y de pronto se sintió muy solo, como si algo que creía que estaba allí hubiera desaparecido de su vida, pues ella nunca sería otra cosa. Como no la había vuelto a sentar en sus rodillas desde los primeros años de su matrimonio, Mabel se sintió tan abrumada por este gesto que su ira se desvaneció y, rodeándole el cuello con los brazos y arruinándole la corbata con la cara húmeda le preguntó, sollozando, por qué se había comportado así con Milly —por qué, por qué—, qué horrible por su parte cuando ella había sido una esposa tan buena para él y… lo quería. Lo quería…

—¿Que por qué? —repuso Fred—. Pues porque estaba avergonzado de mí mismo, y avergonzado de todos nosotros, por haber creído enseguida lo que hemos creído sobre ella.

—Pero Ernest… —gimoteó Mabel—, él no habría… No sin motivo… No solo por unas cartas… ¡Ay, Fred, no puede ser!

—¿De verdad? —Fred, que recordó cómo era Ernest, repitió con convicción—: ¿De verdad crees que no lo haría?

—Prefieres creer que tu hermano muerto ha…

—Sin duda. ¿Qué crees tú?

—Creo —repuso Mabel, pasando de los sollozos a la pura desesperanza— que estás muy encariñado con Milly. Más de lo que deberías.

Pero Fred no podía ir a pedirle consejo a su hermano George, no

podía contarle a nadie sus problemas porque Mabel era su esposa y la costumbre de los Bott le cerraba la boca.

XIV

Mientras esto ocurría en Titford, Alec Bott y su esposa disfrutaban en Brighton de la brisa marina, del sol suave y de una completa inmunidad a las preocupaciones. Llevaban así más de quince días, dedicaban las mañanas a deambular por el paseo marítimo, las tardes a recorrer en coche los caminos campestres, las noches a descansar en un rincón del salón mientras observaban a los demás huéspedes del hotel, pero sin hablar con ellos, y comían de forma regular y excesiva.

Nadie de la familia les escribía —estaban molestos con ellos— y, por tanto, vivían abstraídos en su paz. Alec se acariciaba la barba y se felicitaba por ello. Ruth, agradecida por haber escapado de Milly, no podía ser más devota con quien la había salvado y, feliz de tener a su marido en exclusiva para ella, decía a cada momento que aquello era como una luna de miel, con lo que Alec, aunque su idea de una luna de miel era diferente, se mostraba educadamente de acuerdo.

Al principio estaba tranquilo y complacido, no solo por haberse librado de Milly, sino por el consuelo de tener una esposa virtuosa y devota; pero, ya en la segunda semana de paz y comodidad, empezó a advertir una considerable monotonía en Ruth cuando se pasaba todo el día con ella y, a la tercera semana, mientras contemplaba asomado a la ventana el mar infinito, se preguntaba si estar rodeado solo de virtud y devoción no podría ser un poco excesivo. Era evidente que a su mujer le encantaba que estuvieran los dos solos, pero con lo que Alec se mostró indulgente al principio, incluso complacido, pronto lo empalagó. Nunca desde su luna de miel habían salido solos y sin un alma más con la que hablar, le recordó ella, con una especie de apacible regocijo que él soportó en silencio. No se le ocurría nada mejor, le aseguraba Ruth, que no tener un alma con la que hablar excepto él, a menos que —pero esto no lo dijo en voz alta— él no tuviera un alma con la que hablar excepto ella; y le preguntó —una pregunta absurda, le pareció a Alec, que miraba por la ventana, pues ella debía de saber que era imposible incluso si lo desearan de verdad —: «¿Por qué no podemos vivir siempre así, solos, yo y tú?»; pero él, para evitar una respuesta directa, se limitó a corregirle la gramática y a recordarle que no se decía «yo y tú», sino «tú y yo», cosa que ella

aceptó con mansedumbre, sometiéndose en todo a su marido según las enseñanzas de san Pablo.

Mansedumbre, devoción y virtud le acompañaban en cada paso: ¿qué más podía querer un hombre? Él no quería más, quería menos, se dijo Alec después de estar atrapado con estas cualidades durante quince días. Y al cabo de otra semana se dio cuenta de que en el fondo estaba harto de Ruth.

Sorprendido por esto, cada vez hablaba menos y, cuanto menos hablaba, más lo colmaba ella de devoción y más se hartaba él de su mujer. De hecho, al final apenas podía soportarlo. Entonces, una noche, cuando sus *tête-à-tête* se habían prolongado ya durante casi tres semanas mortales y Alec, vestido de esmoquin —la prenda que Ruth más admiraba y con la que decía que parecía un caballero; (¿acaso no parecía un caballero por las mañanas, entonces, o es que no era en realidad un caballero?, se preguntaba ya harto), mientras se sentaba frente a Ruth y sus perlas negras, preparándose para su lucha nocturna por mantener la barba fuera de la sopa o, al contrario, la sopa fuera de la barba— pensaba que había cosas peores en el mundo que las preocupaciones que había esquivado, y deseaba, aunque sabía que era en vano, que Ruth fuese otra persona, cualquier otra, literalmente cualquier otra persona, aunque solo fuera durante unas horas, una hora, media hora, cinco minutos…, ¡quién fue a entrar en el comedor sino Fred!

—¡Fred! ¡Hermano!

En su alegría, en su alivio, Alec no captó al principio el significado de tal llegada, pero Ruth sí; a Ruth se le daba bien captar significados desagradables y supo de inmediato que aquello no podía presagiar, como se dijo a sí misma, más que algo malo y el corazón, tras una parada muy incómoda, se hundió. ¿Qué hacía allí y por qué había dejado a Mabel sola con su vergonzosa invitada?

Pese a la extrañeza que la invadió por tal aparición, inquietante y turbadora, Ruth fue capaz de encontrar espacio en su hundido corazón para sorprenderse de que Alec pareciera tan contento de verlo. Después de haber pasado la última semana algo indispuesto —el hígado, le dijo— y sin ganas de hablar, ahí estaba, de pronto bastante enérgico y animado porque Fred, justo Fred, había llegado. ¿No habían ido a Brighton a propósito para alejarse de Fred y de sus angustiosos planes? Cualquiera habría dicho, pensó Ruth mientras observaba sombría a los dos hermanos dándose palmaditas en la espalda, que llevaban años sin verse. Y entonces notó que Alec se alejaba de ella, de esa cercanía, de esa intimidad casi sagrada que habían compartido durante sus felices vacaciones.

Y notó aún más este alejamiento cuando Fred, en apariencia de buen humor pero con ojos angustiados —sí, lo vio enseguida—, quiso

pedir una botella de champán y Alec —que en los últimos días solo había bebido tisana de cebada porque Ruth, que perdía la mansedumbre cuando se trataba de su salud física, no le dejaba tomar otra cosa mientras le estuviera molestando el hígado y le decía seria y cariñosa, y delante del camarero (dejándolo en ridículo, pensaba Alec, harto), que ya sabía que era veneno para él, aunque él no supiera nada al respecto— se mostró a todas luces encantado. Se alejó de ella de inmediato, después de todo lo que habían sido y significado el uno para el otro durante aquellas tres semanas tan felices…

—¡Buena idea, hermano! —exclamó—. Vamos a tomarnos una copa. ¡Camarero!

—Pero Alec… —protestó Ruth con el corazón apesadumbrado.

—¡Camarero, tráiganos la carta de vinos! —gritó él fuera de sí.

Retirándose tras sus perlas de color azabache, Ruth se sintió desconcertada. ¿Por qué los hombres eran tan diferentes, por qué cambiaban tanto, cuando se juntaban? ¿Y por qué había venido Fred? ¿Cuál podía ser el objetivo de una interrupción tan siniestra de su sosegada felicidad con Alec?

Pronto obtuvo una respuesta a la segunda pregunta, pues, mientras estudiaba la carta de vinos, con el camarero inclinado sobre él y Alec haciendo expertas sugerencias, Fred dijo en tono despreocupado, como si fuera la cosa más natural del mundo:

—Milly está aquí.

¿Milly?

Ruth se echó hacia atrás y se apoyó en el respaldo de la silla, aturdida. Delante del camarero, a propósito delante del camarero, Fred les había soltado aquello para amordazarlos y que no pudieran hacer nada.

Era de esperar que Alec también se quedase aturdido, pero no lo parecía. Al contrario, miró a su alrededor muy animado y preguntó, como si esperara encontrar a esa espantosa mujer a su lado:

—¿Aquí? ¿Dónde?

No obstante, tal vez era bueno que pudiera ocultar de un modo tan convincente sus verdaderas impresiones, consiguió reflexionar Ruth después de dar un sorbito, temblorosa, a su copa de champán, ya que había camareros escuchando y los huéspedes de la mesa de al lado, a los que habían empezado a saludar con un gesto en los últimos días, podían oír cada palabra. Tal vez solo estaba siendo muy inteligente y diplomático al ocultar el alcance de su ira, al ocultar lo que pensaba de Fred por jugársela de un modo tan vergonzoso, hasta que estuvieran solos. Sería propio de él, se dijo Ruth, recuperando su confianza y orgullo por Alec. Pero ¿y su hermano? ¿Qué podía pensar de su hermano, que les endilgaba a Milly con esas malas artes? Temía

no poder volver a considerarlo un hombre honorable y, a punto de dar otro sorbo al champán para reunir fuerzas, recordó que era él quien lo pagaba y apartó la copa.

—Ha subido directa a su habitación. La diecinueve, en vuestra planta. He preguntado en qué piso estabais y he conseguido que la pongan cerca de vosotros —decía Fred, alzando la voz, en respuesta a la pregunta de Alec. Todo el mundo podía oírlo.

Por supuesto. Esa era su intención, que todo el mundo lo oyera, Ruth estaba segura. Se estaba aprovechando de ellos. Le hervía la sangre.

—Ha estado enferma, ¿sabes? —continuó Fred, volviéndose hacia su cuñada.

Ella no podía ni hablar. Ni siquiera podía mirarlo. Qué equivocada había estado con Fred. Y allí estaban los camareros, escuchando, y allí estaban los huéspedes de la mesa de al lado, a los que habían empezado a saludar, capaces de oír cada palabra.

—¿De veras? Vaya, lo siento —repuso Alec, ocultando lo que pensaba en realidad.

—Sí. Sufrió una crisis nerviosa y el viejo Wilson ha dicho que Brighton era el lugar ideal para que se recuperara, así que la he traído. Aún no está del todo bien —le explicó a Alec. Luego se volvió de nuevo hacia Ruth—: Aún necesita algunos mimos —y dirigiéndose a los dos, concluyó—: Pero unos días aquí con vosotros harán que mejore enseguida.

¿Mimarla? Y los camareros escuchando, y los huéspedes de la mesa de al lado pudiendo oír cada palabra, de modo que ya estaban comprometidos, comprometidos sin escapatoria, a —qué palabra tan horrible— «mimarla». Esa era, por supuesto, la intención de Fred. ¿Cómo podría volver a considerarlo un hombre decente?

Pero Alec, más sabio y con más autocontrol que ella, bendito fuera, replicó:

—Haremos lo que podamos, por supuesto…

Y Fred, hablando muy alto y muy rápido, les explicó que él no podía quedarse esa noche y que tenía que volver en el tren de las diez y cuarto.

—Tengo el tiempo justo para charlar un poco con vosotros —añadió con falsa alegría, Ruth estaba convencida— y luego, de vuelta a casa con la familia.

—¿Por qué no has traído también a Mabel? —le preguntó Alec.

Qué bien aguantaba el tipo, pensó Ruth, admirando a su marido a pesar de la consternación y el enfado.

—Sí que lo pensé —dijo Fred, que se bebió de un trago otra copa de champán y luego llamó al camarero para pedirle que subiera media

pinta de la misma marca y un lenguado a la parrilla a la habitación diecinueve—. Necesita comer bien, ya sabes —le explicó a Ruth, que clavó los ojos en el mantel al darse cuenta de cómo evitaba el tema de Mabel—. Te encargarás de ello, ¿verdad?

Y de nuevo les dijo que necesitaba mimos y de nuevo Ruth dudó de que volviera a ser capaz de considerar a Fred un hombre honorable.

Después, tras buscar el rincón más privado del salón —«Tendríais que haber reservado una sala de estar», dijo Fred, a lo que Ruth repuso: «No nos gusta tirar el dinero»— y acercarse a ellos cuanto le permitía la silla, antes de que Alec pudiera empezar, como Ruth estaba segura de que iba a hacer, a expresar su indignación y su disgusto por el comportamiento de su hermano, este, en voz baja y a toda prisa —a toda prisa porque no tenía mucho tiempo y en voz baja por la gente que había a su alrededor—, les contó cómo había descubierto la inocencia de Milly, les explicó la verdadera razón del testamento de Ernest y les aseguró que, en su opinión, no había mujer que hubiera recibido un trato peor que su cuñada.

Alec se inclinó hacia delante, sorprendido y ruborizado, con la mano hundida en la barba. Ruth escuchaba en silencio, con la cabeza gacha, jugueteando nerviosa con la cucharilla de café. Otra vez, pensó, ese asunto tan espantoso. Solo el hecho de que lo mencionaran la ponía enferma. Lo fuera o no, Milly no había parecido ¡nocente. San Pablo dijo: «Apartaos de toda apariencia de maldad». Milly, desde luego, no lo había hecho. Era deber de todos, sobre todo de las mujeres, obedecer escrupulosamente este mandato. ¿Y qué pruebas tenía Fred de que era cierto lo que le había contado y de que había huido solo para ver a su hermana? Además, esa horrible hermana…

Ruth se estremeció; por muy dispuesta que estuviera a ver lo bueno en todo el mundo, el caso contra Milly no parecía menos turbio que antes.

—Os aseguro —siguió Fred— que llevaba mucho tiempo sin alegrarme por nada tanto como me he alegrado de esto.

—Pues sí —convino Alec, que le dio un buen trago a su brandi (puro veneno, le decían los ojos de Ruth, pero él no la miraba). Y, al dejar la copa en la mesa, repitió aún con mayor convicción—: Pues sí.

—Seguro que tú también te alegras, Ruth —le dijo Fred, decidido a obtener alguna señal de gratificación de la silenciosa figura de las perlas. Ella más que nadie, si era tan piadosa, debería alegrarse de que hubiera un pecado menos en el mundo. Entonces recordó, muy avergonzado, de qué forma tan horrible había tratado a la pobre Milly delante de Ruth aquel día que fue a sofocar el conato de rebelión de los sirvientes en casa de Ernest—. Esto demuestra —continuó— lo cuidadoso que debería ser uno antes de decidir que alguien es

culpable.

—Y quizás también —repuso ella— antes de decidir que es inocente.

Fred la miró. Se preguntó qué hacía Alec con una esposa así.

—¿Qué dice Mabel? —preguntó Ruth.

Fred se quedó desconcertado. Las mujeres eran increíbles, pensó, cuando se trataba de poner el dedo en la llaga. Mabel, en ese momento, era su llaga. Intentar que entrase en razón había sido como arar en el desierto, como espantar moscas, un esfuerzo interminable e inútil. Había tenido que sentarla en sus rodillas tan a menudo que empezaba a desgastarle los pantalones y, aun así, tampoco sirvió de nada porque en cuanto la bajaba, pensando que la había convencido, adoptaba la misma actitud que antes. Se había negado a seguir cuidando de Milly y la había dejado en manos de las criadas; el malestar había caído sobre su casa como un paño mortuorio y el mayordomo y la cocinera se habían despedido, al olerse, con ese instinto infernal de los sirvientes, que había una disputa y que Milly tenía que ver con ella; durante las comidas el ambiente era de lo más incómodo, con los chicos fingiendo que no se daban cuenta de nada y, en resumen, era por culpa de Mabel y sus tonterías por lo que ahora él estaba allí. El poder de las esposas, había pensado a menudo esos días, perplejo; el poder de desgaste de las esposas…

—¿Mabel? —repitió, tratando de mirar a Ruth con la expresión despreocupada de un marido satisfecho—. Pues qué va a decir, está encantada, por supuesto… En fin, se ha dedicado mucho a Milly y está agotada, así que se ha ¡do a descansar unos días a casa de madre.

—Vaya —dijo Ruth, sopesando aquello desde todos los ángulos. Y después añadió—: Sin duda le vendrá bien.

Para Ruth era evidente que Mabel lo había pasado mal, pero las conjeturas sobre lo que habría podido sufrir su cuñada dieron paso a conjeturas sobre lo que ella misma iba a pasar en breve, conjeturas muy desagradables y dolorosas. Porque estaba claro que Mabel y Fred se habían peleado por culpa de Milly. ¿Sería posible que Alec y ella, su propio Alec, su marido, al que tanto amaba y al que hasta ahora se había sometido en todo, llegaran a tal punto de diferencias de opinión sobre ella que también se pelearan? No, pelearse no… Pelearse nunca. Pero sí acabar alejándose por la incapacidad de ponerse de acuerdo. Tenía por delante días tristes, se temía, días difíciles. ¿Por qué se habrían peleado exactamente Mabel y Fred? ¿Sería porque Mabel, al igual que ella, era incapaz de aceptar sin pruebas sólidas esa historia de Fred sobre la inocencia de Milly? ¿O habría —se estremeció— alguna otra razón?

—¡Anímate, Ruth! —exclamó Fred, que la sacó de aquellos oscuros pensamientos. Se estaba levantando. Se iba—. Es normal —añadió,

tendiéndole la mano para despedirse— que estés un poco decaída, como todos nosotros. Nos avergonzamos por haber juzgado de ese modo a la pobre Milly. Pero ahora tendrás oportunidades de sobra para compensarla. Se lo está tomando muy a pecho —dijo luego, volviéndose hacia Alec y haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Ruth, que ahora estaba convencida de que nunca más podría considerarlo un hombre decente, ni siquiera tolerable—. Pero te resultará muy fácil —continuó—, Milly no nos guarda rencor. Me alegra decir que no hay ninguna inquina en ella. Adiós. Cuídala bien. ¿Vienes conmigo a la estación, hermano?

Sí, Alec lo acompañaría a la estación, estaba deseando acompañarlo a la estación.

—Tu abrigo, Alec —gimoteó Ruth cuando los otros dos ya se alejaban—. Tu abrigo, querido…

Fueron andando para poder hablar con mayor tranquilidad. En cuanto se alejaron de Ruth, todo parecía sencillo y natural. Fred ya se había dado cuenta de ello antes; de cómo, al alejarse de las mujeres, las dificultades desaparecían y era bastante fácil discutir y arreglar las cosas con calma. Una silenciosa ola de comprensión, de simpatía, se extendió entre ellos, arrulladora, reconfortante, y ambos sintieron cuán real, al fin y al cabo, y a pesar de que a veces se olvida, era el vínculo fraterno, y ninguno mencionó a su esposa. Alec estaba arrepentido, por más de una razón, y muy avergonzado, de haberse ido a Brighton para zafarse de su turno con Milly y, siendo como era un hombre excelente, no solo se alegró de que la familia hubiera evitado la deshonra, después de todo, sino también, y de corazón, de poder considerar buena a su cuñada una vez más. De la conducta de Ernest no hablaron, ya que el tema era demasiado doloroso, pero Fred hizo una sugerencia y Alec se sumó a ella de inmediato: pedirían a George y a Bertie que unieran esfuerzos con ellos para devolver las mil libras que ese tipo, Jenkyns, le había adelantado a Milly. Fred dijo que era una mancha en la reputación de la familia permitir que Jenkyns la ayudara cuando los tenía a todos ellos. El dinero ya había desaparecido; había ido a parar, según escuchó Alec con preocupación, a manos de su hermana, pero eso no cambiaba el hecho de que Jenkyns debía de habérselo adelantado y para él sería una pérdida hasta que se validara el testamento a menos que se lo devolvieran. ¿Por qué, se preguntaba Fred, tenía que perder dinero ese hombre por su culpa? ¿Por qué tendría que prestar dinero a su familia, que era a lo que equivalía? Por qué, en efecto, repitió Alec, apretando

el paso con brío; una condenada insolencia, eso es lo que era. Entre los cuatro, solo tendrían que poner doscientas cincuenta libras cada uno; seguro que George y Bertie estarían de acuerdo, dijo Fred; no sería un gran perjuicio para ninguno de ellos y le demostrarían a Jenkyns quiénes eran.

Alec no podía estar más de acuerdo con él. Después de esas tres semanas de aislamiento, estaba dispuesto a cooperar en casi todo. Sintió una reticencia instintiva, que ocultaba delante de Fred, quien también la tenía y a su vez la disimulaba, a desprenderse de doscientas cincuenta libras, y le desagradaba muchísimo la idea de que fuera en realidad la desvergonzada hermana de Milly la que se beneficiara; pero mayor que esta reticencia y esta aversión era su objeción a la insolente suposición de aquel tipo, Jenkyns, de que si él no ayudaba a Milly nadie lo haría. Fred pensaba exactamente lo mismo; no necesitaban palabras, eran hermanos. Y Alec volvió junto a Ruth tan animado por la visita de Fred, por sus noticias y por su tácita comprensión, y por el simple hecho de que no fuera una esposa, que se sintió de nuevo bastante reconciliado con su compañía y lamentó, ahora que los días a solas con ella en Brighton habían terminado y dentro de otra semana volverían a casa, a sus ocupaciones habituales y a sus saludables horas separados, que sus pensamientos no hubieran sido más amables.

—¿Estás despierta, querida? —le preguntó mientras se ponía el pijama que Ruth le había colgado junto al fuego para que se calentara.

Sí, estaba despierta; Ruth siempre estaba como Alec quería que estuviese.

—Es una buena noticia lo de la pobre Milly, ¿verdad? —comentó él.

Sí, era una buena noticia, maravillosa.

—¿Has ¡do a darle un beso de buenas noches?

No, Ruth no había ido a darle un beso de buenas noches porque pensó que podría estar dormida.

Satisfecho, mientras se metía en la cama, Alec pensó que no habría problemas con Ruth. Ella comería de su mano; siempre lo había hecho y siempre lo haría. Tal vez había estado un poco distante con Fred, pero era normal teniendo en cuenta lo repentino que había sido todo para ella. Ruth tardaba un poco en reaccionar a las cosas, pero, una vez en marcha, no había quien la igualara en obediencia y devoción. ¿Acaso no lo sabía él? Después de todo, era una inmensa bendición tener una esposa obediente y devota y lamentaba haber pensado mal de ella.

—Buenas noches, querida —le dijo muy afable, con esa ingrata palabra, «harto», clavada en la conciencia.

—Buenas noches, querido. ¿Has encontrado la botella de agua caliente? La había puesto en tu lado. Espero que no hayas cogido frío.

Pero ninguna buena esposa puede quedarse mirando tan tranquila mientras su marido prodiga costosas atenciones a otra mujer. Para poder hacer eso tiene que ser mala, y atender solo a sus propios asuntos, que no eran pocos. Ruth era la mejor de las esposas y por eso, cuando Alec, empujado por un encomiable deseo de compensar los injustos juicios de la familia sobre la pobre Milly, interpretó con liberalidad el mandato de Fred sobre mimar a su cuñada, aunque se vio obligada a mirar, no lo hizo ni mucho menos tan tranquila. Si la hubiera mimado —aquella palabra la mortificaba— con evidentes muestras de estar haciendo un esfuerzo, como un deber que se le atragantaba pero que debía cumplir de un modo honorable, no le habría importado tanto, aunque seguiría deplorando su exceso de celo; pero no daba ninguna señal de que se le atragantara; al contrario, todo parecía indicar que estaba encantado. Y de hecho Alec, después del extremo aburrimiento y de la insustancialidad de las semanas pasadas a solas con Ruth, se habría lanzado con gusto a cualquier mínima oportunidad de hacer algo.

Nada era demasiado bueno para Milly. El, que siempre se mostraba austero con su esposa, ahora por Milly se gastaba el dinero —suyo y de Ruth, porque así lo estipulaban los votos matrimoniales— como si fuera agua. El champán acompañaba de forma habitual tanto las comidas como las cenas y, como Milly no lo probaba —a Ruth le habría disgustado en exceso que lo hubiera hecho, pero aun así lo consideraba una ingratitud por su parte—, se lo bebía Alec, y sin que ese veneno le pasara factura, como ella se temía, desesperada, sino que, por el contrario, parecía de mejor humor después de cada botella. Todos los días se pedían platos especiales. Las ostras se convirtieron en algo corriente. Reservaron un salón privado y allí el fuego, al igual que en la habitación de Milly, ardía desde antes del desayuno hasta la hora de acostarse. Y cada mañana Alec salía a comprarle periódicos y revistas, e incluso flores, e insistió en conseguirle una silla de ruedas y caminaba junto a ella como si fuera su marido.

Nada, de hecho, era lo bastante bueno para Milly. Y sin embargo, pensó Ruth en secreto, en el fondo de su indignado corazón, ¿no era todo, en realidad, demasiado bueno para ella? Esa historia de Fred, que no estaba respaldada por ninguna prueba, ¿cómo podía Alec creérsela así sin más? En aquel momento, la persona que más deseaba ver Ruth era Mabel ya que podría contarle muchas cosas. Lo primero

que haría al llegar a casa sería ir a Denmark Hill y hablar con ella, pero en algún sitio donde pudieran estar apartadas de su anciana suegra, cuya forma de abordar los asuntos más serios, casi de despreciarlos, le resultaba exasperante además de triste. No obstante, pasaría una semana más antes de que pudieran reunirse, una semana que iba a ser interminable, se temía, y lo único que podía hacer, mientras los días pasaban arrastrándose, era observar y rezar.

Descubrió entonces que ambas cosas se excluían mutuamente: mientras observaba no podía rezar y mientras rezaba no podía observar como es debido, de modo que reservó las oraciones para las horas nocturnas y durante el día se concentró en la observación, pero se sumió en un silencio que al final se hizo tan profundo que Alec lo notó y le preguntó —delante de Milly y sin prudencia alguna; ahora todo se decía y se hacía delante de Milly; ya no había privacidad, ni intimidad, excepto por la noche en su dormitorio, y ni siquiera entonces la había porque o bien Alec se quedaba dormido o no se entregaba a ella— qué le pasaba.

En cuanto formuló la pregunta, él mismo reconoció su imprudencia. Un hombre, lo sabía desde hacía tiempo, nunca debe preguntarle a su mujer qué le pasa, por si acaso se lo cuenta. Pero Ruth solo dijo que le parecía tener algunas molestias en el hígado, ante lo cual Alec empezó a pasarse los dedos por la barba mientras la miraba de reojo. Sin embargo, decidió que lo más fácil era aceptar esta explicación, ya que no quería problemas con Ruth pues estaba decidido a que nada ni nadie le impidiera, durante la única semana que tenía a su disposición, hacer todo lo posible por Milly.

No le hizo falta tanta determinación. Nadie trató de impedírselo. Ruth no lo intentó y Milly parecía aturdida. Entre estas dos mujeres casi mudas pasó la semana en una orgía de gastos que, al final, le parecieron que eran solo para él mismo. Como no podía hacerlo con palabras, el lujo material era la única forma que tenía de disculparse por las atroces conclusiones a las que había llegado su familia y de las que, gracias a Dios, debido a la insistencia de Fred en que todos se comportaran con su infeliz cuñada como si nada hubiera pasado, ella no era consciente. Se prodigaba con gusto, pero pensó que podría haber recibido alguna respuesta. Bueno, no una respuesta, tal vez, sino alguna señal de que apreciaba lo que estaba haciendo. Bueno, no de que lo apreciaba, tal vez, pero sí de que lo notaba al menos.

Nadie parecía notar nada excepto los camareros, que desde luego revoloteaban a su alrededor con un esmero frenético. Ruth —Alec no tardó en sospecharlo— lo ignoraba a propósito y Milly seguía aturdida. Sin embargo, él siguió intentándolo, aunque su voz, cuando hacía ciertos comentarios alegres durante las comidas, volvía a sus oídos como un eco que rebotase en el vacío y no fue hasta casi el final

cuando empezó a flaquear. No en el gasto, que se mantuvo siempre en las mismas cifras vertiginosas, pero sí en el ánimo, pues por fin se apoderó de él la sensación de que estaba esforzándose para ser el alma de una fiesta que se componía de dos esponjas… húmedas; llenas, en realidad, no de agua, sino de tinta. Por un lado tenía a Milly, que parecía como aturdida, y aunque él estaba dispuesto a disculparle cualquier actitud, pobre mujer agraviada, era un poco molesto; y por el otro tenía a Ruth, encerrada en su silencio y con sus supuestas molestias de hígado… ¿Qué podía hacer un hombre en esa posición, sino acabar flaqueando?

Consideró inútil tratar de animar a dos esponjas. Y ahora que las desacostumbradas cantidades de champán que había tomado en todas las comidas empezaban a afectarle, sus pensamientos sobre Ruth volvieron a agriarse. Ruth, pensaba con acritud, podría haberlo ayudado más y no haber sido tan gruñona. El sabía muy bien, mejor que nadie, lo que significaban en realidad esas supuestas molestias en el hígado. Lo había defraudado de una manera que no se esperaba de ella. Si eso era lo único que podía hacer por él después de haberle dado lo que ella misma había descrito como las tres semanas más felices de su vida, entonces no podía tener muy buen concepto de su esposa; sinceramente, no lo tenía. Debía afrontar los hechos, pensó, con la perspectiva distorsionada por la buena vida: Ruth le había fallado. Y no solo le había fallado a él, sino que había desperdiciado una fantástica oportunidad de demostrar lo que un cristiano convencido podía hacer. Ahí estaba Milly, llevada ante ella sin duda por la Providencia como una ocasión para ejercer la piedad y la compasión, y ¿qué hace ella?, se preguntó, tirándose de la barba. Se dedica a escribir cartas. Se sienta a escribir cartas, como si le fuera la vida en ello, a un puñado de hijos y nietos que no las quieren. No era más que una excusa, lo sabía, para no hablar con la pobre Milly. Se avergonzaba de ella. No quería saber más de esas mujeres cristianas, estaba harto. Y en la última noche de su estancia en Brighton, enardecido por aquella dieta y aquellos agravios, por primera vez en su vida discutió con ella.

Estaban en su habitación, preparándose para acostarse. O más bien, Ruth se preparaba para acostarse y Alec ya estaba en la cama. Estaba allí sentado, flaco y vengativo, con la larga barba cayéndole sobre el pecho, al que ella estaba tan acostumbrada, y de pronto empezó a decirle lo que pensaba sobre su reciente conducta y Ruth —muy pálida ahora que el momento que tanto había temido, aunque no

creía posible, se le venía encima, pero manteniéndose siempre paciente y cariñosa, pues la causa última de su arrebato, detrás del exceso de comida y bebida, era, y ella lo sabía, Milly— se limitó a escuchar. Milly, se dijo Ruth; Milly era la única culpable de que su Alec, tras más de cuarenta años de armonía conyugal sin mácula, le hablara con dureza. Ella lo llamaba hablar con dureza; de hecho, Alec, empleándose a fondo, rugía.

—Me temía que ocurriera esto, querido —le dijo con suavidad cuando, ante la falta de resistencia por su parte, él se sumió por fin en una especie de silencio que echaba humo. Luego, con el propósito de devolverlo a su verdadero ser, de que volviera a ser su querido y buen Alec, le aseguró que estaba fuera de sí y que no era su marido el que hablaba, sino todo ese repugnante champán. Lo que de verdad quería decir era «esa horrible Milly», pero lo del champán era más diplomático y serviría igual, ya que era el resultado de la presencia de Milly; era un sucedáneo de Milly, por decirlo así.

Ante aquello, Alec, que estalló de nuevo, afirmó que nunca había sido más él mismo y que lo que le estaba diciendo no tenía nada que ver con el champán, sino solo con su intolerable comportamiento.

—Estoy muy bien, gracias, y en plena posesión de mis facultades —le anunció en voz alta y con rabia desde la cama.

—Eso es lo que siempre piensa la gente, querido —repuso Ruth en tono tranquilizador—, cuando tienen el organismo un poco envenenado. Te encontrarás mejor por la mañana. Intenta dormir un poco.

¿Dormir? Alec no quería dormir. Lo que quería era una esposa que se comportara; una compañera decente era lo que quería. ¿Dormir? ¿Era esa forma de hablarle a un hombre que tenía una queja legítima? ¿Como si fuera un idiota? ¿O como si fuera un niño?

Rabioso, le preguntó por cuál de esas dos cosas lo tomaba y Ruth, pálida, pero empeñada en tranquilizarlo, mientras terminaba de trenzarse el cabello algo ralo le dijo:

—Calla, querido, no intentes hablar. Duérmete y seguro que por la mañana te encuentras mejor.

—Si crees que vas a amordazarme… —empezó a protestar Alec de nuevo, furioso.

—Calla, querido, ahora quiero rezar mis oraciones —lo interrumpió Ruth, arrodillándose sumisa a su lado de la cama.

—Bueno, ¡pero hagas lo que hagas no reces por mí! —gritó él.

—Querido —repuso su mujer mientras negaba con la cabeza y lo miraba triste por encima de la colcha, a ras de la cama—, eso no me lo puedes impedir.

Y así, cerrando los ojos y cruzando las manos, se puso fuera de su

alcance, porque no podía seguir discutiendo con una mujer que rezaba. Lo dejó solo, tirándose impotente de la barba.

XV

Era costumbre de Nora, la esposa de George, cuando estaba aún más animada de lo normal, decir a cualesquiera de sus cuñadas que estuviesen presentes que no tenía tiempo para muermos. La insinuación que yacía bajo esas palabras las enojaba. Muchas cosas de Nora las enojaban. No la consideraban en absoluto una dama. Disfrutaba, por ejemplo, de la comida y de la bebida, y así lo decía; sus comentarios sobre el coqueteo, cuando, a pesar de todas las precauciones, el tema se colaba de algún modo en la conversación, tenían que interrumpirse de inmediato y cualquier actitud por su parte hacia los aspectos físicos y materiales de la vida era en general propia —resultaba desagradable y no les gustaba decirlo— de una persona que se relame los labios. Nora era vulgar, sin duda; mucho. Algunas de las mujeres de la familia iban más allá y la calificaban de ordinaria. Y todas sin excepción hablaban siempre de su marido como «el pobre George».

También Milly, en opinión de Nora, había sido un muermo y, aunque se habían llevado bien, la simpatía que le tenía no era muy distinta de la que podía tener por un ratoncito amaestrado o por un conejo doméstico cuando veía alguno. Era más o menos lo mismo, pensó Nora; Milly, que era poco decidida y se comportaba con esa clase de dulzura tímida y agradable, había supuesto la gran emoción de su vida al saber que estaba equivocada. ¡Qué triunfo, se dijo asombrada, qué triunfo tan artístico comportarse como un ratoncito, un conejo y un muermo y llevar al mismo tiempo una vida secreta de pasiones y éxtasis! Esa ridicula historia de Fred de que no había ningún hombre y se trataba solo de su hermana, Nora la descartó con impaciencia. Tenía una fe demasiado ardiente en que en algún lugar existían —si una lograba alejarse de los conejos y los ratones—, seres humanos cálidos y apasionados entregados a felices actividades amorosas, como para creer que semejante habilidad para engañar a todo el mundo durante años y años se hubiera practicado solo por una hermana. Entusiasmada, estaba segura de que no era con su hermana con quien Milly se había escondido en Londres, ni era por su hermana por lo que Ernest la había excluido del testamento, ni era su hermana la que se había llevado las mil libras. Los hechos eran demasiado

turbios, tan sublimemente sospechosos, que una teoría tan absurda no se podía sostener. ¡Su hermana, claro! Podía imaginarse muy bien que una le diera al hombre al que amaba todo su dinero, en un gran y espléndido gesto, e incluso todo lo demás si él quería. Era absurdo fingir, como fingía Fred, que ningún hombre aceptaría dinero de una mujer. Un hombre aceptaría cualquier cosa; al menos, eso era lo que ella esperaba con fervor. Nora no lo había comprobado por sí misma, ya que no era el tipo de mujer de la que los hombres hubieran querido aceptar cosas, pero en honor de la vitalidad, de la pasión, de todas las cosas alegres que eran lo opuesto a la muerte, lo esperaba con fervor.

Con este espíritu de entusiasmo nervioso se preparó para la visita de Milly, que fue al día siguiente del que Alec había intentado en vano pelearse con su mujer en la habitación de Brighton, y a su llegada la recibió con tanta efusividad, con tanto clamor y gestos de alegría, que Ruth, que presenció el encuentro desde la ventanilla del coche, ya que su dolorosa tarea había sido bajar desde Victoria sola con Milly y entregársela a Nora de camino a su casa, se quedó de piedra. Solo se le ocurría pensar que Nora había dado crédito a esa historia de Fred sobre la inocencia de Milly, aunque incluso antes de que ese absurdo cuento se hubiera difundido, recordaba, ya se había mostrado dispuesta a acogerla de buena gana. ¿Por qué? Porque era una ordinaria, sin duda, y no le importaba qué forma adoptase la emoción mientras hubiera alguna. Temblando, Ruth rechazó todos sus ofrecimientos de hospitalidad e hizo que el chófer la alejara de allí lo antes posible, mientras cerraba los ojos e intentaba olvidar esa escena en el umbral de la puerta, así como a la propia Milly y Brighton y la rápida caída desde aquella apacible felicidad a los agravios y las injurias y al hecho de que Alec no le dirigiera la palabra desde la noche anterior y que la cuenta del hotel hubiera sido espantosa.

—¡Vaya, Milly, sí que estás paliducha! —exclamó Nora cuando se quedó a solas con su invitada, cogiéndola por los hombros para girarla hacia la luz. Para Nora era maravilloso, apasionante, sabiendo que por dentro era puro fuego, que Milly tuviese el mismo aspecto que un conejito que ha estado abandonado bajo la lluvia. Los ojos de Nora parecían bailar sobre ella. La miraba con un torrente de vitalidad—. Pero ¿qué ha hecho Ruth contigo? —le preguntó—. Hacerte pasar un mal rato, fijo. Se nota. En fin, ¿qué puedes esperar? Siempre he dicho que, a pesar de sus hijos y sus nietos, Ruth no es más que una virgen vieja. Vamos arriba, ¿quieres? Sube y deja tus cosas. ¿Quieres antes algo de comer? ¿Leche o lo que sea? El almuerzo es a la una. ¿Seguro que puedes aguantar? ¡Ay, qué emocionada estoy de tenerte aquí! Tus baúles han llegado esta mañana, los ha enviado Fred. ¿Sabes que Mabel se ha ido a casa de madre? Es curioso que se vaya así y deje a Fred, ¿no? Aquí está tu habitación, ¿ves?, cerca de la mía. Si quieres

algo solo tienes que gritar. Mira, hemos puesto tus cosas aquí, en el vestidor. Luego te desharé las maletas… Sí, sí, me encantaría. Y entonces podremos charlar. Me muero de ganas por hablar contigo desde que pasó todo. Te apetecerá, ¿verdad? No irás a cerrarte en banda… ¡Ay, pero qué mala cara tienes, Milly! —se interrumpió con repentina culpabilidad—. Deberías meterte en la cama ahora mismo y no molestarte en bajar a comer. ¿No te gustaría? Sí, hazlo, y pediré que te suban una botella de agua caliente.

Amabilidad, calidez, la viva imagen del afecto. El cambio de temperatura fue tan brusco que dejó a Milly sin aliento. Esa misma mañana aún se notaba, por decirlo así, azotada por un gélido temporal del noreste y ahora, a la hora del almuerzo, el ambiente era lo bastante cálido para un lagarto. Era pleno verano. Allí, al menos de momento, brillaba un sol tropical vivificante.

Parpadeó un segundo, como cegada por esa luz. El abundante y desatado parloteo después del silencio glacial de Ruth, caía sobre su espíritu adormecido como aceite caliente. ¿No era aquello demasiado bueno para ser verdad? ¿Podría durar? Entonces, con la mente aún un poco embotada, se dio cuenta de que son las mujeres de una familia las que marcan la temperatura y de que en esa casa no debía temer ninguna caída repentina. Poco a poco empezó a relajarse, a descongelarse, a entregarse a ese ambiente, a tener la sensación de que, después de una eternidad en pie, ahora podría sentarse un rato junto al fuego, frotarse las articulaciones agarrotadas y descansar.

Sin más preámbulos, Nora la desvistió y la metió en la cama y cuando, después de darle de comer, se inclinó sobre ella para darle un beso muy efusivo y le dijo que tenía que dormir hasta la hora del té —sin la pesadilla de Ruth, añadió Nora, con una de esas sonoras carcajadas que hacían estremecerse a las otras mujeres de la familia—, Milly dejó escapar un profundo suspiro de gratitud por este paréntesis de consuelo, este bendito respiro antes de ir a lo que, mucho se temía, serían los rigores de la hospitalidad de Edith, y murmuró agradecida, con los ojos cerrados y el cuerpo relajado, acurrucándose entre las almohadas, con el cálido beso de Nora aún en la mejilla:

—Eres un ángel.

—¿Quién, yo? —exclamó su cuñada, que soltó otra carcajada—. Pregúntaselo a George. Pero voy a decirte lo que eres tú, Milly: eres la única mujer viva de verdad que he conocido.

—¿Quién, yo? —dijo Milly a su vez, abriendo los ojos y mirando asombrada el rostro que se inclinaba sobre ella—. ¿Yo, Nora? —Y añadió, con un breve gesto de cansancio, levantando un momento la mano que reposaba sobre la colcha para luego dejarla caer de nuevo —: Pero si yo estoy muerta. Supongo que ya sabrás que estoy muerta.

—¡Por eso eres tan maravillosa! —exclamó la otra, roja de

entusiasmo por tan admirable actuación—. Te las arreglas para parecer muerta y en realidad eres la única mujer de la familia que no lo está. No vas a creértelo, pero durante años te he visto como una especie de conejo. De verdad. ¿No se nota? ¡Imagínate, tú un conejo!

Milly la miraba en silencio.

—¿Sabes que te admiro muchísimo? —continuó Nora—. Sí, así es: tienes tanto talento, Milly, un control tan absoluto de ti misma… Y supongo que te reirás, pero también te respeto. Bueno —terminó, agachándose y arropándola con presteza—, ahora a dormir. Yo me voy hasta la hora del té.

Luego le lanzó un beso por el aire y, con enérgicos movimientos, Nora se apresuró a salir de la habitación.

Milly se quedó tumbada en la cama, boquiabierta. ¿Admiración? ¿Respeto? ¿Qué palabras eran esas? Después de la frialdad de Ruth en Brighton, después de los desconcertantes últimos días en casa de Mabel cuando, entregada de pronto al cuidado de unos sirvientes que se mostraban reacios, tuvo que adivinar el motivo como mejor pudo —y lo había adivinado muy pronto, pero había tardado mucho en creerlo—, sonaban muy extrañas.

¿Qué querría decir Nora?

Milly buscaba a tientas una respuesta en su mente. Esos últimos días su mente no le había servido de mucho, pues antes de salir de casa de Mabel había caído en un estado de perplejidad absoluta, pero ahora empezaba a funcionarle un poco, abrigada por el calor de aquella bienvenida. ¿Qué querría decir Nora sino que, creyéndola inocente con todas sus fuerzas, la admiraba y la respetaba también con todas sus fuerzas por la paciencia —Milly se puso roja de vergüenza— que demostraba al soportar tan graves injusticias?

Hay que poner fin a todo esto, pensó, incorporándose hasta quedar sentada en la cama. Sería el colmo que la consideraran una santa. Eso era lo que Nora haría después: reverenciarla. Se le vino a la cabeza la grotesca imagen de sí misma en un pedestal, venerada por Nora. ¿A qué abismos de hipocresía la estaban empujando? No era decente que el destino fuese tan vengativo. Que Nora la adorara —y parecía que la adoraba— era un giro inesperado en su desdichada situación y seguir engañando en su propia casa a alguien que la adoraba además de creer en ella, aceptar su admiración y respeto sin decir una palabra, sería desde luego tan vil como todo lo que había hecho antes. Ay, ya no quería ser vil, ¡no quería, no quería seguir siendo vil!, gritó Milly para sus adentros mientras retorcía la sábana con los dedos. Pero

¿cómo podía pararlo si no era diciendo la verdad? Nora se enfadaría mucho al saber la verdad. A pesar de su forma de hablar, de decir cosas que los demás jamás se atreverían a decir, no había hecho nada en su vida que no fuera estrictamente correcto y en el fondo era tan convencional, estaba segura, como el resto. Además, la verdad no se quedaría en Nora. Se extendería. Nora tendría que decírselo a George y George a los demás y la paz y el honor de la familia quedarían destruidos después de todo.

«No, no —pensó—, no podrían soportarlo. No deben saberlo nunca. Tiene que caer solo sobre mí».

Y paseando la vista por ese alegre dormitorio, sin ver nada de lo que había en él, ni uno solo de esos objetos de colores vivos con los que Nora expresaba su extravagante personalidad, sin darse cuenta siquiera de que la sábana que retorcía entre los dedos era, como el resto de la cama, de color naranja, se dijo a sí misma: «Creo que me están castigando mucho…».

Apareció la criada y le preguntó si debía llevarle el té o quería esperar un poco más por si volvía su señora.

¿El té? Milly la miró como si apenas pudiera asimilarlo. Parecía que solo habían pasado diez minutos desde que Nora la había dejado allí. Qué perdida se sentía en esas agonizantes incógnitas en las que consistía ahora su vida.

—Son más de las cinco, señora —le dijo la criada, que la miró con simpatía, no como la de Mabel, que no la miraba en absoluto, ni como ese mayordomo, del que su última imagen, mientras Fred la sacaba de su casa, había sido una enorme nariz alzada en un ángulo de severa desaprobación.

—La señora de George dijo que volvería a tomar el té —vaciló Milly.

—Sí, señora, a las cuatro y media. Pero ya son casi las cinco y cuarto. ¿No sería mejor que se lo subiera?

Milly estaba indecisa. Nora había insistido en que quería tomar el té con ella. ¿Por qué tardaría tanto?

Pidió que se lo subieran y, cuando ya se había quedado frío y aún no había señales de Nora, se levantó de la cama y empezó a vestirse. Para cuando estuvo vestida ya eran las seis y media y Nora seguía sin aparecer.

¿Qué habría pasado?, se preguntaba mientras bajaba las escaleras. Al entrar en el salón se encontró allí a George, de pie frente al fuego, con aspecto preocupado, y en cuanto le dirigió la palabra supo que él,

hiciera lo que hiciese Nora, no la respetaba.

Se mostró muy frío. Muy distinto, también, respecto a la última vez que lo vio, aquella tarde en que se encontraron en Victoria y la llevó a casa. Entonces estaba agitado, avergonzado y parecía más humano; ahora se mostraba frío como el hielo. Y cuando Milly le dijo: «Ah, ¿estás en casa, George?», esperando de algún modo que fuera como Fred y Alec y la recibiera como Alec la recibió en Brighton —lo esperaba como algo natural, teniendo en cuenta la extrema calidez que le había mostrado su esposa—, él contestó, con la expresión de una iglesia vacía: «¿Cómo estás? ¿Dónde está Nora?».

Eso fue todo. Solo «¿Cómo estás?» y luego, de inmediato, «¿Dónde está Nora?», y ningún amago de estrecharle la mano.

Milly se quedó allí de pie, dudando de todo excepto de que George no la respetaba; al parecer, sucedía justo lo contrario, pese a que era el marido de Nora. Bueno, no debería sorprenderle, se dijo a sí misma; fíjate en Fred y Mabel y fíjate en Alec y Ruth. No obstante, en esta casa, repleta de la personalidad de Nora, de algún modo había estado segura…

—Sí, ¿dónde está Nora? —repuso, confusa y retraída.

Pero George parecía despreciarla tanto que no pudo obligarse a decir nada más. Se miraba las manos, las giraba y, tras examinarlas por ambos lados, pareció decidir que necesitaba lavárselas enseguida y, sin mediar palabra, pasó junto a ella y salió por la puerta.

Milly se quedó mirando el sitio por el que se había ¡do y sintiéndose igual que cuando Jenkyns pasó de repente de la benevolencia a la frialdad: como si la hubieran fustigado. ¿Podría quedarse en una casa donde el anfitrión no le hablaba? ¿Y qué le pasaba a George? Era al que menos se habría imaginado adoptando una actitud diferente a la de sus hermanos y su esposa. ¿Por qué le había permitido ir allí, quedarse todo un mes, si solo iba a ser grosero? Era su casa. Podría haberse negado a recibirla. Sin duda, habría sido mejor negarse a recibirla que permitir que viniera si la aborrecía tanto que ni siquiera podía hablar con ella.

Se sentó desmoralizada junto al fuego. Dondequiera que fuese, ¿iba a verse siempre fustigada por un lado mientras que por el otro la lisonjeaban? Con lo agradecida que estaba, ¡qué agradecida!, por haber llegado a lo que creía que iba a ser un refugio.

Se quedó allí, con el ánimo otra vez por los suelos y los ojos clavados en el fuego. ¿Dónde estaba Nora? ¿Por qué no volvía a casa?

Por muy atenta que estuviera a cualquier señal de su llegada, en la casa no había más que silencio: el reloj de la chimenea marcaba los minutos vacíos y en la ventana, por fuera, una rama suelta de enredadera sin hojas golpeaba incesantemente el cristal.

George se quedó arriba, en su vestidor. Era más seguro que el estudio; allí Milly no podría abordarlo. Nada lo habría empujado a volver a casa tan pronto si hubiera sabido que Nora iba a estar fuera, pero había cogido un tren más temprano a propósito, para estar un rato a solas con ella antes de que la cena lo obligara a reunirse con su invitada, porque estaba preocupado —muy preocupado, preocupado hasta la médula— y necesitaba el consuelo de la alegría inconsciente de Nora. No quería decirle, no podía decirle, lo que le preocupaba, pero tenía muchas ganas, algo extraño y poco frecuente en él, de sentirla respaldándolo con su alegre optimismo.

Menuda suerte la suya, pensó George, que descubrieran la verdadera historia de las mil libras el mismo día en que Milly llegaba para quedarse en su casa; y esta opinión sobre su suerte respecto a todo lo que concernía a esa mujer empeoró aún más cuando llegó y se encontró a solas con ella. Ni siquiera tendría por qué haber entrado en el salón, podía haber ¡do directo a su estudio y mandar a un criado en busca de Nora. Pero estaba tan distraído por la necesidad de verla de inmediato que fue adonde su mujer solía estar siempre a esas horas y, por segunda vez sin nadie que lo ayudara ni aconsejara, se tropezó con Milly.

Descubrió que no podía hablar con ella, a pesar de saber que debía hacerlo. Tal vez fuese capaz luego, con la ayuda de Nora, pero por más que quisiera, un hombre franco como él, que no estaba acostumbrado a ocultar sus pareceres, en ese momento no podía hacerlo. ¿Qué tenía que pensar del último giro respecto a sus malditos tejemanejes? Alec y Fred tampoco sabían qué pensar. Esa mañana, en el despacho de Fred —que los había llamado para pedirles que se acercaran—, se habían quedado perplejos. ¿Bertie? No era que hubiese adelantado el dinero; eso, estaban de acuerdo, fue una acción decente y loable que lamentaban no haber pensado ellos mismos, sino que lo hubiera hecho en secreto, que se lo hubiera callado aquella noche en casa de George cuando todos estaban tan sorprendidos y que le hubiera dicho a Jenkyns, ahora lo sabían, que no se lo contara a ninguno. Era eso, ese evidente temor a verse descubierto, lo que preocupaba a los hermanos. No lo decían, pero que estaban muy preocupados quedaba implícito en su silencio, en su forma de evitar mirarse a los ojos, en cómo Alec se tocaba la barba.

Fred no había podido ponerse en contacto con Bertie, que estaba en Birmingham por trabajo, para pedirle que contribuyera con su parte al pago de Jenkyns y, como no quería esperar más y estaba

seguro de que aceptaría, al igual que Alec y George, esa mañana había llamado al tipo para comunicarle que le enviaba un cheque por la cantidad que había adelantado a su cuñada, la señora de Ernest Bott… Que con tanta amabilidad le había adelantado, se corrigió Fred en tono frío y educado. Y entonces Jenkyns, frío y educado al otro lado de la línea, aunque estaba furioso con todos los Bott y sus relaciones y sus transacciones desde las visitas de Bertie y Milly y Agatha a su oficina, le dijo que no había tenido el privilegio de adelantar él mismo el dinero y que el cheque debía enviarlo —tener la amabilidad de enviarlo, se corrigió— al señor Herbert Bott, que tan solo había hecho uso del bufete de Jenkyns y Rowe como instrumento de su considerada generosidad.

El señor Herbert Bott. Ese era Bertie. Fred se sorprendió tanto que bajó el auricular para pensar.

La voz del otro extremo, sin embargo, siguió hablando. ¿Qué estaba diciendo ese tipo? Fred levantó el auricular de nuevo y atendió.

El tipo decía que esperaba, pensándolo bien, no haber cometido una indiscreción, pues ahora recordaba lo que se le había olvidado por un instante: el ruego concreto del señor Herbert Bott de que tal asunto se mantuviera en privado. No obstante, no le cabía ninguna duda de que podía confiar en el señor Frederick Bott —era el propio señor Frederick quien llamaba, ¿no?; sí, por supuesto— para que siguiese así.

—En privado respecto a la señora de Ernest, supongo —repuso Fred al teléfono.

—Entendí —le explicó la suave voz profesional al otro lado— que el señor Herbert tampoco deseaba que se le mencionara a sus hermanos. Ni, presumiblemente —hubo una pausa y un carraspeo—, a su esposa.

Fred les había contado a Alec y a George todo lo que Jenkyns había dicho —no servía de nada no hacerlo, no servía de nada tratar de guardárselo para sí mismo— y se quedaron los tres en silencio, preocupados, sin saber muy bien qué pensar. Estaba bastante claro lo que creía Jenkyns, pero un canalla como él se creería cualquier cosa. Los tenía atravesados, a toda la familia de Ernest; lo vieron el día que les leyó el testamento. Sin embargo, atravesado con ellos o no, una idea paralizante insistía en colarse arrastrándose en su mente: Jenkyns tendría información de primera mano proveniente de Ernest y no necesitaba siquiera «creer», porque lo sabía.

Cada uno fue borrando con cuidado ese pensamiento. No había pasado nada en absoluto, se dijeron, salvo que Bertie se había guardado en secreto su generosidad y lo habían descubierto. Fue mera casualidad que ante los ojos de Fred pasaran imágenes irrelevantes de sí mismo, avergonzado por sus sucias sospechas, rogándole perdón a

Milly aquel día en su cuarto, hablando con los demás para intentar que también se arrepintieran y se avergonzasen, viéndose arrastrado a repetidas escenitas con la pobre Mabel y acabando tan enfadado que, al final, no pudo contener más la ira y ella, asustada y llorando, se fue a buscar refugio con su madre. También fue mera casualidad que Alec se acordara de pronto de Brighton y de todo lo que había hecho allí, de sus esfuerzos por demostrar que creía en el agravio y la inocencia de Milly a base de gastos, de su pelea con la pobre Ruth, a la que no había dirigido la palabra desde entonces, y de la pasmosa factura que había tenido que pagar esa misma mañana. ¿Qué tenía que ver todo eso, se preguntaba cada uno de ellos, tratando de apartar estas visiones y recuerdos, con su último descubrimiento? Sin embargo, al mirar por casualidad a Fred, Alec se dio cuenta de que Fred también lo miraba a él y las miradas de ambos eran de arrepentimiento.

Solo George se libró de visiones irrelevantes, ya que aún no había convivido con Milly. El, en cambio, aunque no podía mirar atrás con pesar, podía y miraba con pesar el futuro inmediato y estaba imperturbable por fuera y abatido por dentro. Milly ya estaría en su casa cuando llegara, ¿qué iba a hacer al respecto? Nadie se había alegrado más que George de oír decir a Fred que Milly era, después de todo, una mujer virtuosa, pero ahora… que lo ahorcasen si sabía qué pensar. Semejante sucesión de acontecimientos habría dejado perplejo a cualquiera. ¿Las mil libras eran de Bertie? ¿Y ninguno de los dos había dicho nada al respecto? George estaba muy preocupado. Que le tocara a él acogerla durante un mes justo cuando se presentaba una crisis tan inesperada le parecía manifiestamente cruel. Esperaba que Fred o Alec dijeran pronto algo que le sugiriera qué actitud adoptar. Desde luego él no lo sabía. Preferiría, de lejos, no volver a ver ni a hablar con esa mujer, y justo ahora le tocaba ser su anfitrión ese mismo día. Alguien debería darle una pista. Supuso que todos tendrían que seguir comportándose como si no hubiera pasado nada. No veía qué más podían hacer, ahora que Bertie estaba metido en el asunto. Pobre Bertie… Lo había engatusado, pensó George después de haber conseguido sofocar ese primer pensamiento paralizante. Era un tipo tan bondadoso que sería una presa fácil, se dijo. «Pero conmigo no le valdrá ninguno de sus trucos», pensó al tiempo que se enderezaba.

Entonces, por fin, Fred le mostró el camino. De pronto empujó la silla hacia atrás, se levantó, miró el reloj y dijo:

—Bueno, tengo que irme a almorzar.

Y mientras andaba de acá para allá guardando cosas, afirmó que le parecía muy digno por parte del viejo Bertie que hubiese hecho lo que hizo y que, si no quería que se mencionara, ¿por qué tenían que hacerlo? Debían complacerlo, apoyarlo en esa idea de no querer que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha… Con el dinero, quería

decir.

—En cualquier caso, al pobre le ha costado mil libras —añadió mientras descolgaba el sombrero—. Todo ha ido a parar a manos de su hermana. Y creo… —concluyó, dándose la vuelta y mirándolos a la cara, con el sombrero bien calado sobre los ojos y hablando con voz pausada y rotunda—, creo que sería una pena restregárselo. Cuanto menos se diga, mejor para todos. Y por el amor de Dios, no se lo digáis a las mujeres.

Con una unanimidad angustiada, casi servil, Alec y George estuvieron de acuerdo. Y no se lo dijeron a las mujeres, pero esa misma noche las mujeres se lo contaron a ellos.

Nora se enteró en Denmark HiII, en casa de la anciana, adonde se apresuró a ir nada más dejar a Milly con el propósito de hacer un poco de ejercicio, de descargar algo de la tensión que había acumulado y, al mismo tiempo, ver otro rato a Mabel, con la que ya había estado varias veces desde que dejó con tanto misterio a Fred, pero aún no sabía por qué. El principal motivo, sin embargo, por el que se decidió a dar ese paseo en particular fue que al final había un buen trecho cuesta arriba en el que podía desahogarse y, aunque a menudo le había parecido un triste destino para una mujer el poder desahogarse solo en una colina, en esta ocasión bendijo la colina, ya que había sido la verdadera causa de que estuviera presente en la mejor crisis familiar que una pudiera desear. No llevaba ni diez minutos en la casa cuando empezó a desarrollarse y se quedó allí pegada, absorta, perdida la noción del tiempo hasta tal punto que no solo no volvió a tiempo para tomar el té, sino que apenas llegó para la cena.

Al principio todo siguió, como habría dicho Ruth, su curso habitual: la anciana temblando en silencio en su silla junto al fuego, envuelta en un chal malva de lana, con los piececitos apoyados en el escabel —«Ay, queridas, decía a veces llamando su atención sobre ellos, hoy en día ya no se hacen pies como estos»—, tal y como había sido siempre desde que Nora podía recordar, tranquila y contenta de oír hablar de Milly, tan contenta como visiblemente contrariada estaba Mabel, que permanecía sentada sin decir una palabra y con cara de mono enfermo, como si se le estuviera cayendo la piel a trozos, pensó Nora, que la miraba con impaciencia y deseaba que se animara a contarles por qué se había peleado con Fred. Enseguida llegó Ruth y se unió a ellas, también como era habitual, ya que las mujeres de la familia siempre se reunían a esa hora, sobre todo cuando estaban, como ahora, de luto y no podían reunirse con nadie

más. No había ningún indicio de que fuera a estallar una crisis.

Ruth pareció sorprendida al ver a Nora —lo que era bastante habitual—, y Nora dedujo que lo parecía porque lo estaba y la llamó muy animada desde la alfombra de la chimenea, donde estaba de pie y con las piernas no del todo bien juntas, observó Ruth —y también la anciana, que, sin embargo, perdonaba lo que hicieran las piernas siempre que los corazones fueran amables, aunque por supuesto preferiría que se comportasen como las piernas de una dama—.

—¡Hola, Ruth! Aquí estamos otra vez…

«Como si fuéramos», pensó Ruth ignorándola, «un par de personajes peleándose en una pantomima».

—Me gustaría —dijo Ruth en voz alta, desviando la mirada hacia la anciana— poder hablar un momento con Mabel, madre.

—¡Claro, hazlo! —la animó Nora, de una forma muy poco apropiada, consideró Ruth, que volvió a ignorarla—. Bueno, si puedes. No ha dicho ni una sola palabra desde que estoy aquí, pero puede que tú tengas más suerte.

«Pobre George», pensó Ruth sin hacerle el menor caso, y Nora, como bailando con su ojos brillantes sobre la lóbrega respetabilidad de Ruth, pensó: «pobre Alec». Y es que las esposas de los Bott enseguida se compadecían de los maridos de sus cuñadas.

—¿Quieres decir vosotras solas, cariño? —preguntó la anciana—. Bueno, hay un buen fuego en el comedor, podríais ir allí y tener una charla muy agradable.

—¡Eso ha puesto a Mabel de los nervios! —exclamó Nora. Y, en efecto, la expresión de Mabel era la de una persona reacia a las charlas.

Antes de que Ruth tuviera tiempo de hacer algo más que ignorar este comentario, se abrió la puerta y entró Edith.

—Ay, madre… Yo me voy —dijo Nora cuando vio quién era, y se apresuró a recoger los guantes del sofá donde los había dejado tirados.

Incluso la anciana consideraba molestas las insinuaciones de Nora.

—Aún no, cariño —le pidió con voz temblorosa—. Siéntate un rato, por favor. Y descansa un poco. Es un paseo muy largo y seguro que te apetece una buena taza de té antes de…

—No, gracias, madre, tengo que volver con Milly. Le he prometido…

—Tal vez quieras llevarle a tu invitada un mensaje de mi parte —la cortó Edith como si fuera un cuchillo helado.

—Sí… Eso, Edith, cariño —repuso la anciana—. Envía un mensaje bonito a la pobre Milly. Y ven a sentarte junto al fuego, ¿quieres? Creo que hoy vuelve a hacer bastante frío, a pesar de las hermosas flores de primavera que hay por todas partes.

—Dile —siguió Edith, dirigiéndose a Nora— que me tache de la lista.

—¿Qué lista, querida? —le preguntó su suegra.

—Creo que ya es hora —repuso Edith, mirando a su alrededor— de quitarnos los guantes de seda con Milly.

—¿Qué guantes, querida? —preguntó la anciana—. Mabel, cariño, ¿podrías tocar el timbre y decirle a Jenny que nos gustaría tomar el té? Hoy han hecho un bizcocho que seguro que os encantará.

—¿Puedo quedarme aquí, madre? —dijo Edith, avanzando hacia el centro de la habitación—. Mis cosas están en el vestíbulo.

—¿Quedarte, querida? ¿Quieres decir a pasar la noche?

—Noches —replicó Edith sin más, y fue en ese momento cuando Nora acercó una silla, se sentó y se dispuso a disfrutar.

—¿Noches, cariño? —repitió la anciana—. Bueno, por supuesto, si es lo que quieres. Con Mabel, ya sois dos las esposas de mis hijos que se quedan aquí unas noches. En fin, os haréis compañía y eso es agradable. Hay pollo asado para la cena y me atrevería a decir que también coliflor. Me ha parecido olería ahora mismo. Mabel, querida, ¿se lo dices a Jenny?

Edith se acercó a la chimenea y esperó a que la vieja criada entrara, recibiera sus órdenes y saliera de nuevo antes de decir nada más. Tenía la nariz encogida y puntiaguda, los orificios nasales aplanados y la boca parecía haberse convertido en una sola línea muy fina. Nora estaba un poco apagada por ese aspecto algo inusual y Ruth, a la que empezaban a fallarle las piernas —como una señal profética, estaba segura—, se hundió en un extremo del sofá y agachó la cabeza para recibir cualquier nuevo disgusto que cayera sobre ella, mientras Mabel, acurrucada en un rincón, miraba sombría por la ventana.

—Siempre he pensado —dijo la anciana señora Bott en cuanto la puerta se cerró detrás de la criada y antes de que Edith pudiera abrir la boca— que por cualquier cosa se forma mucho más alboroto del necesario, queridas, mucho más.

—Tú no crees que nada importe demasiado, ¿verdad, madre? —siseó Edith, que apenas abría la boca para dejar salir las palabras.

Ruth, con la cabeza gacha en el sofá, pensó: «Me alegro de que Edith haya dicho eso. Me alegro mucho…», porque, a menudo, le había parecido trágico que una persona tan mayor, tan irrevocablemente próxima a la eternidad como su suegra, aún no hubiera adoptado una postura clara, al parecer, respecto a las grandes pero sencillas cuestiones del bien y el mal. De hecho, a veces casi parecía que la cabeza de familia no creyese en el pecado —por supuesto, eso era imposible— o que no le importase —eso también era

imposible—. Por eso Ruth se alegró de las palabras de Edith.

La anciana, sin embargo, no contestó y se limitó a mover la cabeza de un lado a otro —lo que con ella, claro, no significaba necesariamente que estuviera en desacuerdo—, y a mirarlas con hospitalaria benevolencia.

—Tal vez, no obstante —continuó Edith—, pensarás que lo que he venido a decirte esta tarde sí es importante, madre.

—Sí, cariño, seguro que sí. Sobre todo si no se trata de los errores de nadie. Todos cometemos errores y creo que los únicos que me resultan interesantes ahora son los míos. ¿No quieres sentarte, Edith, cielo? Siempre he pensado que es más agradable sentarse.

Ahí está, otra vez lo mismo, pensó Ruth con un triste movimiento de la cabeza aún gacha. Y no se podía hacer nada con ella porque era muy vieja, además de muy obstinada. Pero… ¿qué decía Edith?

De pronto Ruth empezó a prestar atención, aunque seguía en apariencia perdida en la contemplación desapegada de la alfombra, y Mabel, junto a la ventana, dio un respingo, mientras a Nora parecían salírsele los ojos de las órbitas.

Edith, apoyándose con una mano en la repisa de la chimenea para no tambalearse, estaba diciendo que sabía quién era el hombre.

—¿El hombre, querida? ¿Qué hombre? —preguntó la anciana—. Hay muchos hombres, supongo.

—¡Ay, madre! —exclamó Nora en una agonía de impaciencia—. Pues el hombre de Milly. ¿Sí, Edith? ¿De verdad? —gritó, inclinándose hacia delante con avidez para intentar sacárselo más rápido.

Pero a Edith no le resultaba fácil. Por un momento pareció incapaz de continuar.

—¿El hombre de Milly? —repitió la anciana—. ¿Es que la pobre Milly tiene un hombre después de todo? Creí que habíais decidido que no lo tenía. Vaya, vaya, pobrecita Milly. Siempre son una preocupación. Pero me atrevo a decir que no durará.

—Madre… —quiso protestar Ruth, que levantó la cabeza sorprendida. Pero ¿de qué serviría? La agachó de nuevo. A su suegra todo le resbalaba como el agua.

—No tenía intención de decírtelo… No hoy —repuso Edith; parecía que las palabras le salían a la fuerza—. Solo he venido a decir que no quiero tener nada que ver con Milly. No lo haré, no puedo. Pero pronto lo sabrás… Todos os enteraréis, en cualquier caso, se sabrá en todas partes, lo sabrán los niños y los criados…

La rabia y la vergüenza la ahogaban.

—Vaya, vaya… —dijo la anciana—. Vaya, vaya, vaya. Tendremos que ser más amables con la pobre Milly, entonces. Los hombres solo traen problemas. Aun así, todo acaba pasando.

Y eso al borde de la eternidad. Ruth no pudo evitar estremecerse.

—Pues espero que te resulte fácil ser amable con ella, madre —siguió Edith—, teniendo en cuenta que es uno de tus propios hijos.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! —estalló Nora, poniéndose en pie de un brinco. Luego, arrepentida, se llevó la mano a la boca—. Quiero decir que… es espantoso —concluyó mientras volvía a sentarse enseguida. Entonces, acongojada por una idea horrible, que le cortaba la respiración, se inclinó hacia delante y preguntó temerosa—: ¿No será George?

—¡George! —Edith la miró con desprecio. ¿George? ¿Esa babosa?

—«En todo el tiempo de nuestra tribulación…»[7] —empezó a murmurar Ruth, resguardándose a toda prisa en la oración para huir de ese cuarto, de las terribles palabras que allí se decían y de aquellas aún más terribles que vendrían después. ¿Qué hijo? ¿Cuál? No era George, ¿entonces cuál? ¿Sería posible…? No, no era posible. En todo el tiempo de nuestra… Pero el champán, la discusión, esa feroz extravagancia, las cosas que él le dijo en la habitación porque ella no había querido discutir, porque se había mantenido digna y tranquila —. «Líbranos, buen Señor, líbranos, líbranos…»[8] —murmuraba Ruth con fervor, una y otra vez, como para no oír, como para no recordar ni pensar, como para eludir…

Mabel, junto a la ventana, se había echado a llorar.

«Es Fred —se le ocurrió a Nora—. Por supuesto. Esa pelea que han tenido. Madre mía, ¡y yo que los consideraba a todos unos muermos!».

—No llores, Mabel, cariño —trató de calmarla la anciana—. Mabel es una buena chica, y muy amable. No tiene motivos para llorar, ¿verdad, Edith, querida?

—¡Mabel! —espetó Edith con desprecio—. Supongo que no. ¿No te imaginarás que es Fred?

Y a continuación ocurrió lo que nunca había ocurrido en la historia de la familia: la denuncia abierta de un Bott por parte de su esposa.

Las palabras, una vez desatadas, salieron como un torrente. El saloncito pareció inundarse de inmediato con ellas y las que oían, iban a la deriva de un lado a otro y sin poder evitarlo. Las amargas acusaciones de Edith se arremolinaban a su alrededor y las sacudieron de tal modo que no eran capaces de ver el amenazante escollo hacia el cual se dirigía la familia. Ni siquiera la anciana señora Bott lo vio y, temblorosa en su rincón, solo pensaba apenada en esos pobres niños distraídos y en lo triste que era para las mujeres que sus agravios tuvieran el efecto de ponerles a todo el mundo en contra. Cuanto más agraviadas estuvieran, de algún modo, menos gustaban. Ahí estaba la pobre Edith ahora, por ejemplo, llena de agravios y en desventaja por ello. No recordaba haber visto nunca a la pobre Edith en tal

desventaja. Y en verdad era difícil, porque ya resultaba bastante malo estar agraviada sin mostrarse menos simpática de lo habitual al mismo tiempo.

A la anciana Edith le parecía mucho menos simpática que de costumbre. ¿Era su forma de decir las cosas? ¿Era el modo de contar la historia? ¿O era la propia historia? La anciana, moviendo la cabeza de un lado a otro —y nadie podía saber si era en señal de desaprobación o de piedad—, escuchó muy atenta la historia de la pobre Edith, que había ido a la ciudad esa mañana y, antes de volver a casa, pensó en ir a la oficina de Bertie…

—¿Por qué, querida? Bertie sigue fuera, ¿no es así?

Pues justo por eso, dijo Edith, porque sabía que no estaba allí y llevaba algún tiempo intranquila —y había tenido buenas razones, desde luego— y quería echar un vistazo y ver qué podía averiguar…

«Bueno, bueno, pobres niños; ellas sospechaban de vez en cuando de sus maridos y por eso, suponía la anciana, no podían evitar el tratar de averiguar cosas. Pero averiguar esas cosas nunca ha hecho feliz a nadie».

… y allí, sobre la mesa, había una carta entregada en mano y con el membrete de «personal», así que por supuesto la abrió y era de ese abogado de Ernest…

«No era un hombre muy agradable, se temía la anciana».

… disculpándose por haber olvidado, hasta que ya era demasiado tarde, que Bertie le había pedido que ocultara a la familia el hecho de que le había dado a Milly mil libras —«¡Cuando hace solo unos días me dijo que no podía permitirse algo que quería yo, su esposa!», exclamó indignada—, pero asegurándole que no habría consecuencias desagradables, ya que le había indicado a Fred con gran empeño que aquello no debía llegar a nadie más y, sobre todo, que de ninguna manera —Edith se atragantó— debía llegar a oídos de su esposa. Así que, por supuesto, fue de inmediato a ver al abogado y lo interrogó y, aunque se mostró cauto y reservado, le dijo lo suficiente para convencerla de que era por culpa de Bertie por lo que Ernest había desheredado a Milly.

Esa era, hasta donde pudo entender la anciana a través del torrente de palabras, la historia de Edith, interrumpida una vez por la llegada y el servicio del té, que nadie tocó salvo ella misma —«qué lástima, y con ese bizcocho recién hecho, además, —y reanudada y continuada en voz cada vez más alta durante un buen rato— pobre Edith, con lo desagradable que la hacía parecer. Pero una vez que una pobre niña empieza a denunciar sus agravios, ¿quién puede detenerla?, pensó la anciana. Una pobre niña agraviada no razona; ni razona ni es consciente de las consecuencias. Está muy bien enfadarse, pero al fin y al cabo el marido de una sigue ahí y hay que vivir con él y estar

enfadada no lo hace más fácil. Bueno, bueno, pobres niños. Edith terminaría en algún momento, pronto se quedaría callada. Menos mal que todo el mundo tenía que dejar de hablar tarde o temprano. Y aquello solo demostraba que uno no debía abrir las cartas de los demás. El problema venía de eso: de haber abierto la carta del pobre Bertie. Una vez, recordó, desviando la atención por un momento y retrocediendo muchos años atrás, también ella lo había hecho con una carta del pobre Alexander. No la había abierto porque ya estaba abierta, pero la había leído al verla allí descuidada en su escritorio, lo que no significaba que ella pudiera leerla, por supuesto, y causó muchos problemas entre ellos entonces, porque en esos tiempos ella aún no sabía que todas esas cosas acaban pasando».

—Qué pena que hayas abierto la carta, cariño —comentó cuando por fin la historia de Edith se fue apagando, temblorosa, hasta llegar a una pausa de respiración entrecortada. Y cuando todas la miraron con la boca abierta, incluso Edith, muda ante esa incapacidad para captar lo esencial, otra vez esa incapacidad, ¿o era falta de voluntad?, se lamentó Ruth, para distinguir lo importante, continuó—: Tal vez, querida, no sea tan malo como crees.

—¿Qué? Que no es tan malo que haya cometido…

—¡No, calla, calla! —dijo Ruth con un suspiro angustiado.

—Tal vez solo fuera un gesto bonito y amable por parte de Bertie para ayudar a la pobre Milly —continuó la anciana, decidida a dar su opinión.

—¿Qué? Un gesto bonito y amable darle nuestro dinero, el mío y el de los niños, a su…

—¡No, calla, calla! —volvió a decir Ruth con un suspiro y retorciéndose las manos.

—Y, de todos modos, Edith, cariño, pronto pasará.

Para entonces, Edith ya estaba fuera de sí.

—¿Que pronto pasará? —gritó, desatando una vez más su furia—. ¿Pronto pasará, madre? Sí, pronto pasará. Yo me encargaré de eso. Voy a pedir el divorcio.

Divorcio.

La palabra cayó sobre ellas como una losa. Incluso Nora estaba aturdida. «Eso, era ir demasiado lejos. Divertirse, tener secretos, desahogarse, no era después de todo tan emocionante si acababa en un escándalo atroz. Además, un cuñado. Mejor ser buena, pensó Nora sumisa; mucho mejor, en realidad, ser buena y tener que reprimirse y

estar aburrida. ¿Divorcio? Nadie en Titford se había divorciado nunca. Era algo inaudito. No conseguirías que el servicio se quedara contigo. Imagínate que fuese la familia principal, la cúspide de la pirámide de Titford, la que empezara a hacerlo y que los evitaran por la calle».

—Pero Edith… —musitó Ruth. Esto era demasiado, demasiado terrible. Saldrían en los periódicos. Había que detener a Edith. Eso significaba la ruina para todos. ¿No lo veía?

—¿Por qué, cariño…? ¿Por qué? —dijo la anciana—. ¿Qué motivos tienes? No tienes ningún motivo.

Pero Edith, sorda a la razón, indiferente a las consecuencias, dispuesta solo a aplastar a todo el mundo, incluso a ella misma, si así podía aplastar a Bertie, aseguró a aquella afligida asamblea que pronto encontraría todos los motivos que necesitaba y la anciana se estremeció en silencio, pues recordaba cuánto le había sorprendido, la noche del funeral de Ernest, la habilidad de Bertie para abrir y cerrar la puerta de la habitación sin hacer ruido. Entonces se le pasó por la cabeza que debía de tener práctica en esas entradas y salidas. De hecho, se temía que Edith pudiera encontrar motivos si se ponía manos a la obra y, tal vez, algo más, pero diferente de lo que había esperado.

No, déjalo, déjalo estar, estuvo a punto de suplicarle, y se lo habría suplicado si la pobre Edith hubiera estado en condiciones de escuchar. «¿Qué iba a sacar esa pobre niña de todo aquello sino tristeza? Qué error, qué gran error, pensó la anciana, empezar a hurgar en lo que hacía el marido en sus momentos de privacidad, comportándose como si esos momentos dispersos y fugaces de estupidez fueran lo más importante en la vida. Parecía que estos pobres niños no tenían ningún sentido de la proporción. Desperdiciaban el poco tiempo que tenían haciendo montañas de un grano de arena y granos de arena de las montañas. En fin, tendrían que arreglar sus propios asuntos».

Miró a Edith, desencajada por sus emociones, convulsa, cegada, y descubrió que no le sorprendía mucho lo del pobre Bertie. Aunque… «¿Era mejor, a la larga, enredarse con una mujer que con otra? ¿Acaso todas, por muy distintas que parecieran al principio, no se volvían todas ¡guales durante el transcurso del asunto y terminaban agriándose de la misma manera? Bueno, no se podía hacer nada».

—¿No crees que Milly habrá estado esperándote para el té y te estará esperando ahora para la cena, mi querida Nora? —preguntó con un suspiro, pues estaba cansada y el reloj de la repisa de la chimenea marcaba las siete y media.

Un silencio estupefacto inundó la habitación. El té de Milly, la cena de Milly. ¿Era posible pensar en eso después de oír lo que Edith había contado?

—George tendrá hambre —añadió la anciana—. Y también Alec,

¿no se estará preguntando dónde estás, Ruth, cariño?

Ahí estaba: la segunda infancia, una absoluta incapacidad para comprender. No debería importarles nada de lo que dijera. Era por completo irrelevante, en realidad. George hambriento y Alec preguntándose lo que fuera cuando la vida, tal como la habían conocido, amenazaba con hacerse añicos a sus pies.

La anciana les ofreció la pequeña y marchita mejilla para que la besaran.

—Buenas noches, queridas. Estoy cansada.

Irrelevante o no, en su segunda infancia o no, Ruth y Nora se vieron aceptando que las despidiera y se levantaron y fueron hasta su silla para darle un beso.

—Tú también, Mabel, cielo —dijo cuando las otras dos terminaron, sin bajar la mejilla—. Ahora querrás irte a casa, ¿no? Con Fred.

—Si no te importa, madre —respondió mientras salía avergonzada de su rincón. Solo deseaba arrojarse en brazos de Fred y rogarle que la perdonara. Era terrible, por supuesto, lo de Bertie, pero qué agradecida estaba, qué agradecida…

—¿Importarme, cariño? Yo encantada. Siempre he pensado que es bonito volver a casa. Edith no lo hará, por supuesto, porque está enfadada, pobrecita, así que ella y yo cenaremos aquí tranquilas, las dos solas. Hay pastel de ruibarbo, Edith. Te gustará. Siempre he pensado que los primeros ruibarbos son muy sabrosos.

La puerta se cerró tras las que se marchaban antes de que Edith recuperara el habla. Entonces, con una profunda amargura, exclamó:

—¡Ruibarbo!

—Sí, con nata —asintió la anciana.

Se hizo un silencio. Luego Edith, mirando a la figura de la silla con un desprecio helado, le dijo:

—No tienes ningún sentido de la proporción, ¿verdad, madre?

Y la anciana respondió:

—Tal vez no, cariño. —Y después de un instante le preguntó—: ¿Y tú?

XVI

Aquella noche ningún Bott se fue a la cama hasta la madrugada, ni nadie que estuviera casado con un Bott. El desastre, que se había ido esquivando con tanto cuidado y que en los últimos días ya parecía superado, se abatió al fin sobre la infeliz familia; y un desastre mucho peor, por supuesto, que el que habían intentado esquivar.

Cargadas con sus terribles noticias, Ruth, Mabel y Nora se apresuraron a volver a casa y en cada uno de esos tres hogares, donde antes solo había un hombre preocupado, ahora había uno abrumado. ¿Bertie? ¿Su propio hermano? ¿Y Edith iba a llevar todo el asunto a los tribunales? En ese caso, la familia estaba arruinada. Socialmente, si eso ocurría, desde luego estarían arruinados. En Titford no podrían volver a levantar la cabeza y su única salida sería la migración y dispersión de todos.

A menos que pudieran detener a Edith, claro, pero ¿quién puede detener a una mujer agraviada, enloquecida no solo por el descubrimiento de que otra persona tiene a su marido, sino también un buen pellizco de su dinero? Los agravios de una esposa así se elevan al cielo con un alarido y le importa un bledo quién los oiga, como si la vida de toda una familia, su posición labrada con tanta diligencia, su reputación y honor y toda su felicidad no fueran nada comparados con vengar lo que uno de ellos ha hecho en sus ratos libres.

Los hermanos estaban sobrepasados y Ruth se había quedado tan horrorizada por la idea de un divorcio en la familia, con todo lo que implicaba de escándalo y difusión, que ni siquiera deseaba recordarle a Alec lo acertado que había sido su instinto con respecto a Milly, mientras que Mabel estaba demasiado agradecida de que el culpable no fuera Fred como para pensar en otra cosa que no fuese suplicarle perdón.

Era una locura de Edith, desde luego, se envalentonó Fred al principio, dirigiéndose a la abatida Mabel y tratando de reafirmarse a sí mismo, suponer que podría hacer algo con aquella carta de Jenkyns; lo único que demostraba era que Bertie había sido amable. Sin embargo, y lo sabía a pesar de toda su fanfarronería, la carta era

fatídica porque ponía a Edith sobre una pista al final de la cual, ahora estaba bastante seguro, encontraría a Milly. Jenkyns lo sabía. Estaba claro que Ernest se lo había contado todo a su abogado. Todo lo que había hecho ese tipo, su forma de comportarse, era propio de alguien que sabe. Y Fred estaba tan sumido en la consternación que ni siquiera tenía fuerzas para decir lo que pensaba de ese canalla de mandíbula apretada.

A cada una de esas tres casas había llegado la consternación a la hora de la cena y, al adentrarse la madrugada, invadió otras cinco, esto es, las que estaban habitadas por aquellos que se habían casado con las hermanas Bott. Y es que enseguida, apenas pudo emerger un poco a la superficie de esas tumultuosas aguas, Fred empezó a llamar por teléfono y su voz sonaba tan ansiosa mientras preguntaba a los todavía inconscientes miembros de la familia si les importaría pasarse por allí a hablar que, a pesar de que era muy tarde para Titford, y de que la mayoría de ellos empezaba ya a pensar en acostarse, fueron todos, los cuñados acompañando obedientes a sus esposas. Milly, por supuesto; otra vez Milly. Tenían la triste certeza de que esa invitación de Fred significaba más Milly.

Lo único que podían hacer, convinieron con él cuando superaron su primer momento de incredulidad, era ir a ver a Edith lo antes posible, ir en masa a Denmark Hill y, con la presión de todos, intentar al menos frenar más pesquisas. Había que hacerla entrar en razón. Había que hacerle ver los espantosos y fatídicos resultados para la familia si, cuando obtuviera las pruebas, insistía en divorciarse de Bertie. Qué fácil, qué agradable casi, ahora se daban cuenta, había sido el trato con Milly si lo comparaban con lo que iba a ser tratar de contener a Edith. Esas mujeres virtuosas, pensaban en silencio los cuñados, eran el mismísimo diablo una vez que se ponían en pie de guerra.

Era demasiado tarde para hacer nada esa noche, pero quedaron en reunirse en casa de la anciana a la mañana siguiente, justo después del desayuno, y allí hablar con Edith de todo el asunto con la mayor calma posible: evidenciar, convencer, pormenorizar. Para entonces, su cuñada habría tenido algo de tiempo para pensar y tal vez estuviera más dispuesta a discutir de lo que, según entendían, había estado por la tarde. Debían ir todos, dijeron los maridos: también sus esposas, porque no solo era imposible, se dieron cuenta, no reconocer el instinto, la perspicacia, la intuición o lo que quiera que fuese esa desagradable cualidad de las mujeres que les permitía tener razón cuando la decencia y la caridad aconsejaban que estuvieran equivocadas, sino que las esposas, todas y cada una de ellas, se opondrían de manera rotunda a un divorcio y había que presionar a Edith todo lo que fuera posible.

También estaba la presión de sus hijos adultos. Debía de haberse olvidado de ellos. No era posible que hubiese pensado en ellos. Porque ninguna mujer podía estar tan cegada por la furia y el deseo de venganza que no le importara lo que sus hijos sufrieran si intentaba satisfacerlo. Le recordarían a sus hijos, le hablarían mucho de ellos, harían todo lo posible por sacar su cara más dulce. Pero ¿tenía Edith una cara más dulce? La duda se apoderó de las mentes de los maridos. Si hubiera sido Milly… Milly, todos estaban seguros en su fuero interno, estaba hecha solo de caras dulces, cosas a las que se podía apelar, cosas que se podían sortear, cosas, en resumen, de las que ninguna mujer debería carecer.

Ya de madrugada, cada uno se fue a su casa, a la cama, pero no a dormir, y por la mente de Fred, mientras se metía en la suya —reconfortado, hasta cierto punto, por el hecho de que Mabel, de vuelta y arrepentida, también estaba en ella, salvo que se mostraba arrepentida del mismo modo que se había mostrado tonta y cabezota y tenía que dedicar buena parte del tiempo que necesitaba para recobrar la cordura a insistir en que la perdonaba—, pasaron las imágenes de Milly y, al lado, la de Edith tal como la había descrito Mabel aquella tarde.

Se quedó mirándolas a las dos en la oscuridad, comparándolas, y por un momento se preguntó, agotado por la preocupación y el miedo y, por tanto, sin ser él mismo, si tal vez el pecado hacía a una mujer dulce y amable, si la educaba y la ayudaba a adquirir sabiduría y comprensión; el tipo de pecado, quería decir, en el que, de un modo u otro, como debía de haber en el de Milly y Bertie, había amor.

Pero cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando, se quedó muy sorprendido y lo desechó muy serio. ¿Estaba perdiendo, en su angustia, el sentido de la moral?

—Sí, sí, mi niña, tranquila. Por supuesto, ya sé que no era tu intención…

En esas mismas horas de la madrugada, Nora, que volvía a casa andando con George y tomándolo afectuosa y alentadoramente del brazo, le daba un estrujoncito de vez en cuando y le decía: «Siempre tendrás aquí a tu Nora, Porge…», a lo que él no respondía.

No contestó a nada de lo que le dijo su mujer; ni siquiera cuando, una vez habían llegado y subido al piso de arriba, ella le informó, solo para ponerlo a prueba, ya que su silencio le resultaba bastante aterrador, de que iba a la habitación de Milly a darle las buenas noches. ¿Dar las buenas noches a las tres de la mañana? ¿Y a la

persona a la que, en opinión de George, no se le debería desear nada bueno nunca más? Nora pensó que eso lo espabilaría. Pero no lo hizo. Permaneció mudo. Y ella empezó a temer que todo lo sucedido hubiera echado a perder el brío del pobre Porge, ese brío que siempre había tenido.

Aquello la calmó aún más. Las consecuencias de una vida intensa y arriesgada, con George mudo y Milly expuesta, parecían muy poco divertidas. Supuso que lo esencial, en interés de todos y no solo de uno mismo, era que no te descubrieran nunca y Milly, a pesar de su asombrosa inteligencia y su increíble talento histriónico, no había podido evitarlo.

Pobre Milly. Nora tenía muchas ganas de ir a darle un beso, un beso fugaz antes de que el día siguiente se le echara encima con todas sus pruebas y angustias.

Se quedó dudando en el pasillo, muy tentada. Pensó que no le haría daño a nadie y que al menos habría un beso más en el mundo. Si el mundo estuviera más lleno de besos, habría menos espacio para tantas peleas, pensó, mientras se decidía. Edith, sin ir más lejos, seguro que se tranquilizaría y se pondría más contenta si algún vigoroso filántropo, con la única intención de ayudar, empezara a besarla de verdad. Hay que besar mientras se pueda, se dijo Nora, no muy segura de cuánto tiempo iba a tener a Milly en su casa. Habían estado hablando de ello con George en casa de Fred y, aunque George no había contestado, porque había perdido su energía, temía que se repusiera lo suficiente en uno o dos días como para echar a Milly, o que los demás vinieran a hacerlo por él.

Además, se había ido corriendo y la había dejado sola y sin decir una palabra nada más cenar, pues se vio obligada a llevar a George a su estudio y contarle lo de Edith, y la cena había sido horrible: tuvo que sentarse a la mesa en cuanto llegó a casa; George parecía haberse tragado el palo de una escoba —supuso que porque le había hecho esperar, ya que no sabía la tremenda razón que en realidad tenía él para estar así—; Milly, la más maravillosa imitadora de la naturaleza muerta, una perfecta obra maestra, se comportó en todo momento como si no tuviera más vida que un racimo de uvas y una manzana en un plato en lugar de ser una fuerza tan violenta que había hecho volar a la familia en pedazos, y ella misma, agonizante por tener que contenerse y a punto de explotar, trataba de ocultarles a ambos, mientras charlaba como de costumbre, que el cielo se estaba desmoronando sobre ellos y después, cuando llamó Fred, había salido de casa con George de inmediato y se había olvidado, en medio de tanta agitación, de ir a dar las buenas noches o a decirle cualquier cosa a Milly, que se había quedado sola en el salón porque habían desaparecido sin más.

Así que, sin tener en cuenta nada más y fuera la hora que fuese, ¿no debería, por obligación moral, entrar ahora y darle un beso?

Estuvo muy tentada, pero se resistió. Mejor resistir, pensó Nora. Mejor irse a la cama y dejar dormir a la pobre Milly. Si entraba, podía escapársele algo que era mejor que no se le escapara y a la pobre había que dejarla dormir al menos esa noche, antes de que la catástrofe se cerniera sobre ella.

De modo que entró en su propia habitación, cerró la puerta con suavidad, se desnudó y se acostó junto al inanimado George, y allí estuvo dando vueltas el resto de la noche sin que él reaccionara más que un cadáver.

En esas mismas horas de la madrugada, Milly, a ratos en la cama, a ratos paseándose por la habitación, a ratos sentada junto a los rescoldos del fuego, se decía a sí misma que no podía quedarse en esa casa, que era la peor de todas y que George fue la gota que colmó el vaso.

Estaba más cerca de la indignación que en toda su vida. En verdad había cosas que una mujer no debería tener que soportar, independientemente de lo que hubiera hecho, pensó. La hostilidad de George era mucho más difícil de soportar que la de Mabel o la de Ruth, porque no resultaba propia de él en absoluto. Ese desprecio rotundo, patente y estremecedor en alguien que siempre había sido el más insignificante de la familia, el torpe bondadoso, el que no importaba, el que con toda seguridad seguiría el ejemplo de sus hermanos y haría lo que hicieran ellos… En fin, era tan inesperado y humillante como si un perro empezara de repente a hacerte de menos en público. Y era su anfitrión. Ahora sabía que era mucho peor cuando un anfitrión era hostil que cuando lo era una anfitriona. Él pagaba. Era su comida, su casa, su todo. La comida de George se le atragantaba. Ni siquiera había sido capaz de atizar el fuego de la chimenea —este en concreto, el de su habitación—, aunque cada vez tenía más frío.

Era una situación ridicula. Y de lo más siniestra, porque no había quien la entendiese. En cuanto a Nora, ¿qué debía pensar de ella? Su comportamiento era aún más incomprensible, la forma en que se había marchado tras prometerle que volvería para tomar el té y que luego se ausentara hasta la cena y volviera a salir sin ninguna explicación, no solo durante la tarde sino durante casi toda la noche. Pronto llevaría fuera toda la noche. ¿Qué significaba eso? ¿Qué podía pensar de la abismal diferencia que había entre la Nora que se fue

después del almuerzo y la Nora que regresó, nerviosa y antinatural, para la cena? ¿Y adonde había ido luego con George, dónde estaba durante esas interminables horas que, conforme pasaban, hacían más misteriosa su ausencia? Nora, tan franca y abierta, empezaba a esconderse, a desaparecer… ¿Quién podía quedarse en una casa donde la anfitriona se dedicaba a desaparecer?

No, imposible. Era imposible, pensó Milly, soportar esa ronda de visitas. Cada una parecía peor que la anterior. Eran un tormento para todos. Solo había una casa en la que…

De pronto se quedó quieta. En ese momento estaba en la cama; había vuelto a meterse en ella empujada por el frío y se quedó inmóvil, con las manos, que hasta entonces había entretenido tirando nerviosa de los volantes de la sábana, muy quietas, preguntándose por qué a nadie se le había ocurrido antes. La casa de Denmark Hill. La única de la familia en la que podría encontrar consuelo. La casa de madre, que no parecía preocuparse por las cosas tanto como los demás, que nunca se había mostrado crítica, curiosa ni desagradable.

Pero ¿sería amable ahora?

No lo sabía. Empezó a volver la cabeza de un lado a otro de la almohada y a tirar de los volantes de nuevo, porque no lo sabía y era muy importante.

Tal vez, se dijo mientras con dedos inquietos retorcía y tironeaba, cuando una es tan vieja tan vieja, es más difícil no ser amable. Madre ya se había deshecho de las inquietudes y la carga de la vida. Se había retirado del estruendo, podía contemplar a vista de pájaro las peleas que se producían allí abajo, donde la gente seguía atormentándose, y ser compasiva y tener paciencia. Si madre pudiera ser amable con ella ahora, o incluso si solo la acogía sin ser ni amable ni antipática, ¡qué refugio sería su casal Solo en esa casa estaría a salvo de aversiones y reticencias aplastantes y de los esfuerzos también aplastantes por tratarla bien. Se quedaría allí, tranquila, si madre se lo permitiera… ¿Acaso no iba a dejarla? ¿No lo haría? ¿Ni siquiera si supiera que era su última esperanza hasta que la familia decidiera que había llegado el momento de dejarla marchar para siempre?

Cada vez lo veía más claro; cada vez lo que veía parecía más deseable. Era en verdad sorprendente que a nadie se le hubiera ocurrido. Con madre no estorbaría a nadie, pero seguiría siendo visible para Titford y podrían sacarla en cualquier momento si fuera necesario. George se libraría de ella, Nora no tendría que desaparecer, se evitaría la inminente visita a casa de Edith, que le daba escalofríos solo de pensarlo. ¿Cómo iba a oponerse nadie? Lo peor que haría sería alterar los planes de la familia, y ni siquiera alterar, sino solo aplazar, porque más tarde, cuando los Bott se pusieran de acuerdo en cuanto a lo que de verdad querían, siempre podría reanudar la ronda…

Echó la ropa de cama hacia atrás y se levantó de nuevo. Ahora estaba impaciente por que se hiciera de día, por ver a Nora y explicárselo e insistir en que era lo único que podían hacer.

Cuando se levantó, el lejano reloj de una iglesia dio las tres. Era la de San Timoteo. Luego, un segundo después, solemne, lento, retumbando a través de los campos dormidos, sonó el de San Judas en West Titford. Los conocía bien. Llevaba años oyéndolos. Los dos relojes habían dado todas las horas de su vida adulta con solemnidad, una a una.

Se puso la bata y se acercó a la ventana. Noche estrellada y tranquila; parecía sumida en sus pensamientos. ¿Dónde estaba Nora en medio de aquel enorme silencio?

Volvió la cabeza y escuchó. Por fin se oían ruidos en la casa inerte: la puerta principal se abrió y luego se cerró con cuidado; pasos en la escalera; pasos cautelosos en el pasillo, vacilantes, deteniéndose…

Cruzó descalza la habitación y se quedó con la oreja pegada a la rendija de la puerta. ¿Había alguien al otro lado? ¿No oía los latidos de un corazón? ¿O eran solo los suyos?

—¿Eres tú, Nora? —susurró. Y tras una pausa repitió ansiosa—: Nora, ¿eres tú?

Ninguna respuesta. No había nadie. En la distancia, otra puerta se cerró con suavidad.

Y lo mismo ocurrió a la mañana siguiente: no hubo respuestas, no había nadie, Nora no se acercaba a ella.

Cuando, tras esperar con toda la paciencia que pudo reunir a que George desayunara y se despidiera de su mujer para ir a la ciudad, Nora seguía sin aparecer; Milly, que trataba de ser razonable y de darle margen suficiente, se dijo que probablemente estaría con la cocinera, dando órdenes para las comidas del día, y que subiría a verla enseguida. Pero no fue así. Pasaron los minutos y Nora seguía sin aparecer. Los minutos se alargaron hasta la media hora, hasta una hora, y seguía sin subir… La razón era que George y ella estaban en un desfile de coches, todos llenos de Botts con los ojos hinchados, que iban camino de Denmark Hill.

Y es que Fred, temiendo la lengua suelta e indiscreta de Nora, había telefoneado antes de que ella terminara de servir el desayuno al pasivo George para decirle que se apresurase a llevarlo, que Mabel y él mismo salían ya y que nadie debía, por ningún motivo, llegar tarde y dar tiempo a que Edith hiciese algo irreparable.

—Será mejor que no te acerques a esa invitada tuya —añadió—

hasta que nos hayamos reunido y hayamos decidido lo que vamos a hacer. Es imprescindible que actuemos todos a una.

—Aún no estará despierta —repuso Nora, agradecida ahora por haber resistido la tentación, al llegar de madrugada a casa, de entrar a darle un beso.

Y Fred, al otro lado del teléfono, por primera y única vez en su vida empujado al epigrama por sus amargas preocupaciones, dijo:

—Dejemos dormir a todas las Millies.

Luego colgó de inmediato y dejó a Nora con la boca abierta.

De modo que, cuando a Milly se le agotó la paciencia y salió de su cuarto en busca de Nora, tanto ella como George estaban ya casi llegando a Denmark Hill.

Recorrió el pasillo, se inclinó sobre la barandilla de la escalera y la llamó.

Como de madrugada, no hubo respuesta. La casa parecía desierta, vacía de todo salvo de la luz del sol y el viento de abril. Las ventanas y las puertas estaban abiertas de par en par. La cama de Nora se estaba ventilando, con el colchón dado la vuelta. El pijama de George colgaba de una silla en su vestidor, con las piernas flácidas agitándose en la corriente. Por todas partes, un olor a jabón y polvos dentífricos luchaba con el olor de los alhelíes que entraba por la puerta de la calle. Lo único que se oía, aparte de los sonidos del jardín, era un ruido de platos y cuchillos que provenía de algún lugar donde los sirvientes estaban desayunando.

Bajó las escaleras y miró en todas las habitaciones, incluso, con cautela, en el sombrío estudio de George.

Nadie.

Volvió al salón y llamó al timbre.

La criada le dijo que su señora había salido. No, no había dejado ningún mensaje. Y eso le pareció tan extraño de Nora, tal culminación de la rareza, que Milly se retorció como un gusano y en ese momento decidió irse de inmediato, sin esperar a explicar ni sugerir nada ni, si fuera necesario, insistir, como había tenido intención de hacer, sino marcharse sin más.

Ya estaba harta. No se quedaría ni una hora más en casa de George. Iría directa a Denmark Hill, aunque dejaría sus baúles allí para que se los llevaran cuando supiera si la anciana estaba dispuesta a acogerla. Y, si se negaba, pensó que haría casi cualquier cosa: dormir en el umbral de su puerta, pasar la noche en un banco del

parque o en una silla de anea en la iglesia de San Timoteo, antes que volver con George y Nora. ¿Quién habría creído que Nora se comportaría así? ¿Quién se la habría imaginado capaz de cambios tan bruscos, tan injustos y poco amables?

Con los ojos rebosantes de lágrimas de indignación, subió las escaleras y volvió a hacer la maletita que se había llevado a Brighton. Tras coger dos ómnibus y un tranvía, llegó a Denmark Hill poco después de las once y fue directa a la habitación de la anciana, donde sabía que la encontraría todavía en la cama, sin que Jenny se lo impidiera —la vieja criada se asustó demasiado al verla para decir ni una palabra— y, al abrir la puerta, después de llamar y oír que la temblorosa voz decía «Adelante», se encontró con los rostros de toda la familia reunida.

La habitación estaba repleta de Botts. Los miró perpleja. Había dieciséis personas apiñadas en un espacio no muy grande, diecisiete con la anciana, cuya voz había oído desde fuera, pero que ahora estaba oculta en la cama detrás de las figuras apretadas; y todos los rostros se volvieron hacia ella mientras se quedaba inmóvil en el umbral.

¿Qué hacían todos allí? Y tan silenciosos que, cuando subía las escaleras, no había oído ningún ruido. Nora… Ahí estaba, entonces. George también; no había ¡do a la oficina. Y Alec y Mabel y… Todos los miembros de la familia de su generación excepto… No, no veía a Bertie.

Miró a su alrededor tan sorprendida que, por un momento, olvidó que era la paria de la familia.

Ojerosos, desde las profundidades del exhausto silencio que se había apoderado de ellos, los otros le devolvieron la mirada.

Milly.

Tras una prolongada lucha con Edith, tratando de hacerla entrar en lo que ellos llamaban razón y ella llamaba su cobarde deseo de salvar a la familia a costa de humillarla, después de las exasperaciones de la última hora, la angustia, los esfuerzos por conciliar, el constante retroceso al que los empujaba su férrea determinación de vengarse, ver a Milly fue, al menos para los maridos, un extraño soplo de aire fresco. Tan fácil de llevar, tan flexible y dispuesta a dejarse convencer. Cada uno de sus atónitos cuñados sintió, en el fondo, este mismo alivio secreto, y temían que reprobable, cuando apartaron la vista de la destructiva virtud de Edith y contemplaron a la dulce pecadora en la puerta.

Milly; la causa de todos sus problemas. Sin embargo, en ese momento tuvieron a bien perdonarla solo porque, para los agotados Bott, era todo lo contrario a Edith. Mal, mal, todo mal, ya lo sabían, se decían algunos de ellos al tiempo que se enjugaban la frente; pero era la personalidad de Edith la que los empujaba a eso. La virtud no debería ser tan violenta. No debería increpar. No debería obligarlo a uno a no quererla. Sobre todo, no debería destrozar a toda una familia. E incluso en los corazones de las mujeres, quebradizos ahora por el miedo, incluso en el de Maud, incluso en el de Ruth, se coló la confusa sensación de que, si Edith hubiera sido un poco más como Milly, todo aquello se podría haber evitado.

Allí estaba Milly, mirándolos sin entender nada. Y ellos, en silencio, también la miraban. La anciana, invisible en la cama, que por una vez no hallaba suficiente calma y consuelo en su certeza de que esos problemas pronto acabarían, pronto se convertirían en polvo y caerían en el olvido, incapaz de ver quién había entrado debido a la multitud que la rodeaba, advirtió de inmediato un aire diferente en el silencio y preguntó, un poco de mal humor por verse tan acorralada:

—¿Quién es?

Nadie contestó. Todos los ojos de la perpleja asamblea se habían clavado en Milly cuando, tras recorrer la sala con la mirada, llegó a Edith y se detuvo en ella.

Ese era el momento en que esperaban que Milly retrocediese, presa del sentimiento de culpa, y desapareciera de nuevo, pero no lo hizo. Su rostro, en el que no habían detectado más que asombro, al ver a Edith adoptó una expresión preocupada de sorpresa. Eso fue todo: solo preocupación y sorpresa.

Edith estaba a los pies de la cama de su suegra, rodeada por todos los demás, pero con algo de espacio, y parecía tan extraordinariamente infeliz, tan atormentada por la desesperación, que cualquiera que no se hubiese sentido enajenado, como ellos durante la última hora, por su vengativa sinrazón habría mostrado la misma preocupación. Es decir, cualquiera, podría pensarse, excepto Milly. Milly no debería. Que se mostrara así, pensaron los Bott, no era de muy buen gusto.

Pero no les dio tiempo a pensar en cuestiones de tacto. Edith, con los ojos llameantes puestos en Milly, hablaba en voz tan baja y monótona que parecía imposible que utilizara aquellas palabras.

—Me sorprende que te atrevas a presentarte aquí…

Y no había un solo hombre en esa habitación que no deseara entonces con todas sus fuerzas estar en otro sitio. Dos mujeres, una injuriada y la otra injuriosa, encontrándose y discutiendo; ¿qué hombre no se escabulliría, si pudiera, de semejante situación?

«Es Bertie», pensó la anciana cuando oyó el comentario de Edith. Pobre Bertie, que su esposa le hablara así.

—Entra, Bertie, cariño, y cierra la puerta —exclamó sin que nadie la escuchara—. No sirve de nada crear corrientes de aire.

—Pero te reconoceré una cosa —siguió Edith—. No contabas con encontrarte conmigo. Ni siquiera tú tienes tan poca vergüenza.

Cielos, cielos, hablarle así a su marido. Estaba molesta por el hecho de que estuviera allí, claro, cuando se había propuesto no volver a verlo más que en el tribunal, como no había parado de repetirles a todos —qué lugar tan desagradable para volver a ver a tu esposo, trató de decir la anciana, pero nadie la escuchó—. De todas formas, molesta o no, era una pena hablarle así al pobre Bertie.

—Bertie, cariño —balbuceó desde la cama invisible—, no le hagas caso. Mamá está aquí.

Milly, con los ojos puestos en su cuñada, trataba en vano de entender. ¿Qué le pasaba a Edith? ¿Qué había ocurrido para que tuviera tan mala cara y desprendiese tanto odio?

—No lo entiendo —balbuceó.

—¡Pero si es Milly! —gritó la voz desde la cama—. Vaya, qué aleg… Qué sorpresa. Pasa, querida, y cierra la puerta. A algunas os molestan vuestros maridos, pero a mí me molestan las corrientes de aire.

—Si ella entra —repuso Edith—, yo me voy.

—Está un poco dolida por lo de Bertie, cariño —le explicó la anciana a Milly, en un tono tan agitado que ahora no tuvieron más remedio que atender todos—. Pero se le pasará. ¿No podéis hacerle un poco de sitio, mis niños, para que pueda ver a la pobre Milly? Sí, así mejor. Gracias, queridos.

—¿Lo de Bertie? —repitió Milly, con tal expresión de sorpresa en los ojos y en los labios que en el sombrío corazón de los Bott se coló un debilísimo rayo de esperanza—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Bah!—masculló Edith con los dientes medio cerrados—. Menuda farsante consumada.

La habitación se estremeció.

—Ya está bien, Edith —protestó Fred.

—No sirve de nada insultar, Edith, cariño —le recriminó la anciana, visible por fin entre las figuras obligadas a retroceder y en apariencia tan perfecta con su gorro, su chal y sus cintas como si estuviera vestida por completo y no solo hasta donde empezaba la colcha—. Yo diría que cualquiera puede darse cuenta de que la pobre Milly no sabe de qué estás hablando.

—Bah —espetó otra vez Edith, mirándola con desprecio—, vieja ¡lusa.

La habitación dio un respingo. ¿Hablarle así a mamá? ¿Llamarla vieja?

Un torrente de protestas emergió de todos los rincones. Los hijos hacían ademanes furiosos hacia la desafiante figura de su cuñada.

—Mira, Edith, será mejor que refrenes esa lengua al dirigirte a madre —dijo Alec muy indignado.

—¿Cómo te atreves a hablarle así a mamá? —la amenazó Fred.

—Una riña, una riña, una riña pública… —se oyó sollozar a Ruth junto a la ventana.

—Pobre niña, qué infeliz es —la disculpó indulgente la anciana.

—Sois todos ridículos —fue lo único que dijo Edith a esas caras amenazantes, apartándolas para dirigirse a la puerta, contra la que Milly se quedó congelada.

—Dejadme salir, por favor.

—No, no, cariño, ¡no debes irte! —exclamó su suegra—. Fred, búscale a Edith una silla, pobrecita, lleva tanto tiempo de pie y, además, enfadada…

—Déjame salir —repitió Edith, dirigiéndose directamente a la congelada Milly.

—No puedes desobedecer a mamá, Edith —le recriminó Fred enojado, sujetándola por el brazo.

—¿Que no puedo? ¿Que no puedo? —contestó volviéndose hacia él, y de repente estalló en un llanto salvaje y convulso.

La habitación estaba consternada. Nadie había visto llorar a Edith antes. El efecto fue abrumador. La cabeza de la anciana temblaba con más fuerza y los ojos de Milly, oscuros en su rostro pálido, se fijaron en los de Edith ahora que la tenía tan cerca y, horrorizada, se encogió contra la puerta.

—Pero Edith… ¿qué pasa? —tartamudeó—. ¿Qué ha pasado?

—Cree que te has llevado a su marido, cariño —se apresuró a explicarle la anciana—. Siempre me he dicho que es una pena pensar algo así, porque si es cierto, solo trae problemas, y si no lo es, no es un pensamiento muy agradable. Es mucho mejor —continuó, ya que nadie más hablaba y lo único que se oía era el amargo llanto de Edith — no preocuparse y limitarse a esperar. Los maridos siempre vuelven, si una se limita a esperar, y a veces eso tampoco es muy agradable. Mabel, querida, dale a la pobre Edith las sales aromáticas. Están en el armario que tienes detrás.

—Pero… —Milly, que no dejaba de observar, perpleja, a la convulsa Edith, seguía sin entenderlo—. ¿Llevarme a su marido? ¿Te refieres a Bertie? —*Y* con una mirada impotente alrededor de la habitación, preguntó como una idiota—: ¿Adonde?

—Sí, cariño, eso es lo que cree la pobre Edith, y tanto si tiene

razón como si no, es muy triste para todos nosotros porque quiere pedirle el divorcio. Y eso, ya lo sabes, nos deshonrará a todos, me temo, sobre todo porque es por ti, su cuñada. Nora, querida, ven y átame mejor esta cinta. Siempre he pensado que no sirve de nada no tener el mejor aspecto posible.

Los desconcertados ojos de Milly se dirigieron a la figura que cabeceaba en la cama.

—No lo entiendo, madre. ¿Por qué Edith…? ¿Qué tengo que ver yo con que le pida el divorcio a Bertie?

—¿Lo veis, queridos? —balbuceó la anciana—. La pobre chica no sabe nada en absoluto de esto. Milly, cielo, Edith cree que tú… Bueno, no sirve de nada callarlo cuando todos vosotros, mis queridos niños, lo estáis pensando. Cree que has cometido adulterio con el pobre Bertie.

La habitación entera contuvo la respiración para escuchar la respuesta, que no fue sino una repetición, en apenas un susurro, de la terrible palabra.

—¿Adulterio?

—Sí, querida, adulterio. Eso que la gente comete… —le explicó la anciana un poco irritada, ya que el semblante de Milly seguía inexpresivo—. Algunos, quiero decir. Siempre he pensado que es una lástima, porque parece que solo trae disgustos. Pero por suerte no dura.

Milly los miró a todos asombrada, con las manos extendidas detrás de ella contra la puerta.

—¿Con… Bertie? —susurró.

—Sí, cariño, con Bertie. Mi hijo y tu cuñado. No es un pensamiento muy agradable para Edith, ¿verdad? Sin embargo, ella insiste en que es cierto y me temo que la familia se verá muy perjudicada.

—Pero… —empezó a decir Milly, mirando a su alrededor.

—¿Te vas a atrever? —rugió Edith, apartando las sales aromáticas que Mabel le ofrecía temblorosa y tratando de controlar la crispación de su rostro, intentando refrenar esas humillantes lágrimas al menos mientras hacía esa única pregunta—. ¿Te vas a atrever a quedarte ahí, Milly, y decir que no has cometido adulterio?

—¡Qué horror…! ¡No puedo soportarlo! —sollozó Ruth.

—Contesta a la pregunta, Milly, cariño —dijo la anciana con voz entrecortada—. Responde como una buena chica y deja que nuestras mentes descansen por fin.

Y Milly, mirando los rostros que se agolpaban a su alrededor, con las manos extendidas detrás de ella contra la puerta, el rostro congelado como en una máscara, dijo muy despacio, como si cada palabra fuera una gota de su propia sangre:

—Pero no fue… con Bertie.

Rostros, rostros, rostros; agolpándose tan cerca para ver su vergüenza. ¿O aquello era —Milly respiró hondo— su liberación?

Era su liberación. De repente lo supo. Allí, en esa habitación, había alcanzado la libertad; allí había llegado al final de su tormento.

La invadió una extraordinaria sensación de estar curada y se le vino a la memoria algo de un poema que Arthur solía leerle en voz alta. Aún seguía de pie, contra la puerta, con los ojos puestos en aquellos rostros pero ya sin verlos, y la habitación y todos los que estaban allí se volvieron borrosos. «Entonces libres, ligeros, despreocupados, serenos», decía el poema, que trataba sobre cómo era el más allá, después de la muerte.

Así era como una se sentía, lo que una era, cuando había dejado de tener miedo. Libre, ligera. Qué hermoso. Qué paz tan profunda.

—Dale las sales aromáticas —dijo alguien.

—No, no, cielo, Milly no necesita sales aromáticas —repuso la voz desde la cama.

Poco a poco volvió a ser consciente de las caras que se agolpaban a su alrededor. Edith tenía los ojos rojos y parecía incrédula, como si no estuviera dispuesta a creerla.

Pero tenía que creerla. Solo ese servicio podía hacer Milly a los Bott antes de salir de sus vidas para siempre: podía obligarlos a creer, salvarlos de la tragedia diciendo toda la verdad.

—No —les dijo, separándose de la puerta y dando un paso adelante, hacia ellos, en lugar de encogerse y retroceder, asombrada porque ya no debía tener miedo—. No quiero sales aromáticas. Lo que quiero es contároslo todo.

Y allí mismo y en ese momento iba a hacerlo, iba a desnudarse ante ellos, a despojarse de todas sus mentiras, a confesarlo todo salvo el nombre de Arthur, a darles tales detalles que no pudieran dejar de convencerse, cuando un fuerte quejido tembloroso surgió de la cama.

—Cariño, yo que tú no lo haría —protestó con vehemencia la anciana.

Todos se volvieron hacia ella. Nunca habían oído a mamá hablar tan alto. Apoyada en las almohadas amontonadas, sentada en la cama como en un trono, cabeceaba con una violencia sobrecogedora. El gorro, con las cintas malvas temblando con el resto de su cuerpo, se le había torcido un poco y esa torsión solo la hacía más impresionante. Había levantado una mano temblorosa. Estaba imponiendo silencio. Su viejo rostro estaba enrojecido por la determinación.

—No queremos oír nada más, querida —sentenció con autoridad —. Nos has dicho lo que queríamos saber y nos has quitado un gran peso de encima, y estoy segura de que todos estamos muy agradecidos y contentos, sobre todo la pobre Edith. Pero siempre he pensado que las historias largas deben guardarse para las tardes de invierno y los días de lluvia, y para cuando seamos viejos, cariño… No, no, no hables. Ese es el momento de contarlo todo, no ahora, cuando estamos en primavera y ninguno de nosotros es tan viejo, estoy segura, como llegará a serlo. Además, se acerca la hora del almuerzo. No querréis que nos quedemos aquí encerrados en una bonita y luminosa mañana, cuando se acerca la hora de comer, hablando de lo que ya está acabado y olvidado, y los chicos estarán deseando irse, estoy convencida, a sus oficinas, y las chicas preocupadas, seguro, por no haber dado aún instrucciones para la cena.

Hizo una pausa, pero tenía la mirada puesta en Milly. Si su nuera hubiera hecho amago de abrir la boca, la anciana la habría interrumpido al instante. Estaba decidida a terminar con aquello, no quería más tonterías de nadie. No sabían cómo dirigir su vida, ¿verdad? Pues bien, ella la dirigiría por ellos. Ya habían hablado bastante, pobres necios, sobre lo que los demás habían hecho o dejado de hacer, y lo que iban a hacer o a dejar de hacer, y no iba a permitir que Milly también hiciese el ridículo.

Pero Milly se quedó callada, sin intentar nada, y la anciana, al verlo, dejó de contenerla con la mirada y miró a los demás. Teniendo en cuenta cómo le temblaba todo el cuerpo, era admirable que pudiese mirarlos con tanta fijeza.

—Estoy cansada —anunció entonces sin más.

Hubo un leve movimiento, sobre todo entre los yernos que se apretujaban junto a las ventanas.

—Estoy cansada, queridos —repitió la anciana señora Bott como para darles un empujoncito—. Siempre he pensado —continuó cuando el movimiento daba signos de estar disminuyendo— que las oficinas de la ciudad son un gran consuelo, porque la gente puede irse a ellas.

El movimiento se acentuó. Con una extraña vergüenza en aquellos rostros en los que aún se notaba el alivio, los yernos comenzaron a dispersarse uno tras otro.

—¿Te vas, Walter, querido? —preguntó la anciana en tono de aprobación cuando el mayor de sus yernos salió de detrás del tocador y se dirigió con cuidado hacia la puerta—. Muy bien. Y Noakes también. Katie, por supuesto querrás irte con tu marido. Queridos, estoy cansada —dijo de nuevo, esta vez mirando a sus propios hijos, que estaban apiñados con sus esposas sin saber muy bien qué debían hacer.

El movimiento se hizo general. Los chalecos se estiraban y se

recogían los bolsos. La anciana, sin apartar los ojos de ellos, controlaba cualquier tendencia a demorarse repitiendo con creciente insistencia: «Estoy cansada, queridos…», y cuando Maud, su hija mayor, una mujer a la que no era fácil echar de los lugares donde quería permanecer, empezó a protestar, la cortó con tanta firmeza como si aún siguiera durmiendo con la niñera y le dijo, en pocas palabras, que cerrase la boca.

Después de eso, las hijas se fueron muy calmadas, acobardadas por haber oído que a una de ellas, una mujer de sesenta y dos años, la habían mandado callar y por haber visto que obedecía sin rechistar. Además, madre tenía la cara de un tono rojo alarmante. ¿Y si le daba un ataque y se moría allí mismo? ¿Cómo les pesaría eso en la conciencia?

—Estoy cansada, queridos —repitió la anciana, molesta por su lentitud, y el rostro se le arrebataba de un modo cada vez más preocupante.

Empezaron a moverse más rápido. Los hijos, muy aliviados por haberse librado, al menos de momento, de más escenas y explicaciones, tomaron del brazo cada uno a su esposa y las arrastraron con ellos hacia la puerta. Mamá tenía razón. Era mejor evitar que Milly se desahogara. Ya habían tenido suficiente con esa primera y única confesión de Milly. Además, ¿qué importaba ya la forma exacta que adoptara el pecado? Lo importante era que el viejo Bertie no estaba involucrado y que iban a salvarse de un atroz divorcio. A uno o dos de ellos les habría gustado estrecharle la mano o algo así a la pobre mujer que seguía a los pies de la cama como si no supiera si se esperaba que ella también se marchara o no —después de todo, los había librado de caer en un pozo sin fondo—, y tanto Nora como Mabel querían besarla, pero cada vez que alguien daba señales de entretenerse, la anciana repetía en tono imperioso:

—Estoy cansada, queridos.

Edith fue una de las primeras en irse. Su marcha se observó con gesto de aprobación desde la cama.

—Edith se ha ¡do —comentó la anciana señora Bott, animando a las demás a seguir tan excelente ejemplo—. Muy sensato por su parte. Estará mejor la próxima vez que la veamos. Todos estaremos mejor, queridos, y más descansados.

La habitación se fue despejando. Al poco, Milly, aún insegura y con las manos en la barandilla de la cama, estaba rodeada por un gran espacio vacío.

La habitación se despejaba cada vez más y el espacio vacío alrededor de Milly era cada vez más grande. Por fin no hubo más que espacio, luz, la anciana y ella misma.

Salvo por los pájaros del jardín, muy atareados en aquella hermosa mañana, y el ruido del tráfico en la carretera, la habitación estaba en silencio.

Se miraron la una a la otra: Milly, a los pies de la cama, con el pálido rostro enmarcado en el velo de crespón echado hacia atrás, recortada contra la luminosa ventana que había a su espalda; y la anciana, con las temblorosas cintas de color malva, apoyada en las almohadas al otro extremo.

—Entonces —dijo Milly por fin, con los ojos puestos en el semblante enrojecido de la anciana, en voz muy baja—, ¿puedo irme?

—Sí, querida. Arriba, a quitarte el velo.

Silencio, salvo por aquellos pájaros y el lejano golpeteo de las puertas de los coches cuando los Bott se marchaban.

—No puedes dejártelo puesto el resto de tu vida, ¿verdad? —señaló la anciana después de un momento.

Despejadas ya de las figuras negras que las bloqueaban antes, la calidez del sol atravesaba las ventanas. La luz bañaba la habitación e inundaba el rostro apoyado en las almohadas.

—¿Quieres decir…?—comenzó Milly.

—Ven aquí, querida —la interrumpió la anciana dominada por los temblores—, y dame un beso de buenos días. Aún no lo has hecho, ¿sabes?, y debemos mantener los buenos modales, ¿no crees?, ya que vamos a vivir juntas. Además, Milly —y le tendió las trémulas manos —, quiero bendecirte, cariño.

fin

NOTA DEL EDITOR

«Las paredes estaban tan desnudas como su corazón».
El Tugurio, Émile Zola

Abrir un testamento puede equivaler a abrir la caja de Pandora. En pocos actos formales como en su lectura hay tantos sentimientos a flor de piel ni se pueden asestar tantos golpes inesperados. No es posible estar seguro de lo que guardan las últimas voluntades que dejó escritas el difunto hasta ese momento. Cónyuges, hijos, nietos, hermanos y amigos se alinean inquietos ante el macizo escritorio del notario a la espera de conocer las consecuencias materiales que provoca el cisma de la muerte. Hay historias de esposas que heredan todo el patrimonio del marido pero, desplumadas por sus hijos, acaban en la indigencia; historias de personas que, aprovechando que cuidan al moribundo se las arreglan para que cambie el testamento a su favor; nombres de amantes e hijos desconocidos, vidas paralelas emanando de la escritura solemne; historias de hermanos que se retiran la palabra para siempre, que se insultan a gritos cuando se encuentran por la calle. Las rígidas leyes hereditarias de la Regencia inglesa son el origen de la mayor parte de las novelas de Jane Austen. Un testamento que contraviene el orden social supone en *Guerra y paz* la introducción de uno de sus protagonistas, Pierre Bezújov, el hijo ilegítimo y único heredero del rico conde Kiril Bezújov. En un testamento se canaliza todo el amor, toda la rabia, toda la gratitud y todo el rencor del difunto. Desde la inmunidad suprema que le otorga la muerte, dicta sentencia.

Cuando Elizabeth von Arnim escribió expiación, su decimotercera novela, ya se había casado dos veces —el último matrimonio fue la sombría fuente de inspiración para *Vera*— y había tenido cinco hijos. Basta con echar un vistazo a la biografía de Von Arnim para ser consciente de que por aquel entonces ya había experimentado las delicias y la felicidad del amor, así como las penas del desamor y el abandono. Con la madurez que otorga la propia experiencia, creó a Milly, personaje que comparte la ingenuidad y la docilidad de Lucy, la protagonista de Vera. Sospecho que ambas son reflejos de ella misma,

que a tantas desilusiones tuvo que enfrentarse. Algo de la culpa de Milly puede ser la de la propia autora, que entonces mantenía una relación con un hombre casado.

Como en Vera, Elizabeth von Arnim se acerca a través de expiación a realidades condenadas a esconderse entre bambalinas. Si bien la literatura cuenta con infinitas historias sobre el adulterio y la infidelidad —de Madame Bovary a Anna Karénina, pasando por la Regenta—, Von Arnim arranca la narración con la muerte de Ernest Bott y su venganza póstuma. No se centra en la infidelidad cometida por Milly, sino en la desgarradora soledad que la empujó a ella. Todo el mundo la condena y le da la espalda, incluida su hermana, que para ella representa la pasión y la libertad, y su amante, lo único que creía real en su vida. Después de vivir una vida entregada a las convenciones sociales, es terrible acompañar a Milly en su resignación a través del purgatorio del desengaño. En esta novela toda idealización acaba desmoronándose en un charco infausto de intereses cuyo primer atisbo encontramos en el cónclave de los Bott para decidir cuánto deben aportar para la manutención de Milly, momento que nos traslada de inmediato a la famosa conversación de John y Fanny Dashwood al principio de *Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen.

Elizabeth von Arnim es una escritora muy conocida y leída en el Reino Unido por novelas como *Elizabeth y su jardín alemán* o *Un abril encantado*, verdaderos éxitos en el momento de su publicación. Sin embargo, desde Trotalibros Editorial hemos preferido recorrer el camino de sus novelas olvidadas, quizás por lo polémicas que resultaron en su época. Por un lado, *Vera* se publicó de forma anónima en 1921 y, en ella abordó el maltrato psicológico en el seno de un matrimonio, tema tabú en una sociedad todavía anclada en la más rígida y opaca tradición. En expiación, Elizabeth von Arnim se atreve a poner encima de la mesa el tema de la infidelidad y del desamparo de las mujeres que enviudaban y que dependían del favor de sus maridos. Poco importa que Milly haya sido siempre complaciente con Ernest, su infidelidad —lo único que parece haber sido verdadero y real en su vida—, la condena económica y socialmente. A través de la familia Bott, Elizabeth von Arnim retrata con sutil e irónica maestría una clase media obsesionada con la reputación y el qué dirán, sin sacrificar una aproximación más íntima a la conciencia de la protagonista, introduciendo al lector en un dilema moral complejo. Milly se encuentra entre la espada del muerto y la pared de los vivos. A medida que se van disipando los hechos, entendemos la culpa que siente Milly, pero no podemos empatizar con la venganza póstuma llena de odio y rencor que Ernest ha incubado en silencio para mantener las apariencias que exige la sociedad. Incluso asumiendo la presuntuosa idiosincrasia de la familia Bott, el de Ernest es un acto

egoísta porque con su testamento desata el escándalo que había querido evitar en vida. A lo largo de esta increíble novela, Elizabeth von Arnim desarrolla este rompecabezas en el que las relaciones personales se ven siempre condicionadas por la repercusión económica y social.

A pesar de la enorme popularidad de su autora, expiación quedó relegada al olvido hasta que en 2019 la editorial británica Persephone Books, dedicada a recuperar obras literarias escritas por mujeres en el periodo de entreguerras, la volvió a publicar. La descubrí en esa edición y, al terminar de leer el primer capítulo, supe que iba a seguir publicando a Von Arnim con esta novela de contrastes. Es una novela que te hace sufrir y te hace reír. Aunque el estilo de la autora es aparentemente sereno y suave y puede llegar a recordar al de Jane Austen, esconde entre líneas esa característica visión irónica y satírica tan complicada de trasladar a otro idioma. La traductora Raquel García Rojas ha sido la responsable de llevar a cabo esta misión, y lo ha hecho de forma sobresaliente. En cada relectura mi entusiasmo por esta historia ha ¡do aumentando, maravillado por su afiladísima sutileza; en cada revisión me sentía más orgulloso de incluir este libro en el catálogo de la editorial.

Mientras escribo esta nota pienso en el momento en el que empecé a leer expiación y en que cada vez que leo una novela de Elizabeth von Arnim, me siento como ante la apertura de un testamento. A través de esa voz medida, prudente y cuidada, acompañaba a Milly en su purgatorio sin saber hacia dónde me llevaría, sin certeza alguna. Inquieto tras el macizo escritorio, esperaba los golpes sin saber anticipar por dónde llegarían, sin saber adivinar las intenciones de la autora.

Y es que el testamento de todo escritor está en sus obras. Elizabeth von Arnim depositó en los libros que escribió todo su amor, toda su rabia, toda su alegría, toda su gratitud, toda su rebeldía. Desde la inmunidad suprema que le otorga la inmortalidad, dicta sentencia.

Jan Arimany

NOTAS

[1] *Flapper* es un anglicismo que se utilizaba en los años veinte para referirse aun nuevo estilo de vida de mujeres jóvenes que usaban faldas cortas, no llevaban corsé, llevaban el pelo corto y escuchaban y bailaban música no convencional para esa época, como el jazz. Estas mujeres significaban un desafío a lo que en aquel tiempo se consideraba socialmente correcto.

[2] Coche de caballos ligero, de cuatro ruedas.

[3] Libro de oraciones incluido en *El libro de oración común*. (Título abreviado de varios libros de oraciones usados en la Iglesia anglicana).

[4] Butler es, por una parte, un apellido inglés común y, además, significa «mayordomo». (*N. de la T.)*.

[5] Romanos 12, 20

[6] 1 Reyes 1,19

[7] 2 Corintios 1, 4.

[8] De *La gran letanía*, incluida en el *Libro de oración común.*